

LOUISE VOSS

MARK EDWARDS

# LA PEOR PESADILLA



Traducción de  
Pilar de la Peña Minguell

amazon crossing 

# **LA PEOR PESADILLA**

**LOUISE VOSS**

**MARK EDWARDS**

# **LA PEOR PESADILLA**

Traducción de  
Pilar de la Peña Minguell

**amazon**crossing 

Título original: *From the Cradle*

Publicado originalmente por Thomas & Mercer, Estados Unidos, 2014

Edición en español publicada por:

AmazonCrossing, Amazon Media EU Sàrl

5 rue Plaetis, L-2338, Luxembourg

Julio, 2017

Copyright © Edición original 2014 por Louise Voss y Mark Edwards

Todos los derechos están reservados.

Copyright © Edición en español 2017 traducida por Pilar de la Peña Minguell

Diseño de cubierta: PEPE *nymi*, Milano

Imagen de cubierta © mtlapcevic © ShevchenkoN © Dermot Conlan/Tetra

Images/Getty Images

Primera edición digital 2017

ISBN: 9781542045377

[www.apub.com](http://www.apub.com)

# ÍNDICE

## SOBRE LOS AUTORES

### PRÓLOGO

CAPÍTULO 1 HELEN – DÍA 1

CAPÍTULO 2 PATRICK – DÍA 1

CAPÍTULO 3 HELEN – DÍA 1

CAPÍTULO 4 PATRICK – DÍA 1

CAPÍTULO 5 HELEN – DÍA 1

CAPÍTULO 6 PATRICK – DÍA 2

CAPÍTULO 7 LARRY – DÍA 2

CAPÍTULO 8 PATRICK – DÍA 2

CAPÍTULO 9 HELEN – DÍA 2

CAPÍTULO 10 PATRICK – DÍA 2

CAPÍTULO 11 JEROME – DÍA 2

CAPÍTULO 12 PATRICK – DÍA 3

CAPÍTULO 13 HELEN – DÍA 3

CAPÍTULO 14 PATRICK – DÍA 3

CAPÍTULO 15 HELEN – DÍA 3

CAPÍTULO 16 PATRICK – DÍA 3

CAPÍTULO 17 ALICE/LARRY – DÍA 3

CAPÍTULO 18 PATRICK – DÍA 3

CAPÍTULO 19 PATRICK – DÍA 3

CAPÍTULO 20 WINKLER – DÍA 4

CAPÍTULO 21 PATRICK – DÍA 4

CAPÍTULO 22 PATRICK – DÍA 4

CAPÍTULO 23 PATRICK – DÍA 4

CAPÍTULO 24 HELEN – DÍA 4

CAPÍTULO 25 PATRICK – DÍA 4

CAPÍTULO 26 PATRICK – DÍA 4

CAPÍTULO 27 HELEN – DÍA 5

[CAPÍTULO 28 PATRICK – DÍA 5 – TARDE](#)

[CAPÍTULO 29 ALICE – DÍA 5 – A ÚLTIMA HORA DE LA TARDE](#)

[CAPÍTULO 30 PATRICK – DÍA 5 – A ÚLTIMA HORA DE LA TARDE](#)

[CAPÍTULO 31 WINKLER – DÍA 5](#)

[CAPÍTULO 32 HELEN – DÍA 5](#)

[CAPÍTULO 33 PATRICK – DÍA 5](#)

[CAPÍTULO 34 WINKLER – DÍA 6](#)

[CAPÍTULO 35 PATRICK – DÍA 6](#)

[CAPÍTULO 36 GEORGIA – DÍA 1](#)

[CAPÍTULO 37 PATRICK – DÍA 6](#)

[CAPÍTULO 38 GEORGIA – DÍA 6](#)

[CAPÍTULO 39 HELEN – DÍA 6](#)

[CAPÍTULO 40 PATRICK – DÍA 7](#)

[CAPÍTULO 41 PATRICK – DÍA 7](#)

[CAPÍTULO 42 PATRICK – DÍA 7](#)

[CAPÍTULO 43 JEROME – DÍA 7](#)

[CAPÍTULO 44 HELEN – DÍA 7](#)

[CAPÍTULO 45 PATRICK – DÍA 7](#)

[CAPÍTULO 46 PATRICK – DÍA 7](#)

[CAPÍTULO 47 PATRICK – DESPUÉS](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

## SOBRE LOS AUTORES

Louise Voss lleva diecisiete años escribiendo. Comenzó su carrera con la publicación de cuatro novelas: *To Be Someone, Are You My Mother?, Lifesaver* y *Games People Play*. Junto con Mark Edwards comenzó en 2011 a dedicarse exclusivamente al género policíaco. Ambos fueron los primeros autores británicos independientes que llegaron al número uno de las listas de Amazon, con su novela *Catch Your Death* (2012), e incluso ocuparon también el segundo puesto con *Killing Cupid* (2012). A estas obras les siguieron *All fall down* (2013), *Forward Slash* (2013) y la serie protagonizada por el inspector Lennon: *Desde la cuna* (2014) y *The Blissfully Dead* (2015). (Más información en [www.facebook.com/vossandedwards](http://www.facebook.com/vossandedwards).)

# PRÓLOGO

Le cayó como una bomba nuclear: unos segundos de inocente calma, quizá un leve silbido al precipitarse sobre él y, después, la nada cuando, al abrir la puerta de casa, vio que todo estaba demasiado tranquilo y supo de inmediato que algo iba mal, pero no hasta qué punto, no pudo siquiera sospechar lo absoluto e irrevocable de ese mal.

Había sido un día especialmente largo. El inspector Patrick Lennon había estado encerrado siete horas en una sala de interrogatorios sin ventanas con un drogadicto poco dispuesto a colaborar llamado Dean Kervin, que tenía la cara como una patata hervida hacía varios días. Pese a que varios testigos y dos cámaras de seguridad lo habían visto reventar el escaparate del *outlet* de prendas deportivas y matar a palos al guardia de seguridad, él se empeñaba en negarlo. No paraba de repetir: «No era yo. No estuve allí».

Patrick llevaba todo el día ansiando un poco de aire fresco y un café sin recalentar, pero lo que de verdad lo mantenía en pie era la idea de volver a su casa, calentita y perfumada, y abrazar a su tierna pequeña de cinco meses, Bonnie. Una copa de vino en una mano, Bonnie acurrucada en la curva de su otro brazo y, en cuanto Bonnie se quedara dormida, comida china a domicilio mientras veía una película con Gill. Casi le hacía reír el que un cuadro así lo reconfortara tanto. Su yo adolescente se habría burlado despiadadamente de él. ¿Vino y bebés? ¿Chino y peli? Patético.

No. Patético, no. La felicidad, la seguridad, la pureza de la familia eran la esencia de la vida.

El único inconveniente, en el frente doméstico, era que Gill llevaba algún tiempo bastante deprimida. Todos sabían lo duro que era quedarse en casa el día entero con la chiquitina, sobre todo para una atareada profesional con un cargo de responsabilidad. Gill era abogada y nada la hacía más feliz que destrozar, destripar con palabras a desgraciados como aquel Dean, el tipo de la cara de patata. Lo hacía con tanto aplomo... Patrick confiaba en que pronto recuperase esa chispa. Aunque fuera de los tribunales era una mujer

sociable y cordial por naturaleza, toda aquella camarilla de la NCT, esa oenegé de apoyo a las madres primerizas, con sus cuadrillas de madres amamantadoras que invadían las cafeterías y asistían a clases de música infantil, no acababa de llenarla. Lo había intentado, pero siempre había vuelto a casa amenazando con ponerse a gritar en cuanto volviera a oír hablar de pañales y caquitas.

La idea hizo sonreír a Patrick mientras estacionaba, marcha atrás, el Prius bronce (otra de esas cosas que su yo adolescente le habría censurado) en la pequeña entrada de la casita adosada que ocupaban en West Molesey. Cuando quería impresionar a alguien, les decía que vivía «cerca de Hampton Court», aunque, en realidad, West Molesey estaba a dos kilómetros y medio y era la hermana pobre de la grandiosa East Molesey, que disponía, en cambio, de una zona declarada patrimonio histórico-artístico y multitud de fincas de dos millones de libras. Nunca se había alegrado tanto de volver a casa. Hasta había parado en el súper para comprar una botella de vino y un ramo de gerberas, las favoritas de Gill.

Más tarde se preguntó si lo había sabido desde el mismo instante en que había hecho girar la llave en la cerradura o si solo había imaginado que lo sabía.

Lo que sí percibió de inmediato fue el silencio. No creía que hubieran salido porque el cochecito estaba en el pasillo y todas las luces encendidas. ¿Habrían ido un momento a casa de algún vecino? Improbable. Los vecinos más próximos habían resultado bastante desagradables y Gill no había hecho amistades en las inmediaciones. Normalmente se oía Radio 2 a todo volumen y en la tele se veía, sin sonido, la programación infantil de la BBC. Ni el ruido de la secadora dando vueltas, ni el de la tetera hirviendo el agua, ni el repiquetear habitual de Gill por la cocina mientras preparaba la cena para ellos dos... No se oía nada de eso.

—¿Hola? —gritó Patrick al tiempo que entraba y cerraba la puerta—. ¿Gill?

Nada. Frunció el ceño. Se quitó la chaqueta de cuero, colgó las llaves del automóvil en el cuelgallaves dispuesto junto a la puerta y dejó las flores y el vino en el suelo de la entrada. Debían de haber salido, se dijo, luego titubeó; tuvo el presentimiento de que no era así. Se le erizó el vello de todo el cuerpo, pese a que, en aquellos momentos, no tenía motivo para temer nada.

—Gill, ¿dónde estás? —insistió nervioso antes de enfilear el pasillo que

conducía a la cocina, al fondo de la casa. Cuando pasaba junto a la escalera, un movimiento lo sobresaltó.

Su mujer estaba sentada en el tercer escalón, con una cara que él no le había visto a nadie en toda su vida. Su rostro, por lo general sonrosado, estaba ceroso y demacrado, y sus ojos, inmóviles, eran dos mares de espanto. Aferrada al juguete favorito de Bonnie, una Peppa Pig de punto, se mecía en silencio adelante y atrás.

Patrick hizo un aspaviento y la agarró por los hombros, medio abrazándola medio zarandeándola.

—¡Gill, cariño!, ¿qué ocurre? —preguntó, hincándose de rodillas en las escaleras, abrazándola fuerte y meciéndose con ella—. ¿Qué ha pasado? ¿Ha muerto alguien?

Aquel fue su primer pensamiento, porque, de haberle pasado algo a Bonnie, Gill no estaría sentada en las escaleras, sino junto a su cuna.

Ella no respondió. Lo ignoró, como si no hubiera detectado su presencia.

—Háblame, cariño, ¿qué ha pasado? ¡Gill, por favor!

La encontró menuda, la mitad de su tamaño normal, como encogida por la conmoción y por aquel terrible dolor no manifiesto.

—¿Dónde está Bonnie?

Gill dejó de mecerse. Dejó de respirar y apretó los labios, aquellos labios sensuales de los que Patrick se había enamorado antes incluso de conocerla bien. Cerró los ojos y clavó los dedos en el rosado cuerpecito blando de Peppa Pig.

Luego empezó a gemir. El gemido se tornó gañido, después bramido y, por último, cuando volvió a abrir la boca, se transformó en un aullido de dolor casi animal que retumbó en las paredes y privó la casa de cualquier resquicio de paz para siempre.

Patrick se levantó como un resorte mientras escapaba de su boca un sollozo.

—Ay, Dios mío, Gill, ¿dónde está la niña? ¿Qué ha pasado? ¿DÓNDE ESTÁ?

Apartó a su mujer y, aunque lo hizo solo con un empujoncito, Gill volcó y rodó por los dos peldaños restantes hasta el suelo, donde quedó inmóvil, sin dejar de proferir aquel aullido sobrenatural. Él subió la estrecha escalera como un maratonista en su tramo final y, con la respiración atrapada en el pecho, rodeó bruscamente la barandilla y entró en el diminuto dormitorio de

Bonnie.

Al principio, pensó que había una muñeca tendida en su camita, una extraña muñeca hinchada, de color púrpura. Se adentró en la estancia y comprendió que la muñeca era Bonnie. Sus extremidades estaban retorcidas de forma poco natural y tenía marcas visibles alrededor del cuello. Marcas de dedos.

Tras proferir un aullido aún mayor que el de su mujer, soltó la barra protectora de la cuna e inclinándose sobre su hija sin vida trató de insuflar aire en sus pulmoncitos inertes. Con dos dedos delicados y temblorosos le masajeó el esternón, rezando para hacerlo bien, procurando recordar correctamente los pasos del curso de reanimación cardiopulmonar infantil al que Gill había insistido en que asistieran ambos durante su embarazo. «Empuja, empuja, insufla.» Bonnie seguía amoratada. Aún estaba caliente. Eso era bueno. «Empuja, empuja, insufla.» Las lágrimas de Patrick cayeron en los párpados cerrados de la criatura.

«Empuja, empuja, insufla.»

No sabía cuánto llevaba haciendo aquello. El tiempo empezó a girar en un terrible vórtice que parecía arrastrarlo cada vez más, hasta que por fin oyó un levísimo gemido. Bonnie abrió un poquitín los ojitos y volvió a cerrarlos. Su pecho, que no era mayor que un paquete de azúcar, se elevó someramente.

Patrick se retiró bruscamente y chocó contra la pared del dormitorio, hiperventilando y sollozando. Se sacó el teléfono del bolsillo trasero del pantalón, llamó a emergencias y pidió a gritos una ambulancia. Durante la siguiente media hora, todo sucedió muy rápido: acunó a Bonnie, le frotó la espalda para que la pequeña siguiera respirando y, sin dejar de llorar, se preguntó si habría sufrido daños cerebrales, al tiempo que el equipo de urgencias entraba en el dormitorio y cubría el rostro de su hija con una máscara de oxígeno.

Mientras hacían eso, Patrick se acercó, temblando, a su mujer, aún tendida en posición fetal en el suelo del vestíbulo, gimiendo, aferrada al muñeco de Bonnie.

La rodeó con los brazos, la ayudó a incorporarse y la estrechó contra su pecho como acababa de hacer con su hija. Desprendía un olor metálico, a miedo y a sudor. Le retiró un largo pelo castaño del hombro del suéter y, cuando consiguió que su respiración se normalizara, le habló al oído.

—Gillian Louise Lennon, quedas detenida por el intento de asesinato de Bonnie Elizabeth Lennon. No hace falta que digas nada, pero cualquier cosa

que digas podría ser utilizada en tu contra en un tribunal.

# CAPÍTULO 1

---

## HELEN – DÍA 1

—¡Date prisa, Hel!

Helen oyó a Sean agitar las llaves en el vestíbulo, supuso que también debía de estar mirando el reloj y chascando la lengua.

—¡Ya casi estoy! —le gritó desde el baño de arriba, procurando no alterarse. Aquella era la primera noche que salían en semanas y no quería empezarla con mal pie.

Frankie estaba en la bañera, entretenida con sus juguetes de baño, tres vehículos de plástico de vistosos colores que soltaban agua a chorros. La pequeña le disparó un buen chorro de agua a Helen y rio tan fuerte que perdió el equilibrio y se sumergió de espaldas en el agua espumosa. Su madre se abalanzó sobre ella y la rescató, preparándose para el inminente llanto, pero Frankie solo puso cara de sorpresa y, al ver que le envolvía la cabeza una peluca de espuma estilo Regencia, soltó una carcajada aún mayor. Helen se echó a reír también, a pesar de la franja de agua que llevaba de pronto en la pechera de su blusa de seda vintage.

—Venga, hora de salir. Alice te va a leer un cuento. ¿Me prometes que te vas a portar bien?

La pequeña asintió con tanto entusiasmo que hizo volar la espuma por toda la bañera de agua caliente. A Helen le divertía secretamente la devoción que su hija de tres años sentía por su arisca medio hermana adolescente. Alice estaba tan resentida con la humanidad que a su lado Pol Pot era un modelo de benevolencia y, lo peor de todo: desde que había empezado a salir con Larry, bebía más de la cuenta. Su hermoso rostro de color caramelo se hallaba permanentemente oculto bajo una gruesa capa de maquillaje oscuro

destinado a esconder unos granitos que, la verdad, apenas se veían, y sus suaves rizos negros se habían vuelto lacios, como derrotados.

«Adolescentes —solía decir Sean con rotundidad—. Son todos iguales.»

Pero Helen se preguntaba si eso era cierto. Sacó a Frankie del baño envolviéndola en la toalla y retorciéndola después por delante hasta formar una especie de mango con el que poder levantarla sin tocarla, como a la pequeña le divertía que lo hiciera. Rio de nuevo cuando Helen la dejó en la alfombrilla de baño y estrechó aquel cuerpo mojado contra el suyo. Su pelo casi negro se le había quedado pegado a la cabeza, formando picos, y sus ojos pardos reían mientras devolvía el abrazo a Helen. Como Alice, Frankie tenía la piel de color caramelo, un poquito más clara que la de Helen. Sean era el único blanco de la familia, algo que confundía a la gente cuando se enteraban de que las dos niñas eran hermanastras, como si no les cuadrara que un hombre blanco pudiese haber decidido tener hijos no con una sino con dos mujeres negras.

Por un instante, Helen pensó en aquellas dos parejas, ambas a menos de cinco kilómetros de su casa, que ya no oían las risas de sus bebés, ya no podían sentir el calor intenso y fragante de sus bracitos. Qué horror. La angustió una vez más la idea de dejar a Frankie con Alice.

—¡HELEN! —bramó Sean desde la puerta de entrada—. ¡Vamos a perder la reserva como no bajas ya! Deja que lo haga Alice... Alice, ¿te importa subir y encargarte tú?

Helen ya había conseguido ponerle a Frankie el pañal braguita y el pijama de felpa. Le estaba secando el pelo con la toalla y ayudándola a lavarse los dientecitos cuando Alice dejó por fin, a regañadientes, su queridísimo iPad y la interminable colección de vídeos de risa de YouTube y de antiguos episodios de *Big Bang Theory*, al parecer eso era lo único que veía.

A Frankie se le iluminó el rostro al ver a su hermana mayor.

—¡Ali! Tú me lees el cuento, ¿verdad?

—De acuerdo, terremoto. Vamos a buscar uno. Pero solo uno y no vale llorar cuando se acabe.

Frankie escapó como una culebra del regazo de Helen y llevó a rastras a Alice a su dormitorio.

—¿Alice? —la llamó Helen mientras se desabrochaba la blusa para cambiársela por una seca—. Si dejas salir al gato por la puerta de servicio, no te olvides de...

—... cerrarla enseguida. Ya lo sé, Helen. ¡Tranquila! No soy idiota.

—No volveremos tarde, calculo que a las diez y media. ¿Aún tienes deberes?

—No, solo Teatro, y no es de estudiar, es práctica.

—Llámanos enseguida si... bueno, si algo no va bien.

Qué bobada. Alice había cuidado de la niña montones de veces en los últimos dos años. Claro que la semana pasada habían secuestrado a dos pequeños por la zona... Alice puso los ojos en blanco, como confirmando que también a ella le parecía una bobada.

—Eh... una cosa más... No le habrás dicho a Larry que venga, ¿verdad?

Alice le plantó cara, con Frankie aún colgada de su cuello.

—¿Y qué si viene? ¿No confías en que vaya a cuidar bien de Frankie?

Helen se quitó la blusa mojada y, tras colgarla del radiador toallero, se volvió hacia Alice en sujetador. Alice la miró de arriba abajo con desdén. Aquella mirada habría bastado para encoger hasta a la mujer más segura. Helen ya no estaba tan delgada ni tan tersa como antes de parir a Frankie: tenía el vientre fofó y la gravedad y el embarazo habían asestado un doble golpe a su figura.

—No es eso. Claro que confío en ti. Y él no me cae mal, Alice. Solo que entre semana... Además, ya sabes que a tu padre no le gusta que venga cuando no estamos.

Se preparó para la réplica, pero, asombrosamente, Alice cedió.

—No viene, así que no te alteres.

—Bien.

—¡Mi CUENTO, Ali! —le recordó Frankie, pateándole la cadera a su hermana con sus piernecitas.

—Para ya, bicho —gruñó, y se fue con la pequeña.

—¡Vamos, Helen! —se oyó a Sean de nuevo.

—Ay, Sean, por el amor de Dios, ya bajo, ¿de acuerdo?

En cuanto le diera un beso de buenas noches a Frankie.

Más tarde, en el restaurante, tras una botella de suave Merlot y un delicioso *coq au vin*, ambos estaban más relajados.

—Riquísimo —dijo Helen.

—Así es, mi vida —coincidió Sean, como lo habría dicho Del-Boy en la *sitcom* de la BBC—. *Mange tout, mange tout.*

Ella rio y lo observó cariñosa.

—Llevas años diciendo eso.

—Es que envejece bien, ¿no? Al contrario que yo.

Se acarició pesaroso la cabeza, que últimamente llevaba afeitada para disimular la enorme calva de la coronilla. El roce de los dedos en el pelo incipiente produjo un leve crujido. Sean tenía un rostro agradable de pómulos prominentes; la cabeza, por desgracia, algo apepinada. El afeitado no le quedaba mal, pero ella lo prefería con pelo.

—Sigues guapísimo —le dijo, y sonrió al detectar un ápice de incredulidad en sus ojos verde oscuro.

—Tú tampoco estás mal, muñeca —terció él, guiñándole un ojo, pero ella deseó que alguna vez le devolviera el cumplido con algo más romántico que la repetición de una frase estúpida.

A Helen le vibró el teléfono y lo levantó enseguida de la mesa, donde lo había tenido toda la cena, pero solo era una notificación de la jugada de alguien en Palabras con Amigos y suspiró aliviada. Por una vez, se había acordado de cargar el teléfono antes de salir de casa, casi siempre olvidaba hacerlo y eso a Sean le fastidiaba mucho.

—Igual debería llamar para ver cómo va todo —dijo, con el teléfono aún en la mano. Sean se lo quitó con delicadeza—. Relájate, Hel. Si hubiera algún problema, Alice habría llamado. Sabes que sí. Por vaga que sea, adora a Frankie. Además, te aseguro que, si supiera que estamos a diez minutos de casa, no iba a recoger ningún vómito ni soportar muchos chillidos, así que tranquilízate, que no pasa nada. ¿Por qué estás tan nerviosa de repente? ¡No te había visto tan paranoica desde que era un bebé!

Helen volvió a enfadarse con él.

—Sabes perfectamente por qué: Liam McConnell e Izzy Hartley. Por eso.

Liam e Izzy eran los nombres de los dos niños secuestrados. La hija de su amiga Elena iba a la misma guardería que Liam y Elena conocía a su madre. Por lo visto, la pobre mujer estaba destrozada e iba por ahí como un alma en pena, aturdida por los ansiolíticos, siempre en busca de la más mínima novedad sobre su hijo, novedad que de momento —y había pasado ya casi una semana— no se había producido. Los dos niños se habían esfumado como por arte de magia, con dos días de diferencia.

A Sean lo irritó la crítica velada, como siempre que se aludía a su hija.

—Alice jamás permitiría que eso ocurriera.

Helen rellenó las copas de vino para intentar borrar de su mente esa imagen en la que, a Liam, el pequeño rechoncho de pelo oscuro con gafitas —su foto había salido en todos los periódicos— lo soltaban de la sillita de seguridad y lo sacaban del automóvil. En las grabaciones de las cámaras del aparcamiento del supermercado se vislumbraba a una persona muy tapada llevándose, pero no se sabía adónde, ni había indicio alguno de quién era. La madre del pequeño había vuelto al establecimiento a recoger la ropa de la tintorería, que se le había olvidado. Se había ausentado apenas un par de minutos.

Sean le dedicó a Helen una de esas miradas tuyas largas e impenetrables que igual podían querer decir «Adoro a esta mujer» que «Dios, me haces la vida imposible». Dudaba que fuese lo último y, precisamente por eso, era incapaz de descifrarla. Se sentía querida, sí, pero menos de lo que le habría gustado, menos de lo que al parecer Sean había querido a la madre de Alice, hacía muchos años. Helen había dejado de intentar averiguar algo al respecto. Hacía tiempo que había descubierto que él se cerraba en banda cada vez que ella mentaba siquiera a su primera mujer. Temía a aquella difunta primera esposa perfecta; vivir a la altura de ese ideal era casi imposible, así que había dejado de intentarlo, y Sean nunca hablaba de ella.

—No puedo dejar de pensar en esos niños, los dos más pequeños que Frankie. Son casi bebés... Cambiemos de tema... ¿De qué hablamos?

Sean le dedicó una sonrisa sincera, de esas que aún le aceleraban el corazón. Luego alargó el brazo, le agarró la mano y se guardó el teléfono de ella en el bolsillo para que no volviera a mirarlo.

—Pues, fíjate, hay algo que quería consultarte —dijo él, y a ella le asombró la leve timidez con que lo dijo.

—No irás a pedirme que te deje comprar otro automóvil, ¿verdad?

—No... —Sean inspiró hondo y la miró a los ojos—. Hel, ya sé que hace un rato estaba bromeando sobre la pesadilla de tener en casa dos criaturas berreantes, pero Frankie va a cumplir cuatro años y... —Ella sintió una súbita punzada de amor y emoción en el vientre—. ¿No crees que va siendo hora de que hagamos otro? Sería estupendo que Frankie tuviera un hermanito o una hermanita. Y a Alice le encantaría.

La leve sonrisa de Helen se transformó en una sonrisa de oreja a oreja y le apretó fuerte la mano a Sean para poder contener las lágrimas. Él llevaba tanto tiempo oponiéndose a tener otro hijo que ella había dejado de lanzarle indirectas.

—¿En serio? ¿Estás preparado?

Lo vio asentir despacio con la cabeza y sintió que la alegría brotaba por todos los poros de su ser.

—Sí, creo que sí —dijo él.

Volvieron a casa mucho más tarde de la hora a la que Helen había prometido a Alice que regresarían. Se empeñó en celebrarlo con dos copas de champán y, al salir del restaurante, decidieron volver a casa andando. Cruzaron el parque cerrado, saltando la verja como dos tortolitos adolescentes y disfrutando del aire fresco de la noche. Se detenían a cada paso para besarse, como cuando empezaron a salir y no paraban de tocarse.

Cuando Sean por fin abrió la puerta de su casa, ya eran las 23:25. Todas las luces de la planta baja estaban encendidas y Helen logró despejarse lo justo para chascar la lengua al oír el televisor en el salón. Alice debería haberse acostado hacía una hora.

Soltó el bolso en el último peldaño de la escalera.

—¿Ali? Ya estamos aquí. Perdona que hayamos tardado más... ¡Vaya! —Al entrar en el salón, se la encontró profundamente dormida en el sofá y bajó la voz enseguida. Sean entró detrás. — ¡Mira, está como un tronco, pobre!

—¿Has mirado ya si Larry no está escondido debajo de la mesita?

Rieron los dos.

—Despiértala tú, cariño, mientras yo voy a ver a Frankie.

Helen subió las escaleras sonriendo para sus adentros. No solía apetecerle hacer el amor tan tarde —el cansancio le restaba sensibilidad—, pero la perspectiva de tener otro bebé compensaba su agotamiento. Entró al baño y tiró la cajita de anticonceptivos al cubito de tapa basculante. Luego, aunque se estaba haciendo pis, salió y enfiló el pasillo hacia el dormitorio de Frankie. Los dibujitos de dinosaurios que proyectaba su lámpara infantil lanzaban suaves destellos de color violeta y melocotón por la estancia cuando Helen abrió la puerta, esperando encontrar el bulto de la pequeña en la camita, la niña solía dormir arrodillada boca abajo, como si rezara a la Meca.

Pero no había bulto. Al principio creyó que, por una vez, dormía estirada debajo del edredón, tapada del todo, escondida, pero entonces se sintió inundada de miedo, como si se lo hubieran tirado por encima con un cubo. Se acercó corriendo a la cuna y retiró bruscamente el edredón.

Frankie no estaba allí.

# CAPÍTULO 2

---

## PATRICK – DÍA 1

Alucinaba: veía niños por todas partes. Allí, entre dos farolas, la sombra proyectada en un muro por los faros de un automóvil que pasaba. A la entrada de un callejón, otro que se sumergía en la oscuridad como un nadador nocturno que se zambullera en el agua y desapareciera de pronto. Una figura menuda bajo la lluvia, abriéndose paso entre la multitud de piernas de los viandantes. Un rostro pálido pegado a la ventanilla de un autobús. La ciudad parecía repleta de pequeños fantasmas que se desvanecían en cuanto se frotaba los ojos.

—Pareces hecho polvo —le dijo su compañera, la sargento Carmella Masiello, volviéndose hacia él.

Eran más de las once de la noche y Lennon la acercaba al apartamento de nueva construcción que Carmella compartía con su pareja, Jenny. Se preguntó si la sargento sabría cuánto la envidiaba. Su vida doméstica no podía ser más distinta.

—Tienes cara de... perro pachón.

—Gracias. Tú sí que sabes cómo hacer que uno se sienta bien. Una vez me dijeron que tengo mirada soñadora, y eso es sexi.

Giró un poco el retrovisor para mirarse en él. Era cierto que parecía reventado. No se cuidaba mucho últimamente, no como Gill solía cuidarlo. Ella siempre le compraba sérum e hidratantes para el contorno de los ojos que a él le daba vergüenza usar. «No querrás echar a perder tu belleza natural...», le soltaba ella, haciendo que se avergonzara más aún. Medía casi un metro noventa, tenía el pelo castaño y los ojos pardos y solían decirle que, más que un policía parecía un cantante de música *country* alternativa, pero él no lo

creía, no se veía especial y, por lo visto, tampoco lo veía especial su compañera.

La carcajada de Carmella ahogó el estribillo completo y media estrofa de la canción de The Cure que sonaba en el equipo del automóvil.

—No es lo mismo adormilado que destrozado —le dijo ella cuando por fin logró controlarse.

—Tampoco es lo mismo tenerme a mí de compañero que a Winkler.

—¡Ni se te ocurra!

Él sonrió, luego recordó lo que habían estado hablando y por qué estaba tan cansado y la sonrisa se desvaneció entre las sombras junto con todos los fantasmas.

Hacía siete días, el 2 de junio, a la pequeña de tres años Isabel Hartley, conocida por todos como Izzy desde que la prensa sensacionalista le asignara ese diminutivo por acortar los titulares, se la habían llevado del salón de su casa de Richmond, donde estaba viendo la tele. Su padre, Max, estaba fuera, encerrando su queridísimo automóvil a la entrada de la casa, cuando recibió una llamada de trabajo y entró, dejando la puerta abierta, para subir a su despacho por unos documentos. Se entretuvo en la planta de arriba veinte minutos. Cuando bajó, Isabel ya no estaba en el salón. No la encontraban por ninguna parte.

Max Hartley era un pez gordo de la City londinense y estaba forrado; Max Hartley era de esas personas que, según la creencia popular, ocultan bajo el pelo unos cuernecillos diabólicos y, bajo el traje de Hugo Boss, una cola puntiaguda. La madre, Fiona, era una antigua modelo de catálogo que contrarrestaba el oficio de su esposo organizando eventos benéficos. Vivían en una de las mejores zonas de las afueras de Londres, en uno de esos lugares donde nunca ocurre nada malo. A los Hartley jamás se les habría pasado por la cabeza que pudieran llevarse a su hija del salón de su propia casa en plena tarde y menos aún viviendo donde vivían.

Dos días después, el 4 de junio, secuestraron a otro niño. Liam McConnell, de dos años, era un pequeño regordete y mofletudo con problemas de visión que lo obligaban a llevar gafas. Su madre, Zoe, lo había dejado en el automóvil, en el aparcamiento del Sainsbury's de Twickenham, sujeto a la silla de seguridad, tras caer en la cuenta de que había olvidado recoger la ropa de la tintorería. Ella insistía en que apenas se había ausentado un par de minutos, pero Patrick estaba convencido de que habían sido cinco, quizá más. La mujer que tenía delante en la cola estaba discutiendo con la

empleada por una mancha de su suéter de cachemir y Zoe consultora de *marketing freelance*, les había contado con todo detalle la angustia que había pasado y que justo cuando estaba a punto de pasar por las prendas otro día había llegado por fin su turno.

Aseguraba que el vehículo se había quedado cerrado, que recordaba vivamente el ruido del seguro al bloquear las puertas. Sin embargo, al volver a su Audi A4 blanco, la puerta trasera estaba abierta y Liam había desaparecido. Una hora más tarde, cuando un agente le había pedido que le enseñara la llave del automóvil, ella no había sido capaz de encontrarla. Entonces recordó que, al entrar de nuevo en Sainsbury's, había tropezado con un individuo que casi la había tirado al suelo. Ella llevaba la llave del automóvil en el bolsillo de la chaqueta. Patrick estaba convencido de que el tipo que había tropezado con ella le había robado la llave. Salvo que Zoe se lo estuviera inventando todo, que hubiera olvidado echar el seguro del vehículo y hubiese ideado aquella historia para evitar que su marido, Keith, que dirigía su propia empresa de contratación, la culpara a ella.

Patrick había examinado personalmente el metraje de las cámaras de seguridad del aparcamiento. Una de las cámaras había captado una imagen brevísima de un individuo vestido con una chaqueta oscura cargado con un niño pequeño que se parecía a Liam, pero era imposible verle la cara o saber adónde se había dirigido. Zoe insistía en que el hombre que había tropezado con ella llevaba una chaqueta negra, pero apenas lo había mirado a la cara, con lo que el retrato robot que habían hecho con su vago recuerdo probablemente fuera fruto de su imaginación en un noventa por cien. Eso no había impedido que la imagen saliera en portada de todos los diarios del país, ni que hubiera desencadenado una avalancha de llamadas de personas que aseguraban que el tipo se parecía a su vecino, su jefe, su marido... Se había descartado a todos y cada uno de ellos como sospechosos.

No podía afirmar que esa última semana hubiera sido la peor de su vida —las había habido peores—, pero sí que se le había hecho larga, frustrante y agotadora. En el centro de coordinación, había unas fotos enormes de los dos pequeños secuestrados. Sus rostros se hallaban grabados en la retina de todos los miembros del equipo, solo que, de momento —aunque no fuese a reconocerlo en público—, no tenían ni idea de lo que les había ocurrido, ni de su paradero.

Era como si se hubieran evaporado.

El semáforo se puso en rojo y a Patrick se le apareció otro fantasma infantil, corriendo entre los vehículos detenidos. El cuerpo entero le pedía a gritos un poco de descanso.

—¿Cuando eras más joven —le preguntó a su compañera—, imaginaste alguna vez que pasarías las noches encerrada en una salita en compañía de un pedófilo con halitosis y emparrado?

—¡Qué horror, no me lo recuerdes! No me lo quito de la nariz. ¿Qué puede producir semejante hedor?

—Unas encías podridas. Deberían llevarlo por los colegios para que los niños vieran lo que pasa cuando no te lavas los dientes... o igual no... ¡qué tonterías digo!

El interrogatorio había sido una pérdida de tiempo. Chris Davis tenía ya sesenta años y había cumplido condena por el secuestro de una niña hacía treinta. Como vivía a solo unas calles de Isabel Hartley y su familia, su nombre aparecía en la lista, pero no había sido él. Tenía coartada para ambas desapariciones, la de Izzy y la de Liam.

Hacía ya casi una semana que había desaparecido Isabel y cinco días de la desaparición del pequeño. La probabilidad de encontrarlos menguaba con cada día que pasaba; no, con cada hora.

—¿Qué crees que deberían hacerles a los tipos como Davis? —preguntó ella—. ¿Una castración química? ¿Colgarlos de sus partes? Tendrías que oír las cosas que dice mi madre de los asesinos de niños, como los de Baby P: pedía en uno de esos grupos de Facebook que le arrancaran de cuajo las pelotas a su padrastro delante de una multitud enfervorizada y le embadurnaran de sal la herida sangrante del...

—¡Carmella! ¡Por favor! —exclamó Patrick con una mueca de dolor.

—Escroto. —Esbozó una sonrisa perversa—. Con todos mis respetos, ¡eres un blando! Con tanto músculo y tanto tatuaje, la gente cree que eres un tipo duro, ¿no? Porque no saben lo que sé yo: que, en el fondo, eres una delicada florecilla, ¿a que sí? —Patrick forzó un gesto supuestamente aterrador y ella rio, luego se puso seria—. No, dime, ¿qué harías tú?

«Encerrarlos para siempre en un zulo oscuro. Meterles una bala en el cráneo. Hacerles pagar el dolor que han causado.» Pero no lo dijo en voz alta.

—Mi deber es atraparlos, me da igual lo que les ocurra después —contestó en su lugar.

La sargento enarcó una ceja, poco convencida. Era una mujer bonita, se dijo Patrick. En realidad, esa no era la palabra. «Bonito» era el jardín bien

cuidado de una vivienda unifamiliar de clase media. Carmella, con su ensortijado pelo cobrizo, sus oscuros ojos italianos y su acento irlandés, era más bien una pradera silvestre en la que alguien hubiera esparcido puñados de semillas al azar.

A Patrick le sonó el teléfono.

—Vaya por Dios.

En esos momentos, lo único que le apetecía —lo único— era meterse en la cama. El cuerpo le pedía a gritos que ignorara el teléfono.

—¿Te importa contestar? —le pidió a Carmella, señalando con la cabeza la superficie de plástico del salpicadero donde vibraba el dispositivo.

Ella examinó la pantalla.

—Es Mike.

El sargento Mike Staunton era otro de los miembros del equipo de investigación criminal y del equipo que estaba investigando los secuestros. Un joven entusiasta, bueno en su trabajo y un poco irritante.

Carmella le acercó el teléfono a la oreja a Patrick.

—Mike.

—Señor, ¿dónde se encuentra en este momento?

—Voy para casa. ¿Por qué, qué ha pasado?

—Acabo de recibir un aviso de comisaría: ha llamado alguien para informar de que ha visto a un hombre entrar con un par de niños pequeños en un edificio abandonado del complejo Kennedy, en Whitton. Aseguran haber oído llorar a los pequeños. Probablemente no sea nada, pero he pensado que debía comunicárselo. ¿Quiere que vaya a echar un vistazo?

—¿En el complejo Kennedy? Estamos a cinco minutos. Vamos nosotros.

Carmella se incorporó en el asiento.

—¿El complejo Kennedy?

—Sí. Mi destino favorito al rozar la medianoche.

Toqueteó el reproductor de cedés en busca de algo que les levantara el ánimo y lo despejara. Sonó «In Between Days», Patrick subió el volumen.

Desde el asiento del copiloto, Carmella protestó.

—¿Otra vez esos? ¿No tienes nada más actual?

Él tamborileó en el volante y meneó la cabeza al ritmo de la música. Al pasar por delante de una parada de autobús, vio fugazmente la figura de un niño pequeño. Otra alucinación.

—Carmella, te voy a hacer fan de The Cure, aunque me cueste la vida.

El complejo Kennedy era uno de esos sitios a los que la policía iba por parejas y en el que, cuando se olvidaba de la corrección política, Patrick decía que se celebraban los *castings* de los *realities* más chabacanos de la televisión británica. Un nido de serpientes por el que se arrastraban los miembros más venenosos y peligrosos de la sociedad, pero también un lugar triste en el que los ancianos se atrincheraban y donde los niños no nacían con un pan bajo el brazo, sino una cucharilla oxidada, quemada, manchada de droga. La esperanza no moría entre aquellos rascacielos y pasos subterráneos que apestaban a orina porque jamás esta se había atrevido a entrar allí.

—A JFK le habría encantado saber que un agujero infesto como este lleva su nombre —comentó Carmella mientras se acercaban a la entrada de un edificio oscuro situado al borde del complejo.

Bajaron del automóvil y alzaron la vista al edificio. La mayoría de las ventanas estaban tapadas con cartones. En el resto de los apartamentos no quedaba ni una luz encendida. El bloque estaba, al parecer, abandonado y listo para su demolición, pero quizá el ayuntamiento esperara a que la naturaleza hiciera lo suyo, confiaba en que se derrumbara solo o pretendía conservarlo para admiración de futuras civilizaciones. Entretanto, servía de refugio a los okupas.

—¿Siempre está esto tan silencioso? —preguntó Carmella.

Patrick echó un vistazo alrededor.

—Lo veo inusualmente tranquilo.

Se oyó aullar a un perro en un bloque cercano y a un hombre gritarle que se callara de una puñetera vez.

—Esa es la palabra que yo habría usado: tranquilo —comentó la sargento—. Me recuerda un poco al sitio al que fuimos de luna de miel Jenny y yo —añadió con un suspiro.

—La mayoría de los que viven aquí no se atreven a salir cuando ha oscurecido. —Abrió el maletero y sacó una pesada linterna. De haber sido un policía estadounidense, habría llevado pistola, pero él no llevaba armas encima. Además, su intención era investigar, nada más. Al menor indicio de peligro, pediría refuerzos, aunque eso no lo tranquilizaba en absoluto: un dedo tardaba un segundo en apretar un gatillo y una mano tardaba otro tanto en hundir un cuchillo...— No te apartes de mí.

La puerta de entrada al edificio se descolgó de las bisagras cuando tiró del pomo para abrirla y se desplomó casi encima de su pie.

—Primera trampa cazabobos.

Entraron y de inmediato los azotó un fuerte olor a caca y a podrido. Patrick probó el interruptor de la luz. Como era de esperar, no funcionaba. Hicieron una pausa en el hueco de la escalera, pegado al ascensor, cuyas puertas abiertas revelaban varias bolsas de basura hedionda.

Patrick le hizo una seña a Carmella para que lo siguiera escaleras arriba mientras la luz de la linterna iba iluminando las paredes repletas de pintadas. Muchas de penes. Grandes, pequeños, peludos, chorreando semen. Sobre todo, grandes, peludos y chorreando semen. Como para acomplejarlo a uno.

—Aquí huele peor que el aliento de Chris Davis —susurró Carmella.

—Peor que un retrete en el festival de Glastonbury.

Llegaron al rellano de la primera planta y la linterna iluminó una hilera de apartamentos, algunos de las cuales estaban abiertos o ni siquiera tenían puerta. En aquel silencio absoluto, a Patrick le zumbaban un poco los oídos: acúfenos, herida de guerra de todos los conciertos a los que había asistido de joven. Ahora el silencio le recordaba esas noches ruidosas, sudorosas y emocionantes y su yo maduro deseaba haber llevado tapones entonces o no haberse acercado tanto a los altavoces.

—No me creo que quien haya secuestrado a los niños los haya traído aquí. Tiene que ser...

Algo salió disparado de uno de los apartamentos. Carmella hizo un aspaviento y se agarró al brazo de Patrick.

—No es más que una rata —le dijo para tranquilizarla.

El roedor se detuvo delante de ellos y, tras olisquear el aire, volvió parsimonioso al interior de la vivienda.

La sargento rio.

—¡Qué susto me ha...!

Patrick la agarró por debajo del hombro y se llevó un dedo a los labios para pedirle silencio.

—¿Has oído eso?

—Si vas a hacer alguna gracia...

—No, escucha.

Guardaron silencio y Carmella ladeó la cabeza y contuvo la respiración.

—No oigo na...

—Ahora.

Ella lo miró fijamente.

—¡Madre mía!

De alguna planta superior, tan débil que apenas podía oírse, llegaba el

llanto de un niño. Enmudecieron unos segundos más y se volvió a oír. Buaaa.

—Viene del piso de arriba —señaló Carmella, luego sacó el teléfono, cuya pantalla brilló intensamente en la oscuridad.

—No. Vamos a comprobarlo primero —propuso él, y retrocedió unos pasos hasta la escalera; ella lo siguió de cerca.

—A mí no me ha parecido un niño pequeño —dijo la sargento—. Más bien un bebé. Un recién nacido.

—Eso he pensado yo.

—¿Qué crees que es? —le susurró Carmella—. ¿Alguna yonqui que está de okupa aquí con su bebé?

—Enseguida lo sabremos.

Subieron los escalones de hormigón hasta la siguiente planta. Arriba el hedor era aún más fuerte, una mezcla de orina, humedad y comida podrida. Ladró un perro a lo lejos, pero, cuando cesó el ladrido, volvió a oírse el llanto del bebé, más cerca esa vez.

Patrick abrió la puerta del rellano, que chirrió como un ratón aprisionado, pasó el umbral e iluminó con la linterna la hilera de apartamentos que tenía delante. Todas las puertas estaban cerradas menos la tercera, que se hallaba entornada. Inspiró hondo, por la boca, y avanzó hacia ella con el máximo sigilo posible.

Oyó a alguien toser dentro.

Volvió a mirar a su compañera, que llevaba el teléfono en la mano para poder pedir refuerzos en un segundo si era necesario.

Patrick pasó el umbral de la puerta y se encontró de pronto en una entrada completamente oscura. Había un boquete enorme en una de las paredes. Algo crujió bajo su pie. Iluminó el suelo con la linterna. Una jeringuilla. Le hizo una seña a Carmella para que tuviera cuidado.

La puerta de lo que debía de ser el salón estaba cerrada. Del otro lado, se oyó de nuevo la tos y, después, el leve llanto de un bebé. No alcanzaba a comprender por qué el llanto era tan débil. Parecía que la criatura estuviera encerrada en una caja.

Alzó tres dedos e inició una cuenta atrás: tres, dos, uno.

Entró, gritando: «¡Policía!».

Barrió la estancia con la linterna. Había una figura desplomada en un rincón, envuelta en la oscuridad, inmóvil. Junto a la figura, un cochecito de bebé, de los antiguos, de cuyo interior provenía el llanto sordo del bebé.

Por el modo en que se le descolgaba la cabeza, creyó que la figura del

rincón estaba inconsciente, hasta que esta se incorporó de pronto y les gritó.

Hablaba atropelladamente, de forma apenas inteligible, pero dos palabras destacaban en medio de aquel farfulto: «Mi bebé. Mi bebé».

Patrick alumbró con la linterna el rostro de una mujer, una mujer mayor, con arrugas profundas de decenios de vida dura, dientes torcidos y podridos, la bruja de Hansel y Gretel en carne y hueso.

—¡Mi bebé, no! —chilló, sacando al muñeco del cochecito y estrechándolo en sus brazos.

Patrick lo había imaginado casi nada más entrar en el salón.

—Hola, Martha —dijo—. Tranquila, no vamos a hacerle nada a tu bebé.

Cinco minutos más tarde, Patrick y Carmella estaban de vuelta en el vehículo policial.

—No se lo cuentes a nadie, pero, cuando se ha levantado de pronto y ha empezado a gritarnos, casi me hago pis.

Martha —nadie sabía cómo se apellidaba o si de verdad se llamaba Martha— era conocida en la zona. Los vecinos la llamaban «mamá Hubbard» o «la loca del bebé». Se la veía a menudo entrando y saliendo del cementerio con aquel cochecito antiquísimo, un cochecito en el que llevaba varios muñecos, uno especialmente realista al que la anciana trataba como si fuese un bebé de verdad. Su bebé. Desde que Patrick era policía, siempre había estado por allí, y de eso hacía ya diez años y medio. Aunque parecía que estaba loca y que creía en serio que el muñeco era un bebé de verdad, llevaba años cambiándole las pilas para que siguiera llorando y, de vez en cuando, dijera «mamá».

—¿Tienes idea de por qué está así? —preguntó Carmella.

Patrick encendió las luces del automóvil. Empezaba a llover, una leve llovizna estival que limpiaría un poco las calles.

—Corren muchos rumores. Se dice que perdió a su bebé en el incendio de su casa, que el bebé se le ahogó accidentalmente en la bañera... Vete a saber. Igual ni siquiera tuvo nunca un bebé.

—Qué triste.

Patrick asintió con la cabeza.

—Necesito dormir —dijo, tanto para sí como para Carmella.

Fue entonces cuando le sonó el teléfono. En cuanto contestó y oyó que le decían «Ha desaparecido otro niño», supo que esa noche no iba a descansar, ni en los próximos días, seguramente.

# CAPÍTULO 3

---

## HELEN – DÍA 1

Helen se desplomó en la mullida alfombra rosa y amarilla que había junto a la cuna de Frankie. Cerró los ojos con fuerza para contener las lágrimas.

La policía. Aquello era real. Le estaba sucediendo de verdad, lo peor que podía pasarle a una madre. Lo peor de lo peor. En los periódicos hablaban del secuestro de niños como «la peor pesadilla de unos padres», un cliché tan manido que había perdido efecto, pero era cierto.

Por un instante, al irrumpir en el cuarto de Frankie después de que Sean y ella llegaran a casa, había pensado que su temor inicial era infundado. Ojalá pudiera volver a aquel momento. Congelarlo, vivir en él...

Cuando se levantaba por las noches, se encontraba a menudo a la niña dormida en la alfombra y había una sombra oscura en el suelo, en el lado más apartado de la cunita. Culpando al alcohol, se había reprendido por ser tan melodramática y se había agachado a levantar a su hija del suelo, pero, al bordear la cuna, había visto enseguida que aquella no era Frankie sino un enorme Tigger de peluche, regalo de su madrina. Estaba tapado con una manta; Alice y Frankie debían de haberlo dejado así, en el suelo, como parte de la rutina de sueño de la pequeña.

Su sonrisa se había esfumado y Helen había apartado con rabia el peluche, como si pensara que Frankie se encontraba escondida debajo. Volvió a sentir un pánico atroz, mayor que el anterior. Se abalanzó sobre el interruptor de la lámpara del techo y una intensa y cruda luz blanca iluminó la estancia, reduciendo a la nada los suaves remolinos de la lamparita de noche.

—¿Frankie? —la llamó, no muy fuerte, aún no, en parte pensando en lo

boba que se sentiría cuando al abrir la puerta del armario la encontrara dentro o lo mucho que asustaría a la pequeña oírle gritar... Pero la niña no estaba allí. Helen había corrido por el descansillo, había mirado en el baño y en los otros dos dormitorios de la primera planta, luego había subido a toda prisa las estrechas y sinuosas escaleras del ático que conducían al cuarto de Alice por si la pequeña se había colado en su cama—. ¡Frankie! —volvió a llamarla, más fuerte esa vez, lo bastante como para que Sean la oyera desde el salón.

—¿Qué ocurre? —le contestó él en voz baja, irritado, lo que enfureció a Helen. Si llamaba a gritos a su hija en plena noche, ¡era evidente que algo pasaba!

—¡No está aquí, Sean! ¡No está!

Helen bajó las escaleras de dos en dos y estuvo a punto de dar un traspies en el último escalón, cuando, bordeando a toda prisa el poste de la barandilla, sobrepasó a Sean. Este quiso retenerla, pero se le escapó y se acercó corriendo al sofá, donde Alice aún dormía profundamente.

—¡Alice, Alice...! ¿Dónde está Frankie? No está en su cuna, no la encuentro. ¿Dónde está? ¡Despierta! —Zarandeo a su hijastra por el hombro, pero, pese a que Helen le gritaba al oído, Alice se limitó a gruñir y a enterrar la cara en los cojines del sofá—. ¡Despierta, niñata estúpida e irresponsable...!

—¡Helen! —bramó Sean—. Así no conseguirás nada. Alice, despierta, cariño. Tenemos que hablar contigo —le dijo él, sacudiéndole el hombro también, suavemente al principio, con más brío después, al ver que no abría los ojos—. Hel, no tiene buena cara —añadió, tras ponerla boca arriba—. ¿Por qué no se despierta?

Le dieron unas palmaditas suaves en la mejilla y se inclinaron sobre ella, olfateándola, supuestamente en busca de algún rastro de alcohol o drogas. Helen tuvo que apretar los puños a la espalda para no despertarla de un bofetón.

—Ay, Sean, a lo mejor la niña ha salido a la calle... Si Alice estaba traspuesta, podría haberse marchado, podría haber pasado cualquier cosa. ¿Qué hacemos? —dijo la última palabra con un gemido de pánico. Tenía la cabeza atestada de imágenes de secuestradores de niños: la figura borrosa de aquel individuo encapuchado desatando a Liam de la sillita de seguridad y huyendo a toda prisa con él que habían captado las cámaras de seguridad; el ladrón sin rostro que se había llevado a Lizzy de su casa...—. ¡Ha sido él! —exclamó espantada, casi sin aliento—. El mismo que se llevó a Izzy y a Liam,

lo sé. Sabía que iba a pasar algo malo, lo presentía y, ahora, mira...  
¡DESPIERTA, ALICE!

Le había berreado al oído y la joven gimió y se revolvió en el sofá. Sí, tenía mala cara, pero, en ese momento, Helen no sentía otra cosa que rabia y frustración. Cada instante que pasaban intentando despertarla era un tiempo en el que Frankie podía alejarse más. Cruzó el salón comedor hasta la cocina, llenó un vaso de agua, volvió corriendo y se lo tiró a Alice a la cara; el agua corrió por los dedos de Sean, que trató de detenerla instintivamente.

La joven abrió los ojos por fin y los miró con los párpados entornados, cubiertos de agua que le corría por las mejillas. Parte del agua se le metió en la boca y espurreó.

—¿Q-qué...?

—Habla con ella, Sean —le ordenó furiosa Helen—. Yo voy a mirar en el jardín y en el garaje.

Luego se alegró de que Alice hubiera estado lo bastante grogui como para no percibir su tono de voz. No pretendía ser tan brusca.

Dejó a Sean limpiándole con ternura el agua de la cara a su hija con la manga de la camisa y salió corriendo al jardín. Las puertas del patio estaban cerradas con llave, así que se dirigió de inmediato a la de la cocina que, en contra de sus instrucciones expresas, estaba abierta. Tras encender las luces de la terraza, abrió la puerta de golpe y empezó a correr como una loca por todo el jardín, registrando a oscuras todos los setos y lechos de flores y hasta la copa del peral, el cobertizo, el garaje, debajo de la mesa de pimpón, llamando a Frankie a gritos, tan fuerte que empezaron a encenderse luces en los dormitorios de las casas vecinas.

Volvió dentro, donde Alice estaba ya sentada en el sofá, frotándose la cara, aturdida.

Oyó los pasos de Sean en la planta de arriba, repitiendo su búsqueda, comprobando por sí mismo que su hija había desaparecido.

Helen hizo una pausa, como si la enormidad de la situación le hubiese caído encima como un yunque de repente y la hubiese dejado clavada al suelo. La arcada le sobrevino sin previo aviso de la boca del estómago; dio media vuelta enseguida en dirección al lavabo de la planta baja. No llegó a tiempo: tenía ya la mano en el picaporte y estaba a punto de tirar de él, pero el ímpetu de la acometida se lo impidió. El vómito inundó la alfombra estampada que cubría el suelo del vestíbulo, rellenó las ranuras de separación de las tablas del parqué y salpicó la puerta del servicio; una mancha de un

rojo intenso y oscuro, de *coq au vin*, *crème brûlée*, champán y vino tinto, una especie de «descelebración», una burla de la alegría que había experimentado hacía una hora chorreaba de pronto por las paredes.

Sean no se detuvo a acariciarle la espalda o tranquilizarla con palabras cariñosas, como solía hacer cuando vomitaba, pero daba igual. Le habría gritado si lo hubiera intentado. Estaba a la puerta de la casa, hablando por el teléfono, gritando el nombre de Frankie entre las sombras oscuras de los automóviles estacionados, al otro lado de las vallas de las casas y las entradas a los garajes.

Helen entró tambaleándose en la cocina, sin pensar siquiera en recoger el vómito. Se limpió la cara con un trapo de cocina, jadeando de pánico y de náuseas, luego se obligó a beber un sorbo de agua directamente del grifo. Cuando se inclinó para hacerlo, el pulso le latía tan fuerte en las sienas que tuvo que agarrarse a la pila para no caerse.

—Tranquila, no te dejes llevar por el pánico, seguro que está bien — murmuró en dirección a la puerta del frigorífico, decorada con los garabatos de Frankie—. Tiene que estar bien. Ha salido de casa y se ha perdido. No se la han llevado. No se la han llevado.

Soltó un gemido involuntario. Cuando el mareo remitió lo bastante para poder incorporarse casi del todo, cayó en la cuenta de que no había registrado la cocina y empezó a recorrerla desesperada, abriendo todas las puertas, del lavadero, del armario de la ropa limpia, de la lavadora, de todos los armarios de la cocina, hasta del chiquitín que había encima del extractor de humos del horno, como si fuera a encontrar a Frankie acurrucada allí, junto con los táperes y las bombillas de recambio. Los dejó todos abiertos, la cocina tan al descubierto como el contenido de su estómago, y volvió a subir agotada las escaleras al cuarto de Frankie, donde se detuvo a la puerta, como colocada de alguna droga terrible de la que no podía escapar, como a la deriva.

Oyó que Sean entraba de nuevo en casa, con paso firme y enérgico, hacía una parada para bordear el vómito del vestíbulo y subía las escaleras a su encuentro.

—Nada —dijo. La abrazó con fuerza—. La policía está de camino.

Helen lo miró espantada, luego se derrumbó sobre el marco de la puerta y se escurrió hasta el suelo, sacudida por el llanto.

Y allí seguía, en la mullida alfombra, junto a la cuna de su hija, incapaz de reunir las fuerzas necesarias para moverse. Esperando a la policía. Esperando a que alguien fuera a ayudarlos, a arreglarlo todo.

—Vamos, cariño —le dijo Sean, inclinándose para agarrarla del brazo y ayudarla a levantarse.

—Hay que limpiar la alfombra —señaló Helen. —Él la miró extrañado—. ¡Fíjate! —exclamó, consciente de que gritaba, de que estaba al borde de la histeria—. Mira estos pegotes... Mira. Frankie sabe que no debe comer chuches en su cuarto. Apuesto lo que sea a que se las dio Alice.

—Venga, Helen...

Sonó el timbre de la puerta.

Helen se levantó de un brinco. ¿Sería alguien que traía a Frankie a casa? ¿Serían buenas noticias? La esperanza creció en su interior mientras bajaba a toda prisa las escaleras, de dos en dos, a punto de caerse. Sean le pisaba los talones.

Al abrir de golpe la puerta, se encontró a dos agentes de policía uniformados, un hombre y una mujer, y cuando la mujer abrió la boca para hablar, Helen sintió un escalofrío que la recorrió de arriba abajo, como una premonición. Nunca jamás volvería a ver a su preciosa pequeña.

La agente de policía la condujo, entre sollozos, al interior de la casa.

# CAPÍTULO 4

---

## PATRICK – DÍA 1

Sean y Helen Philips, la pareja que había denunciado la desaparición de su hija, vivían en Teddington, en una calle de mansiones victorianas cuyo valor total superaba el PIB de Luxemburgo, a tiro de piedra de Bushy Park. Aunque los que allí vivían, se dijo Patrick, no eran de los que lanzan piedras. ¿Qué le arrojarían, tazas de té, miradas despectivas, comentarios mordaces? Se frotó los ojos, pensando que desvariaba un poco. Lo cierto es que estaba más a gusto en lugares como el complejo Kennedy. Al menos allí sabía lo que podían arrojarle y, mientras procuraba esquivarlo, no tendría tiempo de desvariar.

Carmella y él se acercaron a la casa, un sólido edificio de ladrillo rojo de fachada simétrica, con ventanas a ambos lados de una puerta con pórtico cubierto de glicinias y un jardín exquisitamente diseñado. Era una de esas casas tan elegantes que daba pena vivir en ellas, con su puerta impoluta y resplandeciente, sus ventanas perfectamente delineadas y ni un solo guijarro fuera de sitio en la entrada de gravilla. Estaba convencido de que una vez a la semana les llevaban el pedido de verduras y hortalizas orgánicas, que en el garaje guardaban esquís y que una chica polaca les limpiaba la casa un par de veces por semana.

Cuando se habían llevado a Isabel, Patrick estaba convencido de que les pedirían un rescate inmediatamente, pero no fue así. Lo mismo había ocurrido con Liam. En los secuestros de niños de familias acomodadas, la suposición lógica es que el dinero es uno de los factores primordiales. Sin embargo, hasta la fecha, no había indicios de que así fuera, con lo que aquellos casos no solo eran más complicados de descifrar sino también más

aterradores. En la última semana, los habitantes de esa parte del suroeste de Londres habían empezado a ponerse nerviosos, como si los Starbucks de la zona hubieran comenzado a servir accidentalmente cafés cuádruples. Más que nerviosos. Los habitantes de Richmond-upon-Thames estaban aterrados.

Y la presión a que estaba sometida la policía, el equipo de investigación número 9 en particular, no se parecía a nada que Patrick hubiese experimentado antes, ni siquiera cuando un violador y asesino había hecho estragos en Sutton, ni durante el caso James Lawler, cuando una pandilla de chavales blancos había matado de una paliza a un escolar negro a las cuatro y media de la tarde. Debido al intenso interés de los medios y de la opinión pública, ese caso se había clasificado de inmediato como incidente crítico, la investigación más importante en la que Patrick había participado. Esa era la clase de presión de la que hablaban Bowie y Queen y las últimas dos noches Patrick se había ido a la cama con esas líneas de bajo rondándole en la cabeza.

Miró el reloj, las 0:29. Al llamar a la puerta con los nudillos, su cuerpo recurrió enseguida a sus reservas de adrenalina. «Allá vamos —se dijo—. Ahí llega el subidón.» Cerró los ojos un segundo, dejó que lo inundara, que lo recorriera entero, como un estallido de aire mentolado que hizo que le hormigearan las venas y se le erizara la piel. Se desprendió del cansancio como una serpiente muda la piel. Ya estaba listo.

Carmella, a su lado, bostezó.

Él le lanzó una mirada asesina.

—Ni se te ocurra bostezar delante de esta familia.

—Lo siento.

Otra agente abrió la puerta y, al ver a Patrick y a Carmella, cruzó su rostro una expresión mezcla de familiaridad y alivio.

—Buenas noches, señor. Agente de policía Sarah Hayes, ella es la agente Viv Mortimer... —se interrumpió, como si fuera a decir algo más, pero le hubiese dado vergüenza. Por un instante, Patrick pensó que iba a darle las gracias por su asistencia, como si fuera la anfitriona de un cóctel siniestro. La agente Mortimer merodeaba torpemente por el pasillo y Patrick confió en que aquella pareja se hubiera mostrado más segura en el trato con los Philips. Del salón procedía el murmullo grave de una voz masculina, el trémolo irregular, tan pronto elevado como discreto, de una voz femenina—. Les he pedido que se queden allí, señor —le explicó la agente Hayes—. Hasta que pudiéramos informarles a ustedes.

Patrick hizo una seña a los agentes para que salieran con él a la puerta de la vivienda, donde la familia no pudiera oírlos.

—Informe.

Hayes llevaba una libreta en la mano, pero no la consultó.

—Se trata de Sean y Helen Philips, señor. Salieron a cenar y dejaron a su hija, en realidad hija de Sean e hijastra de Helen, de canguro. La joven se llama Alice.

—¿Cuántos años tiene?

—Quince, cumple dieciséis en agosto.

—¿Y el niño o niños...? ¿A quién estaba cuidando?

—Solo a una niña, señor, la secuestrada. Frankie, de tres años. Es hija de ambos, de Sean y Helen. Como digo, salieron a cenar a un restaurante llamado Retro.

—Precioso —dijo Carmella.

—Volvieron a las 23:25 y se encontraron a Alice dormida en el sofá. La señora Philips dice que ella subió directamente a ver a Frankie y no la encontró en su cuarto. Lo primero que hicieron fue despertar a Alice, que no tenía ni idea del paradero de la pequeña. Registraron la casa, luego Sean salió a mirar en los jardines, en el principal y en el trasero, y en la calle, luego nos llamó. Eso fue a las 23:35.

—¿Algún indicio de que hayan forzado la cerradura?

—No hemos tocado nada, señor, pero los Philips nos han dicho que la puerta de servicio estaba abierta. La señora Philips asegura haberla dejado cerrada con llave y haberle pedido a Alice que volviera a cerrarla si dejaba salir al gato. Alice jura que no ha visto al gato en toda la noche ni se ha acercado siquiera a la puerta de servicio.

—¿Esta puerta estaba cerrada con llave? —preguntó Patrick señalando a la puerta principal.

—Eso dicen.

Se hurgó en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó un cigarrillo electrónico que siempre llevaba encima. Llevaba diez años dejando y retomando el vicio y aquel era su intento más reciente de dejarlo. Por desgracia, aquello era un poco como tener sexo con una muñeca hinchable — suponía— o comer sucedáneo de bacón. Aun así, le proporcionaba una dosis de nicotina que le hacía mucha falta en ese momento. Succionó el dispositivo y observó que la agente Hayes esbozaba una sonrisa burlona al ver que se encendía una lucecita verde en la punta del cigarrillo.

—Muy bien, quiero hablar con la familia —sentenció Patrick, exhalando una nube de vapor—. Carmella.

Ella lo siguió al salón.

Los tres miembros de la familia ocupaban distintos lugares en el conjunto de tres piezas. A la izquierda, en el lugar más alejado de la puerta, Sean Philips se hallaba encaramado al borde de un sillón de color crema, mirando angustiado a su esposa, sentada en el extremo derecho, en otro sillón. Entre ellos, en el sofá, estaba la hija adolescente, desparramada sobre los cojines, con cara de estupefacción.

Tanto Sean como Helen se levantaron al verlo entrar; ella se acercó más a él, su esposo se situó justo detrás.

—Buenas noches, señores Philips. Buenas noches, Alice. Soy el inspector de policía Patrick Lennon y ella es mi compañera, la sargento Carmella Masiello. Deben de estar preocupadísimos, así que no perdamos el tiempo.

—¿Ha sido ese tipo? —fue lo primero que preguntó Helen Philips—. ¿El mismo que se llevó a Izzy y a Liam?

Temblaba, con los puños apretados junto al cuerpo, y lo miraba de aquella manera que conocía tan bien, de ese modo en que los moribundos miran a los cirujanos, con una mezcla de desesperación y esperanza. Lennon no pudo evitar pensar que iba a salir estupenda en la televisión, que a la prensa le iba a encantar publicar su fotografía en primera plana. Aquella mulata hermosa y altiva de ojos enormes, pómulos prominentes y boquita de piñón. Y allí, en el aparador de época, había filas de retratos enmarcados, entre ellos uno de la pequeña, una foto de estudio seguramente tomada por un profesional. Una niña preciosa con los ojos enormes de su madre y una mata de suaves rizos de color castaño oscuro. A la prensa le iba a encantar publicar su fotografía en primera plana también.

Patrick se acercó al aparador.

—¿Puedo? —preguntó, indicando su intención de examinar el retrato.

Helen apartó la mirada de la fotografía como si le quemara la vista, pero Sean asintió con la cabeza.

El inspector sostuvo en alto el retrato.

—¿Ella es Frankie?

—Sí —respondió Sean, en voz baja y sin entusiasmo.

Hablaba un «inglés estuario», de Essex o del norte de Kent. Era unos años mayor que él, tendría treinta y muchos, y parecía estar en forma,

delgado, de barbilla firme. Daba la impresión de que hacía un esfuerzo sobrehumano por mantener la entereza, como si estar siquiera en aquella estancia le costase una barbaridad. Quería salir de allí, a buscar a su pequeña.

Las lágrimas empezaron a rodar por las mejillas de Helen y Sean se dispuso a rodearla con el brazo, pero ella se zafó de él.

—No ha respondido a mi pregunta —espetó Helen—. ¿Ha sido ese tipo?

Patrick respondió en un tono a la vez firme y suave.

—No podemos saberlo aún, señora Philips. Ahora mismo no descartamos nada. Apenas hace una hora que descubrieron que Frankie no estaba en su cuna. Hay que estar abiertos a todo.

—¡No! —exclamó Helen, negando rotundamente con la cabeza—. No se ha ido de casa. Se la han llevado.

—¿No deberían instalar controles en la carretera, sacar los helicópteros, las patrullas de búsqueda? —intervino Sean—. Yo debería estar buscándola, no aquí de cháchara.

Dio un paso hacia la puerta. Carmella se interpuso en su camino y le impidió el paso. Sean profirió un gruñido de desesperación.

—Señores Philips, lo primero que debemos hacer es hablar con ustedes, determinar lo que ha sucedido exactamente —les explicó Patrick.

—Hemos llegado a casa y nuestra hija no estaba. Eso es lo que ha pasado —replicó Sean.

Helen se mordisqueaba el dedo índice, mirando al suelo.

—Al menos se ha llevado a Red Ted —dijo, mirando a Patrick. El inspector esperó a que continuara—. Lo tiene desde que nació —añadió—. Nunca duerme sin él. Jamás. He registrado su cuarto y no está ahí.

Un sollozo ahogó aquellas últimas palabras.

Patrick le concedió unos instantes, durante los cuales Helen le permitió a su marido que la rodeara con el brazo. De pronto le vino a la cabeza una imagen de Bonnie y su rechoncha Peppa Pig. Peppa era el Red Ted de su hija.

—Señores Philips, necesito que me acompañen a comisaría.

—Ni hablar —espetó Sean—. ¿Y si la trae alguien? Tenemos que estar en casa.

—Habrá agentes aquí. Pero hay que examinar la vivienda, buscar pruebas.

—¿Pruebas forenses? —preguntó Sean.

—Entre otras. Me temo que no podemos hacerlo mientras estén ustedes

aquí. Además, agradecería que hablaran con nosotros esta noche, cuando los hechos aún son recientes. —Lo miraron fijamente, sin pestañear—. Les prometo que haremos todo lo posible por encontrar a Frankie.

Accedieron. Mientras Carmella se disponía a sacarlos de la habitación, Patrick se volvió hacia la joven que había permanecido en silencio hasta entonces. Se había levantado y había agarrado de la mano a su padre. Llevaba la cabeza gacha y el pelo le caía por la cara, con lo que no podía verle el rostro, pero, mientras hablaba con Sean y Helen, le había dirigido alguna mirada furtiva. Ella también lo observaba, con los ojos como platos, estudiando los tatuajes que se le veían en los antebrazos, aunque no sabía si con aprobación o repugnancia. Sobre todo, parecía preocupada y asustada. Pero su lenguaje corporal, el modo en que abrazaba su propio cuerpo, estremecida, cada vez que hablaban su padre o su madrastra... Por aquello sabía que, de los tres, ella era la que casi con certeza más información podía proporcionarles.

En cuanto Carmella se fue con los Philips a comisaría, Patrick se aseguró de que los agentes de la científica estaban de camino, junto con otros miembros del equipo. Esa noche muchas esposas descontentas dormirían solas. Esa era una de las ventajas de ser soltero, en todos los aspectos: nadie le pedía explicaciones.

Recorrió la casa en silencio, primero la cocina, pensando en la locura que iba a generar en los medios aquel caso, en el pánico que desataría. Y en la presión que sufriría su equipo, que ya estaba agobiado; no parecía que la cosa pudiera empeorar, pero él sabía que en ese momento estaba a punto de hacerlo. Era como cuando el marcador pasaba de 2-0 a 3-0 en un partido que uno no podía permitirse perder.

Tres niños en una semana en la misma zona de Londres. En un salón, un automóvil y ahora una cuna. La persona a la que la prensa ya llamaba «el Secuestraniños» se estaba envalentonando; se había atrevido a subir a la planta superior, como el zorro urbano que había causado casi tanta histeria que se había colado en la casa de alguien y había intentado llevarse a rastras al bebé de alguien. Claro que no debía dar por supuesto que se trataba de la misma persona en los tres casos, pero, salvo que fuese un imitador —y él no se había topado con ninguno en sus más de diez años de profesión— o alguna clase de sociópata, aquello debía de ser obra de la misma persona. Una persona cuya necesidad de cometer esos delitos iba en constante aumento.

Se calzó un par de guantes desechables y examinó la puerta de servicio, escudriñando la oscuridad del jardín.

Algo chocó contra el cristal y él dio un respingo. Era un gato, uno de esos anaranjados, que se abalanzaba sobre la puerta, intentando entrar.

—Más vale que te vayas a cazar ratones esta noche, amigo —le dijo.

Las llaves estaban puestas. Hizo una anotación en su libreta y echó un vistazo por la cocina. Había una copa de vino solitaria en el escurrer platos. Del cubo de la basura sobresalía la caja de una *pizza* a domicilio. Olía muy ligeramente a humo de cigarrillo. ¿Era eso lo que había ocurrido? ¿Alice había aprovechado la ausencia de sus padres para salir a fumarse un pitillo y le daba miedo reconocerlo? Si así era, Patrick lo encontraba comprensible. Él seguía sin fumar delante de sus padres, ni siquiera esos cigarrillos de pega.

Salió de la cocina y, tras echar un vistazo a la planta inferior, subió a la primera. El cuarto de Frankie era la segunda puerta a la izquierda, inmediatamente identificable por la imagen de un hada de dibujos animados que presidía la puerta. La abrió con delicadeza, entró y estudió la cuna. Deshecha, con una suave concavidad en la almohada, un par de peluches a los pies del edredón, ninguno de ellos, en principio, el valioso Red Ted. La científica tendría que examinar detenidamente aquella estancia —siempre que Frankie no apareciera en las próximas horas—, así que no quería tocar nada, pero atrajo su atención un pequeño escritorio que había bajo la ventana, con una silla también de miniatura. Una mesa de dibujo, atestada de pinturas y rotuladores y coronada por una pila de libros de colorear.

Había un puñado de folios en el centro del escritorio, bolígrafos cerca de ellos con las tapas quitadas. Como el resto estaba tan limpio y ordenado, Patrick se preguntó si Frankie habría estado haciendo aquellos dibujos después de que sus padres hubieran salido.

Tomó el primero y lo sostuvo con el índice y el pulgar enguantados. Era un dibujo de lo que debía de ser un gato, coloreado de naranja. El mismo que maullaba junto a la puerta de servicio en esos momentos.

El dibujo que había debajo, en cambio, era más intrigante. Se acuclilló para verlo mejor. Un cuadrado grande cruzado por una equis, la representación infantil universal de una ventana. En un rincón de la misma, un círculo imperfecto. Un círculo con otros dos redondeles dentro, una raya vertical y una curva.

Los ojos, la nariz y la boca.

Era, constató entonces, el dibujo de un rostro asomado a la ventana.

La cuestión era la siguiente: ¿miraba afuera o adentro?

# CAPÍTULO 5

---

## HELEN – DÍA 1

—¿Cómo ha dicho que se llamaba?

Helen miró al detective como si no lo hubiera visto en su vida, pese a haber estado en su casa no hacía ni media hora. Ella le había preguntado automáticamente su nombre, colaboradora, educada, la joven bien criada que sabía modales... ¡como si los modales fueran a cambiar algo! ¡Dios, habría gritado hasta hacer añicos todas las ventanas del edificio si con sus gritos hubiera conseguido recuperar a su hija!

¿Qué hacía allí a la una y media de la madrugada, en aquella extraña sala pintada de amarillo limón, cuando debía estar en la cama con Sean, satisfecha y abrazada a él, sumida en ese sueño profundo inducido por el alcohol y el sexo? Ansiaba rebobinar hasta el instante previo al momento en que había entrado en el cuarto de Frankie, cuando todo iba bien. Más aún, al instante en que Sean y ella habían salido de casa. Reescribiría el guion, cambiaría el futuro. Pero aquello era la vida real y no se podía rebobinar, la realidad no podía cambiarse. En ese preciso momento, supo en lo más hondo de su ser que, si algo le ocurría a su pequeña, ella se quitaría la vida. Seguir viviendo ya no tendría sentido.

—Inspector Lennon —contestó él, encendiéndose uno de sus falsos cigarrillos electrónicos.

—¿Puedo llamarla Helen? Lamento retenerla a horas tan intempestivas.

—Sí, llámeme Helen —masculló ella, observando cómo se iluminaba en verde la punta del cigarrillo de plástico con la fuerte calada del inspector.

Helen tuvo que sentarse encima de las manos para que dejaran de temblarle y notó cómo se le clavaba el diamante del anillo de compromiso en

la cara posterior del muslo izquierdo.

Apretó más fuerte, agradeciendo el dolor.

—Comprenderá que cuanto antes tengamos una visión completa de lo acontecido, mayores serán las posibilidades de encontrar a Frankie enseguida.

Al oír a aquel hombre pronunciar el nombre de su pequeña sintió un escalofrío por todo el cuerpo. Tenía una voz bonita, grave y agradable, con un suave acento del suroeste del país. Notó que él percibía el levísimo respingo involuntario de ella y advirtió su gesto de compasión.

En circunstancias normales, aquel tipo la pondría nerviosa. Entró en la sala una mujer de uniforme y le ofreció un café que Helen no recordaba haber pedido y, mientras lo bebía a sorbitos, pensó curiosamente en que más que un detective aquel hombre parecía el bajista de una banda de rock, musculoso, pero algo cargado de hombros. Se fijó en su rostro y vio que bajo aquel atractivo se escondía aún un niño bueno, la clase de hombre que uno imagina en un retrato escolar, con unos cinco años, exactamente igual, pero con más pelo, la piel más suave y los dientes más pequeños.

—¿Tiene hijos? —espetó ella, inclinándose hacia delante, deseando que le respondiera afirmativamente. Tras una breve pausa, él asintió con la cabeza y a ella los ojos irritados se le llenaron de nuevo de lágrimas.

—Pero incluso si no tuviera, haría todo lo posible por devolverle a Frankie, Helen —dijo él, y la bondad y la urgencia de sus palabras hicieron que las lágrimas rodaran por sus mejillas en dos líneas rectas hasta caerle por la barbilla—. Vamos a empezar, ¿le parece? —añadió el detective al tiempo que accionaba una grabadora—. ¿Le importaría repasar los acontecimientos de esta noche, Helen? Ya sé que lo hemos hablado en su casa, pero hay que registrarlo. ¿Ha observado algo inusual, ha visto a alguien merodear por la zona o acercarse a la vivienda...?

Helen se limpió las lágrimas e inspiró hondo. Repasó lo sucedido esa noche, aunque tuvo que hacer varias pausas para recomponerse. Solo de pensar que Sean y ella habían estado bebiendo vino, celebrando, besándose y riendo mientras Frankie... Frankie...

Nadie sabía dónde estaba Frankie.

—¿Qué le ha dicho Alice cuando ha entrado en casa? —le preguntó Patrick como si nada, y eso la irritó.

—Como ya le he dicho antes, estaba profundamente dormida. Hemos tenido que echarle agua por la cara para despertarla, estaba casi inconsciente. —Al ver que el detective Lennon enarcaba las cejas, Helen empezó a hablar

atropelladamente—. Pero es que ahora está muy cansada: está terminando secundaria y hoy tenía clase de baile, así que debía de estar agotada. Además, nosotros hemos llegado una hora más tarde de lo prometido —añadió, y miró a otro lado.

—¿Ah, sí? ¿Y eso?

A Helen le tembló el labio.

—Hemos estado de celebración. Sean me ha dicho que estaba listo para tener otro bebé y yo me he puesto muy contenta. Llevo muchísimo tiempo esperándolo.

El inspector Lennon sonrió, pero con los labios apretados, por lo que más que cara de satisfacción pareció poner cara de asco.

—¿Cuánto tiempo llevan casados?

Helen se sentó con más fuerza sobre el diamante al recordar que Sean se lo había puesto en el anular en aquella cálida playa de arena blanca de las Seychelles, con una mirada extraña, tierna y fiera a un tiempo en sus ojos verde oscuro.

—Cuatro años y medio. Yo estaba embarazada de tres meses, de Frankie, pero siempre habíamos querido casarnos. Por aquel entonces, llevábamos ya dos años juntos. Sabe que Alice no es hija mía, ¿no? Sean ya estuvo casado.

—No lo sabía. Se parece a usted. Entonces, ¿cuántos años tenía Alice cuando...?

—¿Cuando nos casamos? Diez. Fue ella quien esparció los pétalos de flores en nuestra boda. Tenía ocho cuando nos conocimos.

—Una edad difícil para que una niña acepte que su padre quiera casarse con una mujer que no sea su madre —dijo Lennon con naturalidad—. ¿Se lleva bien la joven con su madre biológica, la primera esposa de Sean, si es que se llegaron a casar?

A Helen le dieron ganas de gritar: «¿Y eso qué importancia tiene? ¡ENCUENTRE A FRANKIE!». Se mordió el labio.

—La primera esposa de Sean murió en un accidente de tráfico cuando la niña tenía tres años.

Lennon anotó algo en su libreta.

—¿Salió Sean con otras mujeres antes de conocerla a usted?

Helen se encogió de hombros. Los ojos se le llenaron de lágrimas una vez más; con cada pregunta que le hacía, Frankie podía estar alejándose de ella medio kilómetro más.

—Sé que tiene que hacerme estas preguntas, inspector Lennon, pero ¿no pueden esperar hasta mañana? ¿No es más importante ahora salir a la calle e intentar encontrar a Frankie?

Lennon le dio una palmadita en la mano, pero no lo hizo con condescendencia.

—Entiendo que piense eso, Helen, pero no olvide que tenemos un puñado de agentes ahí fuera haciendo precisamente eso y a un equipo estudiando las grabaciones de las cámaras de seguridad de la zona. Mi cometido es elaborar un perfil de su vida familiar y le aseguro que es igual de importante.

Le ofreció un clínex y ella se sonó la nariz.

—Sean tuvo un par de novias, creo. Tuvo algunas citas por Internet, pero, cuando Alice tenía unos seis años, empezó a protestar cuando él salía por las noches y la dejaba con una canguro, así que no salió con nadie durante un par de años, luego me conoció a mí. Nos conocimos en el festival de verano del colegio de Alice. Yo estaba allí con mi amiga Samantha, cuya hija, Celia, es ahijada mía. Me habían convencido para que les echase una mano en su puesto de pintura de caras. Sean y Alice se acercaron y empezamos a charlar mientras yo le pintaba la cara de tigre a Alice. Él se aseguró de que no estaba casada y me pidió que saliera con él a tomar una copa.

Helen recordó aquella primera mirada al precioso rostro de la pequeña Alice, cuando aún era un lienzo en blanco, sin bigotes de tigresa ni franjas de resentimiento oculto y rabia contenida, y que aquel padre tan sexi le había atraído tanto que no había sido capaz de pintar ni una sola franja naranja recta en las mejillas de Alice.

—¿Y cómo se tomó Alice el que usted saliera con su padre?

Helen suspiró.

—No muy bien. Rabietas y demás. No fue fácil y, de no haber estado tan enamorada de Sean, me habría rendido, pero perseveramos y, ahora, Alice y yo nos llevamos más o menos bien.

—¿Más o menos?

—Tiene quince años. Con ella todo es un drama. No le preocupa emprenderla contra mí... o contra su padre, pero adora a Frankie y jamás le haría daño. Tiene que estar destrozada por su desaparición. ¿Cuánto tiempo la van a retener aquí?

—Solo hasta que tengamos su declaración. Ella es lo que llamamos una

«testigo fundamental». Sus vecinos, los... —Consultó la libreta—. Los Jameson se han ofrecido amablemente a alojarlos en su domicilio cuando vuelvan. De momento, su casa es el escenario de un delito, me temo.

—¿Pete y Sally? Ay, qué detalle. De acuerdo.

—Dígame entonces, Helen: ¿Frankie ya se había escapado de casa antes?

Helen se incorporó en el asiento y apretó los dientes con súbita rabia.

—¿Antes? ¿A qué se refiere con «antes»? Nunca se ha escapado de casa, punto, ¡y tampoco se ha escapado esta noche! Cuando se duerme, rara vez se despierta hasta que es de día. Hay una verja al comienzo de la escalera que ella no sabe abrir y tampoco llega a la cerradura de seguridad de la puerta principal; además, aunque la llave de la puerta de servicio no hubiera estado echada, no habría podido pasar de la verja del jardín.

Lennon reaccionó con calma, imperturbable. Anotó algo en su libreta negra, con una letra tan pequeña y garrapata que Helen no logró descifrarlo. Luego volvió a mirarla a los ojos.

—No insinuaba nada. A algunos niños les gusta explorar; a otros, no. Debemos asegurarnos de que Frankie no era de los niños a los que les da por explorar.

—No lo es —dijo Helen, e imaginó a su hija profundamente dormida en su camita infantil, con las mejillas calientes y sonrosadas y un hilillo de saliva corriéndole por la comisura de la boca hasta la sábana de franela, amarrada a Red Ted con un solo brazo. El dolor que sintió fue como una puñalada en el estómago, sintió que la destripaba.

Lennon se levantó, cruzó la sala de interrogatorios hasta una mesita que había en un rincón y abrió una carpeta de cartón.

—¿Cuándo dibujó Frankie esto? —preguntó, sacando de la carpeta un folio algo arrugado que contenía uno de los dibujos de la niña. Helen lo tomó y frunció el ceño.

—Es la primera vez que lo veo.

—¿En serio? Estaba en el escritorio de su cuarto cuando lo registramos, debajo del dibujo de un gato.

Helen lo estudió más detenidamente y se llevó la mano a la boca, espantada, cuando se dio cuenta de lo que era.

—¿Alguien mirándola por la ventana? ¡Ay, Dios mío!

—Puede que no signifique nada malo —la tranquilizó Patrick—. La ventana del dormitorio de Frankie seguía cerrada, estamos convencidos de

que no entró nadie por ahí.

—¿Y si acercaron una escalera para asomarse a su cuarto?

—Bueno, ahora no hay ninguna. Probablemente no sea nada importante, pero debemos documentar todo.

—Yo misma recogí su habitación antes de que nos fuéramos. No había ningún dibujo en su mesa, seguro, debió de hacerlos después de su baño. Cuando Alice estaba cuidando de ella...

—¿Qué le hace pensar que no lo hizo?

A Helen le temblaba la mano con la que sostenía el dibujo.

—Pues que a Alice también le encanta dibujar. Siempre ayuda a Frankie con sus dibujos, añade detalles al fondo, completa con cuerpos las caras que pinta, cosas así... Y hacen mapas juntas. Mapas divertidos a los que Frankie llama «napas». Ella le indica los lugares señalados y Alice los dibuja. Da gusto verlas dibujar juntas, con las cabezas pegadas, la lengua fuera... A mi pequeña no le gusta dibujar sin Alice. —Se interrumpió—. Quizá Larry sí estuviera allí... —dijo al fin.

Lennon levantó la vista de su libreta.

—¿Larry?

—El novio de Alice. No debería invitarlo a casa cuando no estamos.

El detective enarcó una ceja.

—¿No les parece bien?

—Ah, no, no es eso, pero... es que yo sabía que, si pasaba a verla, Alice iba a estar... distraída. Cuando debería haber estado pendiente de su hermana.

Helen apretó la mandíbula mientras veía a Lennon garabatear algo más en su elegante libreta. ¿Cómo se le había ocurrido confiar a Alice el cuidado de su adorada pequeña? ¿Y qué significaba aquel dibujo? Alguien que miraba por la ventana... Sintió una arcada y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano por no vomitar.

Tragó saliva y miró al detective. Cuando habló, sus palabras sonaron entrecortadas.

—Por favor, encuéntrala. Tiene que encontrarla.

Patrick le devolvió la mirada con gesto comprensivo.

—Tranquila, Helen, voy a remover cielo y tierra hasta devolverle a su pequeña sana y salva —le dijo de corazón.

Pero eso no hizo que Helen se sintiera mejor.

No para de mirarme fijamente y retrocede como si fuese a atrapar algo. Me resulta irritante, como las moscas que rondan la furgoneta, tres moscas cojoneras que no dejan de toparse con las ventanillas y a las que no consigo dar caza. Esta mañana, cuando he despertado, me he encontrado a una de ellas chupándome el brazo y casi he vomitado. Supongo que huelo fatal, después de haber estado encerrado en esta furgoneta las últimas veinticuatro horas, todo sudado por el calor, la excitación y el miedo. Estoy deseando poder darme una ducha, pero voy a tener que esperar. A fin de cuentas, la paciencia se me da bien.

—Venga —digo, al tiempo que le ofrezco un batido de frutas—. Dale un sorbo.

Ella frunce su preciosa cara y niega con la cabeza.

—¿Te apetece algo de comer? Mira, te he traído chocolate.

Hace tanto calor en la furgoneta que, cuando le quito el papel a la chocolatina, una parte se me queda adherida a los dedos y me fastidia tanto que me noto el pulso en los oídos.

—Bebe —le digo con mayor firmeza, acercándole la botella de color púrpura a la boca—. Bebe si no quieres que me enfade.

Me mira con sus ojos enormes y esas preciosas pestañas me roban el aliento, como la primera vez que la vi; ella acepta la botella a regañadientes y bebe.

—Buena chica.

He comprado las bebidas azucaradas, las chocolatinas y todo lo demás —patatas fritas, ositos de gominola y las magdalenas de sabores— en el supermercado, he pasado todo por la caja rápida, uno de esos maravillosos inventos con los que es tan fácil vivir sin llamar la atención. Bueno, he pasado un poco de angustia cuando ha ocurrido un imprevisto en la zona de embolsado, pero uno de los empleados ha venido corriendo y ha pasado su tarjeta sin mirarme siquiera.

Empieza a oscurecer. Las sombras se cuelan en el interior de la furgoneta. Oigo una música atronadora a lo lejos, en el jardín de alguna casa. Uno espera que la vida en el campo sea tranquila, que solo se oiga el ulular de las aves y las peleas de los animales, pero ni siquiera aquí puede uno librarse de todo el mundo. Tengo que seguir moviéndome, pero noto que Londres tira de mí, como si me tuviera sujeto con una banda elástica.

El batido de frutas le ha producido un subidón de energía que la hace temblar. Me pide un folio y un lápiz para poder hacer un dibujo. Dibuja una

casa con personas en forma de palotes que sonríen desde las ventanas.

Luego llora un poco y se chupa el pulgar.

—Red Ted —dice—. Quiero a Red Ted.

Es la enésima vez que menciona a su osito. Tendría que haberme traído al condenado peluche.

Contengo la irritación —por suerte, las moscas han dejado de estamparse contra las ventanillas— y le digo que es hora de ir a la cama. Levanto el edredón y ella se mete dentro, de espaldas a mí, con el pelo extendido por la almohada.

Me meto bajo el edredón con ella, aunque apenas hay sitio para dos.

—Venga —le digo, y la rodeo con mis brazos.

# CAPÍTULO 6

---

## PATRICK – DÍA 2

Lo primero que Patrick se preguntó al despertar fue por qué su almohada parecía dura como una piedra. Abrió los ojos al mismo tiempo que caía en la cuenta de que aún estaba en la oficina, dormido sobre el escritorio. Un reguero de saliva rodaba en dirección a la fotografía enmarcada de sus hijas. En ella, Gill contemplaba feliz al bebé, en la época en que Bonnie aún se manchaba de leche y tenía una mata de pelo rubio tan suave como el pelo de un gatito. Era probablemente la última vez que recordaba haber visto a Gill feliz de verdad y, como si se tratara de una especie de extraño karma, aquella fotografía le arañaba el corazón como unas uñas arañan una pizarra. Llevaba un tiempo queriendo guardarla, reemplazarla por un retrato de Bonnie sola, ahora que ya casi tenía dos años, pero no soportaba la idea de hacerlo.

Inclinó la cabeza a un lado y a otro y oyó cómo le crujía el cuello. Pulsó espacio en el teclado y la pantalla cobró vida de pronto. Ojalá él pudiera despertar tan rápido como el ordenador. Eran las 8:07, debía de haberse dormido hacia las cinco de la madrugada.

—La jefa quiere verte.

Al volverse, vio a Carmella, fresca como una rosa en una mañana primaveral, ofreciéndole un café de Starbucks.

—Eres un sol —le dijo antes de achicharrarse el labio superior con el café ardiendo.

Camino del despacho de Suzanne Laughland, le mandó un mensaje a su madre, y ella le respondió con la prontitud habitual y le dijo que Bonnie estaba bien, que había dormido toda la noche de un tirón y que en ese mismo

instante estaba forrando de cereales Weetabix el suelo del comedor. A sus dieciocho meses, Bonnie estaba en plena fase revoltosa y la idea de que su madre tuviera que volver a agacharse a recoger del suelo los cereales, sacar a la pequeña de la trona y tenerla entretenida, cambiarle los pañales y calmarla cuando tenía una rabieta, le hacía sentirse muy culpable, pero su madre insistía en que le encantaba, también se lo decía su padre recién jubilado.

No era normal que a los treinta y cinco viviera en casa de sus padres con su pequeña y sin su esposa, pero, en esos momentos, esa era la única solución posible. La única forma de que pudiera seguir con su trabajo.

—Adelante, Patrick. —Entró en el despacho de Laughland y tomó asiento—. Pareces agotado —le dijo.

—No empieces. Voy a pasar por esa terrible ducha en un minuto.

—Mejor tú que yo. —La ducha de la comisaría era un accesorio penoso instalado con prisas en el aseo unisex y cuyo rango de temperaturas oscilaba entre ardiendo y helada y vuelta a empezar. Se usaba únicamente en caso de extrema necesidad—. Además, tienes una marca sonrosada en la cara que parece el extremo de la alfombrilla del ratón.

Patrick se frotó la mejilla. Suzanne Laughland y él llevaban mucho tiempo trabajando juntos y habían ido ascendiendo a la par durante los diez últimos años, Suzanne siempre un escalafón por encima de él. Tenía el pelo de color rubio ceniza, recogido en una coleta perfecta, y unos enormes ojos azules que la hacían parecer más joven de lo que era, a pesar de las patas de gallo y las profundas arrugas de expresión de la frente. Apenas se maquillaba y no llevaba otra joya que el anillo de boda.

También ella tenía una fotografía en la mesa: de ella y su marido, Simon. No tenían hijos. Patrick nunca le había preguntado por qué había decidido no ser madre, ni si había sido decisión suya.

—Necesito que me pongas al día antes de que entremos ahí a informar al equipo.

Él le habló del interrogatorio de Helen Philips y del posterior interrogatorio de su esposo, Sean.

—¿Alguna contradicción en sus testimonios?

—Hummm... No. Los dos han descrito lo sucedido esa noche de forma muy similar. Solo difieren en lo relativo a Alice, la hija adolescente. —Patrick vio a Suzanne apartarse un mechón de pelo de la cara—. Helen piensa que es muy probable que la joven invitase a su novio a casa, un tal Larry Gould. Carmella dice que Sean está empeñado en que la niña no haría algo

así sin preguntárselo primero. Conviene que sepas que Alice no es hija de Helen —matizó brevemente.

—¿Así que papá piensa que Alice es un angelito incapaz de hacer nada malo?

—Exacto. Voy a hablar con ella esta mañana. La vecina ha accedido a venir aquí en calidad de acompañante mayor de edad.

Pitó el teléfono de Suzanne, ella le echó un vistazo y frunció el rostro irritada. Simon, se dijo Patrick esperanzado, y disfrutó imaginando a su jefa malhumorada con aquel cretino engreído.

—Muy bien —dijo ella—. Manténme informada. Supongo que los agentes mediadores ya están con la familia.

—Sí. Sandra Godden y Li Chen. Son los más experimentados que tenemos. Los demás están con los Hartley y los McConnell. Los Philips se alojan en casa de sus vecinos de al lado hasta que la científica haya terminado.

Suzanne rodeó la mesa y se sentó en el borde, Patrick se esforzó por no mirarle las piernas.

—Averigua lo que puedas de Alice, pero no pierdas mucho tiempo con ella.

—No hace falta que me digas cómo hacer mi trabajo, jefa —espetó él, resentido.

—Lo sé —rectificó ella en un tono más suave—, pero sospechamos que esta desaparición está relacionada con los otros dos secuestros, de manera que implica que los Philips no son sospechosos.

—Yo aún no he descartado nada.

—Pero no me negarás...

—Sí, ya lo sé. O es el Secuestraniños o... —Suzanne hizo una mueca. Así era como la prensa sensacionalista había empezado a llamar a aquel delincuente desconocido después de que, en Sainsbury's, un niño de imaginación desbordada informara que había visto en el supermercado a un hombre de «nariz muy larga» el día en que se habían llevado a Liam—. Perdón. O es coincidencia. En cualquier caso, Alice Philips es nuestra principal testigo y, si su novio estuvo allí, también él lo es.

—Vamos a hablar con el equipo. —Se detuvo delante de la puerta—. Ya han desaparecido tres niños. ¡Tres! Si antes nos parecía que iba a cundir el pánico entre la gente... Esto es como una pandemia.

—No, no lo es.

—¿El qué?

—Una pandemia es cuando un virus cruza las fronteras internacionales. Todos estos delitos han tenido lugar en el mismo distrito. Es una epidemia.

Ella puso los ojos en blanco y suspiró.

—Eres un puñetero listillo, Patrick Lennon. Ve a darte esa condenada ducha, espero que el agua te congele las pelotas.

Pero Patrick habría jurado que asomaba a los labios de Suzanne una sonrisa mientras salían de su despacho.

De pie bajo el absurdo chorrillo de agua tan pronto tibia como ardiendo o helada, notó como la tensión le anudaba cada vez más el estómago. Aun ahora, después de haber sido el detective principal de algo más de una docena de casos, seguía experimentando un tremendo pavor cada vez que debía enfrentarse al equipo, diez pares de ojos puestos en él. Un psicólogo con el que habló una vez en una fiesta le dijo que lo que sentimos cuando hacemos algo que nos da miedo, como hablar en público, hace que nuestro cerebro reptílico o primitivo nos grite «Lucha o huye» e inunde de perturbadora adrenalina nuestro organismo. Lo que sentía cuando se ponía en pie para dirigirse a una multitud era, aparte de su imperecedera pasión por The Cure y por su equipo de fútbol, el Brighton and Hove Albion, lo único que aún perduraba de su etapa escolar. Se deshizo del fantasma de su yo adolescente mirándose al espejo que había sobre el lavabo y que la ducha no había conseguido empañar. Si hubiera tenido aquellos tatuajes y aquellos músculos a los catorce, no lo habría pasado tan mal como siendo un niño blanco inadaptado y escuchimizado.

Recordó a Suzanne diciéndole que era un listillo y esbozando después una sonrisa. Era esa clase de intercambios que jamás tendrían delante de nadie más en un ámbito estrictamente profesional. Era casi imposible que un hombre y una mujer fuesen amigos en el trabajo sin que corrieran rumores sobre ellos, sobre todo cuando uno de ellos era el superior del otro. Le resultaba irritante, igual que a algunos trogloditas del cuerpo les fastidiase que hubiera mujeres de rango mayor que el suyo. Gill le había preguntado alguna vez si le importaba que su superior fuera una mujer y luego había bromeado con que en realidad a él le gustaba que lo mangonearan las mujeres con poder. Sonrió para sus adentros. Puede que hubiera algo de cierto en eso.

Consiguió mojarse lo justo para quitarse de encima la porquería, salió del cubículo y se secó con la toalla diminuta que llevaba en la bolsa del

gimnasio. No resultó especialmente reanimadora, pero le bastó para sentirse de nuevo medio humano. No dejaba de mirar nervioso la puerta del aseo para asegurarse de que había echado el pestillo, lo último que le faltaba era que, antes de la reunión, alguien de su equipo entrara y lo pillase desnudo, por muy musculoso que estuviera. Genio y figura hasta la sepultura. Además, después de algo así, le perderían el respeto.

Cinco minutos más tarde estaba en el centro de coordinación, consciente de que todo el equipo le miraba el pelo mojado que se le enroscaba por encima del cuello de la camisa mientras escribía los nombres en la pizarra blanca —Sean, Helen, Alice, Frankie— y les comunicaba lo que ya sabían. Trató de no pensar en que todos sabrían que había estado desnudo en la comisaría no hacía mucho y se reprendió por albergar aquellos pensamientos cuando había cosas mucho más importantes en juego.

Alguien había colgado ya una foto ampliada de Frankie junto a las de Izzy y Liam. Patrick se detuvo en ella un instante, invitando a los demás a hacer lo mismo. Debían centrarse en eso. Esos niños, sus familias. A veces, con el alboroto que rodeaba a ese tipo de casos, era fácil olvidarlo.

El MIT9 era uno de los equipos de investigación criminal que operaban veinticuatro horas en aquella comisaría, todo al mando de Homicidios y Delitos Mayores. Pese a su nombre, estos equipos no solo eran responsables de la investigación del crimen, sino también de muchas otras mierdas por las que Patrick deseaba a menudo que su soñado futuro como estrella de rock hubiera consistido en algo más que un puñado de conciertos espantosos en *pubs* de la costa sur del país. Masacres, violaciones en serie, infanticidios, catástrofes... y casos de desapariciones en los que había, según la jerga oficial, «razones de peso para sospechar que se habían producido muertes o había vidas en peligro». Esa era una frase que jamás repetiría a los padres de los niños desaparecidos.

—Bueno —dijo—, ya sabéis todos cómo va esto. Mike —añadió, señalando al sargento Staunton—, quiero que te encargues de la coordinación casa por casa. Recuerda que buscamos cualquier actividad sospechosa o extraña de la última semana: cualquiera a quien se haya visto merodeando por la zona o rondando el domicilio de los Philips o cualquiera que haya estado sentado en un automóvil o furgoneta estacionado a la puerta de la vivienda. No hace falta ni que te lo diga.

—Si nos pasa como con los otros dos, nadie habrá visto absolutamente

nada.

—Puede que esta vez haya suerte —intervino el inspector Adrian Winkler. Winkler, metro noventa, pelo negro por los hombros, más largo y más grueso que el de Patrick, y lo bastante atractivo como para completar el conjunto de lo que en teoría interesaba más a las mujeres, era otro de los inspectores del equipo. Su apodo era, inevitablemente, Fonzie, aunque más en broma, por lo guay que se creía, que porque llevara el mismo apellido que el actor que interpretaba al protagonista de la célebre *sitcom* estadounidense de los setenta—. Puede que tengamos a la chismosa del barrio en la casa de al lado. ¿Qué tal la ducha, por cierto?

—Mejor que nada, gracias, Adrian —respondió Patrick en tono cortante—. Quiero que Preet y tú coordinéis los equipos de búsqueda.

Winkler le lanzó una mirada asesina.

—Venga ya, Pat, ¿otra vez los puñeteros equipos de búsqueda? ¿Coordinar a esa panda de altruistas campando por el parque en busca de pistas cuando sabes de sobra que la mayoría preferiría formar una patrulla de linchamiento? El agente Gupta y yo tenemos mejores cosas en que invertir nuestro tiempo. —Patrick estuvo a punto de sonreír, hasta que Winkler añadió—: Además, una patrulla de linchamiento sería mejor idea. Nos ayudaría a liquidar a algunos delincuentes sexuales, nos libraría de los violadores.

—Sin problema, señor —terció la agente Preet Gupta antes de que la cosa se calentara demasiado—. Vamos, Adrian, despertamos envidia, nosotros estaremos al aire libre.

Pero ni siquiera la perspectiva de pasar tiempo con Preet, muy posiblemente la agente más guapa de la sala, animaba a Winkler. En los últimos días, Patrick había oído rumores de que a Adrian no le agradaba cómo Patrick estaba llevando la investigación. No era el primer desencuentro que tenían, normalmente por la forma metódica en que Patrick hacía las cosas. Winkler era de esos policías que prefieren lanzar bombas a analizar las consecuencias. Sabía que iba a tener que vigilarlo.

Continuó repartiendo cometidos. Las cámaras de seguridad para la agente Sarah Trentner; que el agente Martin Hale revisara las redes sociales y las llamadas telefónicas, y la tercera inspectora del equipo, Leanne Cornish, debía seguir descartando a delincuentes conocidos, no solo de Richmond sino también de las áreas colindantes, incluidas las zonas de Surrey que estaban fuera de la jurisdicción de aquella comisaría. Nada sorprendente. El primer

día de la investigación, tras la desaparición de Isabel, la sala era un hervidero de actividad, como un tiro de perros de caza tensando las correas. Ahora, en cambio, todos estaban cansados, hartos de dar siempre en hueso con aquel caso. Lo cierto era que no tenían pistas. Ni idea de lo que les había ocurrido a aquellos niños.

—Bien, escuchadme —dijo Patrick, nada dado a arengar a su equipo—. Ahora los padres de tres niños confían en nosotros. No hay que perder de vista el objetivo. Vamos a encontrar a esos pequeños. Encontraremos a la persona que se los ha llevado. Solo nos falta un golpe de suerte, una pequeña grieta en el caso donde poder... —No sabía muy bien adónde quería llegar—. Donde poder meter el dedo... —Winkler esbozó una sonrisa burlona—. Y poder mirar por ella... Y abrir la grieta de par en par hasta que veamos la luz del día. —Hizo una pausa, se recompuso, ignorando todos aquellos ojos clavados en él—. Así que adelante, salgamos, equipo.

Se volvió hacia la pizarra y se frotó los ojos. Suzanne, de pie junto a la puerta, le lanzó una mirada rara. Él sintió una pequeña punzada de resentimiento. Debía ser ella quien arengara al equipo, pero entonces ella le dedicó una sonrisa tranquilizadora y él se lo perdonó.

Cuando el equipo se dispersó, se acercó a ella y le hizo una seña a Carmella para que los acompañara. Antes de que pudiera llegar a Suzanne, Winkler se interpuso en su camino.

—¿En serio tengo que vigilar al jodido equipo de búsqueda?

—Sí, por supuesto.

Winkler abrió la boca para protestar de nuevo, pero, entonces, como iluminado de pronto, se contuvo.

—Muy bien. Gracias por la arenga, por cierto. Te abriremos esa grieta. No te preocupes, yo estoy muy motivado. —Lo miró a los ojos—. Ya sabes lo que pienso de los que hacen daño a los niños, ya sean hombres o mujeres.

Se fue y Patrick se quedó apretando los puños y contando hasta diez.

Winkler era una de esas personas a las que se les da bien detectar las debilidades del prójimo y cebarse en ellas, pues le iba a tocar encargarse del equipo de búsqueda durante toda esa investigación. Imaginárselo a cuatro patas por Bushy Park, esquivando condones usados y cacas de perro le hizo sentirse mucho mejor.

—Voy a convocar una rueda de prensa para última hora de la mañana —le informó Suzanne—. Los medios andan ya como locos. Sky News ya está emitiendo un avance sobre el caso, ya están acampados a la puerta de la

comisaría y de la casa de los Philips. También la BBC, la ITV y todos los diarios.

—No me lo digas: Perez Hilton se ha enterado y viene volando a cubrirlo.

Suzanne lo ignoró.

—Consigue unas declaraciones de los padres y las lees tú.

—Yo me encargo de eso —dijo Carmella.

Qué despejada estaba esa mañana, se dijo Patrick, celoso. Seguro que se había dado un buen baño de espuma perfumada y se había bebido una taza de té que le había preparado su mujer.

—Muy bien, de acuerdo. Y es cierto lo que has dicho —se dirigió a Patrick—: los vamos a encontrar.

Antes de que pudiera contestar, Mike asomó la cabeza por la puerta.

—Señor, su testigo está aquí.

Antes de entrar a hablar con Alice Philips, Patrick fue al servicio a refrescarse la cara con agua fría para evitar que el cansancio lo arrastrase a sus tenebrosas honduras. La ducha no había sido suficiente. Mientras se secaba las mejillas con una áspera toallita de papel, se abrió la puerta de uno de los cubículos, del que salió el inspector Winkler.

—Te tenemos desvelado, ¿eh? —dijo, colocándose delante del lavabo de al lado. Al ver que Patrick se dirigía a la puerta, le cortó el paso—. ¿Por qué has tenido que asignarme los equipos de búsqueda? Es un desperdicio absoluto de mis aptitudes, lo sabes.

—Deja de quejarte, Winkler.

El otro frunció los ojos y se irguió, obligando a Patrick a levantar la cabeza para mirarlo.

—Te debe de venir bien que tu esposa esté en el loquero —espetó Winkler.

—¿Qué?

—Sí, así tienes muchas más oportunidades de llevarte a casa a S-u-z-a-n-n-e... —pronunció su nombre como lo haría un niño de diez años para provocar a otro con una chica— para hablar de estrategias.

—¿Qué demonios estás insinuando?

Patrick procuró mantener la calma, pero el pulso se le estaba acelerando.

—Ah, nada. Solo es una pequeña advertencia. Debe de ser estupendo

ser la mascota de la comisaria, pero, como metas la pata con este caso, no saldrás bien parado.

—¿Eso es lo mejor que eres capaz de imaginar? —replicó Patrick, meneando despectivamente la cabeza.

Salió por la puerta, rozando a Winkler al pasar. Antes de alejarse, lo oyó decir:

—Pobres niños.

Se volvió.

—¿Qué has dicho?

—Nada, nada —respondió Winkler, levantando las manos con fingida inocencia—. Es solo que me dan pena esos niños, nada más.

Patrick se alejó del servicio antes de hacer algo que terminara lamentando. Winkler había conseguido tocarle la fibra sensible por triple partida en un breve intercambio. Bajó la vista y se descubrió apretando los puños, clavándose las uñas en las palmas de las manos y dejándose una fila de pequeñas hendiduras en forma de media luna.

Alice Philips iba toda de negro, llevaba los ojos perfilados con un lápiz oscuro, botas resplandecientes y su pelo, de un azabache natural, recogido con un coletero de tela. Estaba sentada con los brazos cruzados sobre la camiseta negra, tapando así el nombre de una banda que, de todas formas, Patrick sabía que seguramente no conocería. Debía reconocerlo: ya no estaba al día. La mayoría de los cedés que compraba ahora eran reediciones de álbumes que le encantaban hacía veinte años. Si hasta comprar cedés lo convertía en un dinosaurio. Pero le gustaba pensar que aquella gótica y él —¿o era una emo?— tenían algo en común, aunque probablemente la dejara pasmada si le dijera que él solía vestirse como ella y que llevaba el pelo largo, peinado hacia atrás y teñido del color del suyo.

A su lado estaba sentada su vecina, Sally Jameson, la adulta encargada de su custodia, una mujer de cincuenta y muchos años que a Patrick le recordaba a Camilla Parker-Bowles, por su aire vagamente aristocrático, y que no paraba de moverse en el asiento como si le costase creer que estaba allí, en una sala de la comisaría que olía a pedo, cuando debía encontrarse comiendo fresas con nata en Wimbledon. Sean y Helen le habían pedido que acompañara a Alice, porque, como era comprensible, no les apetecía pasar más tiempo en una sala de interrogatorios.

Patrick abrió su libreta mientras Carmella preparaba la videocámara.

—¿Cómo te sientes, Alice? —le preguntó él con voz suave.

—Tengo el estómago revuelto —respondió ella, encogiéndose de hombros.

—¿No te encuentras bien?

—No es eso. Estoy preocupada por Frankie.

Tenía los ojos irritados, de cansancio o de llorar, quizá de ambas cosas. Estaba a la defensiva, lo indicaba su lenguaje corporal, el modo en que se abrazaba con fuerza el torso como si estuviese muerta de frío, pese al calor pegajoso que hacía en la sala. Apenas establecía contacto visual, aunque eso era normal en los adolescentes cuando hablaban con la policía. Bajo la mesa, no paraba de mover las piernas de un modo que a Patrick le recordaba a sí mismo. Aun hoy su madre no paraba de protestar por la forma en que agitaba las piernas sin parar.

—Solo queremos que nos cuentes lo que pasó anoche.

—Yo no sé nada —espetó Alice, abrazándose aún más fuerte.

—Alice, puede que haya algo que tú no sepas que es importante —terció Carmella—, por eso hay que repasarlo todo. ¿Te parece bien?

—De acuerdo —contestó la joven, mirando fijamente a la cámara.

—Muy bien —dijo Patrick—. Cuéntenos lo que ocurrió anoche. Desde el momento en que se marcharon tus padres.

—Ella no es mi madre.

—Perdona, tu padre y tu madrastra.

Anotó mentalmente el desprecio con que Alice había pronunciado aquellas palabras.

—Helen —lo corrigió ella, acentuando en exceso la primera sílaba.

—Adelante, Alice —la instó Carmella. La joven asintió con la cabeza como si mantuviese una conversación interior, luego dijo—: Pues papá y Helen se fueron hacia las siete. Yo le leí unos cuentos a Frankie. Está tan obsesionada con los dinosaurios que casi todos los libros que tiene son de tiranosaurios rex y velocirraptores y cosas así... De eso o de hadas. Luego la acosté. Conmigo se porta bien, se fue a la cuna sin rechistar.

—¿Estaba cerrada la ventana de su dormitorio?

—Sí. Bueno, la verdad es que no me fijé bien. Corrí las cortinas y no recuerdo haberla visto abierta. ¡Madre mía! ¿La encontraron abierta...?

Patrick negó con la cabeza.

—No, solo pregunto.

—¿Por qué, piensa que alguien pudo haber entrado antes y haberse

escondido? ¿Que podría haber alguien en su armario o algo así mientras estábamos leyendo?

—No te angusties, Alice. No hay motivo para pensar eso.

Sally alargó el brazo para apretarle la mano a Alice, pero esta la apartó de golpe.

—No es culpa mía —dijo—. Es mi hermana pequeña. La quiero muchísimo. ¿Cree que haría algo que pudiera ponerla en peligro?

Patrick notó que el interrogatorio se le escapaba de las manos como un pez escurridizo, pero quizá no fuera mala idea darle un poco de margen a aquella joven porque, si sabía algo, llegado ese punto muy probablemente lo soltaría sin más. No dijo nada más, con la confianza de que Alice se viera obligada a llenar el silencio.

La joven guardó silencio y empezó a darle vueltas al anillo de plata con una calavera que llevaba en un dedo.

—Muy bien —habló Patrick por fin—. ¿Qué pasó después de que la acostaras?

—Nada. Cené y vi la tele.

—¿No estudiaste un rato? —preguntó Carmella.

—Ya he hecho todos los exámenes menos uno. —Esbozó una sonrisa—. Soy casi libre.

Patrick repasó sus anotaciones. Alice era de agosto, con lo que se habría graduado a los quince años, una de las más jóvenes de su promoción.

—¿Viste la televisión en tu cuarto o en el salón?

—¿Por qué?

Patrick no pudo evitar sonreír para sus adentros. Algún día Bonnie sería así.

—Alice, necesitamos saber todo lo que hiciste —terció Carmella— para poder averiguar a qué hora y por dónde se coló el intruso.

—Pues cené nada más acostar a Frankie. Serían las ocho más o menos. Lo hice en el salón, delante del televisor. Luego subí a mi cuarto un rato, a oír música y eso. Después, como había una película que quería ver, volví a bajar. Empezaba a las diez. —Tragó saliva—. Pero me quedé dormida mientras la veía y lo siguiente que recuerdo es a Helen echándome agua a la cara.

—¿Tenías la música muy alta? —preguntó Patrick.

—¿Eh? Ah, ¿en mi habitación? No mucho.

—¿Lo bastante alta como para no oír si entraba alguien y subía las escaleras?

—Hummm... Sí, supongo que sí.

—¿Y si Frankie hubiese hecho algún ruido, si hubiera empezado a llorar o te hubiese llamado?

—La habría oído. Siempre la oigo, aunque tenga puestos los auriculares. Patrick la creyó. Había algo en el cerebro humano destinado a captar el llanto de un niño, aunque él siempre había pensado que solo funcionaba con los hijos de uno.

—Entre las ocho y las diez, ¿saliste de tu cuarto en algún momento?

—No.

—¿Ni para ir al baño?

Lo miró como si el hecho de que aquel tipo de mediana edad le preguntase por sus necesidades fisiológicas fuese la cosa más repugnante que había oído jamás.

—Tengo mi propio baño.

En el dormitorio. Qué detalle. Patrick garabateó algo más en su libreta.

—Cuando saliste de tu habitación a las diez y bajaste a ver la tele, ¿echaste un vistazo a Frankie?

La joven miró fijamente a la mesa. A su lado, Sally la escudriñó con detenimiento. Alice respondió en tono defensivo.

—No. Estaba segura de que dormía. No esperaba que un hijo de su madre se colara en la casa y se la llevara, maldita sea. Si no, habría acampado a la puerta de su cuarto con un cuchillo en la mano.

—Cálmate, Alice —le dijo Sally, a la que había asustado el lenguaje de la joven.

Patrick volvió a hablarle con mucha suavidad.

—No te estamos juzgando, ¿de acuerdo? —le dijo, aunque no pudo evitar pensar que aquel lenguaje tan brusco era bastante inusual en la hija adolescente de una familia de clase media alta de Teddington.

Ella asintió con la cabeza, pero no quiso mirarlo a los ojos.

—Entonces, ¿viste u oíste algo inusual?

—No. Nada.

—¿Has visto algo o a alguien fuera de lo normal cerca de la casa últimamente?

—¿Como qué?

—Como, por ejemplo, a alguna persona merodeando por allí. A alguien que observara la casa. A algún hombre al que no conocieras.

La joven se abrazó aún más fuerte.

—¡Ay, Dios, qué miedo! No, no he visto nada.

—¿Fue alguien a verte anoche?

Titubeó un instante, luego levantó la vista un segundo y miró a la derecha.

—No.

Patrick, que le había hecho aquella pregunta con total naturalidad, alzó la mirada de su libreta y le dijo:

—¿Estás segura?

—Sí, claro que sí. No estoy senil.

—¿No fue a verte tu novio? —preguntó Carmella—. ¿Larry?

—¡No! ¿Quién les ha dicho eso?

Carmella levantó las manos, como pidiendo calma.

—Nadie. Solo es una pregunta. A ver... —Se inclinó hacia delante, conspiradora—. Yo también he sido adolescente y siempre invitaba a alguien a casa cuando mis padres no estaban.

Alice sorbió.

—Pues yo no. Y no veo que nada de esto vaya a servir para encontrar a Frankie.

—Solo queremos saber si pudo haber algún otro testigo —le explicó Patrick—. ¿Hablaste con alguien?

—Igual hablé un rato con Larry por teléfono. Sí, hablamos anoche. Y por Snapchat con Georgia. Es mi mejor amiga.

Patrick tenía la vaga idea de que aquello consistía en enviar una foto que se borraba sola casi de inmediato.

—¿Bebiste algo? De alcohol, digo.

La joven alzó la barbilla desafiante.

—Me tomé una copita de vino. Papá me deja beber vino en casa. Dice que casi todos los adolescentes británicos descontrolan con la bebida porque ven el alcohol como algo prohibido. Yo no soy de esos.

—¿Y drogas?

—¿Que si mi padre me deja tomar drogas? Pues claro que no.

—Me refería a que si tomaste algo o fumaste algo anoche.

—¡Hay que joderse! Perdón... No, no tomé nada.

—¿Y cigarrillos? ¿No saliste a fumar un pitillo en algún momento?

—No fumo.

—¿Sabías que la puerta de servicio estaba abierta cuando volvieron tu padre y Helen? ¿La abriste tú?

—No —contestó con los ojos como platos.

—¿Estás completamente segura? Estoy convencido de que a tus padres... digo, tu padre y tu madrastra, no les va a importar ahora mismo si saliste por la puerta de servicio a fumarte un pitillo.

—No lo hice. Lo juro.

—¿Entonces no abriste la puerta?

Parecía agobiada.

—No. Oiga, ¿de verdad piensa que pretendo ocultar algo? Lo único que quiero es que vuelva mi hermanita. Quiero que la encuentren. No les voy a mentir. Yo no...

Se echó a llorar. Sally le lanzó a Patrick una mirada asesina y abrazó a la niña.

—Fin del interrogatorio —dijo Patrick.

Carmella apagó la cámara de vídeo.

—Miente en lo del novio —señaló Carmella en cuanto Alice y Sally se hubieron ido.

—Lo sé, pero ¿por qué oculta que fue a verla? El discursito del final ha sonado bastante convincente.

—Yo creo que piensa que él tampoco vio ni oyó nada y no quiere meterse en líos. A su padre no le haría ninguna gracia que se llevaran a Frankie mientras Alice estaba tirándose a su novio en su habitación. Vamos a hablar con él, a ver qué cuenta.

—No va a querer hablar con nosotros. Según los datos que nos dio Helen, él tiene diecisiete años y Alice es menor de edad. Pensará que lo vamos a acusar de abuso de menores.

Patrick puso los ojos en blanco.

—Habrà que convencerlo de que eso nos da igual. Salvo que podamos usarlo de algún modo. Bueno, consigue su dirección y, mientras tanto, vamos a preparar esa rueda de prensa.

Cuando salían de la sala de interrogatorios, el sargento Staunton volvía la esquina en dirección a ellos.

—Señor, por fin lo encuentro.

—¿Qué pasa, Mike? —preguntó Patrick, pero la cara de Mike le dio un mal presentimiento.

—Han encontrado un cadáver —anunció el sargento bajando la voz—. El de una niña pequeña.

# CAPÍTULO 7

---

## LARRY – DÍA 2

—¡Eh!, ¿alguno de vosotros me haría un gran favor? —preguntó Larry con su cara más educada, la que le ponía al director. Esa cara de no haber roto nunca un plato, como decía su madre.

Ladeó con naturalidad la bicicleta en el amplio pasillo que corría paralelo a la fachada de Sainsbury's y se dirigió a los dos colegiales que se acercaban a él, con sus chaquetas negras y sus corbatas a rayas, sin duda procedentes del carísimo colegio privado que había enfrente de The Green. Los chicos se detuvieron y se miraron por debajo del flequillo, más intrigados que asustados. El alto medía medio metro más que el otro, pero algo hizo pensar a Larry que seguramente estaban en el mismo curso, tendrían nueve o diez años.

—¿Qué pasa, tronco?

¿«Tronco»? Larry estuvo a punto de soltar una carcajada. ¿Aquel niño pijo lo había llamado «tronco»? Procuró ponerse a su altura.

—Sí, colega, ¿me prestas tu teléfono un minuto? Tengo que llamar a mi madre, sabes, para ver si está en casa porque no llevo llaves y un capullo me robó el iPhone ayer.

El alto titubeó, pero el pequeñito enseguida se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta y sacó un teléfono.

—Tranquilo, tío —le dijo, muy sonriente—. ¡Mientras no viva en Australia...!

Rieron todos muy comedidos. Larry aceptó el teléfono.

—Un Galaxy S4 —dijo, y le dio la vuelta.

Después hizo dos cosas simultáneamente: le quitó la tapa al teléfono,

sacó la navaja y presionó la hoja desnuda, de forma amenazadora pero disimulada, contra la cintura del alto, bajo la chaqueta.

—Lo siento, pero la necesidad aprieta, ¿vale? —dijo como si nada—. Como soy legal, te dejo que te lleves la SIM. Sácala y me largo. Y date prisa o me lo llevo tal cual. —Los dos niños se quedaron boquiabiertos, atónitos e indignados, al ver que Larry le devolvía el teléfono a su dueño. Apretó un poco más la navaja—. Rápido, he dicho.

Aterrado, el alto sacó la SIM de su teléfono y, a regañadientes, se lo dio a Larry.

—Buen chico —dijo Larry, se lo guardó en el bolsillo y, sin retirar la navaja, volvió el manillar de la bicicleta hacia el final del callejón. En ese instante, el bajito pareció despertar de su pasmo. Soltó un berrido, un chillido casi femenino, y se abalanzó sobre Larry, asestándole un puñetazo con su diminuta mano. Larry rio y le dio una fuerte patada en la rodilla. El grito del niño, que se dobló de dolor, se transformó en un aullido. El alto atacó a Larry con similar resultado, pero Larry vio que lo hacía solo por no quedar como un cobarde al lado de su diminuto amigo.

—Bah, no os esforcéis, imbéciles —les dijo y, tras montar los pies en los pedales de la bicicleta, salió disparado hacia el final del callejón—. No es más que un puto teléfono. Que mamá se lo reclame al seguro.

Media hora más tarde, Larry llegó a su siguiente destino, el edificio de hormigón del complejo Kennedy, en Whitton, con sus resonantes paredes grises y su hedor a orina. Había pedaleado fuerte todo el camino para controlar el nerviosismo, limítrofe con el terror, que sentía siempre que iba a ver a Jerome, pero, como les había dicho a los colegiales, la necesidad apretaba. Necesitaba el dinero que Jerome le daría por los cuatro teléfonos robados que se agitaban en esos momentos en el bolsillo interior de su chaqueta mientras pedaleaba, de pie, con toda su energía. De ese modo, podía culpar de las palpitaciones de su corazón al esfuerzo físico y no a la expectativa de ver el rostro macilento de Jerome cuando le abriera la puerta de acero de su apartamento y lo mirara con los ojos entrecerrados, como hacía siempre.

Larry cargó con la bici hasta la octava planta; no tenía candado y sabía que, si la dejaba abajo, se la birlarían en un nanosegundo. Además, así tenía otra excusa aceptable para llegar jadeando.

—¿Qué me has traído, Lawrence? —le preguntó Jerome sin más

preámbulos por una rendija de la puerta.

—¿Todo bien, Jerome?

Larry se dio una palmadita en el bolsillo de la chaqueta y Jerome sacudió la cabeza para indicarle que podía pasar.

—Deja la puñetera bici fuera, niño. No quiero que me manches las alfombras de barro y porquería.

Con cierta reticencia, Larry la dejó apoyada a la puerta del apartamento, suponiendo que al menos era menos probable que se la robaran tan arriba. Siguió a Jerome dentro, asombrado y desconcertado como de costumbre por lo ordenado y minimalista de su hogar. Era como los niditos de soltero que había visto en las películas de mediados de los ochenta, todo cromo y vidrio ahumado, papel pintado con un estampado negro y gris en una pared, pintura gris claro en las otras y una reproducción monocroma enmarcada de esos obreros neoyorquinos de principios del siglo XX, almorzando subidos a una viga, a cientos de metros del suelo durante la construcción de un rascacielos. Lo único que desentonaba en esos momentos era la chica negra regordeta vestida con un *top* corto y unos *leggings* naranjas fosforescentes que estaba tirada en el sofá fumándose un enorme canuto. La joven no prestó ninguna atención a Larry y Jerome no se la presentó.

—Déjame verlos —dijo, impaciente.

—Tres Galaxy y un iPhone 5 —le informó Larry, procurando no sonar engreído.

Procuró extirpar de su cabeza el recuerdo de los propietarios de los teléfonos: la cara de pánico al ver la navaja de la mujer de mediana edad que iba en el piso superior de un autobús de dos plantas; la mueca de dolor del colegial; la confusión del ejecutivo del metro, y el sobresalto y el miedo de la joven que empujaba una silla de ruedas al ver que le arrancaba el teléfono de debajo de la barbilla donde lo llevaba sujeto para poder hablar a la vez que caminaba. Su madre se disgustaría mucho con él si se enterara, pero no eran más que teléfonos.

Sintió una punzada de rabia hacia su madre. ¿Por qué no buscaba un trabajo? No era una choni inútil, su madre era una mujer agradable de clase media que había sido gobernanta de la misma familia durante catorce años. Desde que la habían despedido hacía un año, porque los niños ya eran mayores y no la necesitaban, no había encontrado otra cosa. La pila de recibos sin pagar que se amontonaban en el alféizar de la ventana, detrás de la tele, empezaba a ser tan alta que pronto impediría el paso de la luz.

Ninguno de sus amigos sabía los apuros económicos que pasaban en casa. Vivían los dos en una casita adosada en una zona bonita de Teddington, tan presentable que a veces, cuando su madre no estaba, invitaba a sus amigos. Aunque nunca había invitado a Alice. Lo intimidaba lo pija que era y lo inmensa que era la casa de sus padres y quería impresionarla. Como aún llevaban poco tiempo saliendo, temía que lo dejara por otro más rico si veía dónde vivía.

Jerome alzó la barbilla un instante, como en un gesto de asentimiento.

—Tres de ellos llevan la SIM —farfulló Larry—. Ese, no —aclaró, señalando el teléfono del colegial.

—Sí, muy bien —replicó Jerome, hastiado—. Te doy cuarenta libras por todo.

Larry se esforzó por no parecer decepcionado. Aquello era menos por teléfono que la última vez, pero le tenía demasiado miedo a Jerome como para decírselo.

—Estupendo —dijo sin entusiasmo.

Jerome sacó un fajo enorme de billetes del bolsillo lateral de sus pantalones de camuflaje y tomó dos de veinte de la parte superior. Larry tendió la mano para recibirlos, pero, en el último momento, Jerome retiró la suya. De pronto, se alzó como un gigante por encima de su cara y su palidez, aterradora y vercosa, desprendió una especie de hedor rancio... ¿o fue su aliento? Tenía unos dientes asquerosos, torcidos, de un amarillo intenso, y sus ojos carecían de vida, de expresión. Larry siempre había supuesto que tendría veintimuchos años, quizá treinta y pocos, pero de cerca se dijo que debía de ser más joven, quizá solo unos años mayor que él. Las piernas le flojearon, pero se esforzó por mantenerse firme.

—¿Qué?

Jerome ladeó la cabeza despacio, amenazador, escudriñando a Larry a apenas unos centímetros de distancia.

—Dile a esa zorrita que la tengo vigilada. Me debe dinero, mucho más de lo que nadie me ha debido nunca y ha vivido para contarlo. Dile que se ande con cuidado porque lo va a pagar caro, que no se equivoque conmigo. Venga, sal pitando de aquí.

Larry obedeció con presteza; bajó las escaleras tan deprisa que fue golpeando todas las esquinas con el manillar de la bicicleta y estuvo a punto de rodar varias veces en su afán por alejarse de allí lo más rápido posible. «Joder, joder, joder», iba pensando todo el rato. Esa vez, ella la había

fastidiado de verdad.

# CAPÍTULO 8

---

## PATRICK – DÍA 2

Brillaba el sol en el parque donde se había encontrado el cadáver. Patrick y Carmella salieron de debajo del manto protector de los castaños de Indias y, con la intensa luz del sol, los ojos le hicieron chiribitas a Patrick. Se detuvo, le dio una pitada al cigarrillo electrónico y casi se desmayó cuando la nicotina y la luz radiante le azotaron el cerebro agotado. Las sombras se mecían y extendían por la tierra agrietada, a sus pies, y se mantuvo inmóvil, mirando fijamente el tronco del árbol más próximo, a la espera de recuperar la visión. Le pitaba el oído izquierdo una barbaridad; los acúfenos habían empeorado varios grados.

—Como sea Frankie Philips o Isabel Hartley —dijo—, en unas horas este lugar se va a convertir en el centro de la mayor tormenta de mierda vista jamás en el suroeste de Londres.

—Tengo un paraguas en el automóvil —ofreció Carmella.

Parecía casi tan asqueada como él. Llevaba una semana temiendo que llegara aquel momento. En ese tipo de casos, transcurrida una semana, solo podían pasar dos cosas: que apareciera un cadáver o que jamás volviera a saberse nada.

A sus espaldas, los esperaban tres vehículos de incógnito y una furgoneta repleta de policías; además, se había avisado ya al forense del Ministerio del Interior. Pero Patrick y Carmella pasarían primero.

—Te va a hacer falta el mayor paraguas del mundo para parar el vendaval que se va a levantar cuando los medios empiecen a airear esto —le dijo.

En los últimos dos años, el asentamiento de caravanas ilegal de Crane

Park, en Twickenham, había sido uno de los temas que más ampollas había levantado entre los vecinos. Era raro el día en que en el periódico local no apareciera alguna noticia sobre las caravanas, a cuyos ocupantes se había culpado de todo, desde el descenso en picado de los precios de las propiedades hasta la oleada de delitos menores, y era interminable la agitación que la prensa provocaba entre sus lectores por pequeñas cuestiones morales, como la higiene, que los perros de los acampados hiciesen sus necesidades en el parque, el dinero de los contribuyentes del que se estaban aprovechando, el coste de remolcar los vehículos abandonados a las afueras del asentamiento, los rumores de «camellos gitanos» que vendían hierba a los adolescentes o las quejas de quienes temían que sus hijos jugaran en el parque.

Patrick habría querido que los dejaran en paz. En parte porque el pánico de masas y las cazas de brujas siempre lo inquietaban —sentía un miedo innato a las multitudes de cualquier tipo— y en parte porque era testigo, a diario, de lo que sucedía en ese mundo supuestamente respetable, el de la ciudad situada al otro lado de los muros de aquel campamento, pero sabía que, si el asentamiento de Crane Park y el Secuestraniños chocaban, sería como si el presidente de Corea del Sur saliese en televisión acusando a Kim Jong-un de usar sus misiles nucleares como sustituto de un pene minúsculo.

A la entrada del parque los esperaba un joven, muy bronceado, con una densa mata de pelo negro y una camisa de cuadros abierta por la que asomaba su velludo pecho. Con expresión solemne y sin mediar palabra, hizo un gesto para indicar a Patrick y a Carmella que lo siguieran.

Cruzaron el asentamiento: caravanas instaladas sin orden ni concierto, automóviles con abolladuras de diversa consideración, hombres y mujeres sentados al sol, niños que corrían en pantalones cortos, perros que olisqueaban las llantas de los vehículos... Al verlo, a Patrick le recordó a un festival de música, aunque el ambiente era muy distinto. A su paso, observó que el aire estaba cargado, rebosante de una hostilidad apenas contenida.

El joven avanzó con las manos en los bolsillos, sin hablar, hasta que llegaron a una caravana enorme y resplandeciente en el centro del asentamiento.

—Mickey espera dentro —dijo, y llamó a la puerta.

Subieron al vehículo donde un hombre de áspero pelo gris, nariz chata y antebrazos como los de Popeye los esperaba de pie. Se estrecharon la mano y el hombre se presentó.

—Soy Mickey Flanagan —señaló, y les hizo una seña para que se sentaran.

Aquel tipo rezumaba testosterona en dosis empalagosas. Tendría unos cincuenta años, pero parecía en forma, como si fuera un boxeador retirado. Se sentaron frente a él, alrededor de una mesita. Mickey tomó una lata de refresco y le dio un sorbo, pero no ofreció nada a sus invitados.

—¿Ha sido usted quien ha comunicado el hallazgo de un cadáver? —preguntó Patrick.

Mickey asintió con la cabeza.

—Así es.

—¿Y dónde se encuentra ahora?

El otro guardó silencio un instante.

—Antes que nada, quiero que sepa que no ha sido nadie de esta comunidad. Se lo garantizo.

—Limítese a relatarnos lo sucedido, señor Flanagan.

—Esta es una comunidad decente —espetó Mickey, dando un puñetazo en la mesa—. ¿Cree que no sabemos lo que se dice de nosotros ahí fuera? ¿Lo que van a decir cuando se descubra que se ha encontrado un bebé muerto aquí?

Patrick esperó, manteniendo el contacto visual con el otro.

Al final, Mickey suspiró.

—De acuerdo. Fue ese imbécil de Wesley. Él la encontró.

—¿Cuál es su nombre completo? —inquirió Carmella.

Patrick observó que su acento irlandés se agudizaba al hablar con el líder del asentamiento.

—Se apellida Hewson.

—¿Y dónde está ahora? Convendría que nos lo dijera él mismo.

Mickey miró fijamente a Carmella y masculló algo entre dientes. Se levantó, se dirigió a la puerta y asomó la cabeza. Un minuto después, un hombre de unos dieciocho o diecinueve años entró en la caravana. Llevaba un polo blanco y unos jeans muy holgados, el pelo engominado acentuaba sus orejas de soplillo. Iba muy derecho, como dándose importancia, pero, en cuanto Patrick le dedicó su mirada más acerada, la fachada de bravucón se derrumbó.

—Cuéntales lo ocurrido, idiota.

Cuando Wesley abrió la boca, quedó claro que no era ningún lumbrera. En su época, lo habrían llamado «retrasado». No era capaz de mirar a su

alrededor mientras hablaba.

—La he encontrado por atrás, por donde los cubos de basura. La han dejado... —dijo arrugando el gesto— ahí tirada, ¿sabe?, tapada con una bolsa de basura negra. Había un montón de moscas a su alrededor. Qué horror.

Patrick tragó saliva.

—¿Por ella?

—Una niña. Una cosa diminuta. De la edad de mi hija.

Mickey asintió con la cabeza.

—Wes es padre de dos.

—¿Cuándo ha ocurrido? —preguntó Patrick, esperando oír la hora del día.

—El lunes.

Carmella y él tardaron un segundo en reaccionar, luego se miraron espantados.

—¡El lunes! De eso hace seis días.

Así que no era Frankie.

Wesley agachó la cabeza como un perro al que hubieran sorprendido robando la comida de Navidad.

—La tenía escondida —aclaró Mickey.

—¿Dónde? —quiso saber Patrick.

El calor le hacía sudar y empezaba a notarse mareado, con náuseas, del miedo. También Carmella había palidecido un poco.

—Cuéntaselo —le dijo Mickey, después de darle una colleja.

—Al fondo del asentamiento, detrás de los cubos de basura, hay un edificio viejo.

—En su día fueron unos lavabos públicos —explicó Mickey.

—La dejé allí. Tapada con una lona vieja. Lo siento. Lo siento mucho.

Patrick lo miró fijamente. Pocas veces a lo largo de su carrera se había quedado sin palabras, pero esa fue una.

—Escuche —terció Mickey—, puede que fuera una idiotez, pero lo hizo porque sabía lo que la gente pensaría: esas gentes errantes, asesinos de niños desaparecidos. Sintió pánico y decidió esconderla hasta que se le ocurriera qué hacer con ella.

—Y ha tardado seis días en decidirse...

—Pues eso parece. Y yo los he llamado enseguida. —Mickey parecía tan asqueado como Patrick—. La familia de esa pequeña querrá enterrarla. Y ustedes querrán encontrar al hijo de mala madre que lo ha hecho.

—Lo siento mucho —repitió Wesley.

Una hora después, Patrick se encontraba apoyado en el capó de su automóvil, bebiendo a sorbos de una botella de agua e intentando ignorar el zumbido creciente de sus oídos, un zumbido que replicaba el de las moscas de aquellos lavabos públicos abandonados. La científica estaba allí ya. El asentamiento entero se había sellado y Wesley iba camino de la comisaría en el asiento trasero de un vehículo policial.

Carmella se acercó y le puso la mano en el brazo.

—Eh, ¿estás bien?

¿Qué le podía responder? Acababa de levantar la lona de polietileno verde para examinar el cadáver desnudo de una niña de tres años por cuya supervivencia llevaba rezando una semana. No le cupo la menor duda de que era Isabel Hartley. Bebió otro trago de agua.

—Alguien tendrá que decírselo a los Hartley —señaló, pensando no solo en ellos sino también en las otras dos familias, en lo mucho que aumentaría su miedo en cuanto se enteraran de la noticia.

—Que lo hagan los mediadores.

—Además, hay que decidir lo que vamos a decir en la rueda de prensa. La comisaria Laughland ya la está preparando. —Estudió la valla del asentamiento, garabateada de grafiti: GITANOS FUERA. A lo lejos oía gritos de emoción de los niños que jugaban en el parque infantil. La tormenta de mierda estaba a punto de caer sobre aquel lugar—. Y quiero que se interrogue a todos los hombres, las mujeres y los niños del asentamiento. ¿Qué han visto? ¿Qué saben? El relato de Wesley es lo bastante estúpido como para ser cierto, pero, de momento, él sigue siendo nuestro único sospechoso... Y el resto de los ocupantes de este asentamiento es...

Se interrumpió, se frotó la cara.

—¿Vas a dar tú la rueda de prensa? —preguntó Carmella.

—Por supuesto.

Ella enarcó una ceja.

—Con todos mis respetos, te pareces a un mendigo al que le he dado una libra esta mañana cuando venía para aquí. Y no hueles más que un poquito mejor que él, esa ducha no te ha servido de mucho. ¿Por qué no te vas a casa, te das una ducha en condiciones y te cambias de ropa?

—¿Qué eres, mi madre?

—No, pero creo que ella es la única capaz de ponerte en órbita ahora

mismo. Vete a casa, Pat. Así ves a tu hija, le das un achuchón —añadió, y se llevó los brazos a las caderas. Él la miró con los ojos entrecerrados—. Y te quitas el mal sabor de boca.

Patrick entró en la casa de sus padres —no lograba llamarla «su casa», pese a haberse criado allí— y lo recibieron los aullidos de Bonnie en la planta superior y el soniquete paciente de su madre intentando hacerse oír por encima de aquel jaleo.

—Venga, cielo, que enseguida nos vamos a ir a la guardería y no puedes ir a la guardería en pijama, ¿a que no? Los otros niños irán vestidos. No querrás ser la única que va en pijama, ¿verdad?

Al pasar el umbral de la puerta abierta del salón, vio a su padre, Jim, sentado en su sillón favorito, mirando con el ceño fruncido el iPhone, seguramente jugando al Scrabble o viendo noticias en la web de la BBC. Por lo visto, era lo único que hacía Jim todos los días, eso y el sudoku de la contraportada de *The Guardian*. Jim, antaño funcionario, se había jubilado hacía dos años, en principio para ayudar a la madre de Patrick, Mairead, con la pequeña Bonnie, aunque jamás lo había visto mover un dedo. Eso lo hacía sentirse aún más culpable por el peso que había depositado sobre los hombros de su madre, aunque ella negase rotundamente que el cuidado de su única nieta fuese carga alguna.

—¡¡Sí, quiero ser la única niña que vaya en pijama, yaya!! —chilló Bonnie.

—¿Qué haces en casa tan temprano, Pat? —le preguntó Jim, levantando apenas la vista del teléfono.

—Una visita fugaz —gruñó Patrick en respuesta, procurando borrar de su mente la imagen del cuerpecito destrozado de Isabel.

En su cabeza, el rostro de la pequeña se había transformado en el de Bonnie, tal y como lo había encontrado aquel día horrendo en que había vuelto a una casa en silencio y una Gill desconocida.

Subió las escaleras, desesperado por ver a su hija. En el pequeño estudio, reconvertido a toda prisa en cuarto de Bonnie, tenía lugar un pequeño desencuentro. Bonnie, con los brazos cruzados y los ojos entornados, miraba furiosa a su abuela.

—¡No! —sentenció, y dio un fuerte pisotón mirando el vestidito estival que Mairead le tendía. Aún llevaba puesto el pijama de Peppa Pig.

—Hola, Bon-Bon —dijo Patrick y, acuclillándose, le dio una palmadita

en el hombro.

—¡¡Papá!! —le gritó entusiasmada al oído, y se colgó de su cuello. Sus rizos oscuros le hicieron cosquillas en la cara, suaves como telarañas—. ¡Has venido a casa!

Él rio y la tomó en brazos y el peso sólido y cálido de su cuerpecito casi hizo que se le saltaran las lágrimas.

—Sí, he venido a casa. Yo siempre vuelvo a casa contigo. Esta vez es solo una visita rápida para saludarte, luego me daré una ducha y me marcharé, pero vuelvo más tarde, te lo prometo. Vamos a vestirme para que la abuela te pueda llevar a la guardería, ¿de acuerdo?

Le arrebató a su madre el vestidito estival y unas braguitas de algodón al tiempo que esta le sonreía agradecida y lo besaba en la mejilla. Al verla bajar las escaleras, procuró no pensar en lo cansada que la veía y en que parecía más una anciana de setenta y ocho que la mujer que acababa de cumplir sesenta y ocho el mes pasado.

—Mira, te propongo una cosa: ponte estas braguitas de niña mayor y te dejo que lleves los pantaloncitos del pijama de Peppa, pero debajo del vestido. ¿Qué te parece?

Bonnie se revolvió para que la bajase al suelo, luego lo escudriñó con recelo.

—¿Es un trato, papá?

—Yo creo que es un trato bastante bueno. ¿Qué pensáis Peppa y tú?

La pequeña suspiró con el cuerpo entero, extendió las palmas de sus manitas y las dejó caer sobre los costados. Después consultó al bordado de Peppa que llevaba en el pecho.

—Decimos que sí —respondió a regañadientes, y dejó que Patrick se agachara a vestirla. Enseguida se animó—. Papá, ¿me llevas a la guardería?

Su forma de decirlo —«guardería»— hizo sonreír a Patrick.

—No puedo, Bon-Bon. Hoy, no. Papá tiene que volver al trabajo —le explicó, he hizo una mueca, pensando en el montón de cámaras que lo esperaban, las preguntas a gritos, la histeria apenas contenida y, luego, inevitablemente, el que la gente lo identificara como «el policía de las noticias» y lo considerara responsable de la falta de hallazgos o progresos en el caso... Y, después, las dolorosas conversaciones que sin duda habría de tener con los aterrados Sean y Helen Philips.

—¿Por qué? —preguntó la pequeña aplastándole las mejillas entre las manos y obligándolo a mirarla a los ojos. Olía tan bien, a una mezcla de piel

suave de bebé y zumo de manzana.

—Porque es mi trabajo, cariño. Ayudo a la gente. Y hoy tengo que ayudar a la familia de una niña pequeña que es un poco como tú —contestó. «Aunque tú no estás muerta, gracias a Dios» —se dijo.

—No me gusta tu trabajo.

Él le sonrió.

—A veces tampoco a mí me gusta mucho, pero tengo que hacerlo. Vamos a ver si la yaya quiere jugar a las cocinitas contigo diez minutos mientras yo me doy una ducha. Luego, ¿sabes qué haré? ¡Os llevaré a la guardería en mi automóvil!, ¿cómo lo ves?

—¡Sí! —gritó la niña, y a Patrick lo alivió comprobar que, al parecer, había aceptado el trato.

La bajó al salón y detectó el levísimo gesto de desesperación de su padre ante la inminente perturbación de su tranquilidad.

—Juega un rato con el abuelo, le encanta jugar a las comiditas —dijo Patrick con ternura, depositando a Bonnie en el regazo de Jim, donde la niña agarró enseguida el iPhone, algo que Patrick sabía que irritaba a su padre. Jim se lo arrebató hábilmente y la abrazó con fuerza para distraerla. Patrick los dejó así, con la esperanza de que su padre no fuese de inmediato en busca de Mairead y le soltara a Bonnie para poder volver a su partida de Scrabble online. Siempre hacía lo mismo y, aunque no dijera nada, a Patrick le fastidiaba. Mientras se desnudaba y se metía bajo el triste chorrito de agua de la ducha —otra cosa que echaba de menos: la potente ducha que había instalado en la casa que compartía con Gill—, procuró olvidar el fastidio. Sus padres habían aceptado alojarlos a Bonnie y a él en su casa y Jim siempre había sido perezoso. Habría sido ingenuo por su parte esperar que de pronto se convirtiera en un abuelo amantísimo e hiperactivo después de jubilarse. Era una maravilla que lo ayudaran cuando la única alternativa habría sido un estrés sin límites para el propio Pat, amén de una retahíla de *au-pairs* y canguros.

Sintiéndose algo mejor después de un buen lavado y frotado —no le dio tiempo a afeitarse también—, se puso un traje y una camisa limpia y eligió una corbata de un montón de ellas prácticamente idénticas, todas revueltas en una caja de zapatos que tenía debajo de la cama. Odiaba las corbatas, así que decidió que, si tenía que ponerse una, sería lo más discreta y finita posible.

Junto a la caja de corbatas y todas las porquerías cubiertas de polvo que escondía debajo de la cama, había varios libros gruesos que había comprado

las semanas siguientes a la crisis nerviosa de Gill, pensando que podrían ayudarle a entenderla, a ver qué se le había escapado, qué podría haber hecho mejor. *Depresión posparto: Guía para parejas. Mujeres que hacen daño: Psicología de la violencia femenina.* Luego había uno titulado: *Cuando algo se rompe*, un ladrillo del doctor Samuel Koppler. Ese le había parecido de lo más útil porque le había ayudado a comprender cómo debía de haberse sentido Gill aquellos días grises. Al final, había metido todos debajo de la cama. Le hacían sentirse demasiado culpable, convencido de que debía haber visto lo que pasaba en casa, pero él había estado muy liado, cansado todo el tiempo. Tener un bebé era tan agotador que sus sentidos y su instinto se habían embotado hasta el punto de no permitirle pensar con claridad. O esa era su excusa. Aunque no lo hacía sentirse mejor.

Ya estaba sudando otra vez cuando bajó, donde encontró a Jim de nuevo en su sillón y a Bonnie en la cocina, «ayudando» a Mairead a preparar sándwiches de queso.

—Tengo que volver al trabajo. Le he prometido a Bon que, de camino, os dejaría a las dos en la guardería, pero tendríamos que irnos ya —le dijo a su madre al tiempo que le limpiaba las manos pringosas a su hija con un trapo húmedo. Una mancha de grasa de mantequilla en el traje era lo último que necesitaba antes de la rueda de prensa.

—Gracias, cariño, estupendo. Me llevaré los sándwiches entonces —dijo Mairead, sacando un rollo de film de cocina del armario.

Mairead nunca había aprendido a conducir y Jim aún no había cambiado la rueda pinchada de su antiquísimo Peugeot 107, así que tenía que ir andando a todas partes con la sillita de Bonnie, a menos que Patrick la acercara en su automóvil.

—No quiero meterte prisa, mamá, pero tengo que irme ya —le dijo—. Doy una rueda de prensa a las dos.

Mairead levantó la cabeza de golpe.

—¿Y eso?

—Ya lo verás en las noticias... Pero hemos encontrado a Isabel Hartley. Su madre se llevó la mano a la boca. Por el tono serio de su hijo, dedujo que la cosa no había terminado bien.

—Ay, esa pobre criaturita. ¡Y sus pobres padres!

—La han encontrado en el asentamiento temporal de Twickenham. Aunque no sabemos si la «mataron» —pronunció esta palabra solo con los labios— allí o simplemente la abandonaron después en ese lugar. No lo

comentes con nadie hasta después de las noticias, ¿de acuerdo?

Una noticia de ese calibre generaría un caos inmediato en la guardería de Bonnie si a Mairead se le escapaba, se dijo Patrick, pero sabía que su madre era lo bastante discreta como para no filtrarlo. De todos modos, no tardarían en enterarse.

—Ve a buscar tus zapatos, Bonnie. Esa es mi chica. Por portarte bien, te puedes comer el sándwich en el automóvil.

Bonnie fue corriendo al vestíbulo y Mairead se volvió hacia su hijo.

—Ay, Pat. Qué horror.

Él asintió con la cabeza.

—Lo sé. Y esto no es más que el comienzo. Aún hay dos niños desaparecidos por ahí.

# CAPÍTULO 9

---

## HELEN – DÍA 2

Helen sabía que a muchas personas les parecería extraño, sospechoso incluso, que hubiera ido al gimnasio ese día, pero tenía que salir de su refugio temporal, la casa de los Jameson, sus vecinos de al lado.

En el gimnasio, aquel espacio con aire acondicionado y luz artificial, corriendo con energía en la cinta, el dolor de pulmones y el fuerte latido de su corazón ahogaban la voz desesperada de su conciencia, la voz que le gritaba el nombre de Frankie en un interminable y angustioso bucle.

El pánico de que alguien pudiese mancillar el cuerpecito perfecto de su única hija era insoportable. ¿Qué iba a hacer si eso ocurría? ¿Y si el siguiente cadáver que se encontraba abandonado como basura, igual que el de Isabel Hartley, era el de Frankie?

Echaba tanto de menos a su hija que sentía que iba a estallarle la cabeza. La reciente noticia de lo de Isabel lo hacía todo veinte veces, no, cien veces peor.

Se lo había contado aquella mujer del pelo gris encrespado. ¿Sandra? ¿Sarah? Helen solo la veía como la mediadora policial, la agente sin rostro, pero de buen corazón, que por lo visto ahora tenía que estar con ellos, entrometiéndose en todo y asegurándose de... ¿De qué, de que no tenían prisionera a Frankie ellos mismos en el cobertizo? ¿De que no escapaban al abrigo de la oscuridad para enterrar su cadáver rígido?

—Solo para asegurarnos de que están bien —les había dicho la mujer cuando se había mudado con ellos a casa de los Jameson. Como si pudieran estar bien con Frankie desaparecida y su propia casa sellada por la policía como escenario de un delito.

Así que ahora Sean y Helen pasaban las noches tristemente aferrados a lados opuestos de la extraña y resbaladiza cama de invitados de los Jameson. Sally y Pete Jameson, con mucha diplomacia, se habían trasladado a casa de unos amigos. Alice estaba en el segundo dormitorio sobrante y la mediadora se apretaba entre la librería con escritorio de un despacho y una bicicleta estática, en una habitación que, al otro lado de la pared medianera, era el cuarto de Frankie. Era extraño, a juicio de Helen, estar en una casa idéntica a la suya, pero sin ninguna de sus comodidades ni de sus pertenencias.

Y, lo peor de todo, sin Frankie.

Había recibido muchas llamadas y muchos mensajes de amigos que debería haber encontrado reconfortantes, pero no quería saber nada de nadie salvo de la policía y que le dijeran que habían encontrado a su hija. Esa misma mañana había recibido una llamada de Liz Wilkins, una antigua compañera de trabajo con la que siempre se había llevado bien y por la que estaba segura de que Sean sentía cierta atracción. Liz quería comprobar si la dirección que tenía era correcta porque se habían puesto todos de acuerdo para enviarle un ramo de flores. A Helen le pareció raro: Liz sabía perfectamente su dirección, había ido a su casa a cenar una vez y Sean y ella habían estado coqueteando tan descaradamente que Helen lo había mandado a dormir al sofá esa noche. Cuando Liz le había dicho que todos pensaban en ella «y en el pobre Sean», se había puesto furiosa y le había colgado.

Helen aceleró el paso, ignorando el dolor, mirando fijamente el ritmo cardíaco creciente en la pantalla. Antes, después de enterarse de lo de Izzy, se había encerrado en el baño y había llorado durante horas. Al salir, se había encontrado a la mediadora merodeando por el pasillo.

—Deje que le prepare una taza de té —le había dicho con decisión—. Esto ha debido conmocionarla, lo sé.

—Quiero ver la rueda de prensa —comentó Helen—. Debe de ser en el sitio web de la BBC o algo así.

No había tenido el valor de verla antes, cuando la habían emitido en directo; no había sido capaz de oír sus propias palabras leídas con voz apagada y monótona por el inspector Lennon.

—No sé si será buena idea —repuso la mediadora—. Solo la disgustará más.

Helen la miró fijamente.

—No podría estar más disgustada de lo que ya estoy —replicó,

consciente de la falsedad de aquellas palabras según salían de su boca: si el inspector Lennon había declarado que era a Frankie, y no a Izzy Hartley, a quien habían encontrado en el asentamiento, se disgustaría muchísimo más —. Lo veré luego. —Y así cedió de pronto.

Bajaron de nuevo a la cocina, donde Sean y Alice estaban sentados a la mesa, Sean mirando sin ver la página de deportes de *The Guardian*, con una lata de cerveza al lado, pese a no ser siquiera la hora del almuerzo. Alice tecleaba con desgana en el teléfono. Se la veía pálida e infeliz, pero, por alguna razón, aquello solo consiguió enfurecerla todavía más.

—Alice... —empezó, ignorando la mirada sobresaltada de Sean, que había levantado la cabeza como un resorte al detectar su tono de voz.

—Qué —dijo Alice, en tono afirmativo, no interrogativo. Bien podría haber añadido: «... pasa».

—Nada —respondió Helen con desgana.

Tenía la terrible sensación de que, si empezaba a atacar a Alice, no podría parar, pero, aunque no dijo nada, Alice se ofendió y se apartó de la mesa, arrastrando la silla y produciendo un fuerte chirrido en el suelo de piedra.

También Sean se levantó de pronto y, con el mismo pánico con que solía reaccionar cuando Alice se exaltaba, se acercó corriendo a ella y la envolvió en una especie de abrazo de oso que Helen deseó que le diera a ella, su esposa, más a menudo.

Alice, sin embargo, se zafó de él. Lloraba: unas lágrimas enormes le rodaban por las mejillas, y su rostro pálido se enrojecía de rabia al enfrentarse a Helen.

—Sé lo que me ibas a decir —aulló, de pronto furibunda, con los puños apretados a los lados del cuerpo como si tuviese seis años—. No confías nada en mí, ¿verdad? De hecho, apuesto a que me culpas de que hayan secuestrado a Frankie, ¿a que sí? ¡Pues claro que sí! La estaba cuidando yo, fue culpa mía, eso es lo que piensas, ¿no? ¿Por qué no me lo dices de una puta vez, so...?

—¡Alice! —gritaron a la vez Sean y la mediadora.

La mediadora abandonó su misión de preparar el té y, entrando en acción, se apresuró a intentar calmarla. No tenía ni idea de lo fútil que resultaría su intento, se dijo Helen. Cuando a Alice entraba en cólera, no había nada que hacer.

—Solo quiero que me jures por la vida de Frankie que Larry no vino a

casa esa noche —espetó Helen, cogiendo al toro por los cuernos. En aquel momento, le daba igual que Alice no volviera a dirigirle la palabra o lo mucho que se enfadase Sean por «disgustar» a su hija.

Alice profirió un sonido de frustración, medio grito medio protesta, se zafó de la mano de la mediadora, agarró su teléfono de la mesa y salió airada de la casa, dando un portazo. La mujer fue tras ella.

A Helen se le cayó el alma a los pies al oír el súbito revuelo que aquello produjo entre los cuatro o cinco *paparazzi* apostados a la entrada de la casa. Oyó los disparos de las cámaras desde la cocina y unas voces de hombre que decían: «¿Qué ocurre, Alice?», «¿Cómo han reaccionado tus padres ante la noticia del hallazgo de Izzy?».

Se volvió hacia Sean, ansiando la seguridad de sus brazos, pero él estaba hecho una furia.

—No deberías haber hecho eso —le dijo con sequedad cuando ella se le acercó.

—¡Venga ya, Sean! ¡Nos está ocultando algo, lo sé!

Él la miró.

—¿Lo sabes? ¿Qué demonios significa eso? Porque a mí lo que me parece es que estás empeñada en convertir a Alice en chivo expiatorio, para tener a quien culpar...

Helen lo miró espantada.

—¡Sean! Eso no es cierto y me parece muy injusto que te cueste tanto entenderme. No puedo quedarme aquí sentada sin hacer nada mientras Frankie sigue desaparecida, ¡no puedo! —Elevó la voz—. Vamos fuera y hagamos unas declaraciones a esos fotógrafos. Venga. Seguro que ayuda.

—No —contestó Sean, y la agarró del brazo para retenerla—. No, Helen, así no se hacen las cosas. Quizá más adelante, en una rueda de prensa oficial con ese policía, Lennon, el que acaba de informar sobre Isabel ... — Se interrumpió.

—No he visto la de Isabel. La veré esta noche, en las noticias de las nueve.

—No lo hagas —le advirtió Sean, y los ojos se le llenaron de lágrimas—. No la veas, Hel. Y, por favor, no salgas ahora. Si quieres salir en televisión, organicémoslo como es debido, pero yo no quiero salir en la tele, así que tendrás que salir tú sola.

Lo dijo con reticencia, casi con vergüenza. Helen lo miró ceñuda.

—¿Qué? No pienso hacerlo yo sola. Si tú no sales, ¡parecerá rarísimo!

¿Por qué demonios no ibas a querer si nos ayuda a encontrar a Frankie?

Sean se encogió de hombros y dio media vuelta.

—Tengo que encontrar a Alice, asegurarme de que está bien —dijo—. Voy arriba a llamarla.

Salió de la cocina y, al verse sola, Helen sintió la necesidad imperiosa de huir. Agarró las llaves del automóvil y se marchó. En la tiendecita del gimnasio, compró un kit para clientes y una toalla. El gimnasio estaba en un hotel, el Grant's, junto a Richmond Park, y acostumbraba a ir allí mientras Frankie estaba en la guardería, para entrenar un poco y luego tomarse un café tranquilamente en el salón del hotel. Aquellos eran los únicos momentos que tenía para sí misma, sin presiones familiares ni laborales.

Empezaba a aminorar el paso cuando oyó que alguien la llamaba. Alzó la vista. Era Marion, una amiga que había hecho allí, en el gimnasio, hacía unos meses. A veces, cuando buscaba soledad, la presencia de una amiga en el gimnasio le resultaba un fastidio, pero la mayoría de las veces era agradable tener con quien hablar de algo que no estuviese relacionado con las niñas o las tareas domésticas.

Marion también era una mujer de raza mixta, como ella, de madre blanca y cuyo padre era, según la propia Marion había insinuado, un músico muy conocido, aunque nunca le había revelado su identidad. No tenía hijos y Helen envidiaba su delgadez y su vida despreocupada. «Ahora también tú podrás llevar una vida despreocupada», le susurró en su interior una vocecilla cruel, pero Helen sacudió la cabeza con violencia. Nunca más volvería a quejarse de las carreras a la guardería, ni de los interminables quehaceres derivados de tener una niña pequeña.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Marion, sorprendida, al tiempo que se subía a la cinta de correr de al lado de la suya.

—Necesitaba salir —contestó Helen, jadeando.

Marion asintió con la cabeza, muy seria.

—¿Habéis... sabido algo más?

—No.

Marion empezó a correr. En aquellos instantes, Helen deseó que su amiga se fuese a otro sitio o que hablara de otra cosa. Que le contase alguna anécdota de su padre, la estrella del rock, o se quejara de su manicura. Solo cinco minutos, con eso bastaba. Que le diera a su cerebro algo más en qué pensar antes de que se devorase a sí mismo.

—Me he enterado de lo de Iz...

Helen no le dio tiempo a que terminara la frase.

—Tengo que irme.

Detuvo la cinta poco a poco y se dispuso a marcharse, pero luego se sintió culpable y volvió.

—Perdona, Marion, pero no me apetece hablar de eso.

—Lo entiendo. Pobrecilla. Pero estoy segura de que aparecerá, sana y salva, ya lo verás. Todo el mundo la está buscando. Lo he visto en Facebook, en una página especial.

—Eso no lo sabía.

—Tiene ya miles de seguidores —añadió su amiga, asintiendo con la cabeza—. El país entero quiere encontrarla, Helen. Rezamos todos por ti.

Nada más llegar a casa, Helen entró en Facebook y buscó el nombre de su hija. En cuestión de segundos, dio con la página «Buscando a Frankie», que algún vecino bien intencionado había creado. Le dio un vuelco el corazón al ver el pequeño rostro de Frankie en la fotografía de perfil y, alargando la mano, tocó la pantalla como acariciándole la mejilla con la yema del dedo. La página tenía ya 43.000 seguidores. En busca de consuelo, comenzó a leer los cientos de comentarios, necesitaba saber que también otros se preocupaban por su hija, que no estaba sola.

Los primeros ciertamente la ayudaron: «Que Dios bendiga a esa pequeña y la tenga a salvo. Por favor, compartid la foto para que todo el mundo pueda buscarla», «Ánimo a la familia, espero que la encuentren pronto» y otros tantos de ese estilo, pero entonces encontró uno que la dejó sin respiración: «Que alguien borre esos comentarios de más abajo, son horribles. ¿Cómo se puede ser tan cruel?».

¿Qué comentarios?

Con los ojos empañados de nuevo, Helen pensó en cerrar el portátil y marcharse, pero sabía que no iba a poder hacerlo, no antes de ver los mencionados comentarios.

Descendió por la página y el veneno que descubrió en los siguientes comentarios hizo que le subiera la bilis a la garganta.

La culpa es de los padres. ¿Cómo se les ocurre salir y dejar a la hija al cuidado de la pequeña?

Los padres de Frankie deberían ir a la cárcel. Me ASQUEAN. Mira que dejar a esa niña en casa con una adolescente...

A mí me han dicho que lo hicieron los padres y luego enterraron el cuerpecito de la pobre niña en el parque. ¡¡CUANDO EL RÍO SUENA...!!

Se le desplomó la cabeza sobre los brazos y, en medio del silencio, lo único que oía era la sangre latiéndole en los oídos.

Al cabo de un rato, que tanto pudo ser un minuto como diez, sufrió un arrebato y la rabia reemplazó al letargo del dolor. Se irguió en el asiento y empezó a escribir una publicación en el muro de Facebook, presentándose, tecleando tan rápido que su cerebro no daba alcance a sus dedos.

Me choca y me horroriza que desconocidos, personas que no saben nada de mí ni de mi familia, vengan aquí a juzgarnos. ¿Creéis que lo merecemos, que nuestra pequeña merece que se la hayan llevado? Sí, ojalá no hubiera salido esa noche, ojalá no la hubiera dejado con su hermanastra (aunque no hicimos nada ilegal: la ley permite a una joven de quince años cuidar de otros niños, sobre todo si son familia suya). A veces imagino tener un mando a distancia con el que rebobinar en el tiempo, volver a la otra noche y, en lugar de salir con mi marido —¡algo que estaba en todo mi derecho de hacer!—, pasar la noche abrazada a mi hija, protegiéndola. Gracias a todos los que nos habéis ofrecido apoyo y compasión; os insto a que, por favor, busquéis a Frankie. A los que nos habéis criticado a mi marido y a mí tan duramente, confío en que os sintáis AVERGONZADOS.

Pulsó la tecla INTRO antes de cambiar de opinión.

A los pocos segundos, la página empezó a bullir de actividad: entraban comentarios a borbotones, la mayoría coincidiendo con ella, otros cuestionando su identidad, otros respaldando las palabras originales de los

troles, reprendiéndola como guardianes morales, casi analfabetos, del universo. Recostada en el respaldo, observó entre lágrimas cómo crecía la lista de comentarios.

Mientras estaba allí sentada, apareció un punto rojo que indicaba que había recibido un mensaje privado.

Lo abrió y el cuerpo entero se le quedó rígido de pavor.

# CAPÍTULO 10

---

## PATRICK – DÍA 2

Aire. Necesitaba aire. Pero no era capaz de apartarse de la pared donde tenía clavadas las fotos de los tres niños desaparecidos. Matizó: dos desaparecidos de momento, una desaparecida para siempre. No había visto a los padres de Isabel Hartley después de que les dieran la terrible noticia, se reservaba ese mal trago para el día siguiente. ¿Cómo lo superarían? Isabel era su única hija. Supo enseguida la respuesta: jamás lo superarían. ¿Cómo se superaba algo así? Seguirían viviendo sin ella, claro, unos cincuenta años más. Quizá intentaran tener más hijos, juntos o con otras personas. Saldrían adelante, pero la vida que habían llevado hasta entonces se había acabado esa tarde, cuando uno de los miembros del equipo de Patrick se había sentado a hablar con ellos en voz baja.

La rueda de prensa había terminado hacía una hora. Los asistentes habían guardado silencio absoluto, salvo por el clic de las cámaras, el ruido lógico de los cuerpos en movimiento y la fuerte tos seca del periodista de *The Sun*, pero, en cuanto Patrick había terminado de hablar, el periodista en cuestión, Harry Carlson, preguntó si era cierto que habían encontrado el cadáver de Isabel en el asentamiento gitano de Crane Park, así lo llamó, y estalló un clamor en la sala. Ahora estaba por todo Internet y la línea de atención al ciudadano no paraba de sonar. Había diecinueve asentamientos de caravanas legales en Surrey, amén de otros muchos asentamientos privados e ilegales. La gente que vivía en los alrededores de todos y cada uno de ellos estaba llamando para denunciar que habían visto a los acampados tirando de filas de niños pequeños.

Patrick se sentó al escritorio, se puso los auriculares, abrió sus listas de

canciones de iTunes y seleccionó uno de los álbumes más ligeros de The Cure, *The Head on the Door*; la música lo ayudó a tranquilizarse y a reactivar sus neuronas. Escuchar los temas que le encantaban cuando era adolescente le hacía sentirse joven. Era como si consiguiera engañar a su cerebro para que pensase que tenía la mente ágil de un joven de diecinueve años, pero con la experiencia y los conocimientos de un hombre el doble de mayor.

Sacó su libreta Moleskine y la abrió por la siguiente página en blanco. Sus compañeros se burlaban de él cuando la veían, él sabía que era un signo de afectación, pero, aun así, lo irritaba que Winkler lo llamase Dickens o, a veces, JK, seguramente los únicos dos escritores de los que había oído hablar.

La libreta estaba llena de garabatos, de pensamientos, de preguntas, una maraña de información tan liosa y enrevesada que él mismo se perdía. Debía recapitular, hacer algunas anotaciones claras para organizar lo que ya sabía y, más importante todavía, lo que no sabía aún.

En la página en blanco, empezó una lista.

1. Isabel + acampados
2. Liam/Sainsbury's
3. Frankie + familia

Tamborileó en la libreta con el bolígrafo mientras escuchaba a Robert Smith decir lo mayor que se había sentido ayer y empezó a anotar los hechos debajo del primer encabezado, empezando por la desaparición de Isabel, el hecho de que se la hubieran llevado de su casa y después lo que se sabía hasta la fecha sobre su triste destino, pero, al cabo de unas líneas, se detuvo, frustrado.

Sí, sabía que Wesley la había encontrado en los límites del asentamiento hacía seis días, uno después de su desaparición, y que estaba desnuda. Por lo que él había visto, no había nada que revelase cómo había muerto, ni heridas ni lesiones visibles. Sabía también que ni Wesley ni Mickey, cuyos datos se habían pasado por HOLMES, tenían antecedentes, salvo una acusación de lesiones graves a Mickey de hacía veintiún años tras una pelea en un *pub*. En esos momentos, dos agentes estaban pasando por el sistema los nombres de todos los ocupantes del asentamiento, pero no había salido nada.

Escribió: «Descartar a los acampados», y lo subrayó. Su instinto le decía que Mickey Flanagan estaba en lo cierto: que habían dejado el cadáver allí deliberadamente para incriminarlos. Podía ser por dos razones. La

primera era que alguien tuviese algún motivo para vengarse de ellos o les deseara algún mal, pero ¿qué relación tenía eso con los otros niños desaparecidos? ¿Estarían a punto de encontrar los cadáveres de los demás niños abandonados en otros asentamientos similares? Anotó que debían comprobar eso y, al hacerlo, se le encogió el estómago, porque sabía lo que parecería entonces, para ambas partes.

La venganza parecía improbable, de modo que solo quedaba la razón más evidente: la táctica disuasoria. El único problema era que resultaba muy evidente y poco meditado. Dibujó una interrogación grande y bien perfilada en el papel. Debía hablar con el patólogo forense, Daniel Hamlet, y esperaba una llamada del depósito de cadáveres.

Pasó a la segunda página. Liam y Sainsbury's. Aún lo asombraba que alguien hubiera conseguido llevarse a un niño de un automóvil en el concurrido aparcamiento de un supermercado sin que nadie se diera cuenta. Seguramente ahora empezarían a recibir llamadas de personas que asegurarían haber visto a aquel «gitano de aspecto sospechoso» merodeando junto a los carritos de la compra, pero ya habían revisado las grabaciones de las cámaras de seguridad, que no cubrían el vehículo de los McConnell, ni tampoco, para angustia de Patrick, la entrada ni la salida del aparcamiento. Además, habían pedido en televisión y en la prensa local la colaboración de cualquiera que hubiese estado en Sainsbury's el 4 de junio entre las diez y las doce de la mañana y hubiese visto a alguien cargado con un niño pequeño, pero, de momento, no habían recibido ninguna pista de utilidad.

Por último, al tiempo que el álbum llegaba al final de lo que habría sido la cara A en la cinta de casete que había comprado cuando aún estudiaba, pasó a otra página y escribió: «Frankie y familia».

La científica no había hallado nada de interés en la vivienda. Ni huellas, ni ADN, nada de nada. El equipo de investigación había ido de puerta en puerta todo el día y había recabado un dato que podría resultar útil. Un anciano que vivía enfrente y que había abierto la puerta de su casa para dejar entrar al gato cuando estaban terminando las noticias de las diez —«Detesto el condenado reportaje que hacen siempre al final», había protestado— había visto a «un muchacho alejarse en bicicleta». No lo había visto salir de la casa de los Philips, pero era muy probable que viniera de allí.

Patrick anotó el nombre de Larry en la hoja. Ni se le pasó por la cabeza que aquel joven hubiese secuestrado a la hermanastra de su novia, pero quería hablar con él. Si había estado en la casa cuando se habían llevado a Frankie, o

justo antes, era un testigo importante. Anotó que debía pedir a Carmella que fuese a buscarlo. A ella se le daban bien los adolescentes.

También estaba Sean Philips. Con la locura del día, aún no había podido interrogar personalmente al padre de Frankie, aunque Carmella le había tomado declaración brevemente. Otra tarea para el día siguiente.

Para terminar, anotó: «Foto de Frankie». El dibujo de la pequeña, archivado ya como prueba, le producía la misma sensación que si cientos de arañas diminutas le recorrieran la piel. ¿Cuándo había visto Frankie a alguien asomarse por el cristal de la ventana, si eso era lo que significaba aquel dibujo? ¿Y por qué no había alertado a su hermana? ¿No sería eso lo que haría cualquier niño pequeño? Subrayó la pregunta dos veces, justo al tiempo que le vibraba el teléfono en la mesa. Se colgó los auriculares del cuello y contestó.

—¿Sí?

Daniel Hamlet era la persona más seria que Patrick había conocido jamás. Era un hombre negro de cuarenta y tantos años y, aunque en televisión los patólogos forenses solían exhibir un humor negro para hacer más llevadera su tarea, como lo hacían Patrick y algunos de sus compañeros, Hamlet era tan intenso y falto de sentido del humor como su homólogo shakespeariano. Ni siquiera sonreía cuando le soltaban la repetidísima frase «¡Ay, pobre Yorick!», por enésima vez en su vida. Claro que tampoco era de extrañar, pensó Patrick.

Siguió a Hamlet por los pasillos bien iluminados del depósito de cadáveres, preguntándose, como hacía siempre, si la luz era tan intensa porque era la única forma de evitar que los fantasmas asomaran entre las sombras. O quizá fuera solo impresión suya. Si hubiera sido religioso, se habría detenido a pensar en todas las almas que habrían pasado por aquel edificio. En realidad, eso no era así, ¿no? Cuando uno llegaba allí, el alma ya había abandonado el cuerpo. No eran más que cadáveres. Carne, hueso y pelo. Lo que fuera que lo convertía a uno en persona había desaparecido y vivía solo en el recuerdo de los que había dejado aquí, en los genes que hubiera transmitido a su prole.

Odiaba aquel condenado lugar.

—Mi informe completo estará listo mañana, inspector —le dijo Hamlet cuando llegaron a su despacho.

—Lo comprendo.

—Pero queremos atrapar a ese cabrón cuanto antes, ¿verdad?

A Patrick le chocó el comentario. Jamás había oído a Hamlet una palabrota, ni lo había visto enfadado. Siguió la mirada del forense hasta una foto enmarcada que tenía en el escritorio, la de una pequeña mofletuda y sonriente, que reunía en sí todo lo que le faltaba a aquel edificio.

—Por supuesto.

—He visto un poco de la rueda de prensa de hace un rato en televisión. Parece que el país entero está impaciente por que encuentres a esos niños.

—¿Qué has averiguado?

Hamlet entrelazó los dedos. Los mismos dedos que habían blandido el bisturí con el que se había abierto en canal a una niña pequeña esa tarde.

—No hay señales de agresión externa. Ni heridas. He examinado el cuello en busca de indicios de estrangulamiento, pero no hay hematomas.

Patrick imaginó la mano de un adulto en el cuellecito de una niña y se estremeció y tuvo que hacer un esfuerzo mental por no relacionar aquel caso con su vida.

—Pero los pulmones sí que nos cuentan algo. Son esponjosos y contienen agua.

—¿Se ahogó?

Hamlet ladeó la cabeza.

—Resulta tremendamente complicado determinar con certeza si una persona se ha ahogado. Si me llega un cadáver encontrado en el agua, damos por supuesto que la persona se ha ahogado, pero podría haber sufrido un infarto, por ejemplo. Puede que esta pequeña tragase mucha agua, pero muriera por otra razón.

—¿y en tu opinión?

—Se ahogó. —Mientras Patrick pensaba en eso y en lo que podía significar, Hamlet le preguntó—: ¿Cuándo la encontraron en el asentamiento gitano exactamente?

—El lunes pasado, el día 3. A las diez de la mañana aproximadamente, según el idiota que la vio.

—Hummm... Ya sabes que, en casos como este, cuando transcurren muchos días entre la muerte y la autopsia, es difícil calcular la fecha de defunción. —Patrick asintió con la cabeza—. Pero creo que podemos conjeturar que la dejaron allí la noche del 2 al 3. A primera hora de la mañana pasa por delante del asentamiento mucha gente corriendo o paseando a los perros, así que lo más seguro es que la abandonaran allí al abrigo de la noche,

lo que significa que la mataron muy poco después de secuestrarla.

Eso ya lo había imaginado él. Isabel había desaparecido a las 15:45 del día 2. Si el cadáver se había encontrado a la mañana siguiente, salvo que Wesley mintiera o se estuviese confundiendo de día, quien se la hubiera llevado la había matado en cuestión de horas.

—¿Hay algo que sugiera que Wesley nos dio información falsa sobre el día en que la encontró?

Hamlet frunció el ceño.

—No. Ya te he dicho que para mí es difícil saber el momento exacto de la muerte, pero yo diría que, a juzgar por el estado en que se encontraba el cadáver, una semana parece lo más acertado.

Patrick apuntó algo en su libreta y esperó a que Hamlet continuara. Ya tenía anotado lo último que la niña había comido: macarrones con queso y guisantes, melón de postre. Le preguntó al forense si había encontrado otros alimentos en el estómago de la pequeña y este le contestó que no.

Esperó a que Hamlet le revelara la información que más necesitaba saber, pero que más temía. Se preparó para digerirla.

—No hay signos de agresión sexual de ninguna clase —señaló el forense.

Patrick lo miró sorprendido.

—¿En serio?

—Sí. No hubo penetración, ni hay restos de semen en el cuerpo ni en la boca, ni indicio alguno de tocamientos genitales.

Aunque aquello alivió a Patrick, también lo confundió más. El que los dos primeros niños desaparecidos fuesen de distinto sexo siempre había hecho que el equipo dudara de que el secuestrador fuese un pedófilo. Casi todos los pedófilos prefieren uno u otro, o niños o niñas, lo que les había hecho pensar en una posible red de pedofilia, quizá de traficantes de niños, pero, si no había habido agresión sexual, ¿para qué la había secuestrado? ¿Habría ocurrido algo que había asustado al secuestrador?

¿Para qué arriesgarse a secuestrar a una niña de su casa y asesinarla casi inmediatamente si no pretendía abusar de ella? O quizá sí lo pretendiera, se dijo Patrick de repente, pero, por alguna razón, no tuvo ocasión de llevar a término su vil propósito.

—Será un consuelo para los padres —dijo Hamlet—. Aunque sea poco. Ah, y hay algo más. —Sacó un montón de ropa, que Patrick identificó enseguida con la que Isabel llevaba puesta: unos jeans, una camiseta lila y un

jersey blanco, manchados de porquería. La habían dejado junto al cadáver—. Huélela.

Patrick hizo lo que le pedía. La ropa olía a humo, como si la niña hubiese estado cerca de una hoguera.

—¿A qué huele? —preguntó—. ¿A leña?

El forense ladeó la cabeza.

—No estoy seguro. Parece que huele a humo, pero no soy capaz de distinguir de qué. De cigarrillo, no. Puede que sea de una hoguera, sí.

—Probablemente se impregnasen de ese olor en el asentamiento. Muy bien, Daniel, gracias otra vez. Más vale que vuelva al despacho.

Hamlet asintió con la cabeza.

—De acuerdo, nos vemos. —Agarró a Patrick del brazo y lo miró a los ojos. — Píllalo.

De camino al automóvil, Patrick siguió dándole vueltas. Si no era un pedófilo, ¿de quién se trataba? ¿Cuál era el móvil? ¿Habría elegido a Isabel intencionadamente por ser quien era? ¿Lo habría hecho para castigar a sus padres, para causarles el mayor dolor imaginable? Y, si era así, ¿quería eso decir que los objetivos de los otros dos casos eran también los padres?

Quizá debieran investigar a las familias. Quizá allí, en alguna conexión entre los padres, encontraran el móvil del crimen y al asesino.

Giró la llave de encendido y salió despacio del aparcamiento rumbo a la comisaría. A Isabel Hartley la habían asesinado muy poco después de llevársela. Si él fuera el padre de uno de los otros dos niños, Liam o Frankie, ese dato se le clavaría como una lanza de pánico en el corazón, porque lo más probable era que los otros dos estuvieran muertos ya. Sus cuerpecitos sin vida debían de estar por ahí, en alguna parte, esperando a que los encontraran.

Rezó por estar equivocado.

El gatito no para de maullar y ha empapado de pis el fondo de la caja de cartón, pero creo que le va a encantar. A todas las niñas les encantan los gatitos.

Ha estado muy callada desde que la traje aquí. Apenas ha hablado. Cuando no está dormida como un tronco o encerrada, por su seguridad, está llorando. Tengo ganas de ver su verdadero yo y creo que el gatito ayudará. Ha sido una suerte que me lo encontrara. Estaba tirando la basura cuando, al levantar la tapa del contenedor, los he visto: tres gatitos. Lógicamente yo no quería a los tres, así que he dejado a los otros dos donde estaban y me he

llevado a este. Es un gato atigrado, con una cabeza casi demasiado grande y pesada, que se le cae hacia los lados como la de un ser humano recién nacido.

Aprovechando que estaba fuera, me he agenciado un periódico. Así que han encontrado el cadáver de Izzy. Me preguntaba cuánto tardarían en dar con él. Según el diario, la policía está investigando las pruebas forenses y muchas personas están colaborando con sus pesquisas.

Pobre Isabel. Lástima que haya tenido que morir. Me ayudaba mucho. El pequeño Liam también. Confío en que no lo encuentren demasiado pronto.

Me encantan los niños, pero, de todos los niños del mundo, nadie es tan valioso como la niña especial que levanta la cabecita y me mira tristona cuando abro la puerta de la furgoneta, que ya he cambiado de sitio varias veces hoy; no paro de moverla para que nadie se fije en ella.

—Mira lo que te he traído —le digo, y deposito la caja en la mesa extensible.

—¿Un gatito?

Su rostro se ilumina al registrar los constantes maullidos.

—Eso es. Un gatito. Para ti sola.

—¿De qué color es?

—¿Abrimos la caja y lo vemos?

Levanto la tapa y el gato sale disparado antes de que pueda hacerme con él, hecho una bola de pelo y garras. Intento atraparlo, pero me araña y sisea lastimero. Le echo el guante y lo tiro al suelo y, como tiene la cabeza tan grande, vuelca hacia delante, rueda y vuelve a ponerse en pie.

—Para, para —me chilla ella.

El gato corre por el suelo como una rata acorralada. Yo lo maldigo, tratando de atraparlo, y por fin le doy caza. Justo cuando lo estoy levantando, suelta un géiser de caca, la porquería más maloliente de la historia de los malos olores. Para colmo de males, o como se diga, me muerde el dedo y me araña la muñeca.

Lo suelto, pero antes de que pueda escapar, le doy un fuerte pisotón en el lomo.

—Deja de hacer ruido, joder —le grito a la niña—. Para ya o te doy un pisotón a ti también.

Está hiperventilando y me arrepiento de haber actuado tan bruscamente. El gatito sigue vivo, aunque puede que tenga la espalda rota. Lleva todo el pelaje pringado de mierda. Menuda idea tan cojonuda he tenido.

Lo agarro y lo tiro por la puerta como si fuera de peluche.

Ahora me toca lidiar con una niña compungida.

—Mamá, mamá —solloza, inspirando fuerte y entrecortadamente—. Quiero ir con mi mamá.

—Tranquila —le digo—. No pasa nada. Te traeré otro gatito. Puedo traerte uno ahora mismo.

Entonces es cuando empieza a gritar, con esa voz de pito que es como una tetera antigua y, en cuanto lo oigo, le tapo la boca con la mano y la meto en la diminuta caja de cartón. No me queda elección. No puedo arriesgarme a que la oigan. Ahora no.

Ni nunca.

# CAPÍTULO 11

---

## JEROME – DÍA 2

Jerome Tyson Smith, de pie junto a la ventana, en calzoncillos ajustados de un blanco nuclear, sacó pectorales, se frotó los abdominales con la palma de la mano y contempló el exterior desde la porquería de edificio a la que llamaba hogar.

Desde allí arriba veía las caritas de los bebés en los cochecitos, cargados con las bolsas del supermercado en la parte de atrás. Observó cómo un anciano con dos bastones enfilaba agotado el camino al interior del bloque de enfrente. Por allí estaban dos de sus chicos, vigilando. Se preguntó si notarían el peso de su mirada, como los ojos de Dios. En eso consistía parte de su poder: sus hombres sabían que, hicieran lo que hiciesen, Jerome Tyson Smith los vigilaba.

—¿Qué haces, cielo?

Se volvió a mirar a la mujer desnuda que había en la cama. Carla. Estaba tapada con una sábana, pero una de sus enormes tetas casi se escapaba de ella y tenía fuera un pie con las uñas pintadas de dorado.

—Hola, princesa —contestó él y, acercándose a la cama, se agachó.

Por un instante, los ojos de Carla se iluminaron, hasta que acarició el lomo cálido de la terrier staffordshire que, sentada, golpeaba el colchón con la cola.

En cuclillas, le rascó la oreja a la perra. Rihanna. Ella lo miró con adoración y se tumbó panza arriba para que pudiera hacerle cosquillas.

—Sí, te gusta esto, *RiRi*. Mira qué bien, mira qué bien.

Le metió los dedos por debajo del centelleante collar y rascó, a lo que la perra respondió con un gruñido de placer.

—¿Por qué no vienes aquí y me lo haces a mí? —preguntó Carla con un mohín, y se destapó para dejar al descubierto sus pezones sin duda extraordinarios.

—Dale un hueso a la perra —dijo él. Ella lo miró esperanzada. Amor propio, cero—. No. Me voy de patrulla con RiRi.

—Ay, Jerome, quieres a esa perra más que a mí.

No tenía sentido responder a eso. Carla estaba demasiado a gusto, empezaba a comportarse como si fuese su puñetera novia o algo así. Iba siendo hora de deshacerse de ella. Él era Jerome Tyson Smith y le bastaba chascar los dedos para que las putitas acudieran corriendo. Blancas, negras, asiáticas. Princesitas de colegios privados y zorras de viviendas de protección oficial. Todas querían una cosita de él. Una cosita de veintitrés centímetros.

—Vamos, RiRi —dijo, y sonrió al ver que su mejor y única amiga saltaba al suelo y trotaba hacia él, repiqueteando con sus uñitas en el suelo de madera. Se dirigieron ambos a la puerta.

—Oye, Jerome —le gritó Carla desde la cama.

—¿Qué?

—Esa perra... antes me ha atacado. La muy zorra ha intentado morderme cuando salía del baño.

—Buena chica —respondió él, dirigiéndose a la terrier.

Dos minutos más tarde Jerome y RiRi salían al aire húmedo. Pasearon por el edificio. Él se había criado allí, con su madre y una ristra de hombres que querían que los llamara «papá» o tenerlo bien lejos para poder hacérselo con su madre. Un amigo suyo, Leonard, le había contado a Jerome que uno de los ligues de la madre de su primo había abusado sexualmente del pobre chico y, desde aquel momento, Jerome, que por aquel entonces tenía once años, había empezado a dormir con una navaja debajo de la almohada y una cuchilla de afeitar en los calzoncillos. Por suerte, ninguno de los ligues de su madre había intentado nunca nada con él, pero uno de ellos, un cabrón con ojos de huevo, literalmente, llamado John Johnson, la había asesinado, estrangulándola en la cama mientras el quinceañero Jerome escuchaba el nuevo álbum de Beyoncé con los auriculares puestos en la habitación contigua.

En una versión alternativa y fantasiosa de su vida, Jerome tenía una tía que vivía en el campo y que lo había adoptado, le había enseñado a ser un ciudadano respetable y le había inculcado una gran pasión por las

ocupaciones sanas que lo harían terminar en Oxford o alguna bobada de esas, pero, no, su tía Jacqui, que en realidad no era su tía sino una mujer con la que su madre había ido al colegio, vivía en el apartamento de al lado, en el mismo edificio apestoso que él, y lo había acogido en su hogar. A la segunda noche, Jerome se dio cuenta de que lo que quería era acogerlo «en lo más profundo de su ser». Aunque para entonces él ya había estado con muchas chicas de la escuela, enseguida comprendió lo que significaba recibir el amor de una mujer buena o, más bien, de una mujer a la que se le daban bien las mamadas.

A los dieciséis, cuando Jerome dejó los estudios, ella lo echó de casa tras descubrir que le había empeñado un anillo de compromiso que le habían regalado a los dieciocho años y que, de algún modo, había conseguido conservar todos esos años. Entonces, él se había mudado a otro apartamento en el edificio de enfrente.

A veces echaba de menos a su madre, en ocasiones, incluso echaba de menos a Jacqui y su lengua perforada, pero ya manejaba él solo las riendas de su vida. Ahora era un empresario. Le gustaba ver *The Apprentice* y *Dragons' Den* y esos programas de negocios, aunque la mayoría de los participantes no fueran más que unos pringados. Jerome había descubierto hacía tiempo que solo había tres formas de enriquecerse rápidamente en aquella ciudad: convertirse en estrella de la música o del fútbol, hacerse banquero o delinquir. Él no sabía cantar, el fútbol se le daba bastante mal y, pese a que siempre había sido el chico más listo de la clase, con su formación jamás conseguiría un puesto en la cutre sucursal del Barclays que había a la vuelta de la esquina, menos aún en la City. Solo le quedaba delinquir.

Y eso había hecho. Tenía a chavales por todo el distrito hurtando iPods y robando navegadores y radios de los automóviles, pero eso era calderilla al lado de los teléfonos. Ya estaba consiguiendo más de cien al día, mucho más los fines de semana, casi todos iPhones o Galaxies. Caprichitos de niños ricos, eso eran. También tenía un pequeño negocio de contrabando de drogas, pero ya había visto que eso era mucho más arriesgado y la competencia era feroz y despiadada. Aún no estaba preparado del todo para enfrentarse a algunas de las grandes bandas.

Empezaba a sentirse como un pez gordo en una pecera pequeña y asquerosa, eso sí, nadando en círculos entre sus propios excrementos. Por las noches, cuando miraba por la ventana, veía las luces de Londres extenderse en el horizonte y sabía que quería más. Necesitaba subir otro escalón. Y, para eso, precisaba más capital del que le proporcionaban los teléfonos y los

aparatos robados.

La cuestión era de dónde iba a salir.

RiRi y él se acercaron a dos de los soldaditos de Jerome, Curtis y Milo. Cuando no estaban robando iPhones a niños universitarios, eran un dúo rapero que daba más pena que otra cosa. Alzó la barbilla a modo de saludo y los dos raperos hicieron lo propio.

—¿Qué hay, Jerome? ¿Qué hay, RiRi?

La perra le olisqueó la pierna a Curtis, luego se tendió en el asfalto caliente con las patas estiradas por delante.

—¡Eh, mira eso! —rio Curtis—. Todas las perras se echan a los pies del Maestro Ty.

Al oírlo, Milo le hizo un gesto desesperado a su compañero de rap para que cerrase el pico, pero Curtis iba colocado y rio a carcajadas de su propia gracia.

Jerome le quitó la correa a RiRi, se situó a la espalda de Curtis, se la pasó por el cuello y tiró con fuerza. Curtis profirió un satisfactorio gruñido de estrangulamiento e intentó desesperadamente meter los dedos por debajo de la correa.

—Discúlpate —le dijo Jerome con calma.

Curtis carraspeó y Jerome aflojó un poco la correa.

—Lo siento, Jerome, tío. No pretendía ofenderte.

—A mí, no. Pídele perdón a Rihanna.

Jerome apretó la correa. Milo miró espantado a su amigo, que se estaba poniendo morado. Jerome notó complacido cómo se abultaban sus bíceps a medida que aumentaba la presión. Luego lo soltó y el muchacho cayó al suelo de rodillas, agarrándose la garganta y jadeando.

—Pídele perdón.

Curtis se acercó gateando a la perra, que alzó la barbilla y lo miró muy digna.

—Lo... siento... Rihanna —dijo el rapero.

Observaron a la perra, Curtis temblando de miedo ante la posible reacción de la terrier.

RiRi se levantó con dificultad y trotó en la dirección opuesta.

—Disculpa no aceptada —sentenció Jerome.

La sangre le bullía en la cabeza. Era una sensación agradable. Mejor que penetrar a Carla, mejor que una de las mamadas de la tía Jacqui, incluso mejor que cuando le pagaban.

Mientras arrastraba al suplicante Curtis a la parte posterior del edificio, con la correa colgando de la mano libre y RiRi a su lado, recordó quién más necesitaba que le dieran una lección. Esa zorrита rica. Ya le había dicho a Larry que le diera un aviso, pero no había vuelto a saber nada de ninguno de los dos.

Tomó nota mental de hacer algo al respecto. De hacerle llegar un mensaje a ella. En cuanto terminase con aquel guiñapo que había insultado a su perra.

# CAPÍTULO 12

---

## PATRICK – DÍA 3

La mujer que abrió la puerta de la estrecha vivienda unifamiliar de dos habitaciones por planta debía de haber sido hermosa en su juventud. Se notaba en su porte, que albergaba reminiscencias de un pasado en el que todos los hombres con los que se topaba la miraban de arriba abajo. La vida la había desgastado, sin embargo, con la misma violencia con que la marea convierte en arena las piedrecitas. Tenía el pelo rubio, con las raíces más oscuras, y sus ojos apagados se ocultaban tras unas gruesas gafas de pasta.

—¿Sí? —dijo.

Patrick le mostró sus credenciales, Carmella hizo lo propio.

—Inspector Patrick Lennon —se presentó Patrick—. ¿Trisha Gould? Buscamos a su hijo, Larry.

La mujer titubeó, pero Patrick no le dio tiempo a mentir.

—Sabemos que está en casa, señora Gould. Acabamos de verlo entrar. Salvo que tenga usted otro hijo adolescente que haya venido a verla.

—¿Qué quieren de él?

Carmella se adelantó. Durante el trayecto, había estado inusualmente callada y tenía los ojos irritados como si hubiera estado llorando o hubiese pasado una mala noche. Sabía que debería haberle preguntado, pero esas cosas se le daban fatal, no era muy dado a los sentimentalismos. Gill siempre se había reído del modo en que evitaba, por todos los medios, las conversaciones sobre sentimientos. Cuando quería comunicarle algo importante, hacerle saber que estaba dolido por algo, ponía un disco que hablara de cómo se sentía y confiaba en que pillase la indirecta y encontrara alguna forma mágica de solucionarlo.

—Tenemos que hablar con su hijo —le dijo Carmella con la mayor seriedad de la que fue capaz, y Trisha Gould suspiró y los hizo pasar.

Larry Gould estaba tirado en el sofá con una novela de bolsillo en las manos. Se volvió hacia ellos, todo inocencia. Era un chico guapo, de diecisiete años, con el pelo corto y un arito de oro en una oreja. No parecía sorprendido, como si hubiera estado esperando su visita. Patrick supuso que Alice debía de haberle comentado que habían estado preguntando por él.

—¿Qué libro lees? ¿Está bien? —preguntó Patrick, con la madre del muchacho a su espalda.

Larry lo sostuvo en alto para que pudieran ver la cubierta. *Matar a un ruiseñor*.

—Gran libro —señaló Carmella, cariñosa—. ¿Es para clase?

Parecía que Larry estaba a punto de decir que sí, pero su madre habló antes.

—No, le encanta leer. Siempre está leyendo algo.

Larry se retorció de vergüenza. Patrick sabía que, para un adolescente como aquel, los libros eran una impostura; su limitada experiencia le había permitido ver que los jóvenes de esa generación estaban obsesionados con ser «auténticos» y «fieles a sí mismos».

Se sentaron en los sillones que había frente al sofá, la señora Gould se situó detrás de su hijo.

—Larry, queremos hacerte un par de preguntas sobre lo que hiciste anteanoche, la noche del 9 —dijo Carmela, y se inclinó hacia delante, con los ojos muy abiertos, dejando atrás a la mujer callada y triste que había sido hacía un momento. Patrick vio a Larry bajar la vista al pecho de su compañera un nanosegundo.

—Se refiere a la noche en que se llevaron a Frankie.

—Eso es.

El adolescente estaba haciendo un esfuerzo tremendo por estarse quieto. Patrick casi podía ver la tensión y la energía que vibraban en su interior.

—La van a encontrar, ¿verdad? Es... una niña tan tierna. Alice está destrozada.

Carmella, que estaba sentada al borde de la silla, alargó la mano y le tocó el brazo.

—¿Piensas mucho en Frankie?

—Sí, claro.

—Entonces a lo mejor puedes ayudarnos a encontrarla.

—¿A qué se refiere? Yo no sé nada.

—¿Dónde estuviste el domingo por la noche? —preguntó Patrick.

—Por ahí, con mis amigos —contestó Larry enseguida.

—¿Haciendo qué?

—Nada en especial, ya sabe. Por ahí, charlando.

—¿No fuiste a ver a Alice? —dijo Carmella—. Ella es tu novia, ¿no?

—Sí, es mi novia, pero, no, no fui a verla.

Carmella sonrió.

—Es muy guapa, ¿verdad? Preciosa.

Larry se revolvió de nuevo en el asiento, pero con cara de orgullo, como pensando: «Están hablando de mi novia».

—Sí.

—¿Y tú sabías que sus padres iban a salir?

—No. No, no lo sabía.

La policía rio.

—¿En serio? No vamos a reprenderte por que fueses a verla, Larry. Lo que haya entre vosotros no es cosa nuestra. —Al decirlo, le miró descaradamente la entrepierna y él se ruborizó—. Si te preocupa meterte en un lío porque Alice sea menor, te aseguro que eso nos da igual.

Mientras el muchacho se ponía como un tomate, su madre, a su espalda, palideció.

—No pasé por allí. Y, aunque lo hubiese hecho, no veo qué relación puede tener con la desaparición de Frankie. No me la llevé yo, ni nada por el estilo. ¡Por favor!

—Solo queremos saber si viste algo.

—No, no vi nada.

—Entonces, ¿estuviste allí? —insistió Carmella.

—No. No, ya se lo he dicho: estaba con mis amigos.

—Pero, Larry, te vio un vecino. Cuando te marchabas en la bici.

—Pues no era yo. Sería cualquier otro adolescente en bicicleta. Espero que Alice no me esté engañando con otro —añadió, queriendo hacer una broma—. Porque la mato. Quiero decir que...

Patrick se puso en pie, recorrió aprisa la distancia que los separaba y se situó delante de Larry para agobiarlo.

—Si estuviste allí esa noche, independientemente de lo que hicieras allí, eres un posible testigo crucial. Esa niña ha desaparecido. ¿Supongo que has oído lo de Isabel Hartley, que sabes que la encontraron muerta ayer? Doy por

sentado que no quieres que le pase lo mismo a Frankie, ¿me equivoco?

Larry tragó saliva visiblemente.

—Claro que no, pero no estuve allí, lo juro.

Se hizo el silencio.

Patrick exhaló por la nariz.

—Vámonos, estamos perdiendo el tiempo. —Sacó una tarjeta de visita y la arrojó al sofá—. Si de pronto te acuerdas de que sí estuviste allí, aunque no se te ocurra nada que pueda sernos de ayuda, llama a ese número.

De nuevo en el automóvil, Patrick golpeó fuerte el volante con la palma de la mano e hizo una mueca de dolor. El aire olía rancio, el típico hedor de una tormenta que se avecina. Imaginó una piscina de agua sinuosa en una isla tropical, en algún lugar tranquilo y lejano, pero antes de que le diera tiempo a disfrutar de la visión, el cadáver de una niña apareció flotando en aquella piscina imaginaria, una diminuta Ofelia, con los ojos cerrados, y Patrick boqueó como si fuese él quien se ahogaba.

—Creo que se derrumbará si seguimos presionándolo —dijo Carmella.

Patrick se deshizo de la imagen de la niña ahogada.

—No merece la pena. Propongo que nos olvidemos de Larry Gould. Aunque se estuviese tirando a Alice esa noche, no creo que viera nada que nos pueda servir. Sigamos las pistas que tenemos.

Su compañera titubeó, luego asintió con la cabeza.

—De acuerdo, sigamos las pistas que tenemos. ¿Cuáles son?

Patrick se sacó del bolsillo la libreta Moleskine y la agitó delante de Carmella.

—¿Has desayunado?

—Sí, me he tomado un bol de muesli.

—Bueno, yo solo he comido media tostada con mermelada que Bonnie ha tirado al suelo, así que estoy muerto de hambre. Vamos al Diners' Delight.

—Madre mía, solo de entrar en ese sitio me salen espinillas.

Diez minutos más tarde se sentaban a una mesa de aquel local de comida basura que tanto le gustaba a Patrick y, mientras Carmella se curaba en salud pidiendo un zumo de naranja embotellado y unas tostadas, su compañero se aventuró con el desayuno inglés completo y una jarra de té.

—¿Va todo bien? —le preguntó a Carmella.

Ella levantó la vista del zumo, sorprendida.

—Sí, ¿por qué?

—No, solo pregunto. Este es un caso difícil. Quería asegurarme de que no te está afectando.

—Si digo que sí, ¿me darán una semana de permiso?

A Patrick le plantaron de golpe su desayuno de campeones delante y él lo regó con el ketchup acuoso que rellenaba la botella de Heinz como dándose aires de lo que no era.

—Eh... no. —Mojó una esquina de la tostada en el huevo frito y, al romperse la yema, esta se esparció por todo el plato. Carmella frunció la nariz —. ¿Todo bien en casa?

—Todo de color de rosa —respondió ella, dejando caer los hombros.

—Genial. Es que me ha parecido que estabas un poco... —¿Se estaría dando cuenta ella de lo incómodo que se sentía?— Un poco sentimental. — Su propia elección de palabras lo hizo estremecerse.

—Hummm... Bueno, soy mujer. De vez en cuando nos ponemos sentimentales.

—Perdona.

Ella le sonrió.

—No pasa nada, de verdad. No hay nada por lo que ese precioso cabezón tuyo tenga que preocuparse. Hablemos de la investigación, ¿de acuerdo? Pensaba que tenías todas las respuestas en tu libreta mágica.

Él bebió un buen trago de té y miró alrededor para asegurarse de que no había nadie escuchando.

—Ojalá, pero, hasta ahora, ¿qué hemos sacado en claro del caso? No hay ADN, ni testigos decentes, ni sospechosos.

—¿Y los del asentamiento?

—Seguiremos interrogándolos a todos, pero yo creo lo que dice Wesley Hewson de que a Isabel la abandonaron allí y que él la escondió porque sabía que los culparían a ellos. —Comió un trozo de salchicha—. Tenemos que averiguar el móvil. Qué relación hay entre los niños. El secuestrador se arriesgó demasiado para que se trate de niños elegidos al azar.

Carmella arrastró intencionadamente la silla cuando un anciano de orejas velludas pasó por delante de la mesa, pegado a ellos, y las patas rechinaron con fuerza en el suelo de madera.

—Pero los pequeños son muy distintos. Dos niñas y un niño. Y ni siquiera guardan un parecido físico.

—Lo único que tienen en común es la zona y la edad. Viven en un radio de cinco kilómetros a la redonda unos de otros. Y los tres tienen entre dos y

tres años. Y proceden de familias acomodadas.

—Pero nadie ha pedido un rescate.

Patrick se recostó en el asiento y contuvo las ganas de eructar.

—Hay que averiguar donde se entrecruzan las vidas de las tres familias. Si hacemos un diagrama de Venn con todo lo que sabemos de los Hartley, los Philips y los McConnell, puede que encontremos algo en la intersección que nos indique por qué esos niños son un blanco.

—Supongo que ya tienes hecho el diagrama de Venn en la libreta.

El inspector sonrió.

—Sí, pero no hay nada en las intersecciones.

Estuvieron callados unos minutos, observando a los clientes que entraban y salían del garito. En la mesa de al lado había un ejemplar de *The Sun* y Patrick se hizo con él. El rostro sonriente de Isabel ocupaba la portada, junto al titular de esa mañana: «*The Sun* ofrece cien mil libras a quien encuentre al asesino de Izzy». Dos días después del secuestro de Isabel y en contra de la recomendación de la policía, que sabía que aquello despertaría el interés de todos los chiflados del suroeste de Londres, los Hartley habían ofrecido cien de los grandes a cualquiera que pudiese contribuir a devolverles a su hija sana y salva. Ahora el diario sustituía la oferta por una recompensa para quien encontrase al asesino.

—Vamos a hablar con las familias. Yo iré a ver a los Philips, tú ve a casa de los McConnell, después pasaré yo a hablar con los Hartley también. Consigue que te cuenten absolutamente todo lo que recuerden. Que repasen sus diarios, sus páginas de Facebook, sus teléfonos, sus fotos... cualquier cosa que les refresque la memoria de lo que han hecho y de dónde han estado en los últimos tres meses.

Salieron del garito y Patrick llevó a Carmella a comisaría para que pudiese agenciarse un vehículo policial.

—Buena suerte —le dijo ella al salir al calor matinal.

Cuando él estaba a punto de arrancar, le pitó el teléfono. Era un mensaje de texto de su madre, que le informaba de lo que estaba haciendo Bonnie. Habían ido a un zoo de mascotas y, por lo visto, a Bonnie le habían encantado las cabras. Entonces entró otro mensaje de texto:

No te lo quería contar, pero Bonnie no para de preguntar por su mamá. No sé qué decirle.

Patrick suspiró y le contestó enseguida:

Luego lo hablamos.

Siempre había sabido que llegaría ese momento y había enterrado la cabeza en la arena, como los avestruces, decía su madre, pero ya debía enfrentarse a ello. Decidir qué decirle a su hija sobre la madre que había intentado matarla y si permitiría a Gill ver a la niña. Si es que quería, claro. No tenía ni idea. Esa era otra de esas cosas en las que procuraba no pensar.

# CAPÍTULO 13

---

## HELEN – DÍA 3

Helen se sentía como si su cerebro estuviese dividido en dos hemisferios, pero no el derecho y el izquierdo sino Frankie y aquel mensaje. No había pensado en otra cosa durante las últimas diez horas, había pasado en vela toda la noche, asustada, resentida con Sean por lo que él había podido dormir, aun sabiendo que había estado despierto casi todo el tiempo también, tumbado en silencio junto a ella. De vez en cuando, se volvía de lado y la abrazaba por la espalda, con fuerza, casi con rabia, pero aquello no la consolaba. En varias ocasiones estuvo a punto de soltarle lo del mensaje, de pedirle consejo. Eran un equipo. Debería de haberle contado que había alguien por ahí que aseguraba saber dónde estaba Frankie. Pero era demasiado arriesgado. «No se lo digas a nadie», rezaba el mensaje. Procedía de una tal Janet Friars. ¿Y si se lo contaba a Sean o a ese inspector y luego le pasaba algo a Frankie?

Además, al volver de la tienda de la esquina, mientras sacaba de la bolsa la leche y el pan, la mediadora había hecho un comentario despectivo que a Helen se le había quedado grabado: que a los padres de Izzy y de Liam los estaban acosando «los chiflados de Facebook» que insistían en que sabían cosas: médiums, jipis y enfermos mentales que buscaban llamar la atención... «Qué forma más tonta de hacer perder el tiempo a la policía —había refunfuñado—. De malgastar valiosos recursos policiales. Una vergüenza. Si los aborda alguno, ignórenlo.»

¿Y si por ignorarlos Frankie sufría más? Sintió que la espada de Damocles se cernía sobre ella, pendiendo de un hilo, a punto de partirla en dos, y por un instante pensó que incluso lo agradecería. Al menos pondría fin

a aquella insufrible pesadilla.

Últimamente pasaba mucho tiempo en Facebook, consultando a todas horas la página de la que le había hablado Marion en el gimnasio, leyendo los comentarios agradables y obsesionándose con los desagradables, con las críticas. Le había mandado un mensaje a Marion para decírselo y su amiga le había contestado enseguida con un «Ignóralos, no son más que troles imbéciles». Luego había añadido: «Lo siento. No te habría hablado de la página si hubiera sabido lo de los troles.»

Para Marion era muy fácil decirlo. ¡Que ignorara a los troles! Helen se sentía obligada a leer los comentarios sobre lo mala madre que era y cómo ardería en el infierno por «haber perdido de vista a aquel angelito». En los pocos momentos en que dormía, soñaba con ellos, con una turba que le gritaba barbaridades, la señalaba con sus dedos de bruja y se mofaba de ella.

La noche interminable se transformó por fin en un tímido amanecer de color melocotón y después en una mañana que trajo consigo la doble bendición de salir de la cama y volver a su casa. Por un lado, era un alivio volver a verse rodeada de los aromas familiares del hogar y de sus pertenencias, saber dónde estaba todo...

Todo salvo Frankie. Y ese era el otro lado. Era una especie de peculiar tortura mental estar allí sin ella, ver los dibujos pintados con los dedos que había colgados del frigorífico y sus juguetes ordenados, sin tocar, en el cesto del invernadero. Las fotos dispuestas sobre el piano y sus diminutas botas de agua en el vestíbulo. Al menos en casa de los Jameson se había ahorrado todo aquello. Los habían dejado volver a casa a última hora de la noche anterior y se habían metido derechos en la cama, demasiado alterados como para centrarse en otra cosa que en procurar dormir algo.

Cuando Helen bajó a la mañana siguiente de su primera noche en casa sin Frankie, se encontró a Alice y a su amiga Georgia sentadas a la mesa de la cocina, viendo vídeos de YouTube en el portátil de Alice, con unos boles de cereales vacíos delante de ellas.

—¡Ah! Hola, Georgia. Nunca vienes tan pronto.

—Hola, Helen —contestó Georgia desde detrás de su flequillo. Con visible esfuerzo, masculló algo más que Helen no logró entender, pero que hizo que se sonrojaran las pálidas mejillas de la joven. También Alice se ruborizó.

—Perdona, ¿cómo dices?

Helen se apretó el cinturón de la bata, de pronto consciente del terrible

aspecto que debía de tener: el pelo hecho una maraña, los ojos somnolientos y arrugas en el rostro. Menos mal que era solo Georgia.

—Decía que siento mucho lo de Frankie y que espero que la encuentren pronto —espetó la joven atropelladamente sin levantar la vista del mantel—. Todo saldrá bien. Estoy segura —añadió con escasa convicción.

Helen sonrió levemente y se acercó a abrazar a Georgia por los hombros. Siempre le había parecido la más guapa de las amigas de Alice, con aquella melena cobriza, larga y ondulada, y esa piel inmaculada. La típica belleza inglesa... Pero, según Alice, se había acostado ya con tres chicos y el año anterior la habían fichado por conducta antisocial, por saltar encima de tres automóviles y destrozarles el techo a última hora de una noche en la que había bebido más de la cuenta. Aunque, por lo visto, se moría de vergüenza y había escrito una carta de disculpa a los propietarios de los tres vehículos... Aun así, por aquel entonces Helen había pensado que menos mal que su hijastra era Alice y no la mosquita muerta de Georgia. La madre de la joven, April, una pija bocazas que, por lo visto, escribía *best sellers*, no le caía del todo mal y siempre que se veían una de las dos terminaba diciendo «Tenemos que quedar un día para tomarnos un vino juntas». Aunque, por alguna razón, nunca lo hacían.

—Gracias, cielo.

—¿Has visto la rueda de prensa? —le preguntó Alice a Helen. A esta le sorprendió la pregunta; aquella era la primera vez que Alice se dirigía a ella desde que había salido como una bala de casa el día anterior.

—Sí, la vi en las noticias de las diez. —Puso al fuego la tetera y metió una bolsita de té en su taza favorita, una que Frankie había decorado para ella, con alguna ayudita, en uno de esos sitios donde puedes pintarte tú mismo las piezas de cerámica. Al echar el azúcar, le tembló la mano y sintió muchas ganas de tomar algo dulce—. Fue horrible. Pobres, los padres de Isabel. Ni imagino lo mal que lo estarán pasando. —Pero sí lo hacía—. ¿A alguna de vosotras le apetece un té? —preguntó, pero ambas negaron con la cabeza—. Se me hizo raro oír nuestras declaraciones en voz alta. Aunque me alegro de que no sacaran fotos nuestras o, peor aún, que nos pidieran que la leyésemos nosotros mismos. Salió una foto de Frankie, eso sí. Y una de Liam McConnell. Creo que ese inspector hizo un excelente trabajo.

—John Lennon —dijo Alice, y rectificó enseguida—. No, Patrick, ¿no? Lo he confundido con el de los Beatles.

Helen rio brevemente.

—Va a venir esta mañana. Quiere volver a hablar con Sean y conmigo. Igual nos vendría bien que te quedaras por aquí, Ali, por si... —empezó a decir en un tono neutral, consciente del terreno peligroso que pisaba.

Se tensó, temiendo la segunda entrega del arrebato del día anterior, pero Alice se limitó a mirar a Georgia.

—Si me tengo que quedar aquí, no voy a poder ir a Kingston contigo. Ve sin mí. Saluda a los demás de mi parte.

—¿Seguro, nena? —contestó su amiga—. Podemos dejarlo para mañana.

—No. La verdad es que no me apetece mucho ir de compras.

Helen sintió un alivio que le inundó el cuerpo entero. Preparó el té y se volvió de espaldas un momento para que las chicas no le vieran la cara.

—¿Has hecho ya todos los exámenes, Georgia? —le preguntó mientras tomaba la taza de té humeante y se sentaba a la mesa al lado de Alice.

La joven asintió con la cabeza.

—Sí, menos mal que yo no tengo Teatro, si no aún me quedaría uno por hacer, como a la pobre Alice.

—Pero no lo voy a tener que hacer, ¿no, Helen? —le dijo Alice, angustiada—. La dirección del centro dijo que intentarían facilitarme las cosas. Además, la asignatura me da igual, soy una pésima actriz. Solo me matriculé porque pensé que sería fácil, pero no lo es.

Helen suspiró.

—Bueno, yo diría que lo ocurrido puede considerarse circunstancia atenuante...

Alice se animó.

—Entonces, ¿ya he terminado mis exámenes de secundaria!

Cruzó su rostro una expresión de culpa y satisfacción a partes iguales que la hizo parecer pícara.

Helen tuvo que morderse el carrillo con fuerza para no hacer un comentario insidioso. Sonó el timbre de la puerta.

—No me digas que ya está aquí... —gruñó—. Ali, ¿podrías abrir tú, por favor? Aún no me he vestido.

Alice se arrastró de mala gana hasta la puerta de entrada. Por principio, se oponía a hacer cualquier cosa que Helen le pidiera.

Era Lennon, que siguió a Alice a la cocina, donde Helen lo vio observar con interés la presencia de Georgia, sentada a la mesa. La joven se levantó de inmediato y se puso la chaqueta tejana.

—Bueno, más vale que me vaya. Solo he venido a ver si Alice quería acompañarnos a Kingston.

La joven desapareció por la puerta de la cocina antes de que Helen pudiera despedirse de ella. Alice se fue con ella.

—¿He dicho algo malo? —preguntó Patrick Lennon, enarcando las cejas. Luego se sentó a la mesa de la cocina sin esperar a que se lo propusieran, y a Helen le molestó un poco, aunque procuró que no se le notase.

—Lo dudo. Los adolescentes son así. ¿Té? —preguntó Helen.

—Gracias. Sin azúcar, por favor.

El inspector sacó una libreta Moleskine negra, que a Helen le pareció algo cursi para un policía.

—¿Sean está en casa? Para esto los necesito a los dos, también a Alice, si les parece bien —añadió al ver que Alice volvía y se quedaba rondando la puerta, indecisa.

—Está arriba. Voy a llamarlo —contestó Alice, y se retiró—. ¡Papáaa! —Y la oyeron gritarle por las escaleras.

—Debe de estar en el despacho —terció Helen—. No lo he visto en toda la mañana —comentó con cierta amargura.

Ansiaba el apoyo de Sean, sentir que formaban equipo en aquella horrenda pesadilla, tan unidos como las dos mitades de una nuez dentro de la cáscara, pero Sean se había distanciado de ella, física y emocionalmente, tanto que casi le parecía que había perdido a su marido además de a su hija. Siempre había sido un poco avestruz: en los momentos difíciles, escondía la cabeza en un reducto inaccesible. Helen suponía cuando se conocieron, que podría cambiarlo. Todas las mujeres creen poder cambiar a los hombres, pero nunca pueden.

Tras los zapatazos de Alice bajando de nuevo las escaleras se oyeron los pasos más discretos de Sean. Helen sacó dos tazas más y volvió a hervir el agua de la tetera.

—El inspector Lennon quiere hacernos algunas preguntas más —le dijo ella a Sean, y reparó en su rostro macilento y sin afeitado, y en el pelo alborotado de la cama, pese a que eran ya las diez y media y llevaba horas levantado (su lado de la cama se había quedado vacío hacia las seis).

Se le encogió el corazón de pena por él y trató de entender que él se sentía tan mal como ella, solo que lo demostraba de otro modo.

—Sí, lo sé —respondió sin más—. Me lo ha dicho Alice.

—Disculpe que no vayamos muy aseados —se excusó Helen. Le daba vergüenza la pinta que llevaban los dos, Alice era la única que iba medio presentable.

—Bien, gracias por recibirme —dijo Lennon en cuanto estuvieron todos sentados a la mesa con una taza de té delante—. La principal razón de mi visita es que estoy pidiendo a las tres familias una lista exhaustiva de los lugares a los que han llevado a los niños en los últimos seis meses. No hablo solo de la guardería o el club, sino de fiestas, cafeterías, incluso jugueterías, todo lo que recuerden. Excursiones que hayan podido realizar por la zona. A los columpios, a las grutas de Santa, si se acuerdan.

—¿Esto para qué es? —preguntó Sean—. ¿Para intentar averiguar dónde pudo haber visto a los niños el malnacido que se los ha llevado?

El inspector Lennon asintió con la cabeza y estuvieron unos dos minutos sentados haciendo una lista en el reverso de un sobre A4 en el que les había llegado un folleto de viaje. A Helen le pareció que ayudaba tener algo concreto que hacer, algo que los uniera, aunque fuese por poco tiempo. Todos hicieron sugerencias y Alice las anotó con su esmerada caligrafía. Le dieron ganas de anotar todos los recuerdos de Frankie que le venían a la cabeza con cada propuesta.

—La guardería es Ladybirds, en Church Road. Va... iba todas las mañanas. Y al grupo de juegos de la iglesia, la de Todos los Santos de Fulwell. A veces vamos con ella los miércoles por la tarde. Le gusta mucho. Sobre todo, porque hacen palitos de queso caseros.

—¿Y esa ludoteca de Syon House donde la llevamos en marzo? ¿Recuerdas que se tiró mi capuchino por encima?

—A la fiesta de cumpleaños de Archie Fuller la otra semana... La llevaste tú, papá, ¿no?

—Buena memoria, cielo. Sí, la llevé yo. Y al club de papás de Bushy Park un sábado por la mañana, que estaba desesperado.

Sean esbozó una sonrisa y Helen le puso la mano en la rodilla.

—Odia el club de papás —explicó.

—Todos esos papás tan de izquierdas, del barrio de Teddington, hablando de quinoa y de los precios de los colegios privados.

—Las clases de natación en el Lensbury.

Alice lo anotó.

—¿Dónde compran la comida? —preguntó Lennon.

Lo miraron los tres.

—En Sainsbury's, no —respondió Helen—. Solemos ir al Waitrose de Twickenham... —Hizo una pausa—. ¿Se sabe algo nuevo del pobre Liam?

Lennon negó con la cabeza.

—Aún no, pero todavía estamos procesando toda la información.

Alice empezó a dibujar en el sobre, sombreando con líneas cruzadas el interior del contorno de una iglesia, junto a la parte de la lista donde rezaba «grupo de juego de la iglesia». Luego apoyó la cabeza despacio en el hombro de Sean y este la abrazó con fuerza. Helen hizo un esfuerzo por no sentir celos.

Estuvo a punto de hablarles del mensaje de Janet Friars en Facebook, pero no lo hizo. De pronto tomó la decisión: no se lo contaría a nadie. Iba a contestar a Jane Friars ella misma. Seguramente era un bulo, pero, si no lo era, tampoco pasaría nada por que Sean no lo supiera. Y así tendría la sensación de estar haciendo algo práctico, aunque solo fuera descartar a aquella mujer, sin causar más estrés a los demás.

Eso la hizo sentirse un poquitín mejor. En cuanto Lennon se marchase, le respondería.

Lennon iba a decir algo cuando se oyó un timbrazo, largo y fuerte, que los sobresaltó a todos.

—¿Qué demonios pasa ahora? —gruñó Sean—. Como sea otro puñetero periodista, lo...

—Ya voy yo —se ofreció Lennon, levantándose de la mesa, y Helen se lo agradeció. La mediadora familiar se había ausentado unas horas, seguramente para tomarse un descanso mientras el inspector estaba en la casa. Se le hacía muy extraño que hubiese desconocidos en su hogar, aunque suponía que aquello tenía sus ventajas, como tener su guardaespaldas particular.

—¡Madre mía! —dijo Alice— ¿qué tal si quitan el dedo del timbre?

Pero el timbre siguió sonando, con un pitido fuerte y constante parecido al de una alarma, hasta el instante en que Lennon abrió la puerta.

—¿Quién demonios es usted y dónde está mi hijo? —preguntó una voz de mujer quejumbrosa con fuerte acento de Essex casi tan estridente como el propio timbre de la puerta.

Helen, Sean y Alice, que seguían sentados a la mesa de la cocina, se llevaron las manos a la cabeza todos a la vez.

—Ay, no, no me digas que ha venido Eileen —espetaron Helen y Sean al unísono. Helen se echó a llorar, no pudo contenerse.

—Cuando pensábamos que las cosas no podían empeorar más... —dijo Helen desanimada.

Atemorizados, escucharon con atención los pasos que se acercaban por el pasillo. A los pocos segundos, irrumpió en la estancia la madre de Sean, colorada de angustia y de rabia.

—¿Cómo has dejado que pase algo así y cómo se te ocurre no contármelo? ¡He tenido que verlo en la condenada tele! ¡Ni te imaginas el trauma que me ha supuesto!

—Hola, abuela. —Alice se levantó y se dispuso a salir de la cocina rodeando a su abuela para no tener que abrazarla—. Hace años que no te vemos. A lo mejor por eso papá no te lo ha contado. —Se volvió hacia Helen y Sean—. He cambiado de opinión. Me voy a Kingston a buscar a Georgia. Hasta luego.

Eileen se quitó el abrigo y empezó a lloriquear.

—Frankie, mi pobre pequeñita. Ay, Dios, ¿dónde estará? —Agarró a Sean por el cuello y le besó la cabeza, pero él se apartó.

—Como si te importase, mamá —le replicó, y deslizó su mano sobre la de Helen.

A lo mejor no era tan malo que hubiera aparecido Eileen, se dijo Helen, sonándose los mocos con un trozo de papel de cocina.

Lennon abrió su libreta por una página nueva.

—La señora Philips, supongo...

—Que yo sepa, sí —contestó Eileen—. Sean, cariño, prepárale a tu anciana madre un té mientras habla con este detective tan agradable. Tranquilo, ya nos han presentado.

Sean miró a Helen con los ojos en blanco, pero se levantó a rellenar la tetera. Helen se secó los ojos y salió de la cocina. Lennon estaría ocupado con Eileen un buen rato y había algo que ella sentía la necesidad de hacer.

De camino al dormitorio, reparó con desesperación en la enorme maleta que esperaba a los pies de la escalera («Esa mujer se va a alojar aquí por encima de mi cadáver», se dijo), luego subió las escaleras y abrió el portátil que se había dejado en la mesilla de noche.

Volvió a leer el mensaje:

Sé dónde están los niños desaparecidos. ¿Podemos vernos el jueves a las dos de la tarde en el café M&S de Teddington? Me vigilan. No te lo puedo contar por Internet.

**BORRA ESTO Y NO SE LO CUENTES A NADIE.**

El perfil de Janet Friars facilitaba poca información. Como no eran amigas en Facebook, Helen no podía acceder a su muro, pero tenía un perro, un terrier escocés, de mascota, y no había ningún dato personal que pudiera proporcionar a Helen ninguna pista de quién era aquella mujer.

Tecléo rápidamente la respuesta:

Si sabes algo, deberías ir a la policía.

Se quedó sentada esperando una respuesta, pero no llegó ninguna.

# CAPÍTULO 14

---

## PATRICK – DÍA 3

Fiona y Max Hartley abrieron la puerta de entrada juntos, agarrados del brazo, no tanto como muestra de solidaridad y apoyo como por necesidad, se dijo Patrick. Se sostenían el uno al otro, literalmente, y sus personas rezumaban dolor: los hombros, los ojos, las bocas. Fiona Hartley apenas lograba levantar la mirada ojerosa de ojos irritados hacia Patrick. Tenía aún peor aspecto que cuando la había visto la última vez, cuando Isabel aún estaba desaparecida. Menos mal que no había tenido que darles él la noticia del hallazgo del cadáver de su hija.

—Pase —le dijo Max Hartley sin entusiasmo cuando Patrick les informó de que había ido a intentar reconstruir la cronología de lo que habían terminado siendo las últimas horas de vida de Isabel. Al oír el nombre de su hija, Fiona se estremeció y se agarró con más fuerza a su marido.

El amplio pasillo de su casa estaba cubierto por inmensas láminas de plástico sujetas al parqué y, apoyados en la pared más próxima a la puerta de entrada, había un váter y un lavabo viejos de color aguacate, junto con cajas sin abrir de sanitarios nuevos y azulejos viejos y rotos. Patrick tuvo que saltar por encima del mismo fragmento de tubería de cobre con el que había tenido que enfrentarse la última vez que había estado en aquella casa. Recordó que Max le había dicho que su hermano y él estaban haciendo la reforma por su cuenta.

—Supongo que no habrán avanzado mucho con la obra...

Enseguida lamentó haberlo dicho. Pues claro que no, ¿cómo iban a entretenerse con reformas en momentos así?

Los Hartley se detuvieron, se miraron.

—Dudo que sigamos con la obra —contestó Max en voz baja—. No es el baño principal. Lo estábamos reacondicionando para la *au-pair* española que iba a instalarse aquí a principios del mes que viene. Tuve que mandarle un correo electrónico anoche para decirle que ya no la necesitaremos...

Los ojos se le inundaron de lágrimas y sollozó. Fue un único sollozo fuerte y crudo. Por un instante, para espanto suyo, Patrick notó que se le empañaban los ojos a él también. Pestañeó y tuvo que inspirar hondo para poder hablar.

—Qué horror, tener que escribir un correo así...

Iba a añadir que no podía ni imaginárselo, pero lo cierto era que sí, que se lo imaginaba perfectamente. «¡Contrólate!», se gritó para sus adentros.

Entraron en la cocina, donde Fiona se desplomó de inmediato junto a la mesa rústica y se encendió un cigarrillo.

—Tampoco hace falta ya que no fumemos dentro de casa —masculló, ofreciéndole la cajetilla a Patrick, que estuvo a punto de alargar la mano y aceptar uno, un movimiento reflejo ante el estrés, pero luego negó con la cabeza.

—Yo ahora fumo de los de mentira —dijo, enseñándole su cigarrillo electrónico y, apretando los dientes para resistir la tentación de darle una calada, volvió a guardárselo en el bolsillo.

—¿Un café? —preguntó Max, y Patrick asintió con la cabeza.

—Gracias. Con leche, sin azúcar.

El café, cuando llegó, estaba amargo, y en la leche flotaban pelotitas de nata. El cubo de la basura estaba rebosante y el arenero del gato necesitaba una limpieza urgente.

—¿Ya no tienen en casa al agente mediador? —preguntó Patrick de pronto.

Limpiar el arenero del gato no era competencia del mediador policial, pero sin duda aquella pareja necesitaba un poco más de ayuda. Eso sí podía organizarlo un mediador. Fiona hizo una mueca.

—Le pedimos que se fuera. No queremos tener por aquí a un extraño compadeciéndose de nosotros. Ya es bastante difícil.

Patrick observó que habían arrancado del frigorífico todos los dibujos de Isabel. Confiaba, por el bien de Max y Fiona, en que los hubiesen guardado todos en alguna carpeta y no los hubieran hecho pedazos y tirado a la basura en un arrebató de pena.

Sacó la libreta e instó a la pareja a que enumerase los lugares a los que

habían ido con Izzy. Durante unos minutos, como sucedió con los Philips, agradecieron la distracción y lograron componer una lista bastante exhaustiva. Patrick tuvo que escribir rápido para que no se le escapara nada. Pero luego sus voces se tornaron en el silencio, como si de pronto fuesen conscientes de la razón por la que hacían aquello.

Fiona se levantó bruscamente y apagó el cigarrillo en un cenicero repleto que había en la mesa. Como sonámbula, se dirigió a un frutero colocado junto al frigorífico. Abrió el armario que había sobre la encimera, sacó un floreado cuenquecito rosa de plástico, arrancó un plátano del racimo del frutero, lo peló y sacó una cucharilla de postre del cajón de los cubiertos. Su marido hizo un aspaviento y además de levantarse de la silla.

—Fi... —dijo, derrotado, al ver que su esposa estaba usando el canto de la cuchara para rebanar el plátano en el interior del cuenco de plástico.

Las lágrimas le rodaban por las mejillas mientras observaba, junto a Patrick, cómo Fiona sacaba un frasco de *toppings* de caramelo y rociaba de fideos de colores los pedazos de plátano.

Fiona siguió rociando hasta que el plátano quedó completamente enterrado y los *toppings* salpicaron también la encimera. Había algo hipnótico, casi ritual, en su forma de hacerlo que a Patrick le hizo pensar en alguien echando tierra sobre un ataúd en una tumba. Una pequeña tumba blanca...

Callaron los tres un instante, hasta que otro sonoro sollozo de Max perforó el silencio. Patrick se levantó como un resorte y arrancó con delicadeza de las manos temblorosas de Fiona el frasco de *toppings* ya vacío. Luego, agarrándola por los hombros, la condujo de vuelta a la mesa y la ayudó a sentarse.

—¿Era ese el capricho favorito de Isabel? —le susurró, obligándose a mirarla a los ojos en blanco.

Ella asintió con la cabeza y apartó la mirada.

—Bueno, veamos lo que tenemos.

De nuevo en comisaría, Patrick y Carmella estaban sentados en la sala del caso, con las fotografías de los tres niños mirándolos fijamente desde la pared, instándolos en silencio a que siguieran investigando. Patrick aún estaba afectado por su encuentro con los Hartley, pero, al mismo tiempo, estaba todavía más enardecido, un cóctel de rabia y pena lo tenía completamente decidido a atrapar al cabrón que había hecho aquello. La

perspectiva de ver a los padres de Frankie y Liam pasar por lo que estaban sufriendo en esos momentos los Hartley añadía un componente de desesperación a esa determinación.

El sargento Staunton entró en la sala cargado con una bandeja de cartón de cafés del Costa que había en esa misma calle. Mike era la definición misma de policía serio y decente. Acababa de casarse con la hermosa Aurelie y hablaba más de su esposa que ningún otro hombre que Mike hubiese conocido en su vida. Era muy tierno. Confiaba en que las horas extra y los horrores ocasionales de su puesto de trabajo no arruinaran el futuro de la feliz pareja.

Mike le pasó a Patrick su café.

—*Latte* de vainilla doble. Carmella, con leche y sin espuma.

Ella lo miró sonriente.

—Deja que lo adivine: para el sargento Staunton, café corriente de filtro.

—¡Qué bien me conoces!

Patrick y Carmella extendieron sus listas por la mesa. Mike se asomó por encima de sus hombros.

—¿Por qué no lo metéis todo en un ordenador y lo ordenáis alfabéticamente?

—Esto es más rápido —dijo Patrick, explorando con la vista las tres listas.

Le había afectado su visita a las dos familias, especialmente la visita a los Hartley. Jamás iba a olvidar la imagen de Fiona Hartley preparando las rodajas de plátano con *toppings* de caramelo para una niña que ya nunca iba a volver. Durante todo el interrogatorio, no había parado de decirse: «Estuvo a punto de pasarme a mí». Soñaba con aquella tarde en que, al volver a casa, se había encontrado a Gill sentada en las escaleras, pero en sus sueños Bonnie no revivía y siempre despertaba temblando, helado, hasta que una sensación de alivio lo enviaba como un rayo al cuarto de su pequeña a comprobar que efectivamente seguía viva. Seguía aquí. No como la pobre Lizzy.

Repasó la lista en voz alta.

—Guarderías distintas... Los Hartley van a la iglesia, pero las otras dos familias no... No han ido de vacaciones ni de excursión a los mismos sitios... Dos de ellos han estado en The Playbarn, esa ludoteca de Teddington, pero los McConnell no... Dos de ellos van a ese club que se llama Eleven O'Clock, en Bushy Park... Y solo los McConnell suelen comprar en

Sainsbury's...

Se abrió de nuevo la puerta y entró la comisaria Laughland. Como de costumbre, cuando ella entró en la sala, a Patrick le dio un vuelco el corazón: todo lo demás palidecía al lado de Suzanne.

Se acercó a la mesa.

—¿Algún progreso?

La tensión del caso, la presión de los medios y de sus superiores se manifestaban en su rostro. Además de encontrar al secuestrador por los niños y los padres, Patrick quería dar con él por Suzanne. No solo por devolverle la confianza que depositaba en él, sino porque quería verla feliz.

Le contó lo que estaban haciendo y ella torció el gesto.

—¿Puedo hablar contigo un momento?

Patrick la siguió a su despacho.

—¿Qué ocurre? —preguntó, después de que ella cerrara la puerta.

—¿Cuánto tardaremos en llevar a cabo un arresto?

—¿Un arresto? Ya sabes que ni siquiera tenemos un verdadero sospechoso aún.

—¿Y qué hay de ese del asentamiento, Wesley Hewson? —añadió ella en un tono completamente exento del afecto con que solía dirigirse a Patrick.

—Él no es el asesino. Estoy seguro.

—Pero no informó del hallazgo del cadáver. Lo ocultó, joder.

A Patrick le sorprendió oírle decir una palabrota.

—¿Por qué estás tan seguro de que no es él?

Patrick se tensó. Ella era la comisaria, pero él era el principal detective del caso.

—No hay móvil y sus razones para haber actuado así son perfectamente lógicas. Suzanne... —Ella enarcó las cejas—. Perdón, «señora». —Sabía que ella odiaba que la llamase así, pero ahora también él estaba furioso—. Podríamos acusar a Hewson, pero estoy convencido de que sería una pérdida de tiempo y energía.

Suzanne se paseó por detrás de su escritorio.

—Me parece que no eres consciente de lo mucho que me están presionando para que lleguemos a alguna parte. Quiero que lo detengas por obstrucción a la justicia.

—¿Por qué? Él no pretendía ser un obstáculo en el caso.

Ella estaba colorada. Probablemente él también, se dijo.

—¿Por qué defiendes a ese cretino?

—Porque es una pérdida de tiempo y energía. Hay que concentrarse en...

—Puedes hacer varias cosas a la vez, ¿no? —espetó ella—. Es evidente que hay que concentrarse en averiguar qué rutinas tenían en común los niños y todas esas... historias que estáis haciendo —añadió, e hizo un gesto con el brazo al decir «historias», como si las considerara un ejercicio inútil—, pero te ordeno que, además, arrestes a Hewson.

Patrick no dijo nada. El corazón le atronaba en los oídos, se notaba la sangre densa y caliente en las venas. Era él quien debía decidir si detenía a Hewson. Era su investigación. Suzanne estaba ignorando por completo su criterio.

—Si piensas que eso es lo mejor, jefa, ¿por qué no mandas a Winkler a que lo haga —dijo señalando por fin, de mala gana—. Seguro que lo disfruta.

—Muy bien. Eso haré.

Cómo le fastidiaba. Quería decir algo para arreglar las cosas entre ellos, pero estaba enfadado y lo único que se le ocurría era preguntarse «¿Ya está?».

Al volver al centro de coordinación, se encontró a Carmella y a Mike estudiando las listas con fruición. Patrick bebió un sorbo de café y puso cara de asco. Estaba gélido. Se había echado a perder. La bebida más apropiada para su presente estado de ánimo.

—No hay nada —dijo Carmella—. Ni un solo lugar en el que se crucen las existencias de estas personas. ¿Cómo puede ser? Por un momento, he creído que había dado con algo, que el grupo de juegos al que iba Frankie podía estar vinculado con la iglesia de los Hartley, pero, no, es otro distinto. Y no parece que haya nada más.

Patrick se sentó y escudriñó de nuevo las listas. Algo le llamó la atención.

—¿Qué es esto? El club de papás. Carmella, ¿no me dijiste que el señor McConnell llevaba a Liam allí de vez en cuando? ¿Qué es?

—Creo que no me dio detalles —se excusó Carmella.

—¿Crees que no? Pues llámalo y te informas, joder.

Carmella lo miró espantada. Mike y ella intercambiaron una mirada fugaz y Patrick supo enseguida lo que estaban pensando: que la comisaria le había estado tocando las narices.

Se disculparía después. De momento, se limitó a observar cómo Carmella llamaba a los McConnell y se refugiaba en un rincón de la sala para

volver a hablar con el padre del desaparecido Liam. Al cabo de unos minutos, colgó, volvió a la mesa y tomó las listas de los Hartley y los Philips.

—El club de papás es un sitio al que los papás pueden llevar a los niños de preescolar los sábados por la mañana mientras las mamás hacen otras cosas. Lo organizan en el Eleven O’Clock del parque.

Allí estaba. Como cuando se alinean las tres campanas doradas en una máquina tragaperras.

—Premio gordo —dijo Patrick.

Otro parque, más voces de niños felices que llegaban flotando desde la zona infantil, grititos de emoción desde los columpios, los toboganes y la arena. Bonnie iba a aquel parque casi todos los días con su abuela, también allí la llevaba Patrick cuando tenía el día libre. Gill y él solían ir a ese parque también, hacía tiempo, antes de que ella se quedara embarazada y tuviese a Bonnie. Mucho antes de que todo cambiara. Recordaba aquellos largos y maravillosos días de verano que pasaban tirados en la hierba, leyendo el periódico o disfrutando de un pícnic. Los besos lentos y las tardes calurosas. Recordaba un día, al principio de su relación, en que, ocultos entre los árboles, le había deslizado la mano por debajo de la falda y la había llevado al orgasmo en medio de jadeos mudos.

Parecía que hubiera pasado una eternidad desde entonces. Aquella pareja feliz ya no existía. Pero quedaba algo bueno de ella: Bonnie.

—De pequeña, me caí de un columpio y me rompí una pierna —dijo Carmella.

—Seguro que eras un mal bicho.

Se había disculpado por perder los estribos antes y ella le había asegurado que el incidente estaba olvidado ya.

—Una brujilla, según mi padre.

Patrick sonrió.

—A mí, de pequeño, me daban miedo esas cosas. Las alturas, el peligro, cualquier cosa con la que pudiera caerme y hacerme daño. He mejorado mucho, pero Bonnie ha salido a mí, por desgracia.

—Yo diría que es una suerte que se parezca a su papá.

«Mejor que a su mamá», le faltó decir.

—Bueno, vamos a echar un vistazo a este sitio —dijo Patrick.

El Eleven O’Clock tenía su sede en un pequeño edificio prefabricado situado junto a la zona infantil, en la esquina suroeste del parque. Cerraban a

la una, pero Patrick había llamado con antelación y alguien había accedido a recibirlos y hablar con ellos. Ya la veía: una mujer negra muy atractiva que vestía pantalones de lino blanco y una camiseta también blanca los esperaba junto a la puerta mientras consultaba con fijeza su teléfono.

—¿Jemima Walters? —preguntó Patrick, estrechándole la mano caliente—. Inspector Lennon, sargento Masiello. Gracias por acceder a recibirnos.

Ella asintió con la cabeza.

—¿Están investigando los secuestros de esos niños? Pobrecillos...

—¿Podemos pasar dentro, a algún lugar un poco más discreto?

—Claro, claro.

El interior del edificio era como el de cualquier guardería o centro de esparcimiento infantil: un par de toboganes pequeños y una estructura en miniatura para trepar que tenía forma de tren por el centro, armarios de juguetes por todo el perímetro, carteles de los Teletubbies y Peppa Pig en todas las paredes... A la derecha había un mostrador donde, supuso Patrick, el personal servía cafés a los padres agotados y gajos de naranja y triángulos de pan tostado a los imparables preescolares.

Jemima acercó unas sillas de plástico, se sentó en una e indicó con un gesto a Patrick y a Carmella que hiciesen lo mismo.

—Dirige usted esto, ¿verdad? —inquirió Patrick.

—Ajá. —La mujer botaba las piernas con nerviosismo. A Patrick le daban ganas de agarrarle las rodillas y obligarla a estarse quieta—. No me lo puedo creer. Esos pobres chiquitines. La pequeña Isabel. Me pareció reconocerla, ¿saben? Se lo dije a mi marido: a mí esa carita me suena. Pero como vienen tantos niños...

—Señora Walters, ¿comprende que esta conversación es confidencial? Necesitamos su discreción. Podría resultar vital.

Lo miró a los ojos y una chispa de emoción se unió a su angustia. Era importante. Confiaban en ella.

—Tienen mi palabra —dijo.

—Bien. Para empezar, ¿podría hablarme un poco de este sitio?

Les explicó que el Eleven O’Clock era un centro gestionado por el ayuntamiento, que era quien la contrataba a ella, para que los padres dispusieran de un sitio al que llevar a los bebés y a los preescolares todos los días laborables por la mañana.

—Es tremendamente popular. A veces creo que somos la capital de

Bebelandia.

—¿Y los sábados organiza el club de papás?

—Eso es. Aunque ese no es su nombre oficial, ¿sabe? Así es como lo llama todo el mundo. También aceptamos a mamás, abuelas y abuelos. A todo el mundo. Pero los sábados por la mañana vienen muchos papás, para que sus mujeres puedan descansar un rato de los pequeños.

—Me lo apunto —dijo Patrick, sonriente—. Tengo una hija que está a punto de cumplir dos años.

—Ah, sí, claro.

—¿Lleva un registro de todos los que vienen los sábados? —quiso saber Carmella.

Jemima se levantó, fue detrás del mostrador y sacó un libro de un cajón.

—Este es el libro de registro. Si le soy sincera, aunque no obligamos a nadie, todo el que viene debe fichar al entrar y al salir, anotar su nombre, los nombres y las edades de sus hijos, el código postal y el teléfono. Además, hay una aportación voluntaria de dos libras que invertimos en aperitivos y bebidas.

—¿Podemos llevárnoslo prestado? —preguntó Patrick.

—Pues... no sé...

—Se lo cuidaremos bien.

—¿Para qué lo necesitan? ¿A qué han venido?

Movía las piernas más rápido que nunca.

Patrick se inclinó hacia delante, algo preocupado de que la mujer le diese una patada.

—Jemima, pensamos que los tres niños secuestrados venían aquí habitualmente. Nos limitamos a seguir todos los cauces de investigación posibles. No debe temer nada.

—De acuerdo...

—También necesitamos una lista de todo su personal, incluidos los limpiadores, el personal temporal, cualquiera que haya trabajado aquí en los últimos seis meses.

—Eso me va a costar conseguirlo un sábado.

—¿Sabe que Liam y Frankie aún andan por ahí, señora Walters? —dijo Carmella—. Los tiene alguien. No podemos perder el tiempo.

—Por supuesto, sí —dijo Jemima, ruborizada—. De acuerdo, se lo puedo conseguir, pero me llevará un par de horas.

—Estupendo —dijo Patrick.

Le dio su tarjeta y garabateó su dirección de correo electrónico en el reverso con un rotulador que encontró en una de las mesas de dibujo cercanas.

—No puede ser nadie que trabaje aquí —señaló la señora Walters, tanto para sí como para la policía—. No puede ser.

Cuando salían del edificio al sol intenso, sonó el teléfono de Patrick.

Era Suzanne.

—¿Habéis averiguado algo en el club de papás?

Él volvió a enfurecerse de inmediato.

—¿Me estás controlando? Sabes que te informaré en cuanto...

—No, Patrick, no te estoy controlando. El sargento Staunton me acaba de traer algo interesante.

—¿Ah, sí?

Observó a una pequeña subir al tobogán de la zona infantil y tirarse panza abajo, riendo satisfecha. Su padre estaba cerca, tecleando algo en su iPhone, ignorándola.

—Hemos recibido una llamada. Un testigo que asegura haber visto algo en el aparcamiento del Sainsbury's. Tienes que ir a hablar con él enseguida.

# CAPÍTULO 15

---

## HELEN – DÍA 3

En cuanto Helen pudo volver a escaparse al dormitorio, comprobó si Janet Friars le había contestado. Nada, solo tenía un mensaje de Liz Wilkins, su antigua compañera, que preguntaba cómo lo llevaban el «pobre Sean» y ella, Helen lo borró furiosa. El mensaje que ella le había escrito a aquella mujer seguía sin abrir. Borró el de Janet, como la misma le había indicado y se sentó a esperar, mirando fijamente la pantalla del ordenador con la esperanza de que apareciese la pequeña marca azul y la hora a la que se había leído. Nada. Janet Friars obviamente no estaba conectada.

¿Quién era? ¿Cómo podía saber dónde estaban Frankie y Liam y no habérselo contado a la policía, salvo que fuese una chiflada o la secuestradora?

De pronto se preguntó si tendría problemas con la policía por no haberles contado lo del mensaje. Le daba igual. Seguramente pensarían que era un bulo pero a ella se le partiría el corazón si no lo investigasen. No paraba de resonarle en la cabeza la expresión que había usado la mediadora: «los chiflados de Facebook», pero era consciente de que respondería personalmente a todos y cada uno de los mensajes que recibiese de cualquiera que le dijera que sabía algo sobre el paradero de Frankie.

Oía de lejos la voz de Eileen que le llegaba a través de los suelos de madera y, de algún modo, sonaba áspera y cadenciosa al mismo tiempo, increpando primero a Lennon —sabe Dios lo que habría encontrado el inspector para solicitar su presencia, teniendo en cuenta que no había visto a su nieta en dieciocho meses de la corta vida de la pequeña, y no sabía absolutamente nada de sus rutinas, ni de sus gustos y aversiones— y luego,

cuando se marchó Lennon, a Sean. Lo sabía por el tono intimidatorio que había adoptado. Rechinó los dientes. Pobre Sean. Lo que mantenía unida a su familia por encima de cualquier otra cosa era la mutua antipatía de ambos hacia su suegra, esa bruja racista. Su difunta madre, Winnie, se había negado a volver a dirigirle la palabra a Eileen después de su primer encuentro, cuando Eileen le había comunicado a Winnie que «los negros» les estaban quitando todos los puestos de trabajo.

Esa antipatía se confirmó una vez más cuando Sean subió furibundo las escaleras. Helen lo llamó con suavidad, entonces entró en el dormitorio y se sentó malhumorado junto a ella en la cama deshecha. Estaba pálido y agotado.

—Por si la situación no era ya lo bastante desastrosa —dijo, frotándose la cara enérgicamente con la palma de la mano, como si se la lavara—, tenía que aparecer ella. ¡Es un buitro carroñero! Apuesto a que le encanta todo esto. ¿Has visto cómo ha venido vestida? Ese es su mejor traje, el que se pone solo en bodas y fiestas. Solo ha venido porque piensa que va a salir en televisión. Me sorprende que no se haya puesto también el horrendo sombrero que suele llevar con ese traje.

Helen no había visto a su suegra lo suficiente como para saber cuál era su mejor traje, pero sí había registrado vagamente el monstruoso conjunto floral de nailon de dos piezas que llevaba Eileen.

—Nunca nos perdonará que no la invitásemos a la boda, ¿verdad?

Sean se sentó en un extremo del escritorio y puso los pies en un ladito de la silla giratoria de Helen.

—Eso fue hace cinco años. Ya debería haberlo olvidado. Tus padres nos lo han perdonado, ¿no? ¿Por qué ella no?

—No les hizo gracia, pero sí, creo que agradecieron que les ahorráramos el gasto de dos vuelos desde Ciudad del Cabo. Ojalá mi madre hubiera estado allí. De haber sabido que ni siquiera viviría para conocer a Frankie...

Helen echó un vistazo a la foto de su boda que tenía enmarcada en el escritorio: los dos descalzos en una playa de las Seychelles mientras una cálida brisa marina le azotaba con la melena el rostro bronceado y Sean sonreía a una Alice de diez años, apretada entre los dos, que sujetaba con fuerza un ramillete de rosas rosas. Fue una boda perfecta: solo ellos tres y un par de testigos que se habían agenciado en la piscina del hotel y el sol poniéndose a su espalda mientras pronunciaban sus votos ante el sonriente

sacerdote hindú. Recordó la sensación de la arena húmeda y fría entre los dedos de los pies mientras le prometía a Sean amor eterno.

Sean le puso la mano encima de la suya y le sorprendió ver que se le llenaban los ojos de lágrimas. Él nunca lloraba.

Ella retiró la mano bruscamente y se levantó como un resorte, asustada.

—No crees que la vayan a encontrar viva, ¿verdad? —Él se mordió el nudillo como si fuera un niño pequeño y ella contempló inmóvil cómo lloraba desconsoladamente aquel hombre al que adoraba pero que era un libro cerrado para ella—. Ay, cariño, ven aquí —le dijo Helen, acogiéndolo con ternura entre sus brazos pese a que le daban ganas de darle un puñetazo por dudar de que fueran a recuperar a Frankie—. Tranquilo, la encontrarán —dijo con voz serena, tanto a él como a sí misma—. Lo harán, tienen que hacerlo...

Estuvieron así de pie cinco minutos o más, abrazados, el aliento cálido de Sean le calentaba el cuello y sus lágrimas le humedecían la piel.

—No me apartes de ti, Sean —le suplicó ella suavemente al oído—. Podemos superar esto juntos. Te necesito. Mi madre murió y con mi padre no puedo hablar. Eres lo único que tengo.

—Yo también te necesito —masculló él. Luego se soltó del abrazo y se frotó la cara—. Bueno, más vale que nos vistamos. ¿Qué vamos a hacer con la abuela? No puedo mandarla de vuelta a Braintree en el próximo tren, intentaría vender a la prensa amarilla la noticia de que tenemos enterrada a Frankie en el jardín...

—¡Sean! ¿Cómo puedes bromear con algo así?

A Helen le tembló el labio, aunque sabía que él solo había hecho aquel comentario tan macabro porque se moría de vergüenza de que lo hubiera visto llorar. Hombres, se dijo. Qué patéticos.

Él chascó la lengua, pero tuvo la elegancia de disculparse.

—Ya sabes lo que quiero decir. La dejaremos quedarse un par de días, pero nada más. ¿Te parece bien?

Helen suspiró.

—Supongo que sí. Aunque es más de lo que merece. ¿No podía haber sido una abuela como es debido mientras Frankie estaba aquí?

—Es mi madre —repuso Sean tímidamente—. Voy a darme una ducha.

Se desnudó y Helen contempló su cuerpo, que conocía tan bien como el suyo, con su bronceado de obrero —la marca de la camiseta y el resto de la piel pálida como el estómago de un pez y cubierta de vello, y el pene flácido, pequeño y vulnerable. Sintió un arrebato de afecto y de deseo, ansiando el

hipnotismo del sexo, la satisfacción de la excitación sexual. Estaba pensando en seguirlo a la ducha cuando él, ya en el umbral de la puerta del baño, se volvió a hablarle.

—¿Se lo has contado a tu padre, por cierto? Lo de Frankie, digo.

Como si hubiera algo más importante.

Helen suspiró.

—No. Aún no. No quiero preocuparlo.

—Deberías hacerlo, ¿sabes?

—Lo sé. Pero no hay nada que él pueda hacer. Y Dios no quiera que se plante de pronto en casa también. Con una suegra problemática tenemos de sobra, te lo aseguro.

Solo de pensar en esa posibilidad desapareció por completo cualquier deseo incipiente que pudiera haber albergado tímidamente. Sean ya había entrado en la ducha y lo dejó en paz. En cuanto oyó caer el agua, volvió rápidamente a Facebook y refrescó la pantalla. ¡Mensaje nuevo de Janet Friars! Hizo clic en él.

Es difícil en estos momentos porque no tengo dinero y me vigilan. No puedo ir a la policía. Nos vemos el jueves a las dos.

A Helen se le cayó el alma a los pies. Seguramente era eso lo que quería: Janet Friars ya estaba hablando de dinero. Tenía pinta de ser una despiadada oportunista que pretendía extorsionarla y sacarle dinero. Faltaban dos días para el jueves, no podía esperar tanto. Contestó al mensaje:

¿Sabes que *The Sun* ofrece una recompensa de cien mil libras? ¿Por qué no le cuentas a la policía lo que sabes y, de paso, consigues la recompensa? ¿No sería mejor así?

Luego lo borró, clavando el dedo en la tecla de retroceso y viendo cómo el cursor negro y fino se tragaba las letras. La enfermaba pensar que podría estar trocando la vida de su hija por dinero. Tecléo una frase nueva.

¿Cómo sé que dices la verdad? Si de verdad tienes información, ¿por qué no se lo has dicho a la policía?

Bah, se dijo, y volvió a borrarlo. Si la persona decía la verdad, quizá entonces tuviera miedo de las posibles consecuencias de hablar con ella. Escribió una frase definitiva:

Antes de nada, dame alguna prueba o se lo contaré a la policía.

Y la mandó.

«¿En qué se ha convertido mi vida?» La semana pasada por esas fechas llevaba a Frankie a dar de comer a los patos y se preguntaba cuándo llegaría su siguiente encargo de edición para que pudiera volver al trabajo y escapar de la interminable y lenta compañía de una niña pequeña. Ahora sabía que dejaría de trabajar, gustosa, para siempre, con tal de que le devolvieran a Frankie. Aunque el sueldo de Sean se quedase en nada y vivieran en el umbral de la pobreza, no volvería a perder de vista a Frankie, nunca más. Se olvidaría de su trayectoria profesional. Vería *Dora, la exploradora* sin parar, jugaría montones de veces al veo, veo y leería cuentos hasta que le sangraran los ojos, esos mismos cuentos que siempre le habían parecido insulsos y con los que antes se moría de aburrimiento. «Lo que fuera —se dirigió al Dios en el que había dejado de creer hacía tiempo—. Haré lo que sea por recuperar a Frankie.»

Apretó los dientes y se obligó a vestirse en lugar de esperar delante de la pantalla del ordenador. Cuando bajó, a regañadientes, a la planta inferior, Eileen estaba sentada a la mesa de la cocina, tejiendo algo espantoso. Las madejas esponjosas de lana de color pastel caían en cascada por el borde de la mesa y sus manos se movían tan rápido que era difícil verlas. Tejía como si estuviese acusando a alguien de algo terrible, se dijo Helen.

Eileen la miró como diciendo «¿Y qué horas son esas de vestirse cuando tu suegra está aquí y tu pequeña desaparecida?». Helen decidió intentar por lo menos una ofensiva amistosa.

—Muchas gracias por venir, Eileen. Perdona que no te haya saludado debidamente antes, todo esto resulta un poco... abrumador, como podrás imaginar. —Se inclinó hacia delante y abrazó brevemente a Eileen—. Es un detalle por tu parte.

—Gracias, Helen, cielo, tenía que venir, como es natural. No podía quedarme sentada en casa de brazos cruzados mientras ese corderito anda sabe Dios dónde y ahora lo de la pobre Izzy Hartley...

Empezó a llorar y a moquear ruidosamente y Helen arrancó un trozo de papel de cocina y se lo ofreció. Había envejecido desde la última vez que la había visto, se dijo Helen mientras estudiaba las mejillas varicosas y los ojos hundidos de su suegra. El exceso de tabaco le había dejado fisuras alrededor de la boca y la insatisfacción general con el rumbo que había tomado su vida le había dibujado surcos en la frente y abierto arrugas profundas en el entrecejo. Tenía sesenta y cinco años, pero aparentaba setenta y muchos.

—Lo sé. Es horrible —dijo Helen—. Pero hay que seguir confiando y rezando por que la policía la encuentre. —Se asombró de haber dicho aquello sin que se le quebrara la voz o se le llenaran los ojos de lágrimas, pero, por lo visto, la histeria de Eileen la ayudaba a mostrarse indiferente—. Bueno, ¿y cómo estás? Hacía mucho que no nos veíamos.

Eileen dejó de llorar y la miró furiosa.

—Eso es porque no me habéis invitado a nada.

Helen suspiró.

—Eileen, puedes venir a vernos cuando quieras, ya lo sabes. No te estaba provocando, solo pretendía charlar un poco, pero ahora mismo se aloja en casa la mediadora policial, así que la casa está llena y con la policía entrando y saliendo y los amigos de Alice que vienen y van...

—¿Insinúas que no me puedo quedar? —dijo Eileen frunciendo los labios, lo que acentuó todas sus arrugas.

—No, en absoluto, siempre que no te importe dormir en el plegatín del despacho. Solo te digo que, sintiéndolo mucho, el cuarto de invitados ya está ocupado... —No se atrevió a imponerle una estancia máxima de tres días. Eso que lo hiciera Sean, se dijo—. En cualquier caso, tendrás hambre, déjame que prepare un poco de pasta. Sean se está duchando. Bajaré en un rato.

Cuando la pasta estuvo lista y Sean hubo reaparecido con su pelo húmedo de punta, se sentaron los tres a la mesa. La trona portátil vacía de Frankie aún estaba sujeta a la cuarta silla de la mesa, a modo de reproche. En la correa de sujeción había una mancha de tomate que Helen no quería limpiar. Sean y ella picotearon algo de pasta. Era la primera comida que cocinaba en tres días; la mediadora había hecho algunas otras que ninguno había probado. Helen se sorprendió deseando que volviera pronto para que así al menos Eileen tuviese un público atento que no fuesen Sean y ella.

Eileen comió con apetito mientras parloteaba sobre personas de «donde ella vivía» de las que Helen sabía que Sean no tenía ningún interés en oír hablar. Ella desconectó por completo. No podía pensar en nada más que en si

Janet Friars le habría contestado y, en cuanto pudo, se levantó de la mesa bruscamente.

—No os preocupéis por los platos. Luego recojo yo —dijo—. Voy a llamar a comisaría a ver si hay alguna novedad.

De nuevo en el despacho, con la puerta bien cerrada, se acercó al ordenador con la misma cautela que si fuese a estallar en cualquier momento.

Había un mensaje nuevo y tembló al leerlo:

No se lo puedo contar a la policía. Me matará y a los pequeños también. Pero a Izzy no se la ha llevado él, solo a Liam y a Frankie. Frankie lleva un pijama de hadas. ¿Es eso suficiente prueba para ti? Nos vemos el jueves.

Helen gimoteó. En efecto, Frankie llevaba su pijama de Tinkerbell, pero estaba segura de que eso se había mencionado en la rueda de prensa, ¿o no? De pronto no recordaba si había sido así o lo había imaginado. Con la mano suspendida sobre el teléfono, supo enseguida que aquello se le estaba yendo de las manos por completo. Había sido imbécil de pensar que podría arreglárselas sola. Llamaría a la policía. Marcó el número de la comisaría de Sutton y cuando, tras escuchar la locución de las opciones automáticas, consiguió hablar con una persona, pidió que le pasaran con el inspector Lennon.

—Me temo que ha salido. ¿Quién le digo que ha llamado?  
Titubeó.

—Soy Helen Philips. Necesito hablar con alguno de los responsables de la investigación del secuestro de mi hija. Es urgente.

Tras una pausa insufriblemente larga, lo bastante larga como para que Helen se diera cuenta de que Sean se iba a poner como una fiera con ella por escribirse con Janet Friars sin contárselo a él, oyó una voz hastiada al otro lado de la línea.

—Inspector Winkler. ¿En qué puedo ayudarla?

Le explicó la situación y le leyó los mensajes de Facebook, salvo las instrucciones específicas para el encuentro, casi en un susurro para evitar que Sean y Eileen pudieran oírla.

—Entiendo —dijo Winkler—. ¿Le ha hablado de esto al inspector Lennon?

—No. No quería hacer perder el tiempo a nadie. La mediadora nos dijo

que recibiríamos montones de mensajes falsos por Facebook —respondió Helen tímidamente.

Le sorprendió la reacción de Winkler.

—Bueno, señora Philips, yo creo firmemente en que no debe quedar una piedra por mover. Voy para allí. ¿Sería tan amable de esperarme? Tardo diez minutos.

Helen colgó y procuró no hacerse demasiadas ilusiones. Cerró los ojos y se abrazó e imaginó que abrazaba a Frankie, mientras le rodaban lágrimas por las mejillas que humedecían el pelito suave de su pequeña. Ese inspector Winkler parecía un hombre de acción, una de esas personas que consiguen resultados. Se alegraba de que la hubieran pasado con él en lugar de con Lennon.

# CAPÍTULO 16

---

## PATRICK – DÍA 3

Entrar en la enorme casa de los Hollister en St. Margaret's fue como meterse de golpe y porrazo en el epicentro de una explosión de ruido y algarabía, un caos de proporciones casi caricaturescas. Había críos por todas partes: un niño que trotaba escaleras abajo con el torso descubierto, una niña que aporreaba un piano, un bebé en pañales que perseguía a un gato por todo el salón, otro niño destrozando zombis a todo volumen con la Xbox. En la cocina, dos setters rojos y un yorkshire terrier parecían haberse montado una especie de *ménage-a-trois* canino. El olor a pañales sucios y a pelo de perro asaltó el olfato de Patrick cuando pasaba por encima de una pila de piezas de construcción de madera y casi daba un patinazo con una revista de vela que habían dejado tirada en el parqué.

—Bienvenido a esta casa de locos —le dijo Liza Hollister, la madre del niño que había visto algo en el aparcamiento de Sainsbury's. Medía por lo menos un metro ochenta, llevaba el pelo rubio peinado hacia atrás y ropa que parecía comprada por catálogo en Boden.

Patrick se presentó en el preciso instante en que el niño descamisado de unos ocho años subía corriendo las escaleras y gritando:

—Mamá, Coco ha vuelto a meter a Saskia en el váter.

—Ay, por favor...

Liza salió disparada y volvió al poco con un bebé retorciéndose debajo de un brazo y un gato empapado debajo del otro. Lanzó al gato por la salida al jardín del salón y Patrick lo vio alejarse parsimonioso, como si no hubiera pasado nada.

—¡Daisy, deja de aporrear el puñetero piano! —le gritó a la niña, que

agarró una cuchara de palo y empezó a aporrear con ella un pequeño gong que sin duda guardaba para esas ocasiones—. Daisy, Dominic, Sebastian... salid a jugar al jardín. Y llevaos a Coco.

—Jo, mamá, es que es aburrido —protestó Sebastian, el niño mayor que había estado jugando a la consola.

—Jugad en la cama elástica, a ver quién salta más alto. ¡Venga! —Se volvió hacia Patrick y masculló entre dientes—: Y procurad no caer de cabeza.

Cruzaron los cuatro las puertas francesas que daban al jardín, bastante grande, seguidos por los tres perros, que correteaban entre sus pies e hicieron tropezar al bebé.

—Mucho mejor —dijo sonriente—. Bueno, inspector, ¿un café? Tiene pinta de que le vendría bien uno.

—Me vendría de maravilla, señora Hollister.

Ella se inclinó hacia delante y el inspector le vio buena parte del canalillo. Aquella mujer le resultaba familiar... Entonces cayó en la cuenta. La había visto en televisión, cuando presentaba una especie de programa nocturno juvenil. Ella era una choni, siempre borracha, enseñando las bragas, a la que echaban de todas las discotecas. Se había casado con una estrella del rock... ¿Cómo se llamaba? Ese que tocaba la guitarra en un grupo *indie* y luego se había convertido en productor de música de baile.

Parloteaba por la cocina mientras hacía el café —café de verdad, que molió ella misma— y Patrick exploraba las librerías mientras esperaba. Tenían muchos libros de arte erótico. Entonces reparó en una foto de Liza que colgaba de la pared: era ella en una portada de *FHM* de hacía diez años, desnuda, con los pezones difuminados con retoque pero el trasero al descubierto.

«Madre mía —pensó—. Yo compré ese número.» Incluso se lo había llevado al baño...

—¿Se encuentra bien? —le preguntó ella, que volvía de la cocina con una taza de café humeante—. Parece un poco acalorado.

—Hace mucho calor aquí dentro.

—Ay, qué tiempos aquellos... —dijo ella señalando con la cabeza la portada de *FHM*—. A mis hijos mayores les da muchísima vergüenza tener fotos de su madre medio desnuda en la pared, pero a mí me da igual. En aquella época yo era un bombón.

«Y lo sigue siendo», estuvo a punto de espetar Patrick.

—¿A qué se dedica ahora? —preguntó en cambio.

—A esto —contestó ella, señalando a su alrededor—. Cuido de esta panda. Danny está casi siempre en el estudio o en alguna sesión de DJ. Y me deja a mí a cargo de sus cachorros. —¿Eso era: Danny Hollister!— Pero ahora me han ofrecido participar en la próxima temporada de *Salvados VIP* y, entre usted y yo, es muy posible que acepte. A ver cómo se las apaña sin mí dos semanas. ¡Ja!

Patrick dio un sorbo al café.

—¿Cuál de los niños cree haber visto a Liam McConnell?

Liza frunció el ceño. El ambiente de la habitación se transformó de inmediato.

—Bowie. Está arriba, en su cuarto. Se lo traigo.

Esperaba que subiera a buscarlo, pero, en su lugar, lo llamó a gritos:

—¿Bowie!, ¿puedes bajar? —Luego le dijo a Patrick—: Ya lo he hablado con él. Quería asegurarme de que no se lo estaba inventando o lo había soñado, pero le juro que no.

—Me gustaría oírlo de su propia boca —señaló Patrick—, pero ¿sabe usted por qué ha tardado tanto en contarlo? ¿Lo acaba de recordar?

—Ah, es que hemos estado fuera. Hicimos una parada en el supermercado de camino al aeropuerto. Tenemos una villa en el sur de Francia y nos llevábamos a los niños allí una semana. Dentro de quince días nos volvemos a marchar. —Señaló a través de la puerta de cristal el monovolumen estacionado a la entrada de la casa—. Íbamos en esa cosa, el tanque, lo llamo yo. Entré en la tienda y dejé a Danny con los niños. Seguro que se armó el alboroto de siempre, con los niños pegándose y protestando. Danny debía de estar intentando que se tranquilizaran, pero Bowie es más tranquilo. Suele estarse calladito, leyendo algún libro o mirando por la ventanilla, soñando despierto. Creemos que, de mayor, será escritor.

Un niño delgaducho de siete años entró en la habitación. Era clavadito a su madre, con su melena rubia y sus ojos azules. Parecía nervioso.

—Cariño, este señor es el inspector Lennon. Lennon, él es Bowie. —Hizo una pausa y se echó a reír. Patrick rio también, no pudo evitarlo, pero el chico ni siquiera esbozó una sonrisa. Su rostro pálido permaneció serio, angustiado, y Patrick recordó cómo era él a su edad. Precisamente así: lo asustaban los desconocidos, siempre estaba «en las nubes», como decía su madre, y prefería quedarse leyendo un libro cuando sus amigos salían a jugar al fútbol.

Liza rodeó con el brazo a su hijo por los hombros y lo condujo al sofá. El niño miró fijamente a Patrick, mordiéndose las uñas. El inspector se sentó en un cojín, en el suelo, para que el niño lo mirase desde arriba y se sintiera menos incómodo.

—Bowie... —Le parecía absurdo llamarlo así. Probablemente el pobre se cambiaría el nombre por Joe cuando fuese mayor—. Tu madre dice que viste algo mientras estabas en el aparcamiento de Sainbury's justo antes de iros de vacaciones.

Bowie asintió con la cabeza de forma casi imperceptible.

—Necesito que me cuentes lo que viste.

El niño habló, con voz asombrosamente clara.

—Era él, ese niño que sale en los periódicos. Liam. Vi su fotografía en la portada del diario cuando volvimos. Dicen que se lo llevó el Secuestraniños. —Miró a su madre, luego de nuevo a Patrick—. Pero no fue él. Fue una señora.

Patrick oía el latido de su propio corazón.

—¿Una mujer? Cuéntame lo que viste.

—Yo estaba sentado, mirando por la ventanilla del tanque, observando lo que pasaba. A ese tío de las greñas se le había caído una botella al suelo, se había hecho añicos y había líquido rojo por todas partes, y él daba saltos de un lado a otro, por eso yo lo estaba mirando. Entonces vi ese automóvil... un Audi...

—¿Recuerdas qué tipo de vehículo era?

—Le encantan los automóviles —lo interrumpió Liza—. Conoce todas las marcas y modelos. Sabe mucho más de eso que yo.

—Sí, era un Audi blanco, uno de esos turismos. Vi a un niño pequeño sentado atrás, con la cara pegada al cristal, como si estuviese buscando a sus padres.

—¿Qué pasó entonces?

—Vi a esa mujer que pasaba por delante del automóvil y... entonces hizo un gesto como cuando ves algo sin querer y luego te paras y vuelves a mirar...

—¿Que de pronto reparó en ello?

—Eso es. Hizo ese gesto. Retrocedió hasta la ventanilla del Audi. Yo la tenía de espaldas, pero entonces abrió la puerta del automóvil y sacó a ese niño, a Liam, del asiento para bebés y se lo llevó.

—¿Qué cara tenía?

Patrick no quería hacerle preguntas capciosas.

—No entiendo a qué se refiere.

—Me refiero a si le viste la cara... ¿Parecía contento, triste...?

Bowie lo pensó un momento.

—A mí me pareció relajado. No pataleaba ni nada. Ni lloraba. Pensé que sería su madre o su tía o algo así porque, si no, se lo habría dicho a mi padre. —Se mordió el labio—. Lo siento mucho.

—Bowie, no tienes que sentir nada. Es estupendo que vieras algo y nos lo estés contando. ¿Viste si la mujer tenía llaves del automóvil? ¿Sabes si el seguro estaba echado?

Frunció los labios.

—No, pero yo la tenía de espaldas. Igual llevaba llave. Supongo que sería un mando.

Patrick asintió.

—¿Viste adónde fueron?

Bowie miró fijamente al suelo.

—No, porque entonces volvió mamá con unos polos y se armó el alboroto. Más alboroto aún, quiero decir.

—¿Y a esa mujer la reconocerías si volvieras a verla?

—Creo que sí.

—¿Podrías describirla? No quiero decir ahora mismo... Si te sientas con un dibujante, ¿podrías decirle cómo era para que la dibuje?

—Podría intentarlo. Tenía el pelo corto, castaño oscuro, muy rizado. Era bajita.

Patrick sonrió. En todas las investigaciones, hacía falta una oportunidad, un golpe de buena suerte. Ese podría ser el suyo: toparse con el niño de siete años más observador de Londres.

—Me gustaría que fuese con Bowie a comisaría —le dijo a Liza— para que el dibujante forense pueda hacer un retrato robot. Es importante que lo hagamos lo antes posible.

—Muy bien, pero necesito una canguro. Voy a preguntarle a Sandy, la vecina de al lado.

Salió disparada del salón en dirección a la puerta de entrada de la casa y Patrick se encontró de pronto compartiendo un incómodo silencio con Bowie. El niño miraba la alfombra y Patrick buscaba desesperado un tema de conversación que pudiese interesar a aquel niño. Los automóviles, eso era. Pero luego no se le ocurrió nada que decir. Seguía devanándose los sesos

cuando Bowie habló.

—Yo creo que ya estará muerto —dijo.

Patrick alzó la vista.

El niño echó un vistazo afuera para ver si volvía su madre.

—La mujer que se lo llevó... Mi hermano dice que es una bruja. Roba niños, les succiona la vida y luego abandona sus cadáveres.

—No, eso no es...

—Y ahora que le he contado que la vi, vendrá por mí. —Le temblaba la voz, pero Patrick notó que se hacía el valiente—. Atrápela, inspector, por favor. Antes de que ella me atrape a mí.

Patrick miraba fijamente al ordenador, con la cabeza repleta de imágenes de una bruja de ojos codiciosos y amarillentos, con una boca forrada de dientes afilados pensados para comerse a los niños a mordiscos. Una mujer. Bowie decía que a Liam se lo había llevado una mujer y ahora estaba con el dibujante forense, describiéndosela. La noticia había corrido por comisaría como la varicela en una guardería.

Además, Bowie aseguraba que Liam no parecía asustado, que daba la impresión de conocerla. Tomó el dibujo que Frankie había hecho del rostro que había visto por la ventana («¿la bruja?») y se preguntó, de nuevo, por qué la niña de los Philips no había llorado ni había llamado a gritos a su hermana.

Mientras él había estado fuera, Carmella había revisado el libro de registro del Eleven O’Clock y anotado los nombres de todos los padres y Jemima Walters le había mandado los datos del personal del centro. Repasó las listas. Estaban introduciéndolos todos en HOLMES para ver si alguno tenía antecedentes, y por el VISOR, el registro de agresores sexuales.

Estudió la lista con dificultad. Tenía que ir al oftalmólogo: veía borrosos los bordes de las letras y no enfocaba del todo las palabras. O quizá fuera el cansancio, aunque en ese momento no se notaba cansado. Rebosaba adrenalina por todo el cuerpo.

Estaba a punto de levantarse de su sitio y acercarse a hablar con Carmella cuando le llamó la atención uno de los nombres de la lista: Denise Breem. ¿De qué le sonaba aquel nombre? Abrió el navegador web y lo buscó en Google, pero justo un segundo antes de que su foto apareciera en la pantalla recordó quién era y por qué era conocida.

—Joder —susurró.

Se levantó como un resorte y abandonó la sala, llamando a Carmella a

gritos por el camino.

# CAPÍTULO 17

---

## ALICE/LARRY – DÍA 3

—En serio, estoy harta de vivir aquí. ¿No podríamos buscarnos algo juntos?

Nada más decirlo, Alice supo que, en realidad, no deseaba aquello. Larry olía demasiado mal para que ella quisiera vivir con él. Georgia, Larry y ella solo llevaban cinco minutos en su dormitorio y ya estaba deseando poder abrir la ventana. Se inclinó hacia su cuello para inhalar, a modo de experimento, el olor a sudor, a porro y calcetines sucios y arrugó la nariz. ¿Quedaría muy mal si le pidiera que se diese una ducha la próxima vez que se acostaran juntos? La última vez le habían dado arcadas cada vez que le había acercado la axila a la cara. Una pena, porque lo quería de verdad. Era bueno con ella, el primero con el que lo había hecho. Además, todos los chicos apestaban, ¿no?

—Claro, cariño, si te sobran veinticinco de los grandes al año para alquilar un apartamento de un dormitorio por la zona... Hay que vender mucha hierba para eso —repuso, rodeándole los hombros con el brazo.

—¿Tanto? —espetaron al unísono Alice y Georgia, espantadas. Luego Alice se echó a reír. Estaba un poco colocada, lo sabía—. En realidad, he cambiado de opinión. Prefiero vivir contigo, Georgie.

—Claro, guapa —dijo Georgia con los ojos entornados mientras formaba con los labios un anillo de humo perfecto—. A mi madre le caes genial. Te podrías mudar mañana.

—¿En serio? —Alice se incorporó—. Voy a abrir la ventana, me estoy asando.

—Sí, sí, sería genial.

—Sí. Además, hueles taaan bien... —dijo Alice mientras abría la ventana abatible, luego se tiró a la cama, encima de Georgia, y las dos rodaron juntas, medio peleándose medio abrazándose.

Larry las observó y le agarró a Alice uno de los muslos enfundados en las medias de nailon negras por debajo de la minifalda del uniforme.

—Siempre me ha apetecido hacer un trío —declaró, riendo, aunque sus caricias eran tímidas y los dedos le temblaban ligeramente.

Alice detectó un destello de alivio en su rostro cuando lo apartó de un empujón y se incorporó.

—¡Ni hablar!

—¿Y por qué ya no quieres vivir en tu casa? —preguntó Georgia mientras repasaba la lista de temas del iPod de Alice, se detenía en un tema de Lil Wayne y volvía a conectar el dispositivo a los altavoces—. A ver, está claro que es una mierda, ahora que Frankie ha desaparecido...

—Es una auténtica mierda —dijo Alice con mucho sentimiento—. Helen está fatal todo el tiempo. Papá ha enmudecido y no habla con nadie, la policía no hace más que entrar y salir... Bueno, la mediadora esa se acaba de marchar, pero ha estado en casa un montón de días, como si les preocupase, yo qué sé, que nos fuéramos a apuñalar los unos a los otros o algo así... Algo que Helen y papá harían probablemente si tuvieran ocasión. Están convencidos de que fue culpa mía que se llevasen a Frankie. Y ahora, para más inri, aparece de pronto mi puñetera abuela.

—¿No te cae bien tu abuela? —preguntó Larry.

Alice rio burlona.

—Es una bruja metiche. Ni siquiera papá la soporta, y eso que es su madre. Solo ha venido para poder salir en la tele. No para de hablar con los *paparazzi* de la entrada y de ofrecerles «exclusivas». Qué vergüenza. Hasta Helen y mi padre se han ido a dar una vuelta en el automóvil para no tener que hablar con ella. Bueno, al menos así podemos estar aquí sin que nos incordien todo el rato...

—¿De verdad echas de menos a Frankie, guapa? —preguntó Georgia.

Alice tuvo que apretar los dientes para no replicarle de malos modos.

—¡Pues claro que sí! Todo está muy silencioso sin ella. Además, es horrible no saber lo que le ha pasado, si algún cabrón pedófilo le estará haciendo... ya sabes... cosas.

Se le quebró la voz y dos lagrimones cayeron directamente de sus ojos al edredón de flores de Cath Kidston.

Larry se sintió tan incómodo como preocupado. La abrazó y esa vez a Alice la reconfortó su hedor.

—Pero yo les importo una mierda, les da igual cómo me siento. ¿No se dan cuenta de lo mucho que me angustia que alguien entrara en nuestra casa, estando yo aquí, y se llevase a mi hermana? ¿Cómo creen que me hace sentir eso a mí? Podrían haberme matado, pero ¿eso no se les ocurre? ¡No! Solo de pensar en que un desconocido se metiese en casa y se llevase a Frankie de su cuna se me revuelve el estómago. No quiero seguir viviendo aquí. Me voy a escapar, lo digo en serio. Tardarán años en darse cuenta. Frankie es lo único que les preocupa.

—No hagas eso, Al —le dijo Georgia, llorando también—. Por favor, no lo hagas.

Alice se sintió reconfortada por la presencia de sus amigos, sentados uno a cada lado de ella, y por toda la atención que le prestaban. Sorbió los mocos y se pasó la mano por debajo de la nariz.

—¿Quién es este? —preguntó Larry, deseoso de cambiar de tema, cuando empezó a sonar otra canción en el iPod.

—Biggie Smalls —contestó Georgia.

Larry rio.

—¿Qué?

A Alice le fastidió que se riera cuando ella lo estaba pasando tan mal.

—Me hace gracia. Biggie Smalls, Lil Wayne. ¿No tenéis algo de Tinie Tempah?

—No, pero tiene algo de Little Richard —terció Georgia.

—Medium Sean.

—¡Ese te lo has inventado! ¡Medium Sean no existe!

Hasta Alice soltó una risita, que enseguida se transformó en una especie de carcajada histérica involuntaria, con jadeos e hipos, que se prolongó hasta mucho después de que la broma hubiese dejado de tener gracia. Se agarraron los tres entre sí y rieron hasta que Georgia dijo «¡Parad, que se me ha escapado un poco de pis!» y rieron los tres aún más.

Alguien llamó con fuerza a la puerta del dormitorio y vibró el pomo de la puerta cerrada con llave.

—Un momento —gritó Alice, y se apresuró a esconder el cenicero con la colilla del porro debajo de la cama y roció generosamente la habitación con desodorante en aerosol para disimular el olor a humo hasta que el dormitorio apestó a perfume. Larry puso cara de que iba a vomitar. «Tiene bemoles —se

dijo Alice—, viniendo de él.»

Alice abrió la puerta una rendija y vio a Eileen mirándola ceñuda.

—¿Qué es todo ese escándalo?

—Solo estoy echándome unas risas con mis amigos, yaya.

—Y no me llames yaya. ¡Sabes que lo detesto! —espetó Eileen. Alice se mostró dolida y avergonzada. Todos sus amigos llamaban «yaya» a sus abuelas, pero Sean, Helen y Eileen se empeñaban en que la llamase «abuela». ¿Por qué tenían que ser tan pijos? Pijos de plástico, encima. Cuando no se concentraba, la abuela parecía sacada de *The Only Way is Essex*. Alice se volvió a mirar por encima del hombro y vio a Georgia y a Larry haciéndose gestos el uno al otro—. ¿Qué querías, yaya? —preguntó a través de la rendija.

Eileen se puso en jarras.

—No está bien, Alice Philips, que tus amigos y tú estéis aquí haciendo el bobo y riéndoos cuando a tu hermana la han secuestrado.

Alice puso los ojos en blanco.

—Por el amor de Dios, ¿acaso esperas que esté todo el día sentada en silencio? ¿Es que no tengo derecho a intentar quitármelo de la cabeza ni un puñetero segundo?

—No me hables en ese tono, jovencita.

Eileen empezaba a ponerse furibunda, pero Alice le cerró la puerta en las narices. Desconectó el iPod de los altavoces y agarró su chaqueta tejana, el bolso y el teléfono.

—Venga, vámonos. No pienso quedarme aquí a que me atosigue esa vieja bruja.

—Vamos a casa de Jerome —dijo Larry—. Tengo unos asuntillos que hablar con él... podéis venir conmigo.

—¿Jerome? ¿Es necesario? —preguntó Georgia.

—Sí —accedió Alice—. Además, estoy segura de que se tira a esa perra. Está locamente enamorado de ella.

Georgia rio y Larry torció el gesto.

—Estás enferma.

—Gracias —dijo Alice.

Larry le dio un manotazo.

—No me refiero a eso. Pero, bueno, quiere verme. Tendré que ir, ¿no?

Georgia y Alice se miraron.

—Supongo —dijo Alice—. Ve tú, Laz, te vemos esta noche. Ya tengo

bastante estrés en mi vida como para tener que lidiar encima con ese friqui. Vamos a tu casa, ¿de acuerdo, Georgia?

Alice abrió la puerta y salió de la habitación llevándose por delante a su abuela.

—¿Qué tal, yaya? —dijo Larry en un tono neutral que tanto podía haber sido cortés como burlón. Alice lo vio mirar a Eileen de arriba abajo y reparar en su ropa hecha en casa y su triste permanente. Eileen era más una yaya que una abuela.

—¿Cómo te atreves a hablarme así, jovencito? —El rostro ya colorado de la mujer se encendió de rabia.

—¿Qué hay, señora Philips? —masculló Georgia en tono conciliador, pero ya era demasiado tarde.

—¡Estás castigada! —chilló Eileen, agarrando a Alice de la manga.

Alice se volvió y le plantó cara.

—¿Me estás vacilando? ¿Cómo tienes la cara de llamarte abuela mía? ¡Eres una desconocida para mí! No te queremos aquí. Ninguno: ni yo, ni Helen, ni papá, así que ¿por qué no te vuelves al asentamiento de caravanas, al edificio o al lugar espantoso donde vivas y nos dejas en paz?

Bajaron corriendo las escaleras, salieron por la puerta trasera y por la puerta del jardín al callejón para evitar a los dos fotógrafos aburridos que seguían rondando la entrada.

—Hasta luego, Lazzer —le dijo Alice a Larry, abrazándose a su cintura. Él la besó apasionadamente; Georgia miró a otro lado y se encendió un cigarrillo—. Que no te coma Rihanna, ¿de acuerdo?

Larry titubeó a la puerta del más sucio de los edificios que poblaban el complejo como si los hubieran soltado al azar desde el espacio exterior. Las puertas de cristal alambrado estaban tan asquerosas que, hasta él, que no era precisamente escrupuloso, no quería tocar nada. Con el corazón en la boca, entró a regañadientes en el vestíbulo justo cuando sonaba el ascensor y se abrían las puertas.

Y allí estaba Jerome, con un aspecto tan intimidatorio como ridículo, vestido con unas deportivas metálicas, enormes y refulgentes, la cabeza recién rapada, una chaqueta de cuero de color plata y unos jeans nuevos tan pesados y tiesos que Larry pensó que se sostendrían en pie ellos solos si las piernas cortas de Jerome no los llevaran puestos. La perra llevaba un collar y una correa plateados a juego y gruñía débilmente.

A Larry se le secó la boca y se sintió de pronto un niño pijo e inmaduro con su sudadera de OBEY y sus Vans, pese a que ni muerto se habría puesto la ropa que lucía Jerome.

—¿Qué pasa, Jerome?

—¿Qué haces aquí? —le dijo, señalándolo amenazador, y la perra pasó del gruñido a un súbito ladrido, al tiempo que tensaba la correa de diseño acercándose a él.

—Me has mandado un mensaje, me has dicho que querías...

Pero Jerome no le dejó terminar.

—Espero que no me hayas traído más teléfonos. Ya no los trabajo, así que no me traigas más mierda de esa. He ampliado el negocio a algo mucho más cojonudo. —Miró alrededor para asegurarse de que no había nadie escuchando, luego bajó la voz—. Tengo un contacto que me va a proporcionar mercancía buena de verdad. *Skunk*. De hecho, voy a necesitar unos cuantos chavales más que corran la voz por las escuelas de la zona y todo eso. ¿Te interesa? Mucho mejor para ti que lo de los teléfonos, ¿no?

—Quizá. Tengo que pensármelo.

—Tú verás —dijo Jerome, poniendo cara de «solo los cobardes se piensan las cosas»—. Como estoy de buen humor, te doy diez minutos para que te lo pienses. Acompáñame a darle a RiRi su paseo matinal y así hablamos de negocios. Vamos.

Larry siguió a Jerome mansamente en su paseo por el complejo, deteniéndose en todas las esquinas para que la perra pudiese olisquear y agacharse. Al final, hizo una caca enorme, que Jerome, por supuesto, dejó en el suelo, humeante, junto a la lamentable zona infantil del complejo, formada por un columpio oxidado y un tiiovivo con casi todas las barandillas arrancadas. Pese a lo nervioso que estaba, Larry tuvo que reprimir una sonrisa cuando se imaginó a Jerome sacando un rollo de bolsitas de caca de perro del bolsillo de la chaqueta plateada, recoger la caca de la perra y tirarla a la papelera más cercana. ¡Ni loco!

—¿De qué te ríes, pringado? —le espetó Jerome.

—¡De nada! —contestó Larry enseguida.

Jerome se acercó a él, tanto que pudo apreciar su absoluta palidez y verle los poros abiertos de la nariz.

—¿Me estás faltando el respeto?

—No, Jerome.

Al instante lamentó no haberse ido con las chicas a casa de Georgia.

Algo llamó la atención de Jerome por encima del hombro de Larry y alzó de pronto la cabeza, riendo con crueldad.

—Vaya, vaya. Me acaban de alegrar el día. Mira quién viene: la loca del bebé.

Larry miró a su espalda y vio a una anciana muy bajita y muy ancha acercarse contoneándose, vestida con tantas capas de ropas grises, a pesar del calor, que apenas podía caminar. Llevaba los zapatos pegados con cinta americana sucia y se le veía el cuero cabelludo a través del escaso y frágil pelo. La señora iba empujando el asa (o más bien colgada de ella) de un cochecito de bebé antiquísimo y oxidado lleno de algo que Larry no pudo descifrar a primera vista.

—Es muy mayor —comentó Larry—. ¿Por qué lleva un cochecito de bebé?

—Porque lleva al «bebé» dentro. A todos sus bebés.

Jerome soltó una carcajada cruel y a Larry le recorrió la espalda un escalofrío. ¿Qué clase de bebés podría tener aquella mujer con aspecto de indigente? ¿Fetos muertos? Viejos gatos sarnosos, quizá. Le vino a la cabeza el rostro inocente de Frankie y volvió a temblar. Había tanta gente rara por el mundo.

Sin embargo, en esos momentos, habría preferido a la loca del bebé antes que a Jerome, sin dudarlo.

Jerome se acercó con chulería a la anciana y los tristes ojos enrojecidos de ella lo miraron con miedo y con rabia.

—¡Aparta de mí! —le chilló, e intentó girar el pesado cochecito—. ¡Eres un hombre malo! —dijo, amenazándolo con el dedo.

Jerome se burló de ella poniendo voz de pito. Luego pegó su rostro al de la anciana y bajó la voz dos octavas.

—Tienes razón. Soy un hombre MALO.

Se estaba dando aires delante de él, pensó Larry con desdén.

Jerome metió rápidamente la mano en el cochecito que, para espanto de Larry, espanto que sintió físicamente en sus entrañas, estaba lleno de muñecos. Restos de mugrientos muñecos de tiendas de beneficencia, muñecas de trapo con el relleno fuera, Barbies desnudas con el pelo enmarañado, Bratzs vestidas únicamente con zapatos de tacón y sujetador... Iban todas amontonadas unas encima de otras y le recordaron a Larry cuando estudió el Holocausto en clase, las imágenes inolvidables de aquellos cuerpos desnudos, gaseados, en horribles montones que, aunque jamás se lo dijo a

nadie, le produjeron pesadillas durante semanas.

Pero Jerome sabía bien lo que buscaba al meter la mano en el cochecito de forma tan siniestra. Agarró la muñeca que remataba la pila, una algo más limpia, mejor cuidada y vestida con un pijama mono de color azul claro, manchado. Aquel modelo, en teoría, pestañeaba, pero esa, en concreto, tenía un ojo cerrado y el otro abierto.

La anciana gimoteó, soltó un alarido desgarrador.

—Devuélvesela, Jerome —le dijo Larry sin mucha convicción.

—Vete a tomar por culo, niño —le replicó Jerome, y agitó el muñeco en círculos por el pie, provocando a la perra con él como si se tratase de un jugoso filete. La anciana agarró a Jerome del brazo y este se zafó de ella asqueado—. Quítame esas asquerosas garras de encima, vieja bruja.

—¡Devuélveme a mi bebé! —chilló ella con la voz quebrada.

La perra RiRi se estaba poniendo frenética, percibía la tensión y la agresividad en el aire y eso era sin duda la intención de su dueño, porque no dejaba de sonreírle a la perra y de ladrar como ella. Entonces, de algún modo, se activó el mecanismo de llanto del muñeco y su agudo lamento mecánico empezó a oírse por encima de todo lo demás. A Jerome le pareció divertidísimo. Larry ya había tenido suficiente.

—Acepto —dijo de pronto—, pero en un par de semanas, ¿de acuerdo? Ahora mismo tengo mucho jaleo. Nos vemos.

Mientras se alejaba, otros chavales empezaron a agolparse en la zona, a una distancia prudencial, para contemplar atónitos el espectáculo.

Oyó fuertes gritos a su espalda y, cuando se volvió a mirar, vio a la anciana de rodillas intentando meter la mano en las fauces de RiRi, que tenía atrapado al muñeco entre los dientes y lo sacudía con violencia hasta desmembrarlo: las extremidades salieron volando, la cabeza rodó por el suelo y botó en la lona de polietileno.

Jerome, de pie con los brazos cruzados, reía como si aquello fuese lo más divertido que había visto nunca. Luego volcó el cochecito de una patada y se esparcieron por el suelo todos los demás muñecos.

«Madre mía —pensó Larry—, ¿en qué lío acabo de meterme?»

# CAPÍTULO 18

---

## PATRICK – DÍA 3

Patrick reunió en el centro de coordinación a todos los hombres del equipo, salvo a un par de notables excepciones: Winkler estaba desaparecido, nadie sabía dónde estaba, pero a él le daba lo mismo, y la comisaria, a la que ahora quería ver como su superiora, estaba en una reunión con el comisario adjunto. Pero todos los demás estaban allí, concentrados en la gran fotografía cuadrada pinchada en el centro del tablón.

—Denise Breem —dijo Patrick—. ¿Sabéis todos quién es?

Mike fue el primero en responder.

—La parienta de Caspar Doyle.

La mención de Caspar Doyle produjo un escalofrío de repugnancia a todos los presentes, de ambos sexos. Hacía siete años, a Doyle lo habían condenado por el secuestro y asesinato de las gemelas de diez años Lucy y Kelly Draper cuando volvían del colegio a su casa. Las había violado brutalmente antes de matarlas a puñaladas e intentar enterrarlas en el jardín trasero de su casa adosada. Por suerte, un vecino lo oyó cavando en el césped a medianoche y llamó a la policía. Dos días más tarde, después de negarse a declarar en los interrogatorios y amenazar con una huelga de hambre, Doyle se ahorcó en la celda.

La policía siempre había sospechado que la novia de Doyle, Denise Breem, le había ayudado a secuestrar a las niñas llevándolas con engaños a su casa. A ella, o a alguien que encajaba con su descripción, la habían visto rondar el colegio los días inmediatamente anteriores al asesinato de las pequeñas, pero no había pruebas: ella lo negaba todo y Doyle estaba muerto, así que resultó imposible acusarla. Para tremenda frustración de todos los

agentes implicados, hubo que dejarla marchar. Sin cargos, no estaba fichada y su historial estaba limpio.

—¿Qué sabemos de ella? —preguntó Patrick—. Por aquel entonces tenía veinticuatro años y ahora tiene treinta y uno. Se crio en el complejo Kennedy; sus padres, los dos pensionistas por incapacidad; el padre, un borracho maltratador declarado. Denise abandonó los estudios a los dieciséis años, sin título alguno, y con un par de condenas por hurto.

—¿No hubo un... incidente con su hermana? —preguntó Carmella.

—Buena memoria. Sí, cuando Denise tenía catorce años, a su hermana de diez años se la llevaron los de asuntos sociales después de que se descubriera que un amigo de los padres, un tal Steve McLean, había abusado sexualmente de ella. McLean era por aquel entonces huésped de la familia. Según los informes de la época, toda la familia culpó a la pequeña, como si fuese una especie de Lolita y él una víctima inocente. —Hubo gestos de indignación y murmullos por toda la sala—. Pero los asistentes sociales no pensaron que Denise corriera peligro después de que encerraran a McLean y ella negó que él le hubiera puesto una mano encima. Cuando le preguntaron por el asunto durante el interrogatorio del caso Boyle, declaró que su hermana era «una zorrita que se lo estaba buscando»... En cualquier caso, nada de eso nos interesa ahora mismo. Lo importante es que Denise es la única persona con antecedentes de algún tipo de toda la lista del Eleven O'Clock al que asistían los tres niños secuestrados.

—¿Y qué demonios hacía allí? —quiso saber Mike.

—Enseguida os lo cuento —respondió Patrick—. Primero debéis saber que esta tarde he interrogado a Bowie Hollister... —Ignoró las risitas burlonas—. Bowie es un niño de siete años que asegura haber visto cómo se llevaba del Audi de su madre a Liam McConnell... una mujer. —Les contó todo lo que Bowie le había dicho y, mientras hablaba lo notó, esa excitación en el ambiente, la de que por fin parecía que estaban llegando a alguna parte—. Bowie ha estado con el dibujante forense esta tarde y este ha sido el resultado.

Saboreando la teatralidad de su gesto, Patrick levantó el dibujo ampliado que tenía en la mesa boca abajo y lo pinchó en el tablón al lado de la foto de Denise.

—¡Joder, si es ella! —exclamó Mike, al tiempo que todos los demás agentes de la sala hacían aspavientos similares.

—Podría ser ella —lo corrigió Patrick—. La mujer del dibujo parece

tener el mismo pelo oscuro y ensortijado, la misma forma de cara y rasgos similares.

—Los mismos labios crueles —terció Carmella.

—Muy poético, Carmella. Quizá. Pero hay muchas mujeres con un aspecto parecido.

—Yo he salido con algunas —bromeó un agente al fondo de la sala.

—Necesito que un agente vuelva a revisar las grabaciones de las cámaras de seguridad de Sainsbury's y busque a Denise. Preet, ¿puedes encargarte tú, por favor?

Tomó nota mental de preguntarle a Preet Gupta si ella sabía dónde se había metido Winkler, que en teoría era su compañero.

—No olvidemos —prosiguió Carmella— que Zoe McConnell declaró que creía que un hombre había tropezado con ella cuando entraba en el supermercado, así es como suponemos que perdió las llaves del automóvil.

—Mike, ¿podrías volver a hablar con la señora McConnell y averiguar si está segura de que la persona que tropezó con ella era un hombre? —dijo Patrick—. Aunque dudo que se equivocara en eso, en cuyo caso habría que suponer que hubo dos personas implicadas en el secuestro: el hombre tropezó con Zoe y luego le pasó la llave a ella, su cómplice.

—Si McLean ha salido ya de la cárcel —dijo Mike, muy pensativo—, que supongo que sí si ya hace diez años que lo condenaron, puede que Denise y él se hayan asociado: McLean tiene cierto ascendiente con ella de cuando era niña. Y, a lo mejor ella ahora le está procurando otros niños... en una especie de ciclo de abusos.

—Podría ser —coincidió Patrick. Luego informó a la alterada concurrencia de lo que había estado haciendo Denise en el club de papás—. Vamos a buscar a Denise Breem —concluyó, mirando a Carmella.

La agencia Helping Hands tenía su sede en una oficina sombría y estrecha situada encima de un KFC, en Whitton, y el olor a pollo frito suspendido en el aire estaba haciendo que a Patrick le rugiera el estómago. Le dijo a la mujer que llevaba la agencia —que proporcionaba trabajos temporales de limpieza, trabajos de poca monta en fábricas, empleos en obras de construcción y similares— a quién buscaban y la vieron apretar los labios hasta que se le pusieron blancos.

—¿Andan detrás de esa pobre mujer?

La dueña, Sarah Mason, tendría cincuenta y pocos años y llevaba el

pelo teñido de rojo buzón.

—¿Está al tanto de su pasado?

—Sí, por supuesto. Ya me contó que la policía intentó incriminarla.

—¿Y usted la manda a limpiar a un club infantil?

La mirada de Sarah Mason rebosaba desprecio, una mirada que rebotaba en Patrick como una bala en un chaleco antibalas.

—Le encantan los niños. Solo por que cometiera el error de salir con un desgraciado...

Se le empañaron los ojos y Patrick comprendió por qué a aquella mujer le daba pena Denise Breem. Pensaba que las dos eran mujeres a las que habían decepcionado los hombres, nada más.

—Señorita Mason —intervino Carmella, inclinándose hacia delante—, no tenemos todo el día para hablar de esto. Necesitamos saber dónde está Denise ahora mismo.

—Y, si está pensando en ocultárnoslo —añadió Patrick— bajo pretexto del derecho a la intimidad y de más, ahórreselo. Estamos investigando un homicidio. Será usted la única que piense que Denise es Blancanieves y, si la prensa sensacionalista se entera de que ha intentado protegerla, dudo que muchos clientes vengán a buscar su ayuda en el futuro.

Al salir, Patrick no se sintió orgulloso, solo tristemente satisfecho. Aquel lugar y aquel momento era el punto de la investigación en que el fin justificaba los medios. Lo único importante era encontrar a los niños.

Estacionaron el vehículo policial a la entrada de Freshtime Foods, un forúnculo arquitectónico en forma de hangar situado en los límites de un complejo industrial próximo a Feltham. Patrick se quitó las gafas de sol al salir del automóvil; le escocían las axilas del sudor y el aire era denso y pastoso. Carmella lo siguió al interior del edificio, tan fresca y perfumada como de costumbre, aun cuando se abrían paso por la cortina de bandas de plástico que cubría la puerta hacia el calor asfixiante de la fábrica. Patrick había trabajado en un lugar así, en vacaciones de verano, en sus últimos años de estudiante, en el culmen de su época gótica, cuando jamás salía por las noches sin maquillarse. Un día olvidó quitarse el lápiz de ojos antes de entrar a trabajar. A los imbéciles de sus compañeros les había encantado y le habían puesto el sobrenombre de Rambo. El momento en que abandonó por fin la fábrica, después de pasarse el verano retirando copos de maíz negros en una cadena de producción, fue uno de los más felices de su vida.

Un hombre vestido de capataz se acercó enseguida.

—Buscamos a Denise Breem. —Al ver que el capataz fruncía el ceño, Patrick añadió—: Se trata de una empleada temporal.

—Esperen aquí.

El capataz se dirigió al centro de la planta, donde empaquetaban en cajas los frascos de mermelada y los apilaban en palés un grupo de mujeres situadas a ambos lados de una cinta transportadora, uniformadas con bata y gorro de color azul y blanco.

—Allí está —susurró Carmella.

Patrick forzó la vista. Su compañera tenía razón. Al final de la cinta transportadora por la que rodaban los frascos de mermelada, se encontraba la mujer a la que andaban buscando. Y, en el mismo instante en que Patrick la reconocía, el capataz se dirigió a una de las mujeres, que señaló a Denise, y esta salió corriendo.

Huyó hacia el fondo de la fábrica, en dirección a unos enormes contenedores cilíndricos.

—¡Vamos! —gritó Patrick, y echó a correr también, en el preciso momento en que una grúa se interponía en su camino. Se detuvo en seco, despotricando al hombre que la conducía, que, confundido, se levantó los auriculares protectores.

Ignorándolo, Patrick y Carmella rodearon la grúa por detrás, pasaron corriendo por delante de la cinta transportadora y se dirigieron a los contenedores. Ni rastro de Denise.

Una puerta conducía a un patio donde había apiladas otras tantas decenas de palés. Los dos policías salieron al sol intenso. El patio estaba desierto.

Debía de haberse escondido detrás de alguna de las pilas. Patrick le hizo una seña a Carmella para que fuese por el lado izquierdo de la fila mientras él iba por el derecho. El corazón le latía con fuerza de la emoción.

Fue avanzando despacio por la fila de palés, Carmella hizo lo propio por el otro lado. Notaba cómo el sol le achicharraba la coronilla.

Ni rastro de su presa.

—¿Dónde coño se ha metido?

Carmella estaba a punto de contestar cuando Patrick la vio. Estaba agazapada detrás de una carretilla elevadora al fondo del patio y solo se le veía la gorra azul.

—Me temo que se nos ha escapado —dijo en voz alta mientras

avanzaba despacio hacia la carretilla, con los ojos bien abiertos. Cuando estuvo a la altura del vehículo, se precipitó hacia la izquierda; Denise se levantó de un brinco y echó a correr, pero él tomó impulso y la agarró de la bata del uniforme por la espalda mientras ella intentaba en vano escapar.

—¡Quítame las manos de encima! —gritó—. ¡Os denunciaré por agresión!

Patrick puso los ojos en blanco.

—Venga ya, Denise. ¿Por qué huyes? ¿Tienes algo que ocultar?

Ella frunció los ojos y escupió.

—¿Qué se supone que he hecho, eh?

—De eso ya hablaremos en comisaría.

—No he hecho nada.

—Denise, solo queremos hacerte unas preguntas —dijo Carmella en un tono tranquilizador.

Denise la miró de arriba abajo.

—No me llames Denise. Para ti, soy la señorita Breem. ¿De qué va todo esto? Caspar lleva siete años muerto. Gracias a vosotros.

Patrick se acercó a ella.

—Lo que le pasara a Doyle fue cosa suya.

Denise se cruzó de brazos, quizá porque ignoraba lo ridícula que estaba haciéndose la dura con aquel uniforme.

—Me da igual. Yo no he hecho nada.

—Eso ya lo has dicho, pero nos puedes dar más detalles de ese «nada» en comisaría, señorita Breem.

Dos horas después, Patrick salió furibundo de la sala de interrogatorios, cerrando de un portazo. Fue derecho a la centro de coordinación y abrió la puerta de un empujón con el hombro, se quitó la chaqueta y la lanzó furioso al otro lado de la estancia. Luego tomó una taza de café vacía, la estampó contra la pared y le dio una patada lo más fuerte que pudo.

Después le dio un puñetazo a la pared.

—¡Joder! —gritó de dolor, frustración y rabia.

Se volvió bruscamente y vio a los tres niños mirándolo fijamente desde la pared, hablándole con sus ojos grandes y preciosos. Sobre todo, los de Frankie.

«Socorro. Tengo miedo.»

Los estaba decepcionando a todos. A los tres. También a sus familias. A

toda la población, a las personas a cuyo servicio debía estar, a las personas que él debía proteger.

—Lo siento —susurró a las fotografías de la pared—. Lo siento mucho.

Se abrió la puerta y entró Suzanne, espantada.

—Patrick, ¿qué pasa? He oído un estruendo procedente de esta sala. — Le vio la cara—. Ay, por favor, no me digas que Breem es otro callejón sin salida.

Él se sentó en una silla plegable y se cubrió el rostro con las manos.

—Tiene coartada —dijo cuando al fin levantó la cabeza—. Ha disfrutado mucho contándonos dónde estaba cuando secuestraron a Liam. Estaba en el trabajo, en la fábrica, todo el día pegada a esa cinta transportadora junto con otras diez mujeres.

—¿Has llamado para verificarlo?

Asintió desesperado.

—Y hemos comprobado la hipótesis de Mike de que quizá anduviera buscándole niños al viejo inquilino de la familia, McLean. Resulta que murió de cáncer hace dos años.

—Vaya, mierda.

—Hemos vuelto a la casilla de salida. —Miró de nuevo las fotografías de los niños—. Quizá no sea la persona adecuada para este trabajo. Quizá no debería dirigir la investigación. Estoy cansado. Hasta los cojones de todo lo que ha ocurrido en los últimos dos años.

Suzanne acercó una silla y se sentó a su lado.

—Patrick...

—Quizá debieras pasárselo a Winkler. Él también es la hostia.

Ella le puso una mano en el antebrazo. Estaba caliente.

—No, Patrick. No seas tan duro contigo mismo. Necesitas un respiro, eso es todo.

—Sí, unas condenadas vacaciones largas, preferiblemente en algún lugar tropical...

Suzanne sonrió.

—No me refiero a ese tipo de respiro, idiota, sino a un respiro en el caso. Un poco de suerte. Escucha, ya tenemos el retrato robot, que esta mañana no estaba listo. Repasaremos las listas del club de papás. Volveremos a hablar con los del asentamiento. Lo que haga falta. Los vamos a encontrar. Tú los vas a encontrar, inspector Lennon.

A Patrick empezó a sonarle el teléfono. Miró la pantalla, su madre, lo

silenció.

—Tengo fe en ti, ¿de acuerdo? —le dijo Suzanne, sin quitarle la mano del brazo. Le reconfortaba tenerla allí—. Así que deja de autocondolerte. Es una orden.

Él se irguió.

—De acuerdo. Voy a dejar de autocondolermelo de una puta vez.

Cuando ella salió de la estancia, sacó el teléfono y vio que tenía un mensaje de su madre en el buzón de voz. Pensando que podía ser algo relacionado con Bonnie y sintiendo ese nudo en el estómago al que ya estaba tan acostumbrado, lo escuchó.

«Patrick, soy yo. Escucha, acabo de recibir una llamada del centro. Es Gill. Ha pedido verte.»

# CAPÍTULO 19

---

## PATRICK – DÍA 3

En los dieciocho meses transcurridos desde que habían ingresado a Gill, Patrick había querido ir a verla cuatro veces y las cuatro se había negado a verlo. Todas ellas él se había sentido disgustado y aliviado a partes iguales. No había vuelto a verla desde que la había dejado de pie, cabizbaja, en el banquillo de los acusados, y solo de verla así se le había hecho añicos el corazón.

Ya apenas podía recordar cómo había sido su vida juntos cuando eran felices. Recordaba retazos: cómo se abrazaban en el sofá o cuando ella le susurraba tajante al oído «No te mueras» mientras él reía y le contestaba que no tenía ninguna intención de hacerlo. Compartían bromas y rituales, como cantar los temas de Take That al estilo de los cantantes entrados en años de los *pubs*, su manía de girar el edredón para que el lado de los corchetes estuviese abajo, los baños juntos, las salidas nocturnas, las películas y la compra semanal en el supermercado... La vida normal de un matrimonio feliz.

Después de un año separado, él dejó de llevar el anillo de boda. Se preguntó si ella aún llevaría el suyo.

Aún le parecía imposible que todo hubiese cambiado de forma tan irreversible tan rápidamente.

Pensándolo bien, el primer signo de alarma había sido la desaparición del sentido del humor de Gill, que se fue volando con sigilosas alas de murciélago, tan discretamente en medio del caos del nacimiento de Bonnie y sus primeros meses de vida que a Patrick le costó un tiempo darse cuenta de

que ya no estaba. Por aquel entonces, como es lógico, se lo achacó al cansancio que se había apoderado de ellos. Ninguno de los dos le veía el lado divertido a casi nada, ¿cómo iban a hacerlo con lo poco que dormían? Pero Gill siempre había sido muy divertida. Eso era lo que lo había enamorado de ella: aquel sentido del humor tan seco, inteligente, autocrítico y surrealista. El cansancio solía hacerlo aflorar en ella: después de un día agotador en los juzgados, entraba en casa derrengada y, a los pocos minutos, ya estaban los dos riéndose a carcajadas con sus imitaciones de los desafortunados miembros del jurado o de los cantamañanas de los oficiales.

Después de encontrarla lloriqueando el séptimo día consecutivo al llegar a casa, cayó en la cuenta de que llevaba casi un mes sin oírla reír por nada, pese a que la risita de Bonnie, que ya tenía cinco meses, le habría derretido el corazón a Atila el Huno. Cuando dejaba de llorar, Gill enumeraba todos los días los progresos de su hija con una diminuta sonrisa casi triste y relataba aventuras que, en otros tiempos, la habrían hecho morir de risa.

Pero la depresión posparto era algo normal, ¿no? Lo habían hablado y habían ido los tres juntos al médico de familia. Patrick llevó a Bonnie en su mochila portabebés y le encantó sentir su agitada respiración en el pecho mientras la doctora repasaba con Gill una lista de síntomas: irritabilidad, sí; tendencia al llanto, sí; incapacidad de afrontar tareas cotidianas sencillas, sí; cambios de humor bruscos, sí; dificultad para conciliar el sueño, por supuesto; falta de apetito, se había quedado como un palo.

Gill lloró sin parar durante toda la consulta y añadió un par de puntos de su propia cosecha a la lista: culpabilidad y desesperanza.

Patrick observó por encima de la coronilla de Bonnie a su esposa llorosa, con el pelo lacio, el rostro sin maquillar y el cutis macilento y se dijo: «Ya no la reconozco». Por una milésima de segundo, le fastidió que Bonnie se hubiera llevado a la mujer a la que adoraba y le hubiese dejado a aquel esqueleto de mujer cascarrabias y triste.

—¿Ha tenido depresión alguna vez? —le preguntó la doctora, revisando las pantallas de la historia médica de Gill.

Gill se secó los ojos llorosos y asintió despacio con la cabeza.

—Cuando estaba en la facultad de Derecho —susurró, mirando a otro lado—. Tomé unas pastillas. Tuvieron que hacerme un lavado de estómago.

La doctora, una mujer hindú, regordeta, de rostro afable, que llevaba media docena de ruidosas pulseras de oro —se trataba de una sustituta, no era la doctora habitual de Gill— hizo una anotación en una libreta, tapándose con

el codo para que Gill y Pat no pudieran ver lo que escribía, pero él se lo imaginó.

—No lo sabía —dijo él, incrédulo—. ¿Cómo es posible que yo no lo supiera?

Gill se volvió a mirarlos, con un gesto sombrío y vacío. Abrió la boca para hablar y Pat esperó una disculpa avergonzada, no por haber intentado suicidarse sino por haberle ocultado un secreto de ese calibre cuando él pensaba que no tenían secretos.

Sin embargo, ella frunció los ojos y se dirigió a la doctora:

—¿Le importaría quitarse las puñeteras pulseras, por favor? Me están poniendo la cabeza como un puto tambor.

Pat y la sustituta hicieron un aspaviento.

—Perdone —dijo la doctora con calma, antes de quitarse las molestas pulseras. Las apiló ordenadamente en la mesa y, por un instante, los tres se quedaron mirándolas, sin decir nada. Pat se quedó sin habla.

Luego la doctora pareció salir de su ensimismamiento.

—Señora Lennon, ¿me permite que la llame Gill?, creo que está bastante claro que sufre usted una depresión posparto, pero lo que quiero que tenga muy claro es que se trata de un estado transitorio y que con el tratamiento adecuado volverá a sentirse completamente recuperada en poco tiempo. Les pasa a muchas mujeres, sobre todo después del primer hijo. No deben subestimar nunca la tensión física y emocional a la que se han visto sometidos los dos al encontrarse de pronto con la responsabilidad de un bebé recién nacido. A todo eso hay que añadir la falta de sueño, la presión de la paternidad y, para usted, Gill, los tremendos cambios hormonales. Personalmente lo que me sorprende es que no les pase a más mujeres.

Pat enterró el rostro en la suave coronilla de la cabecita caliente y perfumada de Bonnie. De pronto también él sintió ganas de llorar.

Durante el mes o los dos meses siguientes, Gill empezó a sentirse mejor. Hizo un curso de terapia cognitivo conductual, empezó a tomar antidepresivos y Pat, Bonnie y ella establecieron un nuevo tipo de rutina. Bonnie era tan buena que, sinceramente, Pat no entendía cómo Gill podía deprimirse. Tenía todo el día para sí misma, para tomar café con las amigas, llevar a Bonnie a jugar con otros niños e ir al gimnasio mientras la pequeña estaba entretenida en la guardería. Según decía, le venía bien descansar un poco de los juzgados, de la lectura interminable de las notas de los casos y de

la preparación de los informes.

Ya no lloraba tanto, pero entonces se apoderó de ella una nueva emoción posiblemente aún menos atractiva, una que no quería descargar en Bonnie, así que se la reservaba para Pat. Apenas entraba por la puerta y le preguntaba inocentemente qué tal le había ido, ella le contestaba:

—¿Que qué he hecho hoy? A ver, déjame pensar... He dormido hasta el mediodía, he disfrutado de una larga comida y mucho alcohol con las chicas en Oxo Tower, he venido a casa, he entretenido a mi amante de veinticinco años... ¿Qué cojones crees que he hecho? Le he cambiado los pañales ocho veces a la niña, he planchado una pila de ropa que se puede ver desde el espacio, he rascado la papilla de zanahoria del suelo y he dado de comer a los patos.

—No hace falta que te pongas sarcástica —empezó a ser el eslogan de Pat.

Intentaba ser paciente, pero también él estaba cansado, no dormía y trabajaba más que nunca en la comisaría durante el día, más aún desde que lo habían ascendido a inspector y se había convertido en una cuestión de principios para él ser mejor que Winkler en su trabajo. Se sentía como si estuviese de luto por la pérdida de su feliz matrimonio, de su feliz esposa, de su vida sexual, así que invertía toda su energía en el trabajo.

Hasta el día en que, al llegar a casa, se encontró a Gill sentada en las escaleras y a Bonnie medio muerta en su cunita.

Después de eso, estuvo cuatro meses sin ir a trabajar. Los primeros días los pasó con Bonnie en el ala de pediatría del Kingston Hospital, viendo cómo iban desapareciendo sus hematomas e iba recuperando lentamente el color. Su cara de desconcierto le resultaba más desgarradora que los hematomas del cuello.

—Ha tenido mucha suerte —le dijo el médico—. No ha habido daños cerebrales irreversibles. Menos mal que no tuvo que hacer horas extras esa noche.

A Patrick lo estremeció el comentario. Había estado a punto de quedarse hasta tarde esa noche para repasar las declaraciones de unos testigos, pero, en el último momento, el hambre y una necesidad imperiosa de abrazar a su bebé lo habían impulsado a salir de comisaría y subirse al automóvil.

A Gill la detuvieron y la internaron en un centro psiquiátrico de

Hanworth. Pat llevaba tres semanas sin ir a verla. No podía. Cada vez que pensaba en aquel día, le hervía la sangre. Era como si se hubiese vuelto alérgico a su propia mujer. Y las veces que había ido, ella se había negado a verlo.

La madre de Patrick sí la visitaba. Mairead le informaba de que la tenían muy sedada, bajo vigilancia las veinticuatro horas por suicidio y que no hablaba nada. Le habían dicho, como era lógico, que Bonnie había sobrevivido y que se pondría bien, pero se ponía histérica cuando le mencionaban a Patrick o a Bonnie.

El juicio de Gill tuvo lugar en los juzgados de Kingston Crown. Intento de homicidio con la eximente de enajenación mental. La declararon culpable y la condenaron a permanecer internada de forma indefinida en el hospital psiquiátrico de alta seguridad más próximo.

En situaciones semejantes, la gente suele decir que «todo fue muy rápido», pero, por desgracia para Pat, no fue así. Cada instante del juicio quedó grabado a fuego en su memoria y, con traumática regularidad, a cualquier hora del día o de la noche, le venían a la mente imágenes de lo sucedido, independientemente de lo que estuviese haciendo. Últimamente estaba algo mejor, sobre todo al ver a Bonnie tan sana y tan fuerte, aparentemente feliz viviendo en casa de sus padres. El tiempo lo iba curando todo, como se suele decir. Confiaba en que a Gill le hubiera pasado lo mismo.

Pero, aunque no fuese así, se alegraba mucho de que por fin hubiera decidido verlo. Había cosas de las que era necesario hablar.

# CAPÍTULO 20

---

## WINKLER – DÍA 4

La churri de los Philips no estaba nada mal: aquella mujer era mercancía dañada, como un gorrioncito recién caído del nido que necesita que lo cuiden. Al inspector Adrian Winkler siempre le habían gustado las mujeres así. Vulnerables, con heridas por lamer. Las chifladas, como la mujer de Lennon, no. Lo de esa mujer era inaceptable, una loca de atar que había intentado asesinar a su hija, de las que habría que esterilizar y encerrar de por vida. Claro que podía entender que se hubiera vuelto gagá estando casada con Lennon, que seguramente anotaba todo lo que ella decía en esa cursilada de libreta que tenía, por no hablar de su colosal encoñamiento con la comisaria Laughland, una mujer con la que su parienta tenía que competir. Casi le daba lástima de la pobre bruja. Y otra cosa: si por él fuera, a los raritos góticos tatuados se les prohibiría entrar en la policía, aunque ya no fuesen raritos góticos y ocultaran sus tatuajes. Esos tatuajes eran una prueba clara de su falta de integración social, de su falta de normalidad.

Dejó de pensar en los Lennon y se centró en el culo de Helen Philips, embutido en unos jeans de diseño, mientras ella lo guiaba hasta el despacho, deteniéndose solo para estudiar su reflejo. A Winkler le costaba pasar por delante de un espejo sin mirarse, ¿quién podía echárselo en cara? Si ser guapo era un delito, tendría que arrestarse a sí mismo. Sonrió con picardía de su propia gracia y se pasó una mano por el abundante pelo moreno.

—Eh... ¿inspector? —dijo la señora Philips tras detenerse delante de una puerta y hacerle la ficha—. El ordenador está aquí.

Winkler sabía que aquello iba a ser una pérdida de tiempo. Algún trol de Internet que fingía saber lo que les había ocurrido a los niños

desaparecidos. ¿Y luego, qué: una vidente que recibía mensajes desde el más allá? Él solo buscaba una excusa para conocer a los Philips, hacer algo productivo, apartarse del puñetero equipo de investigación. Se moría de ganas de darle un buen empujón a la investigación, de hacer algún descubrimiento importante. Lennon no daba pie con bola, sobre todo desde que su mujer se había vuelto infanticida. Eso podía verlo cualquiera que tuviese ojos, pero, por alguna razón, la jefa estaba ciega en lo relativo a Patrick. Pues le iba a demostrar lo que era un detective de verdad. Iba a resolver aquel caso, aunque tuviese que hacerlo él solo. Cuando pensaba en ello, se sentía como el poli inconformista de una película, el héroe que se oponía al sistema, el marginado rebelde. Se dejó llevar por una ensoñación en la que sus compañeros se ponían en pie y lo aplaudían, la prensa lo llamaba «el heroico policía», el primer ministro lo invitaba a Downing Street para preguntarle qué se podía hacer para combatir el crimen. Puede que el primer ministro hasta lo hiciera zar. Le gustaba la idea de ser zar...

—¿Se encuentra bien?

—¿Eh? Ah, sí. Estaba pensando en que tienen una casa muy bonita.

—Ah. Pues gracias. ¿Quiere ver los mensajes que he recibido por Facebook?

—Sin la menor duda —contestó él tras esbozar la más encantadora de sus sonrisas.

La siguió al interior del despacho, atestado de libros apestosos — Winkler se enorgullecía de no tener un solo libro en su casa—, además de montones de carpetas de color manila que casi desbordaban de las estanterías y carteles de exposiciones de arte y postales pegados por todas las paredes.

Helen se sentó delante de un iMac y abrió Facebook. Winkler se situó a su espalda, inhalando su aroma. Se preguntó distraído si sería de las que prefieren ponerse encima o de esas a las que les gusta que se lo hagan por detrás.

—Este es el mensaje, inspector.

Él se inclinó hacia delante y leyó las palabras de la clarísima chiflada que se había puesto en contacto con Helen. Sin duda, aquello era obra de alguna vieja patética que vivía sola con una docena de gatos medio salvajes y se pasaba el día viendo series policíacas. Su propia madre compraba todas esas revistas de sucesos y recortaba sus casos favoritos: todos los de abusos sexuales a menores, asesinatos en lunas de miel y matanzas rituales llevadas a cabo por maridos infieles o padrastros malvados. Siempre estaba en

Facebook, proponiendo la castración de algún asesino de niños o la tortura y la muerte lenta de una mujer que había tirado a un gato al contenedor de basura. Había millones de mujeres como ella por ahí. Winkler había oído algo en la radio al respecto: que esas personas eran «verdugos» y que desempeñaban un papel importante en la sociedad, pero Internet había permitido que se descontrolaran. Lo de la trol de Helen era peor: quería establecer contacto de verdad con las víctimas, puede incluso que su retorcida mente imaginase que los niños que vivían felices con sus padres en la casa de al lado eran, en realidad, las víctimas de un secuestro.

—Fascinante —dijo, reprimiendo un bostezo.

—¿Cree que hay algo de verdad en lo que dice? —preguntó Helen, con los ojos muy abiertos de «Quiero creérmelo», pero no era imbécil.

—Voy a investigarlo —respondió él—. No se preocupe.

—¿Cree que nos llevará a alguna parte?

—Señora Philips, no quiero darle falsas esperanzas, pero voy a necesitar que me dé su usuario y su clave de Facebook para poder contactar con esa mujer e intentar localizarla, averiguar quién es.

—¿En serio? ¿Mi usuario y mi clave?

Él asintió con la cabeza.

—Tranquila, no voy a andar hurgando en nada que usted no me haya pedido que hurgue.

A ella no le hizo ninguna gracia el comentario.

—De acuerdo —dijo a regañadientes, y se los anotó en un trozo de papel.

—No me llevará mucho tiempo —señaló él—. En cuanto haya terminado, se lo haré saber para que pueda cambiar la contraseña. Entretanto, no vuelva a ponerse en contacto con ella, ¿entendido? —Le pareció que estaba un poco indispuesta, pero podría ser por la desesperación de encontrar a su hija—. Muy bien, seguimos en contacto, entonces.

—Gracias.

Volvió a su automóvil imaginando lo mucho que fastidiaría a Lennon que él consiguiese resolver aquel caso. Sabía que Lennon estaba convencido de que la hermanastra, una atractiva delincuente en potencia, mentía, que su novio y ella ocultaban algo. No hacía falta ser un genio para deducir que, mientras los padres estaban fuera, la hija se había estado dando algo más que un magreo con el quinqui de su novio. También sabía que Lennon había abandonado esa línea de investigación, así que ¿qué más daba que la menor

hubiese estado incumpliendo la ley en su habitación mientras se llevaban a la pequeña? ¿Cambiaba eso algo? ¿Y si el novio tenía algo que ver? Era improbable, sí, salvo que tuviese algo que ver con los otros dos niños también. ¿Y los padres? En casos como aquel, los padres solían estar implicados. Quizá hubiese alguna conexión extraña entre los padres de los tres niños, como que fueran todos miembros de una secta satánica y hubiesen sacrificado a sus hijos a cambio de éxito y dinero. Cosas más raras se habían visto.

Se miró en el espejo retrovisor, se tiró un beso y arrancó el automóvil, silbando, con la clave de Facebook de Helen ardiéndole en el bolsillo trasero del pantalón.

# CAPÍTULO 21

---

## PATRICK – DÍA 4

Patrick sujetó momentáneamente el ramo de azucenas debajo del brazo para poder secarse las manos en los pantalones. Se sentía como un adolescente en su primera cita, solo que la emoción que habría sentido su yo adolescente se la habían arrancado de cuajo y la reemplazaba un pánico absoluto. Había comprado las flores en el Marks & Spencer de la gasolinera de su barrio a las nueve de esa mañana y, al pagar, ya se había preguntado si a Gill aún le gustarían las azucenas. También se preguntó si le gustaría él y si a él eso le importaba siquiera. Intentaba ver todo a través de los ojos de ella: ¿tenía ya aquellos jeans cuando ella lo vio por última vez? ¿Lo encontraría envejecido o pensaría que la camiseta retro de los Buzzcocks que llevaba era demasiado juvenil para él? Ella no le había visto aún esa camiseta.

¿Empezaría a compararla mentalmente con Suzanne Laughland cuando la viera? Le dio vueltas al anillo de boda que ya no estaba acostumbrado a llevar en el anular de la mano izquierda. Había tenido que rebuscar en todos los cajones de las mesitas de noche del cuarto de las visitas de su madre para encontrarlo y luego había tenido que abrillantarlo con un producto especial para que Gill no viera que había estado más de un año sin ponérselo. ¿Llevaría ella aún el suyo? ¿Por qué le preocupaba eso?

Por fuera, Holmwood House parecía una residencia de ancianos —salvo por la verja de alambre que decoraba todo su perímetro—, una de esas instituciones edificadas en los ochenta que parecían diseñadas con piezas de Lego. A la entrada había un porche formado por unos postes metálicos pintados de un verde intenso que sostenían un tejado a dos aguas de uralita y Pat pensó en lo mucho que Gill habría detestado aquel engendro. A ella le

gustaban los colores apagados y la arquitectura elegante, pero ¿con qué frecuencia salía de allí? Puede que jamás cruzase el umbral. Imaginó fugazmente lo que encontraría cuando entrase en su habitación: la figura encorvada de una mujer envejecida prematuramente, con las mejillas cerosas privadas de color, el pelo seco y encrespado, vestida con una especie de tabardo de nailon... Se estremeció. No, seguramente no, eso era en la cárcel. Gill no estaba en la cárcel, al menos no en una cárcel cárcel.

Mientras extendía el dedo para pulsar el timbre, se le secó la boca. Pese a sus muchos años de experiencia policial, jamás había entrado en un centro de máxima seguridad. En el vestíbulo, donde había una puerta de doble hoja cerrada con llave que conducía al edificio principal, sentada tras un escritorio de melamina, se encontraba una recepcionista de aspecto sorprendentemente alegre que alzó la vista al verlo entrar. Notó un leve destello de aprecio cuando le miró los tatuajes de la parte superior de los brazos, luego lo miró a la cara. Hacía mucho tiempo que una mujer no hacía eso, pese a que aquella tendría cuarenta y muchos años, el pelo estropajoso y sin peinar y las comisuras de los labios impregnadas de pintalabios rojo, pero, cuando sonreía, era bastante guapa y eso ayudó a Pat a relajarse un poco.

La recepcionista le pasó una hoja sujeta a una carpeta con pinza que contenía las normas de Holmwood y una línea de puntos al final donde él debía firmar. Vio consternado que una de las primeras normas era la siguiente: «Todos los teléfonos deberán dejarse en recepción».

—Vaya, ¿de verdad no puedo pasar con él? Quería enseñarle unas fotos a mi mu... a mi visita.

Se sintió de inmediato abochornado por no haber sido capaz de pronunciar la palabra «mujer». ¿Por qué había dicho «visita»? La visita era él, no Gill. Claro que habría parecido aún más idiota si hubiese dicho «mi visitada». La recepcionista le miró el anillo de boda y esbozó una breve sonrisa de satisfacción, suficiente para que él dejase de sentirse halagado por su reacción inicial.

—Lo siento, no puede —contestó ella con aspereza—. Tiene que dejarlo, junto con el resto de sus pertenencias, en una de esas taquillas.

No pudo evitar preguntarse si lo estaría castigando por estar casado con una de las pacientes. «Basta ya, imbécil —se dijo—. ¿Qué más dará?» Leyó por encima el resto de las normas y firmó abajo, mucho más claro de lo que solía hacerlo: «Inspector Patrick Lennon». Dejó el pulgar cerca de la palabra «Inspector» para que ella se fijara cuando le entregase el papel. Y así fue y su

expresión volvió a ser la de coqueteo del principio, con respeto añadido.

—Ah, las llaves... —dijo, reparando en otra norma que había pasado por alto. Dejó en la mesa las azucenas y metió la mano en el bolsillo de los jeans. Las llaves de casa las llevaba en uno de esos llaveros con foto, una de Bonnie, con los ojos refulgentes de alegría al ver la tarta de Peppa Pig en su primer cumpleaños—. Si lo desmonto, me puedo llevar la foto dentro, ¿verdad?, y dejar las llaves.

La recepcionista asintió con la cabeza.

—¿Es su hija? —preguntó, señalando la foto del rostro de Bonnie con una de sus largas uñas de color escarlata—. Qué bonita.

Pat sonrió, más por Bonnie que por la recepcionista, y guardó sus cosas en una de las taquillas que había en el vestíbulo. La recepcionista salió de detrás de su escritorio, le devolvió las azucenas a Pat y sacó un detector de metales portátil que le pasó por todo el cuerpo. Cuando se lo pasó por la entrepierna y el aparato pitó, ella inspiró sorprendida.

—¿No será...? —Él asintió, deseando no ruborizarse—. Bueno, seguro que sabe lo que hace, inspector —añadió—. Ya está. Deje que lo lleve a la sala de visitas.

Pulsó cuatro números en el teclado que había junto a la puerta de doble hoja, 5786, observó Pat, y le indicó que pasara. Él la siguió por el pasillo mientras ella saludaba a dos compañeras vestidas de blanco con un «¿Qué tal?» muy alto que ambas destinatarias repitieron y contestaron en un tono idéntico y con idénticas palabras. Pat se preguntó si sería el saludo protocolario del personal. Sintió un retortijón y pensó en pedirle a la recepcionista que le indicase dónde se encontraba el baño más próximo, pero, antes de que pudiese hablar, esta aminoró la marcha y giró a la izquierda, pasando por delante de una sala de estar en la que no había nadie.

—¡Ya hemos llegado! —canturreó, y abrió la puerta de una estancia pequeña, parecida a las salas para familiares de los hospitales, con paredes pintadas de colores pastel y adornadas con cuadros insulsos—. Voy a buscarla. Tome asiento. ¡No tardo nada!

Pat se sentó en una silla de terciopelo verde claro que o era muy nueva o acababan de limpiar. Cuando Gill entró en la sala, él estaba acariciando la tapicería de la silla a contrapelo con el dedo índice y, al verla, tuvo la sensación de que era él quien estaba internado indefinidamente en un psiquiátrico de máxima seguridad y ella quien lo visitaba.

No podía estar más distinta de la ruina de mujer que él recordaba. Entró

en la sala apretando la mandíbula y con el mismo gesto de determinación que había exhibido en el juzgado. Iba vestida de manera informal pero limpia, con jeans, deportivas y una camisa de leñador de Superdry, incluso parecía que había vuelto a hacerse mechas en el pelo.

Estaba exactamente igual —no, mejor, se dijo Pat, mucho mejor— de lo que la había visto desde que había tenido a Bonnie. No parecía feliz precisamente, pero el semblante pálido y angustiado de los primeros meses de vida de Bonnie había desaparecido. Si hubiera tenido que escoger una sola palabra para describirla, habría sido «aliviada». Por un segundo, Pat experimentó algo de resentimiento —no era de extrañar: probablemente había estado durmiendo a pierna suelta aquellos dieciocho meses—, pero enseguida lo reemplazó una emoción tan fuerte que tuvo que mirar fijamente a uno de los focos halógenos del techo para impedir que los ojos se le llenasen de lágrimas.

—Hola, Patrick —dijo ella, y él se estremeció. Solo lo llamaba así cuando estaba enfadada con él.

—Hola, Gillian —respondió él, y se puso de pie, sonriente, para que supiera que bromeaba al llamarla él también por su nombre sin abreviar. Nadie la llamaba nunca Gillian.

—Pat —rectificó ella, y un asomo de sonrisa iluminó su rostro.

Estaban a la altura de los ojos el uno del otro. Pat se oía tamborilear el corazón en el pecho, pero no sabía si era de angustia o de amor. Le entregó las azucenas.

—Son para ti.

—Gracias —dijo ella, oliéndolas con fuerza y manchándose un poquito de polen anaranjado la nariz—. Me encantan las azucenas.

—Lo sé.

Por supuesto que lo sabía, se dijo Pat. Había habido azucenas en su boda.

—Pero tú ya lo sabes —añadió ella, y él se sintió un poquitín mejor. Dejó las flores en una mesita y se volvió hacia él—. ¿No me vas a dar un abrazo? —preguntó, y por primera vez él detectó la vulnerabilidad en sus ojos.

—Claro —contestó Pat, y la estrechó entre sus brazos. Ella se abrazó a él con tanta fuerza que tuvo que jadear un poco para poder respirar. No lloraba, claro que Gill nunca había sido muy llorona, por lo menos hasta que tuvo la depresión posparto—. Ay, cielo —le dijo. Ya no olía como su mujer.

No olía mal, solo distinto—. Estás estupenda —añadió, al cabo de unos minutos.

La apartó con delicadeza para poder escudriñarla y vio que, de cerca, sí parecía mayor y más pálida, pero al verla mejor de lo que él había temido, al principio apenas había notado esos cambios.

—Bonita camiseta —comentó ella, sonriendo un poco.

—Gracias. Tienes polen por todas partes —le dijo y, humedeciéndose el dedo, le limpió la punta de la nariz. Ella se ruborizó y se apartó, frotándose enérgicamente la nariz.

—Esperabas que estuviese hecha un desastre, ¿verdad? —espetó ella.

Él se encogió de hombros, algo avergonzado.

—Puede. Porque no has querido verme. Pensaba que estarías mal.

—Bueno, estaba mal. Esto no ha sido precisamente una fiesta, pero ahora me siento mucho mejor que hace un año...

—¿Cuándo vas a... —y estuvo a punto de decir «venir a casa», pero entonces cayó en la cuenta de que eso era precipitarse. Ni siquiera sabía si quería tenerla en casa o si querría ella— ... salir? —dijo en su lugar.

—No estoy segura —contestó ella, y la leve turbación de su voz le hizo ver a Pat que también ella sabía que había mucho de lo que hablar antes de dar nada por supuesto respecto a su futuro. Se hizo un silencio larguísimo.

—Sentémonos —dijo él. Se sentaron los dos, aún en silencio—. Cuéntame, Gill —le suplicó, sintiendo de nuevo aquel pánico antiguo.

Gill miró al techo y habló con voz neutra, como si tal cosa.

—En la última revisión, me dijeron que había habido una notable mejoría, pero que querían que me quedase aquí otros seis meses para asegurarse de que no era pasajera, porque intenté suicidarme cuando llevaba aquí cuatro meses, razón por la que me consideraban un peligro para mí misma. ¿Te apetece beber algo, Coca-Cola, té...?

Pat se sintió como si alguien le hubiera succionado el aire de los pulmones, aunque la noticia no le sorprendió del todo. Se había preguntado si habría sucedido algo así, porque llevaba internada mucho tiempo. Solo te tenían encerrado en un centro de máxima seguridad si eras un peligro para ti mismo o para los demás y era evidente que Gill ya no iba a ser un peligro para nadie más.

—No, gracias, salvo que tengas por casualidad un Jack Daniels a mano... Ay, Gill, cuánto lo siento. ¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Tú qué crees?

Gill acarició el brazo de la silla en la que estaba sentado Pat sin rozarle la piel y él observó que aún llevaba puesto el anillo de boda. Tuvo que deshacer el nudo que había vuelto a hacerse en la garganta.

—Has traído alguna foto de Bonnie, ¿verdad? —preguntó de repente.

—Tengo montones en el teléfono, también vídeos, pero me lo han requisado cuando he llegado aquí. Lo siento, debí suponer que lo harían. — Pat se sacó el llavero del bolsillo de la chaqueta, pensando que tenía que dejar de disculparse, y se lo pasó a ella—. Pero tengo una aquí, aunque es de su cumpleaños, no es muy reciente... —Al ver la ilusión de su mirada, se preguntó cómo demonios había podido aguantar dieciocho meses sin ver una sola foto de Bonnie—. ¿Has visto alguna? —preguntó, incapaz de reprimir la curiosidad.

—No —contestó ella bruscamente, contemplando la diminuta fotografía de Bonnie con sus coletitas de pelo sedoso. La última vez que la había visto la niña apenas tenía pelo, desde luego no tanto como para llevar coletas—. Imposible...

Él se encogió de hombros.

—Pensé que igual tu madre te había traído alguna.

—Tampoco he visto a mi madre.

—¿En serio?

A Pat le sorprendió. Él tampoco sabía nada de los padres de Gill, que ignoraban los correos electrónicos que les enviaba de vez en cuando. Había supuesto que era porque estaban destrozados por lo que Gill había hecho. No imaginaba que tampoco ellos hubieran podido verla.

—No puedo explicarlo, Pat, pero era mejor para mí, cuando estaba enferma, aislarme por completo, intentar empezar de cero. No me apetecía ver a nadie.

No apartaba la vista del llavero y acariciaba con ternura la carita de Bonnie encerrada en él.

—Dios mío, qué bonita es —dijo con la voz rota.

—Lo sé —comentó Pat, procurando contenerse él también. Ver a Gill tan relativamente normal era casi más difícil que la situación para la que él se había preparado y le recordaba de forma muy dolorosa todo lo que habían perdido en el último año y medio. Bonnie había crecido sin madre. Al imaginar a Gill hecha un manojo de nervios, incapaz de lavarse siquiera los dientes, se había consolado pensando que Bonnie ya no tenía una madre capaz de hacer nada por ella. Y, si había intentado suicidarse, Pat estaba en lo

cierto, pero eso había sido hacía un año y ahora se enfrentaba al hecho de que Gill llevaba allí desde entonces, todavía allí, curándose despacio y privándolos a Bonnie y a él de su legítima familia—. Joder, qué difícil es esto —añadió—. Ha empezado a preguntar por ti, ¿sabes? No exactamente, claro está, porque apenas dice unas palabras, pero llama «mamá» a casi todos los que la rodean, en un momento u otro. Incluso a mí.

Gill no respondió, se limitó a mirar el llavero fijamente. Tras un largo silencio, habló por fin y su voz vibraba de tensión.

—¿Podemos hablar de otra cosa, de algo que no sea Bonnie o este lugar? ¿Cómo va el trabajo?

—El trabajo va bien. Un poco complicado... —Iba a decir «compaginarlo todo», pero logró contenerse. No quería que ella se sintiera atacada.

—¿Algún caso jugoso?

Por un instante, sonó como la Gill a la que recordaba y el corazón le dio un pequeño vuelco de nostalgia.

—Uno muy triste ahora mismo. Tres niños, todos de menos de cuatro años, secuestrados de sus casas durante el último mes en la zona de Teddington. A una la encontraron muerta en un asentamiento gitano, no hay rastro de los otros dos. De momento, solo tenemos una pista: esa mujer, Denise Breem, que estuvo implicada en el caso de Caspar Doyle, aunque no se la acusó de nada, pero parece que tiene una buena coartada.

Gill hizo una mueca.

—Me preguntaba si estarías metido en esa investigación... He leído sobre el caso. A veces nos dejan los periódicos y un acceso muy limitado a Internet, si nos portamos muy bien... El Secuestraniños. Recuerdo a Breem de aquel caso. ¿Crees que es una red de tráfico de niños?

—Podría ser. Sabemos que al menos a uno de los niños se lo llevó una mujer.

En ese instante, oyeron un montón de terribles alaridos y gemidos en el pasillo. La puerta se abrió de golpe, se disparó una alarma y una mujer joven y demacrada, con un suéter de punto rosa medio desenredado y vendajes en ambas muñecas entró en la sala rebotando literalmente en el marco de la puerta, como si de un *pinball* humano se tratara, arrastrando tras de sí una larga hebra de lana rosa. Fue derecha a Gill y le gritó con todas sus fuerzas.

—  
ZORRATEVOYAMATARMEHASVUELTOAROBARLOSCIGARRILLOS

Gill y Pat se levantaron de un brinco y Pat redujo a la mujer agarrándola por los brazos al tiempo que entraban corriendo dos guardias de seguridad y se la llevaban por la fuerza. Dejó de sonar la alarma.

—Joder —dijo Pat, conmocionado—. ¿Sucede a menudo?

—Constantemente —respondió Gill sin alterarse—. Normalmente con ella. Me odia. Cree que le robo sus cosas. No es verdad. A ver, ni siquiera fumo...

Pat se la quedó mirando.

—Este lugar es horrible, ¿verdad? —dijo desanimado.

—Sí.

Gill no lo miró a los ojos, contempló la espantosa lámina que había colgada de la pared, a su espalda, una escena bucólica de campos de lavanda en la que ya había reparado al entrar y que le había hecho pensar lo inapropiada que era una imagen así en un lugar donde la gente estaba encerrada. Si él tuviese que ver un cuadro de lavanda tan mal pintado todos los días teniendo en cuenta que lo más cerca que iba a estar de eso sería un ambientador de enchufe, enloquecería aún más.

—Hay decenas así. Siempre están intentando quitarse la vida. —Pat se alegró de oír «están» y no «estamos»—. Nos hacen comer con cubiertos de plástico y todo. Hace unas semanas, esa chiflada consiguió colarse en la cocina, romper una botella y esconder los trozos de cristal por todas partes: en las cisternas de los váteres, detrás de los cuadros, en sus zapatos, por todas partes. Registran el edificio entero todos los días, pero aun así no hay día que no se corte las venas con algún trozo. Siempre está en la celda de confinamiento vigilada, «aislamiento» para vosotros. Mató a sus dos hijos porque su ex intentaba conseguir la custodia, luego trató de ahorcarse con un cinturón. Solo tiene veintiocho años y ya lleva aquí seis. —Gill se incorporó en el asiento y volvió a mirar a Pat a los ojos—. Ya sé que el tráfico de niños es lo más probable, sobre tu caso, pero yo en tu lugar buscaría a alguien como ella. Alguna a la que hayan soltado recientemente pero que siga loca. Puede que ya haya perdido a sus hijos. Ya no tiene nada más que perder...

Pat la miró fijamente.

«Nada más que perder...»

¿Cómo no se le había ocurrido antes?

# CAPÍTULO 22

---

## PATRICK – DÍA 4

El aire en el exterior del centro de máxima seguridad era denso y tenso, teñido de ese olor a asfalto y azufre que se eleva de la calzada antes de una tormenta. Como era de esperar, cuando estaba llegando a su automóvil, un ejército de nubes negras cubrió el sol y estalló la tormenta.

Se quedó sentado en el automóvil, viendo cómo unas gotas gordas rebotaban en el parabrisas y dándole fuertes caladas a su cigarrillo electrónico. La punta se puso verde para indicar que la batería se había agotado y Patrick lo lanzó furioso al hueco de debajo de la guantera. En esos momentos, habría dado su pulmón derecho por un cigarrillo de verdad.

Extendió las manos hacia delante. Le temblaban. Mientras había estado con Gill en la sala de visitas, había mantenido a raya sus emociones, fingiendo que no estaban ahí, ignorándolas como si fuesen una multitud de manifestantes gritándole improperios. Y, de repente, se rebelaron contra él: tantos eran los sentimientos que le rondaban, desbocados, la cabeza y el estómago, donde más lo notaba, que no era capaz de procesarlos. Sencillamente no sabía cómo se sentía. Aliviado, por una parte, de que ella pareciese tan estable. Triste, al recordar cuando ella le había preguntado por Bonnie y él solo había podido enseñarle la foto del condenado llavero. ¿Qué más? Sobre todo, se había sentido incómodo y tenso. No hacía mucho, Gill era la única persona del mundo con la que se sentía completamente a gusto. Ese día, en cambio —y sabía que eso no debería sorprenderlo—, se había sentido como si hablara con una exnovia.

Muchísimas veces se había preguntado si su matrimonio, su relación, podría sanar algún día después de lo que había sucedido. Ahora, después de

haberla visto, el pronóstico era tan incierto como lo había sido el día anterior o la semana pasada. El caso era que ni siquiera sabía si quería que volvieran a estar juntos. Quería que ella estuviera bien, por supuesto. Quería que Bonnie tuviese una mamá, pero ¿se imaginaba de nuevo a su lado como marido y mujer? A lo mejor. Pero solo a lo mejor.

Encendió el motor y vio cómo los limpiaparabrisas se peleaban con las gotas de lluvia. Pulsó el botón de reproducción del reproductor de cedés y sonó «The Same Deep Water as You», de The Cure, una canción que siempre lo había relajado. Sonrió y se pasó una mano por el pelo. «Quizá debiera ir al psicólogo —se dijo—. Hablar de mis sentimientos. Escuchar otra música que no sea The Cure.» Apretó la mandíbula. ¿Un psicólogo? Un psiquiatra, más bien. Y, mientras la lluvia empezaba a repiquetear en el cristal a un ritmo más lento, recordó lo que Gill había dicho. Durante los últimos meses, había mantenido mil conversaciones imaginarias con ella, pero nunca había imaginado que, en su primer encuentro, hablarían de uno de sus casos.

Sin embargo, lo que le había dicho era como un rayo de sol en medio de la tormenta. Siempre se le había dado bien eso de iluminarlo en los momentos de niebla. Y, mientras la lluvia iba parando y él salía del estacionamiento marcha atrás, se dio cuenta de lo mucho que había sentido la ausencia de ella en su vida, de lo mucho que la había echado de menos.

—¿Qué estamos buscando?

Carmella acercó una silla al escritorio de Patrick mientras este tecleaba en su ordenador.

Él se concentró en la pantalla.

—Busco mujeres que estuvieran internadas en centros de máxima seguridad por maltrato o secuestro infantil.

Sintió más que vio la mirada fija de Carmella y supo exactamente lo que estaba pensando. «Mujeres como la tuya.» Y quizá se preguntara cómo no se le había ocurrido antes. Claro que al principio no sabían que quien se había llevado a Liam —y había que suponer que a Frankie e Isabel también— era una mujer y, en cuanto Bowie les había facilitado ese dato fundamental, habían ido en busca de Denise, directos a un callejón sin salida en la investigación.

Mientras introducía claves de búsqueda en la base de datos del HOLMES, notó una presencia a su espalda y oyó una voz inoportuna.

—No me lo digas —dijo Winkler—: estás a punto de resolver este caso.

—Vete a la mierda, Adrian —le contestó Patrick sin volverse siquiera.

—Vaaaya, qué susceptible. ¿Estamos de mal humor? —Patrick se agarró fuerte a los brazos de la silla y contó hasta cinco por lo bajo—. Os dejo a lo vuestro —añadió—, no quiero perturbar a los grandes cerebros del equipo. Además, yo sí que tengo algo que investigar.

Cuando se hubo marchado, Patrick negó furioso con la cabeza.

—No es solo cosa mía, ¿verdad, Carmella?

—No, no es solo cosa tuya. Ese hombre es imbécil. Por lo que me han contado, debería llamarse Winklette en vez de Winkler —dijo, doblando el meñique.<sup>1</sup>

Patrick no pudo evitar sonreír.

—¿Quién te lo ha contado?

—¡Es un secreto! Pero lo intentó conmigo una vez, al principio de llegar aquí. Parecía convencido de poder convertirme.

Patrick rio y se desplazó hacia abajo por la pantalla.

—Cabrón arrogante... Bueno, sigamos. No quiero dedicarle ni un segundo más.

Una hora después, olvidado ya el asunto Winkler, se recostó en la silla.

—Sí, estas dos son las que más prometen.

Habían identificado a dos mujeres. La primera se llamaba Sharon Fredericks, tenía cuarenta y dos años y vivía en Richmond. Hacía nueve años, había intentado llevarse a un bebé del hospital, pero la habían interceptado cuando estaba a punto de salir por la puerta. Entonces había sacado una navaja y amenazado con matar al niño y matarse ella. Un camillero del hospital se había encarado con ella y había recibido un navajazo, pero habían logrado rescatar al bebé ileso. En el juicio, el juez dictaminó que se encerrara a Fredericks —que, al parecer, había perdido dos hijos en dos años por muerte súbita— en un centro psiquiátrico de máxima seguridad, el mismo en el que estaba Gill. Hacía dieciocho meses que la habían soltado. En la fotografía del archivo, se veía a una mujer encorvada con el pelo encrespado que bien podría ser la que había descrito Bowie.

La otra mujer tenía un aspecto similar. Se llamaba Andrea Hertz, vivía en Teddington y, como todas las mujeres de esa zona a las que habían condenado, también había estado en el mismo centro que Gill. Hertz había secuestrado a sus propios hijos después de que le concedieran la custodia a su exmarido, que había convencido al tribunal de que Hertz era alcohólica y no apta como madre. Se había encerrado en el automóvil con los niños, había

enchufado una manguera al tubo de escape, la había metido por la ventanilla y había arrancado el motor. Su exmarido los había encontrado y había roto la ventanilla del vehículo con un ladrillo. Andrea Hertz aún respiraba, pero sus dos hijos, un niño y una niña, de tres y cinco años, habían muerto. Eso había sucedido hacía doce años y a Hertz la habían soltado hacía uno.

—Desgarrador —comentó Carmella.

Patrick procuró no imaginar los cuerpos sin vida de los niños en el interior del automóvil.

—Muy bien, Hertz está más cerca... Vamos a hablar con ella primero, luego hablaremos con Fredericks.

Después de hablar dos minutos con Andrea Hertz, Patrick supo que no era la mujer que estaban buscando. Ella los invitó nerviosa a pasar a su diminuto apartamento y les ofreció una taza de té. Como no quería que supiese la verdadera razón de su visita —en aquellos momentos, solo pretendía descartarla—, Patrick dijo que les habían informado de unos adolescentes que estaban armando jaleo por la zona y querían saber si a ella le habían causado algún problema. Mientras ella respondía, atropelladamente, él reparó en las fotografías enmarcadas de dos niños sonrientes, una niña medio desdentada y un niño con cara de travieso, que tenía en el aparador.

Andrea Hertz era como un cadáver ambulante, con el alma tan demacrada como el cuerpo. Tenía el pelo blanco, parecía veinte años mayor de lo que era en realidad. No se parecía en absoluto a la descripción de Bowie. Carmella preguntó si podía pasar al lavabo mientras Patrick hablaba con ella, así podría echar un vistazo por el apartamento. A su regreso, negó disimuladamente con la cabeza y se fueron.

—Qué lástima, pobre mujer —dijo Carmella una vez dentro del automóvil.

—Pobres niños.

No volvieron a hablar de ello de camino a la dirección que tenían de Sharon Fredericks, una pequeña casa adosada en una urbanización situada a las afueras de Richmond. El sol volvía a brillar, el aire era puro y fresco después de la tormenta de hacía unas horas. Mientras esperaban a la entrada de la casa a que alguien les abriera la puerta, Patrick sintió un hormigueo en las venas. Esa vez iban por buen camino. Estaba seguro.

Pero no hubo respuesta.

Volvió a pulsar el timbre y esperó. Nada.

—Quédate aquí —dijo y, abriendo la verja lateral, pasó al jardín de la parte trasera. El césped estaba descuidado, las margaritas y las malas hierbas invadían todo. Las cortinas de las ventanas estaban corridas, pero, a través de una ventana lateral, pudo ver el pasillo. El correo comercial se amontonaba detrás de la puerta.

Rodeó la vivienda de nuevo hasta la entrada principal.

—Parece que lleva ya un tiempo sin pisar esta casa.

Miró la hora. Las cinco en punto. Estaba agotado. Seguro que aquella pista era importante, pero él se moría de ganas de ver a Bonnie, especialmente con todo lo que había sucedido ese día.

—¿Por qué no vuelves a comisaría a ver si encuentras otra dirección de Frederick más reciente y luego te vas a casa y así ves a Bonnie antes de que se acueste? —preguntó Carmella como si le hubiera leído el pensamiento.

—No sé...

—Anda, vete. No hace falta que estemos los dos para buscar una dirección.

—¿Te he dicho alguna vez que eres una estupenda compañera?

—Yo creo que no.

—Pues te lo debería haber dicho. Voy a ver a Bonnie y luego nos vemos en comisaría, salvo que quieras irte a casa.

—Luego te veo —le contestó ella, agarrándolo del brazo.

Patrick le dijo que se llevase ella el automóvil y él llamó un taxi. Mientras esperaba, se sacó del bolsillo interior la hoja donde había impreso los datos de Fredericks y los repasó concienzudamente. Su psiquiatra era la doctora Catherine Hudson.

Patrick llamó al centro psiquiátrico y pidió hablar con la doctora Hudson, pero le dijeron que se había marchado a casa ya.

—Es urgentísimo —dijo él—. ¿Podría darme su número de teléfono?

Después de pasar unos minutos discutiendo sobre confidencialidad, la recepcionista accedió a darle a la doctora el número de Patrick y pedirle que lo llamara. No le quedó más remedio que aceptar.

A los diez minutos, sonó su teléfono. Por fin alguien que no disfrutaba obstruyendo la labor policial. La doctora Hudson le dijo que estaba en su casa y que no tenía ningún inconveniente en hablar con él allí.

Su casa estaba a cinco minutos en automóvil, bastante cerca de la vivienda de Helen y Sean. Otro chalé de un precio desorbitado. Una vez más, mientras esperaba a que la psiquiatra le abriese la puerta, Patrick se dijo por

lo bajo que se había equivocado de profesión.

Dos minutos más tarde estaba sentado en la consulta de la doctora, rodeado de pilas de papeles y cientos de libros académicos con títulos que le daban dolor de cabeza. Hudson era una mujer negra atractiva de cuarenta y muchos años, piel suave y gesto divertido.

—Le agradezco muchísimo que haya accedido a hablar conmigo —dijo él.

Se preguntó si estaría al tanto de la relación indirecta que había entre los dos. El centro psiquiátrico disponía de mucho personal médico y probablemente Hudson no estuviese tratando a Gill, pero existía la posibilidad de que aquella mujer sí conociese a su mujer o al menos supiese de ella. Decidió no mencionarlo.

Le contó que estaba tratando de localizar a Fredericks.

—Sé que hay canales específicos para esto y que seguramente se acogerá a la confidencialidad entre médico y paciente, pero le voy a ser franco. Estoy investigando el caso del llamado Secuestraniños... —La doctora abrió mucho los ojos—... Y esto es muy urgente. Debo encontrar a la señora Fredericks enseguida para poder descartarla como sospechosa.

Catherine Hudson se encaramó al borde de su escritorio y se pasó el dedo índice por la frente, pensativa.

—Hummm... Pues, sí, tendría que acogerme a la confidencialidad entre médico y paciente, pero, aunque no fuera así, no podría ayudarlo con su paradero. La derivé a otro médico poco después de que le dieran el alta. Alguien que me pareció que podía ayudarla más.

—¿Podría darme su nombre?

—Hummm... —contestó ella, balanceando la cabeza de un lado a otro.

—Vamos, doctora... ¿por favor?

Sin mediar respuesta, Hudson se dirigió a su inmensa librería y exploró las estanterías con la mirada.

—Aja —dijo para sí misma, tomó un libro grueso con el lomo blanco y lo depositó en la mesa—. Lo siento mucho, inspector, pero no se lo puedo decir —añadió con una mirada cómplice a Patrick. Él sonrió y agarró el libro.

—Conozco este libro —dijo él. Se trataba de *El punto de inflexión*, del doctor Samuel Koppler. Él tenía un ejemplar debajo de la cama en casa de sus padres.

—¿Ah, sí? ¿Son estos los libros que les hacen leer cuando entran en el cuerpo?

—No exactamente.

Ella lo miró intrigada.

—Bueno, seguro que, si no lo encontró útil antes, lo encontrará útil ahora.

Al salir del domicilio de la doctora Hudson, Patrick rio para sus adentros, divertido por la forma tan astuta en que le había dicho a quién había derivado a Fredericks. Le preguntó a Hudson si podía llevarse el libro prestado, aunque ya tuviese un ejemplar en casa, pensando que eso le serviría para romper el hielo. Por experiencia, sabía que quienes tienen sus opiniones en la suficiente estima como para verterlas en un libro suelen responder bien al halago.

La consulta del doctor Samuel Koppler estaba ubicada en una enorme casa adosada reformada. Patrick tocó el timbre y esperó, preguntándose si el doctor ya se habría ido a su casa, pero, cuando estaba a punto de rendirse, una mujer de mediana edad abrió la puerta para salir. El inspector la retuvo para impedir que volviera a cerrarse, luego entró y subió las escaleras hasta la tercera planta.

Localizó la puerta de Koppler y entró. No había nadie en recepción, pero se oía música clásica procedente de lo que debía de ser la consulta del psiquiatra.

Llamó a la puerta y le abrieron enseguida.

—¿Sí?

—¿Samuel Koppler? —Patrick enseñó la placa y se presentó—. Quisiera hablar con usted de una antigua paciente suya.

Koppler lo miró de arriba abajo. El psiquiatra, un hombre de unos cincuenta y pocos años, casi completamente calvo, inmenso —mediría cerca de dos metros— y algo giboso, frunció el ceño e inclinó la cabeza a un lado y a otro.

—Más vale que pase —dijo al fin—. Aunque estaba a punto de marcharme.

—Lo comprendo. No lo entretendré mucho.

La consulta era similar a la de Catherine Hudson: madera oscura, un par de sillas cómodas y títulos colgados de la pared. En el escritorio había un ordenador, junto a una enorme pila de documentos sujetos con un pesado pisapapeles. Además, olía a algo peculiar, entre acre y ahumado, como si Koppler hubiese estado quemando algo.

El doctor detectó el libro que llevaba en la mano y Patrick vio que su mirada se posaba en las enormes letras de la cubierta.

—Antes que nada, quería decirle, doctor Koppler, que he leído *El punto de inflexión*, y me ha parecido una lectura muy enriquecedora.

El psiquiatra enarcó las cejas como si le sorprendiese descubrir que los policías supieran leer. Sin dejar de fruncir el ceño, se mostró visiblemente complacido.

—Gracias, eh..., inspector...

—Patrick Lennon. —Le dio la impresión de que Koppler se estaba preguntando si iba a pedirle un autógrafo, pero había decidido que eso sería ir un poco lejos—. Verá, hay una paciente, Sharon Fredericks...

Koppler pulsó el botón de apagado de los altavoces de su iPod con uno de sus largos dedos.

—Imagino que habrá oído hablar de la confidencialidad entre médico y paciente.

—Por supuesto. No le pido que me revele información delicada. — Aunque lo que quería preguntarle en realidad era si creía que Fredericks era capaz de secuestrar a un niño—. ¿Ha tenido algún contacto con Sharon Fredericks recientemente?

El psiquiatra levantó el pisapapeles, lo sostuvo con una mano, como sopesándolo, y volvió a colocarlo sobre la pila de documentos.

—¿Podemos dejar esto para mañana? —preguntó—. Tengo entradas para el teatro y debo marcharme ya.

Patrick esbozó su sonrisa más cautivadora.

—Es muy importante, doctor.

Koppler torció el gesto.

—Lo siento, pero sea lo que sea lo que necesita saber, no puedo ayudarlo.

Miró la hora, le dio la espalda y comenzó a guardar documentos en su maletín.

—Creemos que podría estar en peligro —señaló Patrick con la esperanza de provocar alguna reacción. Koppler gruñó. Qué situación más frustrante—. Doctor Koppler, ¿tiene usted su dirección?

Esa vez el psiquiatra soltó un bufido perfectamente audible.

—Ya le he dicho que no puedo facilitarle información confidencial.

Patrick decidió apelar simultáneamente al buen corazón de Koppler y a sus instintos más básicos. Sabía por experiencia que a casi todo el mundo le

encantaba verse implicado de algún modo en la investigación de un crimen importante. Los asesinos y los secuestradores de niños resultaban emocionantes. Se lo imaginó reuniéndose con su esposa en el teatro y diciéndole: «Ni te imaginas lo que me ha pasado cuando estaba a punto de marcharme de la consulta...».

—Lo que le voy a contar es confidencial, señor, pero estoy seguro de que ha oído hablar del Secuestraniños...

Koppler se volvió por fin a mirarlo.

—¿Piensa que Sharon... que la señora Fredericks tiene que ver algo con eso? ¡Qué absurdo!

—Tiene antecedentes de secuestro de niños.

El psiquiatra negó rotundamente con la cabeza.

—No. Sharon, no.

Patrick hizo una breve pausa.

—¿Sharon? ¿Llegaron a intimar?

El doctor parecía acalorado. Interesante.

—Tengo que marcharme, de verdad —dijo, levantándose de su silla.

Rodeó la mesa e instó a Patrick a salir, pero Patrick no se movió.

—Escuche, doctor Koppler, ¿por qué está tan seguro de que Sharon Fredericks no lo volvería a hacer? —Koppler estaba sonrosado y las axilas de la camisa se le habían empapado de sudor. Muy interesante—. Cualquier cosa que pueda contarme de Sharon...

—Debo pedirle que se vaya, por favor —dijo el doctor como espantándolo con las manos—. Tengo que marcharme ya.

—¿Cuándo vio por última vez a Sharon Fredericks?

Koppler abrió la puerta y esperó. Patrick hizo una pausa. No podía hacer mucho más en esos momentos sin arrestarlo y no tenía motivos para eso. Se marcharía y ya pensaría en qué hacer.

Una vez fuera de la consulta, se volvió de nuevo hacia él.

—Me gustaría que habláramos con más tran...

Koppler le dio con la puerta en las narices.

Patrick contó mentalmente hasta cinco, luego bajó corriendo las escaleras. «Esto no se va a quedar así, doctor Koppler», se dijo. Estaba a punto de salir a la calle, ansioso por volver a casa y ver a Bonnie, cuando recordó de qué le sonaba aquel olor tan particular de la consulta de Koppler.

Se trataba del mismo olor que desprendía la ropa de Isabel.

Dio media vuelta y subió a toda prisa las escaleras, decidido a hacerle al

psiquiatra unas cuantas preguntas más. Sabía que debía pedir refuerzos, pero quería hablar con Koppler inmediatamente y volver a percibir aquel olor, para estar seguro.

Al llegar arriba, llamó a la puerta de la consulta.

—¿Quién es?

—Soy el inspector Lennon. Abra la puerta, por favor.

Se abrió la puerta y Koppler cubrió por completo el umbral.

El olor era aún más fuerte. Patrick estaba a punto de empezar a hablar cuando observó que Koppler tenía un brazo extendido por encima de la cabeza y sostenía un objeto brillante en la mano. Se trataba del pisapapeles. Antes de que pudiese levantar también él el brazo para protegerse, todo se volvió blanco y luego negro, al tiempo que un intenso dolor le reventaba la cabeza.

---

<sup>1</sup> La broma y el gesto del personaje hacen referencia al uso en inglés de *winkle* como eufemismo por *pene* (“colita” o “pajarito” serían quizá los términos más cercanos en español). (*Nota del traductor.*)

# CAPÍTULO 23

---

## PATRICK – DÍA 4

Patrick no quería abrir los ojos. Por el tremendo dolor de cabeza y el regusto que tenía en la lengua —una mezcla de arena y virutas metálicas—, sabía que debía de haberse tomado demasiados *snakebite and blacks* la noche anterior. Recordaba haber bailado temas de los Nine Inch Nails en la diminuta pista de The Crypt mientras le chorreaba limo del techo en el pelo que se había peinado hacia atrás y el calor de la sala hacía que se le derritiera el maquillaje base de color blanco con el sudor, también recordaba que había conocido a una chica que decía llamarse Lucrecia, aunque seguro que ese no era su nombre real, que tenía el pelo negro con un mechón blanco en medio. Pese a aquel dolor de cabeza atroz, intentó recordar qué aspecto tenía. No se acordaba, pero sí recordaba haber ido en taxi al estudio de la amiga de Lucrecia y haber pasado un buen rato intentando desabrocharle las enormes botas y quitarse las que él llevaba por encima de sus pantalones de pitillo de color negro azabache antes de tener un sexo decepcionante con ella en el sofá. Su *piercing* la había alarmado, pero había querido hacerle una foto. ¿Dormiría aún ella? ¿Le daría tiempo a vestirse, quitarle la película a la cámara y salir corriendo antes de que ella se despertara?

Abrió los ojos y se sorprendió al descubrir que no estaba en un estudio en 1999, sino quince años después, que llevaba años sin escuchar a Nine Inch Nails y que estaba tirado en el suelo de una consulta.

Se incorporó y se agarró la cabeza al ver que el dolor aumentaba. Se palpó con cuidado el cráneo. Le había salido en la frente un bulto del tamaño del puño de un bebé. Entonces, tras un suspiro, recordó todo. El doctor Koppler. El pisapapeles. Sharon Fredericks. Miró la hora. Había estado

inconsciente treinta minutos. Mal asunto.

Aún tenía el teléfono en el bolsillo interior de la chaqueta. Carmella respondió al tercer tono.

—Carmella, necesito que vengan a recogerme ahora mismo. Y pásame a la comisaria. Vamos a necesitar muchos refuerzos: una unidad táctica, un grupo de respaldo, toda la parafernalia, ¿de acuerdo?

—Enseguida, jefe.

—¿Me has traído los analgésicos?

Esas fueron las primeras palabras de Patrick cuando llegó Carmella, quince minutos después. Se había ofrecido a recogerlo ella misma. Le pasó una caja de ibuprofeno y una botella de agua. Él se tomó tres, se lo pensó un momento y se tomó uno más.

—Debería llevarte al hospital a que te echen un vistazo.

—Estoy bien. No exageres, por favor.

—No exagero. Es que no quiero que te desmayes conmigo. Soy una enfermera espantosa.

Patrick bebió un trago de agua e hizo otra mueca por el terrible dolor de cabeza.

—¿Tienes la dirección de la casa de Koppler?

—Por supuesto. La unidad táctica ya debe de estar allí. Vive a kilómetro y medio de distancia, en Parsons Road.

Por el camino, le contó a Carmella lo sucedido en la consulta.

—Mi teoría es la siguiente: Koppler debió de establecer un vínculo afectivo con Fredericks mientras la trataba. Un vínculo romántico, seguramente. Puede incluso que vivan juntos. Y, en algún momento, sintieron la imperiosa necesidad de tener un hijo, pero, supongo, no podían concebirlo ellos mismos. Con el historial de Fredericks, nunca iban a poder adoptar uno, así que...

Le sonó el teléfono. Se trataba del sargento Mike Staunton.

—Señor, estoy en la vivienda de los Hollister. Le he enseñado la fotografía de Sharon Fredericks a Bowie y dice que está segurísimo de que es la mujer a la que vio llevarse a Liam del Audi.

—Buen trabajo, Mike.

—Una cosa más, señor. También les hemos enseñado la foto a los padres de Liam. La señora McConnell la ha identificado. Sharon solía trabajar de camarera en Viva Pizza, una pizzería de Teddington. Ellos iban

allí todos los viernes con los niños. He preguntado a los Hartley y también van mucho a esa pizzería. Aún no he hablado con los Philips...

Patrick cortó la llamada. Viva Pizza no estaba en las listas que habían hecho, pero él tenía razón: sí había un lugar que relacionaba a todos los niños. Por eso Liam no había protestado cuando Sharon lo había sacado del automóvil. Debió de creer que le iba a dar de comer. Viva Pizza era un negocio local, barato y familiar, uno de esos sitios donde no se molestaban en comprobar los antecedentes penales de sus empleados, a la mayoría de los cuales seguramente pagaban en negro.

—Casi estamos—le dijo a Carmella.

—Sí, es a la vuelta de la esquina.

El inspector sonrió. Era pronto para que los analgésicos le hicieran efecto, pero la descarga de adrenalina le estaba viniendo bien.

—No, me refiero a que casi lo tenemos. Recemos para que Koppler y Fredericks no hayan hecho alguna estupidez mayor.

Parsons Road había sido acordonada por ambos extremos y el camión articulado del negociador de rehenes ya estaba *in situ*. LH1, La Hostia 1. El jefe de la Unidad de Negociación le había puesto ese nombre el día en que el dispositivo había entrado en servicio: «¡Es la hostia!», había exclamado, y se había quedado con ese nombre.

Las multitudes de curiosos añadían una triple capa a la barrera. Mientras Carmella se abría paso entre aquella aglomeración con el vehículo policial, vieron a la oficial de prensa del Departamento de Protección de Datos, una mujer flaca cuyo nombre Patrick nunca recordaba, gritándole frenética a su dictáfono digital. Lo alivió comprobar que no parecía haber demasiados periodistas por allí. Los sucesos importantes solían llegar a Twitter antes de que la policía se enterase —en cuanto apareciesen los agentes que debían cortar el paso con un cordón policial, la noticia estaría ya en todas las redes sociales—, pero los reporteros de poca monta ya sabían que no debían ir por ahí con cámaras y micros, porque eran conscientes de que, si lo hacían, nadie les daría el soplo la próxima vez que ocurriera algo. El mayor riesgo de filtraciones solía llegar de la mano de algún miembro del servicio de apoyo comunitario descerebrado del cordón policial, que iba proclamando alegremente su opinión sobre el procedimiento a cualquiera que escuchase. A Patrick lo ponían de los nervios. Echó un vistazo al cordón, pero los dos miembros del servicio de apoyo comunitario que había allí estaban

impasibles, con los brazos cruzados, manteniendo a raya a la multitud.

Estacionaron detrás del LH1 y de una furgoneta blanca que había a la entrada de la casa de Koppler. Patrick sabía que los miembros de la unidad táctica que aún no se habían dejado ver por el escenario estaban allí: un inspector, tres sargentos y veintiún agentes, todos ellos adiestrados como vigías, negociadores de rehenes y antidisturbios. Sería un buen equipo.

De pie detrás de la furgoneta, Suzanne hablaba con dos tipos: un hombre negro con bigotito y uno blanco regordete al que Patrick le sonaba de algo. Mientras se acercaba, seguido por Carmella, alzó la vista a la casa de Koppler. Las cortinas estaban corridas y no había signos de vida en el interior.

—Te presento al sargento Luke Hardy —dijo Suzanne, presentando al primer hombre—. Dirige la unidad de respuesta armada. Y él es el sargento Tony Fraser, nuestro negociador.

De eso conocía al hombre regordete. Hacía un año, Fraser se había convertido en una pequeña celebridad durante unos días por haber negociado satisfactoriamente con un hombre que había tomado como rehenes a su mujer, separada de él, y a sus tres hijos. El marido había cambiado a uno de los niños por dos cajetillas de tabaco —algo que se comentó mucho—, antes de terminar entregándose.

El cometido del negociador de rehenes era básicamente tener entretenido a Koppler para que el resto del equipo pudiese averiguar el modo de sacar a los rehenes de allí.

—¿Han hablado ya con él? —preguntó Patrick.

Fraser asintió con la cabeza.

—Exige un salvoconducto para él y su familia, como él los llama.

—¿O...?

—Sus palabras exactas han sido las siguientes: «Si no podemos vivir juntos como una familia, moriremos juntos como una familia. Tengo un arma. Y lo haré, que lo sepan».

—Mierda.

Volvió a mirar a la casa justo a tiempo para ver cómo volvía a su sitio una cortina que acababan de apartar en una de las ventanas de los dormitorios de la planta de arriba del número 20 y vislumbrar una figura que podría o no haber sido Koppler. La casa era de ladrillo rojo, preciosa, con un jardín cuidado por cuyo césped daba saltitos un tordo. Brillaba el sol. Como aquello

saliera mal, los titulares rezarían: «Horror en las zonas residenciales».

—No va a salir mal —se dijo por lo bajo.

—De momento, Koppler se niega a hablar más. No contesta al teléfono —dijo Fraser, luego hizo una pausa—. Tenemos escuchas en su móvil y en el de Fredericks...

—¿Se ha confirmado ya que ella está ahí dentro? —lo interrumpió Patrick, sin valorar la legalidad de lo que Fraser acababa de decir. Era del todo ilegal pincharle el teléfono a alguien sin permiso por escrito del Ministerio del Interior, como seguramente el negociador sabía, pero aquella era una situación de vida o muerte y no le habría dado tiempo de pedirlo.

—Sí, Koppler la ha mencionado la primera vez que he hablado con él, pero no ha habido movimiento alguno. Ninguno de los dos ha hecho o recibido llamadas ni mensajes, ni con los móviles ni con el fijo. Si me disculpáis, voy a intentar volver a llamarlos, a ver si contesta alguno de los dos.

—Muy bien, hagamos un resumen de la situación —dijo Suzanne.

Patrick la notó cansada, tensa. Era la oficial de mayor rango y Patrick sabía que estaría en contacto constante con la central. Si la fastidiaban, si Koppler lograba cumplir sus amenazas, sería a ella a quien destrozarían. Por eso estaba aún más decidido a sacar de allí a aquellos niños con vida.

Suzanne se llevó a algunos de ellos al LH1, donde podían hablar en privado. Se dirigió a todos ellos, a Patrick, Carmella, Mike, el sargento Hardy y cinco de los agentes de la unidad táctica, mientras Fraser se quedaba un poco apartado, con el teléfono pegado a la oreja, tapándose el otro oído con un dedo para no oír sus voces.

—No es necesario que diga esto, pero nuestra prioridad es sacar a esos niños sanos y salvos. En segundo lugar, necesitamos a Koppler y Frederick vivos. No sabemos si Koppler será capaz de cumplir su amenaza, ni si es verdad que tiene un arma, pero, por lo que le ocurrió a Isabel, sí sabemos que son capaces de matar.

—Además, ella intentó robar a un bebé en el hospital, ¿no? —señaló Mike, refiriéndose al delito por el que habían encerrado a Sharon—. Está chiflada.

La mirada que Suzanne le lanzó podría haberlo convertido en piedra.

—Eso no nos ayuda, sargento. Salvo que, sí, sabemos que ella tiene un historial de inestabilidad emocional. Además, Koppler ha atacado a uno de nuestros oficiales esta tarde. —Se frotó la cara con una mano y miró

compasiva a Patrick, cuya cabeza acusó la alusión con una fuerte punzada de dolor—. Sargento Hardy, ¿podría informarnos de la situación de su unidad?

—Sí. Hemos evacuado todo este extremo de la calle y las viviendas que se encuentran justo detrás de la de Koppler. Tenemos diez oficiales armados aquí, a pie de calle, y cuatro en la parte posterior de la casa, ocultos en los jardines. Además, hay dos francotiradores apostados en la planta superior de la casa situada a nuestra espalda con rifles de largo alcance apuntando al número 20.

Durante toda aquella charla, Patrick se sintió intranquilo, inquieto, le estallaba la cabeza. No le gustaba nada aquel silencio, aquella falta de acción.

—¿No deberíamos estar haciendo algo ahora mismo? ¿Por qué estamos aquí sentados esperando? Koppler estaba muy agitado cuando yo lo he visto. Debió de calcular que yo estaría inconsciente más tiempo, el suficiente para llegar a casa y marcharse con Sharon y los niños, pero ahora lo tenemos atrapado y no tardará en darle un ataque de pánico. Ahora mismo podrían estar ahí dentro matando a los niños o matándose ellos dos. Quizá ya lo hayan hecho.

—Inspector —dijo Hardy con una sonrisa—, sé por experiencia que eso rara vez ocurre así.

—Y se ha enfrentado a situaciones idénticas a esta anteriormente, ¿verdad?

La sonrisa se desvaneció.

—No hay dos situaciones idénticas.

—Pues eso. Estas personas están desesperadas. Para empezar, por eso se llevaron a los niños. No creo que nos convenga estar aquí fuera esperando a que muevan ficha. Hay que entrar. Ya.

—Eso sería un error —dijo Hardy, volviéndose hacia Suzanne—. Hay que esperar, restablecer el contacto. No vamos a entrar por la fuerza sin más. Esto no es una película.

—Ya sé que esto no es una puñetera película —intervino Patrick—. En las películas, los niños siempre se salvan. —Ahora le tocaba a él apelar a la comisaria—. Hay que hacer algo. De verdad, creo que es un error quedarse aquí esperando a...

Fraser le evitó a Suzanne tener que tomar una decisión. Les hizo una seña para que se acercaran, sujetándose el teléfono a la oreja con la otra mano. Tenía el teléfono en manos libres para que pudiesen oírlo todos.

—... permitir que destrocen mi familia.

Se trataba de Koppler, tenso y furioso.

—Doctor —respondió Fraser muy sereno—, nadie quiere hacer eso. Solo queremos asegurarnos de que están bien. ¿Necesitan algo?

—Ya saben lo que quiero.

—Me refiero a comida, bebida, asistencia médica...

Por un instante, Patrick pensó que iba a ofrecerle una cajetilla de tabaco.

—No. Lo único que necesito es sacar a mi familia de aquí.

—Estamos trabajando en eso, doctor Koppler, todo lo que podemos. — Hizo una pausa—. Quisiera hablar con Sharon si es posible. Me gustaría saber cómo se encuentra.

—¡No! Se siente muy... frágil en estos momentos.

En la voz del hombre, bajo aquel barniz de arrogancia, Patrick detectó miedo. Era la voz de un hombre que se veía completamente superado por la situación, un hombre que probablemente se preguntase cómo demonios se había metido en aquel lío.

Había varios tipos de delincuentes: unos eran los profesionales, delincuentes que sabían exactamente lo que hacían, como los matones callejeros, los jefes de las bandas organizadas o los timadores de guante blanco, que, independientemente del nivel en el que actuaran, formaban parte del juego y eran conscientes de sus normas; otros eran los delincuentes que poblaban las películas, los libros y las portadas de los diarios: psicópatas, asesinos en serie, desalmados y chiflados, esos eran los más raros y los más escurridizos.

Y, por último, estaban los tipos como Koppler, personas que, por la razón que fuera —circunstancias, mala suerte o amor— se encontraban de pronto violando la ley, haciendo estupideces, como la chica que robaba de la caja del trabajo un dinero que necesitaba con urgencia; el tipo que arruinaba su carrera emborrachándose y metiéndose en una pelea después de un día estresante; el profesional al que camelaban para que participase en un complot descabellado, urdido por dos personas desesperadas. Estaba convencido de que aquella última era la categoría de Koppler. Se había embarcado en un viaje sin saber adónde lo conduciría, sin tener ni idea de que terminaría en una casa con dos niños secuestrados, rodeado por policías armados. Koppler no era imbécil. Sabía de sobra que no había forma de que Sharon y él saliesen de allí de rositas. Sabía que había arruinado su carrera y su reputación, que pasaría el resto de su vida en la cárcel. La única alternativa era la muerte. Y por eso Patrick temía tanto lo que pudiera suceder allí.

—Déjeme que hable con él —le dijo a Fraser.

Hacía calor en el tráiler y el aire empezaba a estar húmedo del sudor.

El negociador negó con la cabeza, pero Patrick se volvió hacia Suzanne.

—Por favor, dile que me deje hablar con él. Yo lo entiendo, soy la única persona de aquí a la que conoce, aunque haya terminado atizándome con el pisapapeles. Soy el único con el que ha tenido relación, por rara que fuera. Déjame que intente convencerlo.

La comisaria titubeó un instante.

—Déjale intentarlo —le dijo entonces a Fraser.

El negociador accedió e informó a Koppler de que le iba a hablar otra persona. Le pasó el teléfono a Patrick, que tuvo que resistir la tentación de limpiar el sudor del dispositivo antes de usarlo.

—Doctor Koppler —le dijo—, soy el inspector Patrick Lennon. ¿Cómo se encuentra?

El psiquiatra no respondió enseguida y Patrick pensó que había colgado. Sabía que lo que estaba haciendo era arriesgado.

—Eso debería preguntárselo yo, inspector —dijo Koppler entonces.

—Ah, no se preocupe por mí. Tengo la cabeza muy dura.

—¿Qué pretende, inspector? ¿Convencerme? ¿Hacerse amigo mío?

Patrick era perfectamente consciente de que todo el mundo lo miraba: Carmella, Suzanne, Fraser y, con los brazos aún cruzados y cara de absoluto escepticismo, Hardy.

—No —contestó Patrick—. En absoluto. Solo quiero darle la oportunidad de hablar, yo lo escucharé. Porque seguro que pocas veces puede hacer eso, ¿verdad? En su profesión, los demás le cuentan sus problemas y usted los escucha, pero me parece que merece la oportunidad de ser usted quien hable por una vez. Que los demás sepan cómo se siente.

Patrick se sentía estúpido diciendo todo aquello. Le sonaba absurdo, a tópico, por un instante deseó no haberse empeñado en hacer el trabajo de Fraser. Si Koppler era un buen psiquiatra, no se tragaría ni un segundo toda aquella bazofia; Koppler era un individuo tremendamente inteligente al que no impresionaría una retórica exaltada.

Sin embargo, para sorpresa de Patrick, Koppler mordió el anzuelo.

—No sabe de lo que habla.

—Sí, claro que sí, doctor. Sé lo que es encontrarse en una situación de la que uno cree que no va a salir. Cuando lo único que uno ve en el horizonte es oscuridad, pero yo encontré la luz al final del túnel, también usted la

encontrará.

—¿Qué le hace pensar que me enfrento a la oscuridad? Veo en el horizonte lo que siempre he querido. Una familia. Un futuro prometedor.

Había mucho optimismo en la voz del psiquiatra y, de pronto, Patrick pensó que quizá lo había entendido todo mal. Había supuesto que era Sharon, que ya había perdido a su familia, la que estaba tan desesperada por reemplazar a sus bebés muertos que había arrastrado a Koppler con ella, pero ¿y si era justo al revés? ¿Y si Koppler era la fuerza motriz, el que de verdad quería a los niños? Para eso, habría necesitado la ayuda de una mujer y, al conocer a Sharon, le había parecido la perfecta hembra dolida, alguien que creyera en él.

Ella era el punto débil. Era con ella con quien tenían que hablar, tratar de razonar, no con Koppler.

Buscó desesperadamente algo que decir, algo con lo que mantener la conversación, pero antes de que pudiera hacerlo oyó a Carmella hacer un aspaviento y, al volverse, la encontró mirando fijamente a la casa en uno de los monitores del tráiler, señalando un movimiento detrás de una ventana. Se oyó un disparo, lo oyeron incluso desde el interior del camión articulado, un fuerte estallido, y las cortinas ondearon hacia fuera en el monitor monocromo de baja calidad. Un niño pequeño trepó al balcón.

—¡¡Vamos!! —gritó Patrick y, saliendo todos del tráiler en tropel, corrieron a toda velocidad hacia la casa.

# CAPÍTULO 24

---

## HELEN – DÍA 4

Helen percibió de qué humor estaba Alice en cuanto entró en la cocina para preparar una cena que, con toda seguridad, ninguno de ellos haría otra cosa que picotear, pero Sean y ella habían decidido que tenían que intentar, por lo menos, hacer vida normal y las comidas regulares formaban parte de esa normalidad. Sean incluso había pasado en su despacho casi toda la jornada, intentando ponerse al día de parte de los correos atrasados de trabajo... o eso decía, porque cada vez que Helen había asomado la cabeza por la puerta se lo había encontrado mirando fijamente el salvapantallas, un *collage* animado de fotografías de Frankie y Alice.

Alice estaba de espaldas a Helen, pero Helen sabía el día que estaba teniendo por la rabia con que se estaba echando las cucharadas de café instantáneo en su taza favorita de One Night Only. Aún llevaba puesta la camiseta de dormir y tenía la melena morena toda enmarañada por detrás, pese a ser ya las cinco de la tarde.

—Hola, cielo —le dijo Helen mientras abría el frigorífico y se preguntaba si le daría tiempo a descongelar y marinar unas chuletas de cerdo en una hora. Al instante, recordó lo mucho que le gustaba el cerdo a Frankie y justo después se preguntó si alguien le estaría haciendo daño a su pequeña. La velocidad a la que sus pensamientos volvían siempre a Frankie la hacía tambalearse de dolor—. ¿Te has acostado esta tarde? Creía que estabas estudiando. —Cuando lo estaba diciendo, hizo una mueca, inmediatamente consciente de que Alice se lo tomaría como una crítica—. No te lo estoy echando en cara, ¿eh? —añadió al tiempo que sacaba las chuletas y las desempaquetaba.

Alice, que estaba echando agua hirviendo en la taza, tenía los hombros tan tiesos como las chuletas.

—Deja de agobiarme, Helen —masculló.

Helen apretó los dientes.

—No te estoy agobiando, Alice, solo te daba conversación. ¿Vas a cenar con nosotros?

Alice soltó un bufido.

—¿Papá, la tía, tú y yo sentados a la misma mesa en silencio? No, gracias.

—Tampoco es fácil para nosotros, Alice.

—¿El qué? ¿No es fácil para vosotros sentaros a la mesa conmigo, la persona responsable de que se llevasen a Frankie de su cuarto mientras yo estaba en casa, en teoría, haciendo de canguro? A eso te refieres, ¿no? Me odias, ¿a que sí? ¿Por qué no te sinceras y lo sueltas de una puta vez?

Alice ya estaba chillando como una posesa, con aquel pelo negro enmarañado y el gesto torcido por una rabia que había arrasado a Helen, devastándola sin previo aviso como si hubiera estallado un tornado. En circunstancias normales, Helen se habría desvivido por apaciguar a Alice, susurrándole palabras de consuelo, pero, mientras miraba fijamente a su hijastra, cambió el chip. No iba a dejarse avasallar por una adolescente odiosa, ya no, con todas las cosas mucho peores que estaban ocurriendo en su vida. Se llevó las manos a la cadera y la miró con frialdad, sintiéndose de pronto más dueña de sí misma de lo que se había sentido desde la noche en que Frankie había desaparecido.

—Yo no te odio, Alice, pero te voy a decir algo: no te voy a compadecer, esta vez no. De hecho, ya que has sacado el tema, ¿por qué no me dices qué estabas haciendo exactamente esa noche? ¿Qué os tenía tan absortos a Larry y a ti, sí, no soy idiota: tú podrás decirle a la policía o a tu padre hasta hartarte que Larry no estaba aquí, pero apuesto a que sí, que ninguno de los dos os disteis cuenta de que alguien entraba en casa y se llevaba a mi pequeña delante de vuestras narices? ¿Qué era? ¿Sexo? ¿Drogas? ¿Alcohol? ¿Los tres?

Alice se quedó boquiabierta, como de piedra, con la taza de café en la mano. Helen se preguntó por un instante si se la tiraría a la cara. ¿Se había enfrentado alguien alguna vez a Alice tan directamente? Estaba convencida de que ni Sean ni ella lo habían hecho jamás. Sonó en la radio una canción de Tinie Tempah, una de las favoritas de Alice. Como sacada de su

ensimismamiento por aquella canción, Alice se acercó a Helen, sosteniendo aún su taza de café, con los dientes apretados de rabia y de estrés.

Helen se preguntó qué vendría a continuación: una confesión, un ruego de comprensión y una disculpa o el estallido final de la rabieta.

—Eres una zorra miserable —espetó furiosa Alice, dejando con rabia la taza en la mesa y salpicando todo de café. «Ah, muy bien, así que toca rematar la rabieta», se dijo Helen. Qué ingenua había sido pensando que podía ser de otro modo. La tenía tan cerca que podía incluso verle la suave constelación de granitos de la frente y los ojos de sueño. ¿Se pelearían? Helen estaba deseando darle un bofetón, pero se obligaba a mantener las manos pegadas a los costados por miedo a que, si empezaban, no pudieran parar—. Te cuesta superar el sentimiento de culpa, ¿verdad?, de haber dejado a tu preciosa niñita conmigo mientras papá y tú os largabais a un restaurante de lujo porque sois demasiado tacaños para pagar a una canguro de verdad.

Helen ni siquiera se molestó en resaltar lo ilógico de aquel argumento. Alice habría puesto el grito en el cielo si hubiesen contratado a una canguro «de verdad» estando ella en casa.

—No tengo motivos para sentirme culpable, Alice, ¿y tú?

Helen se había propuesto mantener la calma, pero, al enfrentarse cara a cara con Alice y su rabia, notó que algo le revolvía las entrañas y el autocontrol que había sentido hacía solo unos instantes empezó a abandonarla. La acusación de Alice hizo resonar en su cabeza las palabras de muchos de los troles de la página de Facebook, imprimiendo velocidad y ardor a su propia rabia. No había hecho caso al consejo de Marion; igual que uno no puede resistir la tentación de pasarse la lengua constantemente por un diente dolorido, no podía resistir la tentación de leer los comentarios.

Dio un paso adelante hasta que su cara y la de Alice estuvieron a apenas unos centímetros de distancia, como en las series de la tele.

—Te he hecho una pregunta, Alice: ¿y tú? ¿TIENES MOTIVOS PARA SENTIRTE CULPABLE? Me parece que sí, ¿verdad? Te lo voy a preguntar otra vez: ¿qué estuviste haciendo esa noche? ¿Tienes algo que ver con la desaparición de Frankie? ¿Por qué no te diste cuenta de que se la llevaban? ¡¿POR QUÉ NO TE DISTE CUENTA?!

Se acabó. Ya no había vuelta de hoja. Helen estaba gritando tanto como Alice.

Alice hizo un ruido, una especie de gemido gutural primitivo.

—Joder, cómo te odio, Helen, de verdad, mucho. Eres una bruja

malvada y una madrastra de mierda y doy gracias a Dios de que no seas mi madre. ¡Seguramente Frankie se fue de casa porque te odia tanto como yo! Mi padre se arrepiente de haberse casado contigo. Sé que jamás olvidará a mi madre y que, si ella no hubiera muerto, jamás se habría fijado en ti. Si piensas que me voy a quedar aquí contigo un solo minuto más, estás muy engañada. Me voy...

—¡ESTUPENDO! ¡YO TE AYUDO A HACER LAS MALETAS! —le gritó Helen, y ya se habían abalanzado una sobre la otra cuando Sean entró corriendo en la cocina y se interpuso entre las dos.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —bramó—. ¡Os he oído gritar hasta con los auriculares puestos!

—¡Papá! —gimoteó Alice, llorando desconsoladamente—. ¡Helen me está tratando fatal! Me dijiste que no me culpaba de lo de Frankie, ¡pero sí me culpa! ¡Ha empezado a gritarme sin motivo y me ha dicho que fue culpa mía!

—Yo no he dicho eso, le he preguntado qué estaba haciendo esa noche. Una pregunta completamente lógica, me parece a mí.

Helen hizo un esfuerzo colosal por controlarse; no quería que Sean la viera perder los estribos delante de Alice. Se acercó a la pila, tomó la bayeta azul y, con manos temblorosas, limpió el café derramado en la mesa. Sean abrazó a su hija y esta se derrumbó sobre su pecho, sollozando con dramatismo. Helen apretó los dientes.

Sonó el teléfono y corrió al vestíbulo a contestar, desesperada por alejarse de ellos dos. Cuando descolgó, deseó no haberlo hecho: se trataba de Eileen, la última persona con la que le apetecía hablar. Sin embargo, cuando logró descifrar lo que su suegra estaba diciendo, notó que se le iba toda la sangre de la cabeza y tuvo que agarrarse a la pared para no desmayarse.

—Estoy en casa de Margaret. —Margaret era una mujer que vivía cerca y de la que Eileen se había hecho amiga—. ¿Lo has visto, Helen, en televisión? Lo están diciendo en las noticias, corre, ponlas, han acordonado la zona, dicen que los niños secuestrados están allí, a un paso de vuestra casa, en Richmond, Dios mío, Frankie está allí, alguien los tiene como rehenes...

Helen soltó el teléfono y corrió a la cocina, toda la rabia de pronto desaparecida.

—¡La han encontrado! Está en una casa de Richmond, rápido, vamos, Alice... agarra el iPad y buscamos dónde es por el camino, ahora tenemos que irnos, dicen que Frankie y Liam McConnell están allí, que los tienen como rehenes... Ay, Dios mío, Dios mío, por favor, que esté bien... Vamos,

por favor, por favor...

# CAPÍTULO 25

---

## PATRICK – DÍA 4

Sharon Fredericks retrocedió hasta el borde del balcón, luego se detuvo, miró a su espalda, después a la calle con cara de perplejidad. Liam McConnell gimoteó y ella lo tomó en brazos, sosteniéndolo con fuerza. Fue entonces cuando Patrick detectó el enorme cuchillo que Sharon llevaba en la mano libre. Se le cayó el alma a los pies. Los dos llevaban armas peligrosas, ¡menudo par de grillados! ¿Y dónde estaba Frankie? ¿En la habitación de la que acababa de salir Sharon? Patrick tenía la horrible sensación de que aquella mujer le iba a hacer daño a Liam y luego iba a ir por Frankie o, peor aún, que, de algún modo, Frankie había sido la destinataria del disparo que acababan de oír.

Patrick cayó en la cuenta de que la voz del teléfono que aún tenía pegado a la oreja había enmudecido.

—¿Qué ocurre, Koppler? ¿Sigue usted ahí?

Le pareció oír una respuesta, pero, con la tensión del momento, no estaba seguro.

El cuchillo brilló al sol cuando Sharon lo levantó por encima de su cabeza, como si fuera una suma sacerdotisa desquiciada en su altar sacrificial de la segunda planta. Suzanne, Carmella, Mike y Fraser se acercaron a la casa, se situaron debajo del balcón y llamaron a Sharon, implorándole que no hiciese ninguna tontería.

—Toma, habla tú con él.

Patrick le devolvió el teléfono a Fraser y echó a correr detrás de los efectivos armados de la policía, apartando la puerta batiente de entrada ya derribada. Suzanne lo llamó a gritos, pero él la ignoró. Oyó que se voceaban

órdenes arriba, un agente que exigía que se abriese una puerta, luego un estrépito, madera astillada, un grito y más disparos. Subió a toda prisa el primer tramo de escaleras y pasó por delante de media docena de policías armados que ocupaban el pasillo. Al final del mismo, se había derribado la puerta de un despacho. En el suelo, yacía Koppler boca arriba, con la pechera de la camisa de un rojo intenso y un reguero de sangre que trazaba una línea desde la comisura de su labio hasta el oído.

—¡Mierda!

Por lo menos no era Frankie.

Oyó voces de hombre y el chillido de un niño procedentes de la siguiente planta, donde estaba Sharon, recorrió de nuevo el pasillo en la dirección opuesta y subió el segundo tramo de escaleras.

Cuatro agentes armados se encontraban en lo que parecía ser el dormitorio principal. Las puertas del balcón estaban abiertas de par en par y la brisa hacía ondear las cortinas. Uno de los agentes estaba ordenando a Sharon que soltase el cuchillo que sostenía, pero a ella las manos le temblaban tanto ya que apenas podía sostener ni el arma ni al niño en brazos.

Patrick corrió al balcón, haciendo caso omiso de las protestas de los agentes vestidos de negro.

—Sharon —le dijo—. Me llamo Patrick. He venido a ayudarla.

Ella se volvió hacia él con un gesto torcido, de confusión, y la cara sonrosada y húmeda de las lágrimas y los mocos. Su expresión le recordaba a Patrick un documental que había visto en el que llevaban a una vaca al matadero.

—¿Dónde está Samuel? —quiso saber ella.

—Abajo. Todo va bien, Sharon. Somos sus amigos. —Ella sollozó—. Deje a Liam en el suelo y vuelva adentro. Nadie le va a hacer daño, se lo prometo.

—No me mienta —gritó ella—. Le han disparado a Samuel. Lo he oído.

—No, Samuel está bien. Deje al niño en el suelo y hablemos.

Ella negó rotundamente con la cabeza.

—No pienso volver a ese sitio, a ese hospital. No quiero que me encierren. No quiero que vuelvan a atiborrarme de medicamentos y que me hagan sentir mala. No soy mala.

—No, claro que no, Sharon.

—Soy una buena madre —añadió ella con la voz entrecortada—. Siempre he sido una buena madre.

—Estoy convencido de...

—No van a volver a llevarme allí.

Entonces, en un solo movimiento fluido, Sharon se volvió y extendió los brazos todo lo que pudo para que hubiera distancia suficiente entre el cuchillo y el niño lloroso. Patrick estaba seguro de que se proponía dejar al niño en el suelo, pero uno de los tiradores de dentro pensó lo contrario y se oyó otro disparo que le pasó silbando junto a la manga. La mujer, sorprendida, sufrió una sacudida hacia atrás y, de pronto, Liam quedó suspendido en el aire. Patrick se abalanzó sobre él y lo atrapó antes de que cayera al suelo del balcón. Con asombrosa agilidad, le pasó el niño asustado a uno de los policías armados.

—¡Sacadlo de aquí!

Hardy entró en la estancia.

—Buen trabajo, inspector —dijo, aplaudiendo despacio mientras los dos inspeccionaban el cuerpo tendido de Sharon Fredericks, de cuyo vientre perforado brotaba un chorro de sangre.

Patrick se frotó las manos como si se las lavara, intentando deshacerse de las salpicaduras de sangre. La cabeza empezó a dolerle muchísimo otra vez y tuvo que tragar saliva con fuerza para no vomitar.

—Cierra el pico —logró decir—. Pide a los servicios médicos que suban, ya. ¿Dónde está la otra niña, Frankie?

—No hay rastro de ella.

—¿Qué quieres decir?

Patrick dio media vuelta y salió, llevándose a Hardy por delante e ignorando el terrible dolor de cabeza y el estómago revuelto. Fue corriendo de habitación en habitación, mirando debajo de las camas, en los armarios, grandes y pequeños. Abrió la puerta del desván y asomó la cabeza dentro y a punto estuvo de rodar escaleras abajo en su afán por encontrar a Frankie. Mientras corría de un lado a otro, volvió a percibir aquel olor, el mismo de la ropa de Isabel y de la consulta de Koppler.

Al abrir una puerta, se encontró el cadáver de Koppler metido en una bolsa, abandonado momentáneamente cuando el personal médico había subido corriendo a atender a Sharon. El teléfono por el que Koppler había estado hablando con Patrick seguía tirado donde había caído cuando le habían disparado.

No había rastro de Frankie. En la habitación contigua, Patrick encontró un dormitorio que sin duda había ocupado un niño: una cuna, personajes de

Disney en las paredes, peluches, un pijama de niño sobre la almohada...

Un niño, uno. Cuando salió de la casa al cálido sol de la tarde, sintió que se le helaba la sangre.

A Sharon la sacaron en una camilla inmediatamente después, en una camilla, no en una bolsa para cadáveres. Por un instante, Patrick sintió una pizca de esperanza. Carmella se acercó aprisa y se acuclilló junto a la mujer herida; Patrick apartó a los sanitarios y se unió a ellas.

Sharon aún estaba viva, aunque no por mucho tiempo. El reguero de sangre que le corría de la boca al oído guardaba un trágico paralelismo con el que Patrick había visto en el rostro de su amante.

Se inclinó sobre ella. Parecía que quería hablar.

—Me... prometió... una familia. Yo no podía tener hijos. Nacían demasiado frágiles... —Su voz se extinguió y ella cerró los ojos. Patrick estaba seguro de que la habían perdido, pero entonces abrió los ojos de nuevo —. Siento... mucho... lo de la niña. Cuando Samuel me la trajo fue... fue como un maravilloso regalo. Quería hacerme feliz. Pero todo... todo salió mal...

—¿Qué ocurrió, Sharon? —preguntó Patrick en voz baja, por respeto a aquella mujer cuya vida estaba llegando a su fin, la vela de aquel espíritu que se estaba consumiendo.

—No dejaba de gritar. Quisimos darle... un baño. Pero gritaba y... — Se interrumpió de nuevo—. Fue Samuel. Le preocupaba... que los vecinos la oyeran. La sumergió en el agua. Solo un minuto.

Brotaron lágrimas de los ojos de aquella mujer moribunda.

—¿Y Liam? —preguntó Patrick—. ¿Fue quien la sustituyó?

Sharon dijo que sí con los ojos.

—Solo queríamos un hijo. Alguien a quien querer. Lo vi en el automóvil y lo reconocí. Un niño tan cariñoso. La que decía ser su madre no le hacía ni caso... Lo había dejado allí, sin echar el seguro siquiera... —Se interrumpió de nuevo y empezó a jadear y a toser.

Así que la madre de Liam, Zoe, había mentido cuando había asegurado que había dejado el seguro echado. Patrick dejaría para después su enfado por las horas que habían desperdiciado buscando al hombre con el que había tropezado.

Se acercó un poco más a Sharon. No le quedaba mucho.

—¿Y qué ha sido de Frankie? ¿Dónde está?

—¿Quién?

—Frankie Philips, la niña.

Sharon lo miró confundida. Abrió la boca para hablar, pero, en su lugar, tomó una bocanada de aire larga y entrecortada y se quedó completamente inmóvil, con los ojos abiertos, la mirada fija, como si fuese a quedarse perpleja eternamente.

Patrick y Carmella se miraron un rato, espantados. Al ponerse en pie, con un crujido de rodillas, el inspector vio a una mujer de suave pelo negro correr a toda velocidad hacia ellos, con un agente uniformado detrás de ella. La mujer se había saltado el cordón policial.

—Madre mía —dijo—. Es Helen Philips.

—¿Dónde está Frankie? ¿Dónde está? —dijo Helen, jadeando, cuando se detuvo a su lado y el agente le dio alcance y la agarró del brazo. Ella se zafó de él. Miró con cara de asco a la mujer muerta tendida en la camilla, para la que los sanitarios ya estaban preparando otra bolsa. Aun siendo testigo de tan reciente muerte, no dio muestra alguna de compasión.

—¿Es ella? ¿Es esa la zorra que se llevó a mi niña?

Entonces abrió mucho los ojos y Patrick siguió su mirada. Liam McConnell estaba sentado en la parte de atrás de una ambulancia con dos mujeres policías. También él tenía los ojos como platos y estaba pálido, pero vivo, localizado. En paradero conocido. Esa noche estaría de vuelta con su familia. Pasara lo que pasase a partir de entonces, Patrick se dijo que debía recordar eso: habían devuelto a una familia a su hijo perdido.

—¿Dónde está Frankie? —insistió Helen—. No estará ahí dentro todavía, ¿verdad?

Patrick se armó de valor.

—Señora Philips, mantenga la calma, por favor. Frankie no está aquí. Al parecer, nunca ha estado aquí.

# CAPÍTULO 26

---

## PATRICK – DÍA 4

Tan pronto como pudo salir del LH1, Patrick regresó a comisaría. Solo pretendía volver allí para recoger su automóvil, pero, una vez dentro, se sentó a su escritorio y descubrió que no podía moverse. Para tener una excusa por la que quedarse allí, encendió el ordenador y consultó las noticias y las redes sociales y leyó todas las noticias de última hora con sus diversos sesgos y conclusiones: «EL CERCO TERMINA EN DESASTRE: DOS MUERTOS POR LOS DISPAROS DE LA POLICÍA», «ENCONTRADO LIAM MCCONNELL, FRANKIE SIGUE DESAPARECIDA», «DESOLACIÓN PARA LA MADRE DE FRANKIE PHILIPS»...

La única persona que estaba feliz en esos momentos, aparte de los padres de Liam, era Wesley, al que habían soltado inmediatamente y que ya estaba de vuelta en el asentamiento de caravanas.

Finalmente, Patrick detuvo la mano sobre el ratón y se rindió al agotamiento. Cerró los ojos e intentó despejar su dolorida cabeza. El ruido de la puerta al abrirse lo sobresaltó. Era Suzanne.

—Creí que no estarías aquí —le dijo él, mirándola sin fuerzas por un solo ojo entreabierto.

—Tampoco tú deberías estar aquí. Sobre todo con ese huevo que te ha salido en la frente. Me da la impresión de que te hace falta una copa o atención médica y llámame egoísta, pero prefiero lo primero. ¿Un trago rápido antes de irnos para casa?

Patrick sonrió débilmente. Aún le reventaba la cabeza y lo cierto era que sabía que debía ir a que le dijeran si tenía una leve conmoción cerebral, pero ¡Suzanne lo estaba invitando a una copa! Ni loco iba a rechazar aquello.

—Estoy bien, jefa. Los ibuprofenos están haciendo efecto. Tienes razón: me hace más falta una copa que estar sentado cuatro horas en Urgencias.

—Vamos.

Patrick titubeó un instante. ¿Y si Suzanne le estaba sugiriendo que fuesen a tomar una copa para poder echarle la bronca en privado por haber fastidiado todo?

«¿Yo he fastidiado todo?», se preguntó mientras entraban en el local y Suzanne se acercaba a la barra. Frankie seguía desaparecida y dos personas habían muerto... Pero habían encontrado a Liam y sabían lo que le había ocurrido a Isabel. Lo uno por lo otro, triste consuelo. Además, él no era negociador...

Se dirigió a una mesa del fondo de aquel bar frío y oscuro. Tras la crudeza de la luz de los tubos fluorescentes de la comisaría y los dramas de aquella jornada, su cabeza necesitaba un lugar oscuro y tranquilo.

Y el corazón también, la verdad. Cuanto más oscuro y más tranquilo, mejor. En todos los años que llevaba trabajando con Suzanne, nunca habían quedado fuera del trabajo, salvo en las fiestas de Navidad y en las despedidas de sus compañeros, en las que ella siempre había sido muy profesional, menos en aquella única ocasión, hacía más o menos un año, en su despacho, en que la comisaria había sacado inesperadamente una botella de *whisky* y dos tazas desportilladas y se habían emborrachado como dos adolescentes con su primera botella de Thunderbird. Aquella noche, Patrick se había sincerado con ella sobre Gill y todo lo sucedido recientemente con Bonnie y Suzanne le había hablado un poco de su propio matrimonio. Aquella noche la llevaba grabada a fuego en la memoria: la forma en que sus sillas se habían ido aproximando poco a poco a medida que iban ingiriendo las copas; el calor que hacía en aquella estancia, que había obligado a Suzanne a desabrocharse los dos primeros botones de la blusa; la efervescencia del ambiente... y el modo en que Suzanne se había levantado de pronto y le había dicho que era hora de irse, como reventando con una aguja de punto su burbuja.

Como nunca habían vuelto a hablar de ello, a veces Patrick se preguntaba si de verdad había sucedido o lo había imaginado él.

Volvió Suzanne con unas cervezas y le pasó una a Patrick.

—¿Qué tal te encuentras ahora?

Él dio un buen trago y, a pesar del dolor de cabeza, notó que la cerveza fría lo ayudaba a asentarse, a devolver cierta normalidad a aquella locura de

día.

—Mejor —contestó—. Definitivamente mejor.

—¿Cómo está Bonnie? —preguntó Suzanne de repente, jugueteando con el posavasos y sin mirarlo a los ojos, como si acabase de declarársele o algo así.

—Está bien... bueno, en lo esencial. Aún vivimos en casa de mis padres, algo que resulta muy... curioso... y me parece que les cuesta cuidar de ella. Sobre todo porque empieza a tener un carácter bastante fuerte.

—¿Por...? ¿Tiene rabietas?

—Constantemente, por lo visto —respondió Patrick con tristeza—. Me siento muy responsable. Mis padres deberían estar disfrutando de su jubilación, no poniendo en marcha una campaña de prevención de riesgos laborales por una cascarrabias de dos años.

Entonces Suzanne lo miró a la cara. Sabía, desde luego, todo lo de Gill y lo que había sucedido, aunque rara vez lo mencionaba. Al menos desde aquella noche en que se habían bebido el *whisky* en su despacho. Tenía los ojos de color pardo con pintitas doradas.

—No es culpa tuya precisamente, ¿no? Además, no va a ser así siempre... Ya va a la guardería, ¿no?

—La llevo a veces, pero es muy cara y creo que es preferible que esté con gente que la conozca bien... Igual estoy siendo sobreprotector, pero... ya sabes...

—Lo sé, sí —confirmó Suzanne, compasiva—. Por si sirve de algo, yo creo que lo estás haciendo estupendamente.

—¿En serio? —dijo Pat, verdaderamente sorprendido. A menudo se preguntaba si sus métodos algo arbitrarios y sus súbitas escapadas a su casa para resolver la última crisis de Bonnie lo habían convertido en alguien de poco fiar a ojos de su jefa—. Me alegra oír eso. Gracias. Me sentiré mucho mejor cuando encuentre a la niña de los Philips, eso sí.

—Si alguien puede hacerlo, ese eres tú —le dijo ella—. Bueno, basta ya de inflarte el ego. ¿Otra cerveza?

Observó que ella ya se había terminado un *gin-tonic*.

—Esta ronda la pago yo —dijo él, y se levantó, tambaleándose un poco.

Sonó «Lovecats», de The Cure en la máquina de discos y Patrick sonrió, a la vez que intentaba quitarse de la cabeza la idea de que aquello pudiera ser «una señal». Suzanne, se recordó, no solo era su jefa sino que, además, estaba casada. Y también él estaba casado, en teoría, por lo menos. Mientras

esperaba en la barra, se volvió a mirarla, sentada de espaldas a él, consultando absorta su teléfono. Le gustaba cómo le caía la larga melena rubia por los hombros y su estrecha espalda.

Cuando volvió a la mesa, ella guardó el teléfono y aceptó su segundo *gin-tonic* con un destello en la mirada.

—Y ahora, Lennon, podríamos hablar de lo que acaba de ocurrir y de sus repercusiones, pero ¿sabes qué?, que no me apetece nada. Lo que me apetece de verdad es pasar aquí un rato contigo y emborracharme. Creo que me lo he ganado. Mañana volveremos al tajo y el día de hoy ha sido un infierno, pero esta noche no es ni lo uno ni lo otro.

Patrick la estudió, con la cabeza ladeada. Dios, ojalá no le doliera tanto la cabeza. Tenía el presentimiento de que aquella era una oportunidad que no volvería a presentársele a menudo.

—Por mí, perfecto —dijo—. ¿Seguro que va todo bien? —Quiso añadir «en casa», pero le pareció demasiado personal.

Ella cambió de tema enseguida, como si no lo hubiera oído, algo que hacía con frecuencia en el trabajo cuando alguien decía algo que no le gustaba.

—Háblame de estos... —le ordenó ella, acercando el dedo índice a su brazo. Con la yema del dedo, trazó el remolino del más oscuro de sus tatuajes y aquella caricia le envió una descarga eléctrica directa a la entrepierna.

Patrick se encogió de hombros.

—Ese lo tengo desde los dieciocho años —contestó, señalándose una forma abstracta en el brazo derecho, justo encima del codo—. Los demás me los he ido haciendo en los diez años siguientes, uno por año. Dejé de hacérmelos cuando conocí a Gill porque no quería terminar como uno de esos tipos raros que se tatúan hasta el último resquicio de piel, incluso los párpados. Es algo muy adictivo. Además, a Gill no le gustaban.

—Parecen maorís —comentó Suzanne—. Hace tiempo que me intrigan, pero sueles llevar manga larga en el trabajo.

—Son de inspiración maorí, pero no son el *kori* maorí tradicional, porque esos tatuajes no se hacen con agujas, como estos. Se tallan en la piel con pequeños cinceles. Lo que pasa es que me gustaban mucho las formas. Este —dijo, señalándole a Suzanne una espiral que llevaba en el bíceps izquierdo— está basado en un *koru*, que es una forma de helecho.

—Es precioso —dijo Suzanne.

¿Eran imaginaciones tuyas o su jefa tenía una expresión soñadora en el

rostro? Se preguntó si habría empleado esas mismas palabras si no llevara ya una copa y media: «impresionante» o «interesante» eran palabras que le habría sorprendido menos oírle decir.

—Gracias.

—¿Solo los llevas en los brazos? —preguntó ella, repasándole el cuerpo entero con la mirada. Y él se dijo: «Joder, que sí, ¡que se me está insinuando!».

—En los brazos, en los hombros y en una pantorrilla —contestó él, y se levantó la pernera de los jeans para enseñárselo—. ¿Tú llevas alguno?

Ella rio.

—¿Yo, tatuajes? No. Soy demasiado cobarde. Me conformo con admirar los tuyos, gracias. Además, a Simon, igual que a Gillian, no le gustarían nada.

Patrick no pudo evitarlo. Se inclinó hacia delante y apoyó los codos en la mesa.

—¿Siempre haces lo que Simon quiere?

Ella imitó su movimiento. Quedaron a unos centímetros de distancia y él pudo oler su perfume, almizclado y sutil. Se olvidó del dolor de cabeza.

A ella le sonó el teléfono. Lo sacó del bolso, examinó la pantalla, torció el gesto, pero contestó de todas formas.

—Hola, cariño... Sí, estoy bien, no te preocupes... ¿Ah, sí? ¿En qué canal...? Vaya. Bueno, como supondrás, tenemos un montón de reuniones, así que llegaré tarde. No me esperes levantado. Gracias, cielo. Te veo por la mañana... Y yo a ti.

Guardó enseguida el teléfono. Patrick reparó en el «Y yo a ti». Sabía por experiencia que así era como le decías a alguien que lo querías cuando el sentimiento no era recíproco, pero quizá estuviera interpretando más de lo que era estrictamente necesario, o incluso justo.

El estado de ánimo de ella varió un poco durante las dos copas siguientes que tomaron cada uno mientras el *pub* se iba llenando de gente. Seguía estando cariñosa, pero había vuelto a mantener las distancias. Había más silencios, durante los cuales podían oír perfectamente que, en la mayoría de las conversaciones de las personas que tenían cerca, el tema era el cerco policial, el niño encontrado y la pareja muerta. Después de un rato, Pat procuró no escuchar aquello.

Se sentía decepcionado, pero trató de disimularlo. Había empezado a experimentar una especie de euforia, el alivio de la supervivencia, quizá. La

secuela de la descarga de adrenalina previa. El dolor de cabeza había remitido bastante, se estaba emborrachando con su sexi jefa y habían encontrado a Liam McConnell sano y salvo.

Las cosas podían ir mucho peor.

Se le vino un pensamiento a la cabeza.

—¿Sabes ese olor extraño de la casa de Koppler que te comenté?  
¿Tienes idea de qué puede ser?

Suzanne levantó su copa.

—Salvia. Lo sé porque una vez me trajeron unas varitas de incienso de salvia. Se usa para limpiar, para purificar.

Patrick asintió con la cabeza. Se lo podía imaginar: a Koppler y a Sharon quemando un poco de salvia después de matar accidentalmente a Isabel, pensando que aquello podría ayudar a limpiar la mancha de lo que acababan de hacer. Estaba claro que se sentían tan sucios por lo sucedido que siguieron quemando salvia en casa y Koppler impregnó su consulta de aquel olor. O quizá fuese algo que siempre habían hecho.

A veces es fácil darle a las cosas un significado que no tienen.

—¿Llevas alguna foto de ella?

—¿De quién? —preguntó Patrick sobresaltado, pensando, por alguna razón, que se refería a Gill.

—¿De Bonnie, claro! Hace mucho tiempo que no veo una. Debe de haber cambiado un montón. ¿Ya anda?

Algo nervioso, Patrick sacó el teléfono y entró en la galería de imágenes.

—Ah, sí, ya hace tiempo que anda. Tiene casi dos años.

Suzanne se encogió de hombros.

—Yo no tengo niños, ¿cómo iba a saberlo?

Pero lo dijo con naturalidad, no con resentimiento. Estaba casi seguro de haberle oído decir alguna vez que no quería tener hijos. Se le pasó por la cabeza el pensamiento fugaz de que quizá no sería una buena madre postiza para Bonnie si... las cosas cambiaran alguna vez...

¡Como si eso fuera a pasar!

Mientras iba pasando las fotografías, enseñándole el teléfono a Suzanne, ella se fue acercando poco a poco a él. Estuvo a punto de caérsele el teléfono, luego se fue acercando él, hasta que terminaron con los brazos pegados.

—¡Ay, Pat, qué monada! —ronroneó ella, y él rio, orgulloso y divertido con lo distinta que era su jefa cuando estaba ebria.

Le vibró un mensaje de texto y gruñó al ver que era de su madre:

¿Vas a volver pronto? B anda algo revoltosa esta noche.

—Mierda. Mi madre ha estado con Bonnie todo el día y ahora Bonnie dice que no se quiere ir a dormir. Se pondrá furiosa si apesto a cerveza cuando llegue a casa.

Rieron los dos a carcajadas ante la ironía de que al enorme y musculoso inspector Lennon lo abroncara su madre por llegar tarde a casa apestando a alcohol.

—Más vale que te vayas, entonces —le dijo Suzanne. De pronto recostó la cabeza en su pecho—. Ha estado bien.

—Muy bien —coincidió él, pasándole instintivamente el brazo por los hombros.

—Pero vuelta a la normalidad mañana —le advirtió ella, mirándolo a los ojos.

—Sí, jefa. Entendido.

—En ese caso, igual podríamos arriesgarnos con un piquito, por poco profesional que sea... —le dijo ella, acercando sus labios a los de él, cerrando los ojos de felicidad, y dejándole oler su perfume y el champú de manzana que usaba... Patrick inclinó la cabeza hacia ella y volvió a mirar alrededor por última vez...

—¡Mierda! —susurró nervioso, apartándose de golpe como un resorte—. No mires, pero Winkler acaba de entrar.

—¿Winkler? —espetó ella, despejándose de inmediato, recuperando su dicción perfecta y haciendo desaparecer sus debilidades—. ¿Nos ha visto?

—No, gracias a Dios. Está de espaldas, pero creo que es la señal para que me vaya... Gracias por... desestresarme. Me hacía mucha falta.

—Desde luego —respondió ella muy seria—. Lo he pasado muy bien. Buenas noches, Pat.

—Buenas noches, jefa.

Ella rio.

—Una cosa más —le dijo mientras él apuraba su última pinta—. De esto no volveremos a hablar. ¿De acuerdo?

—... De acuerdo.

Aún estamos en Londres y a Frankie la tengo encerrada, sana y salva, mientras voy por provisiones. Sigue sin comer bien y su cuerpo empieza a parecer un saco de huesos. Recuerdo que vi un documental sobre eso una vez, de una niña que echaba tanto de menos a su mamá que se deprimió y dejó de comer. Mientras me muevo por el supermercado, pienso en Sean y Helen y en lo culpable que son de la debilidad mental de su hija y, como si mis pensamientos los hubieran hecho aparecer, levanto la vista y allí están.

En televisión, quiero decir, en las hileras de televisores del departamento de electrónica. Todos los aparatos están silenciados, pero, por los titulares que parpadean en pantalla, los planos de la casa, los vehículos policiales y las fotografías de los niños, no es difícil imaginar lo que ha pasado. Han encontrado a quien quiera que se hubiera llevado a Liam y a Izzy.

Me fastidia tanto esta última noticia que me voy del supermercado sin comprar nada y vuelvo andando a la furgoneta, sin dejar de pensar.

Todo el tiempo que la policía ha creído que a los tres niños se los había llevado la misma persona, me protegía la cortina de humo de su ignorancia, pero ahora saben que a Frankie la ha secuestrado, por usar el mismo término que ellos, otra persona. En estos instantes, estarán intentando averiguar quién y por qué. Puede que hablen con esa niña boba y se enteren de lo que sucedió esa noche.

Pero jamás sabrán la verdad: que yo quiero a esa niña, que me he llevado lo que me merezco y que prefiero morir —que muramos las dos— a volver estar sola.

Cuando llego a la furgoneta, después de haber leído las noticias en el teléfono por el camino, la dejo salir del armario y le doy el batido de frutas, que se bebe entero. Sin mediar palabra, se acerca a la mesa y se sienta delante de su bloc de dibujo. Uno de sus lápices de colores rueda por la mesa y cae al suelo, pero ella lo recoge enseguida, antes de que yo le grite.

Me siento y la observo. Me preocupa que nos encuentren, porque me la quitarán. No creerán que la quiero, que me pertenece.

Ya sé lo que debo hacer. Irme lejos, muy lejos de aquí. No hago más que adentrarme en el campo, en Surrey y Kent, procurando escapar de la ciudad, pero algo me trae siempre de vuelta, un impulso que no puedo resistir, a pesar del peligro.

Sé perfectamente lo que me trae de vuelta aquí...

O, mejor dicho, quién.

Observo que ha terminado el dibujo y está mirando al infinito. Me levanto, cubro de un solo paso la distancia que me separa de donde ella está sentada y miro el dibujo. Es una mujer de pelo largo y negro, pestañas exageradas y una enorme sonrisa.

—¿Quién es, cielo? —le pregunto.

—Mamá —susurra—. Mi mamá, la echo de menos.

Tomo el dibujo y lo arrugo hasta convertirlo en una pelota.

—Calla —le digo cuando empieza a gimotear—. ¡Cállate! Necesito pensar.

Debo decidir qué hacer. Porque esto no puede seguir así.

# CAPÍTULO 27

---

## HELEN – DÍA 5

Helen intentó convencerse de que aquello era como si hubiese quedado en cualquier cafetería con una amiga para tomar un café, como podría haber hecho cualquier día de descanso. Cuando recuperaran a Frankie, haría un esfuerzo por quedar con sus amigos más a menudo, bueno, al menos los que se habían molestado en contactar con ella para ofrecerle solidaridad y ayuda. Le dolía que solo unos pocos la hubieran llamado, incluso después de la desastrosa operación policial del día anterior. Pero no quería pensar en eso. Con la decepción que había sufrido al darse cuenta de que Frankie no estaba allí, se había sentido como ese personaje de dibujos animados al que le cae un yunque en la cabeza y lo deja plano como un papel. Estaba agotada y se sentía estúpida después de haber gritado a todo el mundo delante de las cámaras de televisión. Todas esas personas de Facebook pensarían que era una maníaca que merecía haber perdido a su hija.

¿Era una maníaca? Reunirse con aquella mujer ahora, sin contárselo a nadie, probablemente fuera una locura también, pero ese rarito de Winkler no la había vuelto a llamar, así que lo más seguro es que también él estuviera ignorando los mensajes. Debía hacer algo. Había intentado llamar a Winkler, pero no había conseguido dar con él, de modo que había decidido actuar por su cuenta.

Quizá por eso sus amigos ya no la llamaban. Pensaban que estaba loca. Varios le habían mandado correos electrónicos breves, del estilo de «si hay algo que pueda hacer, no dudes en pedírmelo», pero, desde lo del día anterior, no había recibido nada. Le habían dado ganas de contestarles «Sí, ¿qué tal si me llamas o vienes a verme y me das un abrazo?», pero no lo había hecho.

Por orgullo y esas cosas. De todas formas, no tenía tiempo para nadie en esos momentos. Marion, la del gimnasio, le había mandado unos cuantos mensajes, pero hasta ella llevaba un par de días sin decir nada.

Entró en la cafetería de Marks and Spencer. Sin pensarlo, pidió un *latte* grande con leche desnatada, como cualquier persona normal que sale a tomar un café normal —aunque, ¡qué más le daba que la leche fuese desnatada o entera!—, pero entonces tuvo que morderse el labio para no echarse a llorar cuando la oronda señora que la atendía al otro lado del mostrador dejó cuidadosamente una galletita redonda de mantequilla en el platito. A Frankie le encantaban aquellas galletitas. Por eso Helen siempre iba a tomar café a Marks and Spencer.

Se le hacía raro estar allí sin Frankie. Se le hacía raro estar fuera de casa, maquillada, en un sitio público, cuando en los periódicos sensacionalistas de mayor tirada del kiosco que había a menos de tres metros exhibían fotografías de su hija desaparecida y el anuncio de una recompensa de cien mil libras.

Todo se le hacía raro.

Se sentó en un rincón de la pequeña cafetería, lo más lejos posible del escaparate, de espaldas a todo, sin quitarse las enormes gafas oscuras. No quería que nadie la reconociera, salvo Janet Friars, claro, que, en teoría, ya sabía qué aspecto tenía ella. Ansiaba con toda su alma que aquel encuentro condujese al regreso, sana y salva, de Frankie. «Lo que sea, haré lo que sea», le susurró a la galletita. Comprobó el iPhone, pero lo tenía apagado. Maldita sea. Se había vuelto a olvidar de cargarlo. Janet Friars llegaba cuatro minutos tarde y, si le había enviado un mensaje por Facebook para decirle que no podría acudir a la cita, Helen no lo sabría. «Por favor, no me des plantón.»

Echó un vistazo a su espalda y el corazón le dio un vuelco al ver que se le acercaba una mujer. Era mayor que ella, unos diez años, demacrada y cansada, y sus apagados ojos verdes la miraban con recelo. El vestido recto y holgado le quedaba fatal, le caía mal de los hombros, y su pelo rubio parecía necesitar un lavado. Llevaba unas inmensas gafas de sol de estrella de cine de los años cincuenta de diadema en la cabeza.

—Hola, Helen —le dijo sin entusiasmo.

A Helen se le puso el corazón en la boca e intentó no sonar desesperada.

—¿Eres Janet? —La mujer asintió con la cabeza—. ¿Podrías contarme lo que sepas, por favor?

La mujer se sentó enfrente y la estudió, con una mirada fría e

inquisitiva, y respondió a la pregunta de Helen con otra.

—¿Por qué has elegido este sitio para vernos?

Helen encogió un solo hombro.

—Es el sitio más corriente que se me ha ocurrido. Público, por si eres una psicópata. Por favor, dime dónde están. —Janet ladeó la cabeza, pero no contestó—. Por favor, si es dinero lo que quieres, te llevarás la recompensa, ya lo sabes. ¿Por qué no vas a la policía? ¿Por qué has querido hablar conmigo en lugar de eso?

Tuvo que sentarse encima de las manos, para que dejaran de temblarle y para no amenazar a Janet —que de pronto la miraba con los labios fruncidos — con estrangularla si no se lo decía.

—Demasiadas preguntas —afirmó—. Cálmate. Tenemos tiempo de sobra.

Su acento era raro, se dijo Helen. No era exactamente inglés...

Janet se puso las enormes gafas de sol que llevaba en la cabeza. Helen estudió su rostro con detenimiento, procurando memorizarlo por si tenía algo que ver con el secuestro de Frankie, pero aquella mujer tenía un aspecto de lo más corriente. Lo más llamativo de ella era su color de piel, de un blanco lechoso, como si jamás tomase el sol. A Helen le recordaba a un sapo.

—¿Por qué te has puesto en contacto conmigo? —repitió Helen.

La mujer sonrió.

—Porque me das pena, querida. —La forma en que lo dijo le produjo un escalofrío a Helen. Fue como si fingiese una voz que no era la suya. Empezaba a darle muy mala espina aquella mujer. Su siguiente afirmación no ayudó mucho—: ¿Cómo lo lleva tu marido?

Helen la miró ceñuda.

—¿Mi marido? —Estuvo a punto de contestarle: «¿Y a ti qué te importa?», pero recordó que Janet podía, quizá, ayudarla—. Como cabe esperar.

Janet se inclinó hacia delante sobre la mesa, acercándose a Helen, y se quitó las gafas, solo un segundo, para frotarse con un dedo el rabillo de un ojo como si algo se lo hubiese irritado. Luego volvió a ponérselas enseguida, quizá al darse cuenta de que esa no era su intención. Helen observó que tenía el blanco de los ojos amarillento, como si estuviera enferma. A lo mejor tenía ictericia o, peor, cáncer de hígado.

—Confío en que aún tengáis relaciones —dijo como si nada—. Es muy importante que un hombre se sienta querido. He visto su fotografía en los

periódicos. Me parece que es un hombre que necesita mucho sexo, ¿me equivoco?

Helen se echó hacia atrás en la silla y levantó ambas manos como rindiéndose, furiosas.

—¡Ya está bien! Si tienes algo que decirme, dímelo ya, o me marcho ahora mismo de aquí a la policía.

Ojalá hubiese tenido el teléfono cargado. Habría podido hacerle una foto sin que se enterara.

Janet Friars era casi con total seguridad una chiflada.

—Tranquilízate, cielo —le dijo Janet con una amplia sonrisa—. No pretendo hacerte daño, ni ofenderte. Solo quiero ayudarte.

—Pues ayúdame —espetó Helen, rabiosa, repitiendo para sus adentros un pequeño mantra: «No llores. No llores. No llores. No llores»—. ¿Dónde está Frankie?

Tal y como lo dijo, supo que todo aquello era inútil. Aquella mujer tenía tanta idea de dónde estaba su hija como la oronda mujer de detrás del mostrador.

—No lo sabes, ¿verdad? —le dijo tajantemente.

—No, querida, lo siento. No sé nada. Solo quería verte por si podía ayudarte en algo.

—No puedes. —Helen apartó la silla y se levantó, dejándose el café casi entero en la mesa, junto con la galletita redonda. Se disponía a marcharse cuando dio media vuelta—. Sí, en realidad, sí puedes. No me partas el corazón dándome falsas esperanzas. No me hagas perder el tiempo mandándome mensajes estúpidos y melodramáticos por Facebook si no sabes nada. Podría informar a la policía, ¿sabes?, presentar una demanda. Ya saben de tu existencia. Les he enseñado los mensajes. Te denunciaré por acoso. Y por hacer perder el tiempo a la policía.

En su empeño por no levantar la voz en un sitio público, Helen terminó hablando en una especie de chillido de rabia y no pudo evitar que las lágrimas le brotasen por debajo de las gafas de sol. «Soy imbécil», se reprendió. Sobre todo por pensar que el que Janet le describiera el pijama de Frankie significaba algo. Lo cierto era que la descripción de lo que llevaba puesto su hija había salido en la prensa. Eso ya lo sabía, pero estaba tan desesperada que había necesitado creer que aquella mujer sabía algo.

Janet se encogió de hombros y volvió a esbozar aquella sonrisa desquiciante.

—No lo creo, querida, porque no hemos hecho perder ningún tiempo a la policía, ¿no? Aunque te prometo, y te lo digo de corazón, que voy a estar al tanto por si veo a tu hija y a los otros. Quiero ayudar, de verdad. Por eso me puse en contacto contigo. Sabía que no querrías verme salvo que creyeras que podía contarte algo. Lo que me pasa es que no soporto que nadie haga sufrir a los demás. Quien se haya llevado a tu...

Helen dio media vuelta y salió corriendo de la cafetería sin esperar a que la mujer terminase la frase.

Ojalá no se hubiera molestado en contárselo a Winkler; su primera intuición había sido buena: aquello era una pérdida de tiempo.

Qué idiota era.

En cuanto llegó a casa, se sentó delante del ordenador, borró todos los mensajes que se habían enviado Janet y ella y eliminó todo rastro de su estupidez para que nadie pudiese recordárselo jamás. Después de eso, se sintió un poco mejor.

# CAPÍTULO 28

---

## PATRICK – DÍA 5 – TARDE

Patrick recorrió aprisa los pasillos de la comisaría consciente de que todas las personas con las que se cruzaba se quedaban mirándolo. Mantuvo la cabeza bien alta. La última vez que le había pasado algo así había sido cuando Gill había intentado matar a Bonnie y todo el mundo lo sabía —no solo lo que ella había hecho, sino que él la había arrestado— y él se había sentido como un alienígena cuya nave se hubiera estrellado en aquel planeta y que no entendía aquel lugar tan peculiar ni a sus embobados habitantes. Esa vez no era tan intenso (ojalá nada lo fuera nunca), pero ese día debería haber recorrido el camino del triunfo. Caso resuelto, delincuentes atrapados, justicia —de la peor— aplicada.

Cuando había dado media vuelta para salir del *pub* la noche anterior, Suzanne lo había agarrado del brazo —aquel contacto aún le producía un escalofrío por todo el cuerpo— y le había dicho: «Lo has hecho bien hoy, Pat. Deberías estar orgulloso».

Y era cierto. En esos instantes, los McConnell serían los padres más felices y aliviados del mundo. Eso se lo debían a él. Zoe McConnell tendría que darle algunas explicaciones a su marido por haber mentido sobre si había echado o no el seguro del automóvil y Patrick estaba tentado de pedirle que diese explicaciones a la policía también, pero eso lo haría más adelante. De momento, mientras Frankie siguiera desaparecida, debía invertir toda su energía en encontrarla. No descansaría hasta que la pequeña estuviera de vuelta con sus padres.

Si aún estaba viva.

Entró en el despacho de Suzanne y cerró la puerta. La comisaría había

organizado una reunión urgente con los miembros de mayor rango del equipo y, ante la insistencia de Patrick, también con Carmella, para repasar el caso.

Por desgracia, el otro detective de mayor rango del equipo, que lo miraba en esos instantes con una sonrisa burlona desde su asiento, era Winkler. Pat se preguntó si los habría visto a Suzanne y a él en el *pub* la noche anterior.

—Patrick, toma asiento —le dijo Suzanne. Se sentó en la silla que había vacía al lado de Carmella y esperó a que su jefa empezase a hablar—. Para empezar, quiero que sepáis que he hablado con el comisario jefe esta mañana. Nos respalda, comprende por qué hemos llevado la investigación de este modo y me ha pedido que os hiciese llegar su gratitud por haber localizado a Liam McConnell.

Patrick asintió con la cabeza, tratando de ignorar a Winkler. Como no borrarse pronto esa sonrisa burlona de su cara...

Suzanne prosiguió.

—Los medios, en cambio, no nos felicitan por la buena noticia. Quieren saber por qué no conseguimos encontrar a Frankie Philips y cómo justificamos que nuestros agentes matasen a tiros a dos personas.

—Tampoco es de extrañar, ¿no?

Carmella se volvió bruscamente en su asiento y le lanzó una mirada asesina.

—Supongo que tú supiste en todo momento que nos equivocábamos con Frankie y preferiste no decir nada, ¿verdad?

—Bueno, si yo hubiese dirigido esta investigación, puedes apostar tu bonito culo a que me habría asegurado primero de que los casos estaban conectados. No me habría limitado a suponerlo.

Carmella se quedó pasmada.

—¿«Mi bonito culo?» —repitió ella, amenazándolo con el dedo—. No me puedo creer que seas tan...

Suzanne dio un puñetazo en la mesa.

—¡Basta! Adrian, abstente de hacer comentarios machistas. Y tú, Carmella, cálmate. No es momento para que nos culpemos unos a otros.

—Pero si nosotros no lo hemos culpado de nada —protestó Carmella, elevando la voz una octava—. No podemos culparlo de nada porque no ha hecho nada en esta investigación.

—Eso es lo que tú te crees —murmuró Winkler.

—¡Parad los dos! ¡Ya!

Patrick nunca había visto a la comisaria tan enfadada. Estaba colorada como un tomate. Estaban perdiendo el norte, todos ellos.

—¿Cómo podemos saber con certeza que Koppler y Fredericks no se llevaron a Frankie también? —preguntó Carmella—. A lo mejor la mataron y su cadáver está por ahí, como el de Isabel.

La tristeza reemplazó a la rabia en el rostro de Suzanne.

—No, a menos que jamás la llevaran a su casa ni usaran ninguno de sus automóviles. La científica ha estado trabajando toda la noche. Ha examinado la vivienda y los dos vehículos. También la casa de Fredericks. No hay pruebas de que Frankie tuviese contacto alguno con ellos.

—Como ya ha dicho —terció Winkler, satisfecho—, errasteis el tiro desde el principio.

A Carmella le fastidió visiblemente aquel comentario, pero Suzanne intervino.

—Hemos errado el tiro todos. No disponemos de recursos ilimitados. Hicimos lo correcto al seguir el camino que hemos seguido. —Miró a Patrick, que no había dicho ni una sola palabra en todo el rato—. ¿No es así, Patrick?

—No —respondió él. —Los otros tres lo miraron extrañados—. Ha sido culpa mía —añadió sin levantar la vista para evitar la que sería sin duda una expresión de repentino deleite de Winkler.

—¿De qué demonios hablas? —inquirió Suzanne.

Patrick se incorporó en el asiento.

—De Alice Philips y su novio, Larry Gould. Interrogué a Alice la mañana de la desaparición de Frankie y sabíamos que mentía en algo, empezando por si Larry había estado allí esa noche. Hubo un testigo que dijo que había visto rondando la casa a un joven que encajaba con su descripción. Carmella y yo fuimos a interrogar a Larry, pero se negó a contestar. Yo tomé la decisión de que no merecía la pena seguir esa pista, que probablemente los dos adolescentes no querían que los padres de Alice supieran que estaba en casa, pero nada más.

—¿Y qué te hace pensar que no es así? —preguntó Suzanne.

—Alguna corazonada, seguramente —terció Winkler.

Patrick lo ignoró.

—Nada, la verdad, no tengo pruebas nuevas, pero cometí un error al no seguir todas las pistas. Prejuicé la situación. Un buen detective siempre mantiene abiertas todas las opciones, explora todos los caminos. No he sido

buen detective.

—Venga ya, no seas tan duro contigo mismo —le dijo Carmella—. Será el golpe que te dieron ayer en la cabeza. Seguimos el camino que parecía más probable. Cualquiera habría hecho lo mismo. Y yo coincidí plenamente contigo.

Patrick se alegró, en ese momento más que nunca, de no tener por compañero a nadie como Winkler. A Carmella no le habría costado nada apuñalarlo por la espalda, intentar ascender a su costa afirmando que había insistido en que investigasen a Larry. Porque era cierto, ella había querido seguir hablando con él. Pero era fiel. Por mucho que lamentase lo sucedido en esos momentos, le estaba agradecido.

Suzanne suspiró.

—Muy bien, no me interesan la autoflagelación ni las lamentaciones. Lo único que me preocupa es averiguar el paradero de Frankie Philips. En lo que a mí respecta, esta es una nueva investigación. Patrick, ¿quieres dirigirla tú?

Podría haber dicho que no, dejar que se encargase otro, de no haber visto a Winkler casi salir catapultado de la silla. ¿En serio quería que alguien como ese tipo llevase aquel caso? A Winkler le daban igual las víctimas. Para él, cada investigación era una oportunidad de sumar puntos. Y no era mera especulación: se lo había dicho él mismo en una ocasión, en la época en la que aún se llevaban medianamente bien.

Además, Patrick quería poder rectificar. Sabía que seguía siendo la mejor baza para los Philips.

—Sí —contestó—, quiero.

—Bien —dijo Suzanne.

—Vamos, no me jodas —protestó Winkler.

Suzanne le lanzó una mirada que habría congelado el infierno. Cuando se volvió de nuevo hacia Patrick, su gesto era más amable, pero profesional.

—Recuérdanos todo lo que sabemos de momento, Patrick.

Patrick repasó los escasos datos de que disponían y los oídos le pitaron mientras refería los detalles. El estrés le estaba multiplicando considerablemente los acúfenos. La noche anterior, al llegar a casa, se había llevado el edredón y un par de almohadas al cuarto de Bonnie y había dormido tirado en la gruesa alfombra rosa que tenía junto a la cuna, escuchándola respirar y hacer ruiditos guturales mientras dormía. Gill también los hacía, aunque lo suyo eran más ronquidos que sorbidos.

Tendido en el suelo del dormitorio de su hija, se había retrotraído a la época en que su mujer estaba embarazada, durante el segundo trimestre, antes de que aparecieran la incomodidad y la constante necesidad de hacer pis. Él se tumbaba a su espalda, le pasaba un brazo por encima y lo apoyaba con cuidado en su vientre hinchado y hablaban del nombre que le pondrían a su hija y de todas las cosas emocionantes que harían con ella cuando naciera. Algunos días, cuando se permitía pensar en ello, se sentía furioso con Gill por haberles quitado esa vida. La noche anterior, en cambio, había sentido únicamente una fuerte punzada en el pecho, la pena de no haber vivido esos momentos.

Al final, se había quedado dormido y lo había despertado su madre al entrar en la habitación, preguntándole qué demonios hacía, mientras Bonnie, ya despierta e incorporada en el cuna, se reía del tontorrón de su papá.

—Así que tenemos el hecho de que Alice casi con seguridad mintió al decir que Larry no estaba con ella, la puerta trasera abierta y el extraño dibujo de un rostro asomándose a la ventana, aunque eso podría no significar nada en absoluto.

—¿Qué crees tú que ocurrió, Pat? —preguntó Suzanne.

—Yo creo que hay tres posibilidades. La primera es que la secuestrase un desconocido, pero parece demasiada casualidad que tuviéramos a dos secuestradores de niños activos al mismo tiempo en la misma zona.

—Salvo que sea un imitador —señaló Carmella.

Patrick asintió con la cabeza, aunque ya había descartado esa posibilidad anteriormente.

—Alguien que tomara la idea o se inspirara en lo que les había ocurrido a Liam y a Isabel. O puede que estemos ante un oportunista que supiera que daríamos por supuesto que a los niños se los había llevado la misma persona y viera la ocasión perfecta, una cortina de humo de lo más conveniente.

—¿Cuáles son las otras dos posibilidades? —quiso saber Suzanne.

A Patrick lo distrajo un momento la paloma que se había posado en el alféizar, a la espalda de la comisaria.

—La segunda posibilidad es que Sean, Helen o ambos estén implicados. Hay que investigarlos mejor. Y la tercera, que para mí es el escenario más probable es la siguiente: Alice y Larry mataron a Frankie, quizá por accidente, y lo están ocultando.

Se hizo el silencio mientras contemplaban todos esa posibilidad. ¿Qué podía haber pasado? ¿Una broma que hubiera salido mal? ¿Se habían dejado

drogas por ahí que la niña había encontrado y consumido accidentalmente hasta la sobredosis? Quizá rodara por las escaleras o se cayera por una ventana. ¿O salió por la puerta trasera mientras su hermana y el novio de su hermana tenían sexo en el dormitorio? ¿Cuánto podía alejarse una pequeña de tres años sola? Patrick se lo imaginaba todo perfectamente: el accidente, la desesperación, el pánico. Sin embargo, Alice, aunque estaba triste, no le había parecido muy angustiada cuando la había interrogado. Tendría que haber sido una actriz consumada para exhibir semejante nivel de compostura si acababa de deshacerse del cadáver de su hermanita.

—¿Qué piensas tú, Adrian? —preguntó Suzanne—. ¿Tienes alguna teoría?

Winkler hizo una mueca.

—No sé. No creo que los adolescentes tengan agallas para ocultar algo así.

A Patrick le fastidió muchísimo que Winkler se hiciera eco de sus pensamientos.

—¿Y se te ocurre algo mejor? —dijo Carmella.

—No empieces —le advirtió Suzanne. Se volvió hacia Patrick—. Tu tercer escenario parece posible. Detened a Alice y a Larry ya. Podríamos tener esto resuelto para la hora del almuerzo —añadió, mirando el reloj de pared con una sonrisa burlona.

Acordaron que Patrick iría por Alice y Carmella por Larry, para que ninguno de los dos tuviese ocasión de avisar al otro.

Media hora después, Patrick estacionaba su automóvil a la puerta de la casa de los Philips. Se sentía mejor ahora que estaban de nuevo en movimiento. «Soy el inspector Tiburón —se dijo—. Si no me muevo, me muero.» La residencia de los Philips estaba tranquila y en silencio, pero Helen abrió la puerta casi de inmediato.

—Tengo que hablar con Alice —le dijo Patrick en voz baja.

Helen Philips había perdido su brillo. Estaba pálida, llevaba la ropa arrugada y tenía los ojos irritados e hinchados.

—Y yo —respondió ella—. Alice se ha ido.

# CAPÍTULO 29

---

## ALICE – DÍA 5 – A ÚLTIMA HORA DE LA TARDE

Alice despertó empapada en sudor dentro de su saco de dormir. Enseguida supo dónde estaba: su cerebro no le concedió ni un respiro de la verdad, del horror de su situación. Debía salir de aquel asqueroso y apestoso saco de dormir, pero el cuerpo no le obedecía. En su lugar, yacía impotente mientras reproducía en su cabeza escenas de esa mañana.

No había nadie en la autovía mientras ella la recorría sin ganas, con la cabeza gacha. La mochila le pesaba como si la llevara llena de adoquines, pese a que, en realidad, solo contenía algo de ropa, su pasaporte, el teléfono, el iPad y los cargadores. Las lágrimas de rabia le rodaban por la nariz, mezclándose con el sudor de su cara. Se lamió el labio superior y notó el sabor salado de las lágrimas. Cuando había mirado el reloj, se había dado cuenta de que era ya la una de la madrugada. ¿Se habrían dado cuenta de que se había ido? Aunque así fuera, seguro que les daba igual. Los odiaba a todos: a Helen, a Eileen, a su padre... ¡Todos le echaban la culpa! Sus dos mejores amigos la habían abandonado: Larry no había querido acompañarla y, además, había querido hablar con Georgia, pero su amiga había sido muy egoísta. ¿Cómo podía preocuparle tanto que sus padres le quitasen la paga cuando habían secuestrado a la hermana pequeña de su mejor amiga? Las lágrimas de rabia se convirtieron en lágrimas de indignación.

Pensó en su hermanita regordeta, en sus pies suaves y sus dienteitos nacarados, en cómo se reía en el baño y cómo le olía la nuca cuando Alice la besaba por todo el cuerpo y la hacía morir de risa. Dios mío... Al final se sabría todo, todos se enterarían de lo que habían hecho. Se estremeció pese a

la cálida tarde al pensar en las consecuencias, en lo que dirían Helen y su padre cuando se enteraran.

Había caminado una hora en dirección a Heathrow, creyendo que tendría efectivo suficiente para subirse a un vuelo de Easyjet a España o algo así, pero la idea no la había convencido porque, de ese modo, dejaría un rastro con el que su padre la encontraría fácilmente, pero entonces se le había ocurrido algo. Había un montón de apartamentos vacíos en el complejo Kennedy. Mientras se mantuviera alejada del bloque de apartamentos de Jerome, estaría a salvo.

Alice había sacado el teléfono y se había arriesgado a conectarlo, ignorando todas las alertas de llamadas perdidas, mensajes de voz y de texto de su familia que habían aparecido de inmediato. ¿Así que se habían dado cuenta de que había desaparecido? «Asombroso», se dijo con sarcasmo. Sabía que debía darse prisa: la geolocalizarían por el teléfono si lo dejaba encendido demasiado rato. Si es que habían alertado a la policía, que a lo mejor ni siquiera lo habían hecho. Quizá pensarán que la había secuestrado la misma persona que se había llevado a Frankie. La idea le produjo un pequeño escalofrío de culpa e imaginó su rostro en las noticias de las diez, ocupando la pantalla entera. Confiaba que usaran una foto buena, como esa de las vacaciones en la Toscana del año anterior en la que salía con un pareo, bebiéndose un cóctel a sorbitos, y no una de esas espantosas fotos antiguas del colegio, vestida con chaqueta y corbata y sin apenas maquillaje...

Había llamado a Larry con el número de marcación corta y había sentido una súbita punzada de angustia al pensar en que no quisiera hablar con ella. Había sido muy bruta con él antes, cuando se había negado a sumarse a su huida, lo había llamado de todo, pero él respondió enseguida.

—Hola, Larry. No puedo hablar mucho. No quiero que localicen mi teléfono... Siento lo que te he dicho antes, cariño, no lo decía en serio. No pienso que seas un tarugo sin agallas, ni un gilipollas, de verdad, es que estaba disgustada. Necesito tu ayuda...

—¿Dónde estás? —la interrumpió Larry.

Alice soltó una carcajada que sonó a falsa.

—¿Piensas que te lo voy a decir?

—No, en serio, dímelo ya, que me voy contigo. Ya me he ido, de hecho. Lo tengo todo listo, hasta el saco de dormir. Llevo tres horas buscándote.

Una amplia sonrisa iluminó el rostro sucio y manchado de lágrimas de Alice.

—¡Ay, mi niño! Qué bien. ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—¡Tú eres mi chica, nena! No puedo dejar que te enfrentes a esto tú sola. La verdad es que tienes razón: he sido un cobarde de mierda. De todas formas, seguro que vuelve la poli, a darme la lata con sus preguntas y esas mierdas. Más vale que nos larguemos ya, creo yo.

Alice se echó a llorar de nuevo, de gratitud y de angustia, ambas cosas.

—Pero, si huimos, ¡ahora sí que pensarán que tuvimos algo que ver!

—Lo sé, pero no fue así. Escucha, tienes que apagar el teléfono. ¿Dónde estás?

—Voy andando por la A316, a la altura de Whitton. Te llamaba para ver si podías ayudarme a colarme en uno de los apartamentos del complejo Kennedy. Hay muchísimos vacíos, al fondo del complejo, lejos de la cueva de Jerome.

—Perfecto. ¿Nos vemos en el *pub* Wayfarer, en Whitton, en la parte trasera, en unos veinte minutos? Yo tampoco estoy lejos de allí. Luego vemos cómo nos colamos en uno de esos apartamentos.

—Genial —dijo Alice, mucho más contenta—. Silba cuando llegues, para que sepa que eres tú.

Diez minutos después, Alice ya había soltado la bolsa en un banco del merendero del lóbrego jardín del Wayfarer y las formas oscuras de los columpios de plástico de la zona infantil se alzaban amenazadoras sobre ella mientras miraba nerviosa alrededor y giraba los hombros para aliviar la rigidez que le había producido el peso de la mochila. Mientras se instalaba en el asiento fijo del banco, se sintió de pronto culpable por su padre, por el mal rato que debía de estar pasando en esos momentos, pero luego lo ignoró: él sabía que ella era perfectamente capaz de cuidarse, a diferencia de la pobrecita Frankie. Lo comprendería. Le enviaría un correo electrónico desde un cibercafé en cuanto le fuera posible.

Hacía una noche clara y estrellada y, más allá de las luces amarillas de la ciudad que se alzaba a su espalda, el cielo era de un negro azulado. Reinaba un silencio inquietante y Alice empezó a anhelar la presencia algo maloliente pero reconfortante de Larry. ¿Y si alguien lo había retenido? ¿Y si no aparecía? Apenas llevaba tres horas y media fuera de casa y ya echaba de menos su cama blandita y una ducha caliente. De repente, el complejo Kennedy ya no le parecía tan buena idea. De hecho, era una idea espantosa: la perspectiva de ocupar un apartamento sucio, sembrado de jeringuillas y que

apestaba a pis cuando a poco más de cinco kilómetros la esperaba su comodísima habitación...

Un suave silbido interrumpió sus pensamientos. Larry estaba silbando «I Think I Want to Marry You», de Bruno Mars, y eso la hizo sonreír.

—Chsss... —lo mandó callar—. ¡Estoy aquí!

Se oyó un crujir de arbustos y apareció la figura esbelta de Larry, que maldijo al chocar con una de las mesas en la oscuridad.

—¡Au! ¡Joder!

Alice se había levantado disparada y lo abrazó con fuerza. Estaba tan delgado que podía envolverlo entero con los brazos, incluida la bolsa militar de lona que llevaba a la espalda. Notó que asomaba algo pequeño y peludo del bolsillo y, perpleja, lo rodeó con los dedos. Entonces rio.

—¿No fastidies que te has traído al tigre Spesh?

—Calla —le dijo él, y Alice notó que le ardía la cara—. No se lo digas a nadie.

—Tranquilo, no lo haré. Qué monada. Eres genial —espetó y, buscando sus labios en la oscuridad, lo besó como si fuera el último beso que daría jamás.

Justo cuando estaba pensando en llevárselo a la zona infantil y tirárselo sobre la alfombra de cortezas de árbol de debajo del puente de cuerda, él se apartó.

—¿Decías en serio lo de escondernos en el complejo Kennedy?

Se sentaron juntos, agarrados de la mano, como un matrimonio de ancianos.

—Sí. No. No sé. ¿Qué te parece a ti?

Larry lo valoró.

—A ver, necesitamos algún sitio donde resguardarnos para dormir, ¿no? Un sitio donde no se les ocurra buscarnos. ¿Te has traído el saco de dormir?

—Sí. Y la esterilla de yoga de Helen. Y una almohada de viaje hinchable que compró mi padre para los vuelos largos. —Lo dijo con cierto orgullo en la voz. Luego rio burlona—. Y tú te has traído a Spesh, para que tengamos una fiera que nos proteja. No nos falta de nada.

—Vete a la mierda —replicó él, y le hizo cosquillas hasta que ella se apartó, riendo—. Vamos a necesitar una palanca o algo así, ¿no?, para abrir la puerta. Puedo traer una de esa enorme tienda de bricolaje cuando abra, a las ocho, pero ¿cómo sabremos qué apartamentos están vacíos? No voy a ir abriendo con una palanca las casas de la gente. Seguramente Jerome se

enteraría y nos caería encima como un saco de patatas.

Pensaron en eso y Alice no pudo evitar que le viniera a la cabeza la palabra «esperpento», pronunciada por la voz espeluznante de su profesora de Teatro. De hecho, toda aquella escapada parecía más una pieza concebida para el examen de Expresión artística que la realidad. Lo más fácil habría sido preguntarle a Jerome, que parecía al tanto de todo lo que sucedía en aquel complejo, pero era la última persona que querían que supiese que estaban allí.

—Uno que tenga la puerta sellada con tablas, eso es lo que necesitamos. ¿Recuerdas cuando fuimos a ver a Jerome? De camino a su apartamento, pasamos por un montón que estaban sellados. Lo único que tenemos que hacer es meternos en otro bloque, subir a una de las últimas plantas, esperar a que no haya nadie y usar la palanca.

—Eres un puto genio —le dijo Larry, y volvieron a besarse.

Pasaron la noche en el jardín del *pub*, tras unir los dos sacos de dormir por las cremalleras y colocar a Spesh, el tigre de peluche entre los dos como si fuese un niño pequeño. Alice deseó que hubiera sido Frankie. A las cinco y media se despertaron, con el pelo lleno de virutas de corteza de árbol y los sacos de dormir empapados de rocío.

Hacia las ocho y veinte ya estaban en el complejo Kennedy, después de pasar por la tienda de bricolaje por una palanca, tomar un café de máquina, lavarse la cara y un par de barritas Snickers para el desayuno. Habían optado por la duodécima planta del bloque G, donde seguramente no vivía nadie porque las tres puertas estaban selladas con tablas. Cuando hubo transcurrido una hora sin que ocurriera nada, incluso después de haber llamado a todas las puertas lo más fuerte que se habían atrevido, Larry se dispuso a usar la palanca. Las tablas de madera se astillaron haciendo mucho ruido, pero cedieron fácilmente y, para su satisfacción, la puerta ni siquiera estaba cerrada con llave. Se abrió enseguida y los dos sonrieron al entrar en el apartamento.

Las sonrisas se desvanecieron en cuanto vieron el aspecto de su nuevo hogar. Los anteriores ocupantes debían de haberse marchado precipitadamente, porque la vivienda apestaba a moqueta mohosa y a comida a domicilio caducada, pero había un sofá antiquísimo dentro y una sartén en la pequeña cocina. El baño estaba asqueroso, pero funcionaba.

—Está bien —dijo Alice poco convencida.

—Tendrá que valer —replicó Larry sin mucha convicción tampoco.

—Estoy cansadísima —gimoteó ella. Las pocas horas que habían conseguido dormir no habían sido reparadoras. Además, la situación la agotaba tanto que lo único que le apetecía hacer era acostarse y soñar que todo era normal y feliz—. Me voy a tumbar un rato.

Y allí estaba, achicharrándose en el interior del saco de dormir, intentando no darle vueltas a la cabeza, no repetirse sin parar todo lo sucedido aquel día. Larry aún dormía, tumbado en el suelo, a sus pies, como un labrador fiel. Alice quería levantarse, despertarlo a él también, pero seguía sin poder moverse. Moverse implicaría enfrentarse a la realidad y no estaba preparada para eso. Aún no.

Oía llorar a un bebé por allí cerca. El llanto le sonaba familiar y, por un instante de delirio, creyó que era Frankie. Antes de que pudiera dedicarle más tiempo a aquel pensamiento, le pudo el agotamiento y volvió a quedarse dormida.

# CAPÍTULO 30

---

## PATRICK – DÍA 5 – A ÚLTIMA HORA DE LA TARDE

Helen Philips invitó a Patrick a entrar sin decir una palabra, luego dio media vuelta y se dirigió al salón, con la cabeza gacha y los omóplatos levantados. A Patrick le recordó enseguida a Fiona Hartley, la mujer le había abierto la puerta con idéntico aspecto derrotado. Aunque no guardaban ningún parecido físico, las dos parecían haberse transformado en gemelas idénticas azotadas por la pena.

¿Era posible perder tanto peso en solo unos días?, se preguntó al ver cómo se le marcaban los huesos de la espalda esquelética en la camiseta. Sí, claro que sí. Él mismo había perdido casi diez kilos en las semanas que siguieron al intento de Gill de asesinar a Bonnie, pero se deshizo del recuerdo de su rostro macilento en cuanto le vino a la memoria. En esos instantes, no había espacio en su cabeza para Gill o lo que su aparente mejoría pudiera significar. El problema se presentaba de pronto como un comensal no invitado a una fiesta. Tendría que abordarlo en breve, pero no en ese momento.

Helen se encaramó al borde de su sofá de diseño y lo miró mordiéndose las uñas. Aquella mujer estaba perdiendo el control. El televisor estaba sintonizado en Sky News, con el volumen muy bajo.

—¿Cuándo vio a Alice por última vez? —preguntó Patrick, de espaldas a la tele.

Ella miró alrededor como si fuera a encontrar la respuesta detrás de un tiesto o debajo de un sillón.

—Ayer por la noche. Tuvimos... tuvimos una fuerte discusión y luego

vino Eileen y nos contó lo de los rehenes. —Sus ojos se encontraron y Patrick tuvo que mirar a otro lado—. Cuando volvimos, estaba tan disgustada que me fui directa a la cama. Sean y Eileen se quedaron levantados. Estuvieron bebiendo... Me he encontrado una botella de ginebra vacía en la basura esta mañana. —Un hombre que prefería emborracharse con su madre a consolar a su esposa... Patrick quiso anotar eso en su libreta Moleskine, pero decidió dejarlo para después—. Cuando me he levantado esta mañana, he ido al cuarto de Alice. He pensado que debía disculparme, limpiar un poco el ambiente de veneno, pero ya no estaba allí. La cama estaba deshecha, pero eso no tiene por qué significar nada. Nunca la hace. Sean y Eileen dicen que no la vieron anoche. Estaban demasiado ocupados emborrachándose.

—¿Ha intentado llamarla?

Asintió apenas con la cabeza.

—Sí, varias veces. Salta el buzón de voz, como si lo tuviera apagado. —Frunció aún más el ceño—. ¿Para qué quiere hablar con ella? Ay, Dios mío, ¿no pensará que tuvo algo que ver con lo de Frankie...?

Patrick esquivó la pregunta.

—¿Dónde están Sean y Eileen ahora?

—Eileen ha salido a no sé dónde y Sean está en la habitación de Alice, «buscando pistas» —dijo con mucho sarcasmo al tiempo que marcaba las comillas con los dedos.

Estaba a punto de pedirle a Helen que fuese a buscarlo cuando oyó pasos en las escaleras. Al poco, Sean Philips apareció en el umbral de la puerta, con su cara redonda y pálida. Se extrañó de ver a Patrick.

—Inspector —dijo, mirando a su mujer, que estaba sentada, con la mirada perdida, justo enfrente—, ¿hay alguna novedad sobre Frankie?

—Aún no, me temo. ¿Sería tan amable de tomar asiento?

Sean se sentó al lado de Helen e intentó tomarle la mano. Ella la apartó como si la de su marido estuviese pringosa. Lo cierto es que sí parecía sudoroso, se dijo Patrick; su piel le recordaba a la masilla húmeda. Observó, además, que se había abrochado mal la camisa, de forma que le sobraba un trozo, de un lado, por abajo. Igual que su esposa, Sean Philips se estaba derrumbando, aunque él hacía un esfuerzo sobrehumano por que no se notara.

Patrick se aclaró la garganta.

—En primer lugar, quería garantizarles que estamos haciendo todo lo posible por encontrar a Frankie y que, a la luz de lo sucedido en las últimas veinticuatro horas, vamos a repasar todo desde el principio. Por eso debo

hacerles algunas preguntas más sobre la noche en que desapareció la pequeña.

—Ya le hemos contado todo lo que sabemos —protestó Sean.

—Seguro que sí, pero...

Patrick se vio interrumpido por un fuerte suspiro de Helen, que, mirando fijamente al televisor, agarró el mando y subió el volumen, mientras el inspector se volvía para ver lo que la había espantado tanto.

Los padres de Liam, Zoe y Keith McConnell, estaban en el canal de noticias. Se los veía en su gran jardín delantero, con el automóvil del que se habían llevado a Liam al fondo, abrazando con fuerza a su hijo y sonriendo a las cámaras. Ninguno de los dos parecía dispuesto a soltarlo jamás y Patrick imaginó el futuro de aquel niño, con unos padres que nunca lo perderían de vista y andarían encima de él día y noche, desbordándolo de cariño y preocupación, pero estaba a salvo, eso era lo importante.

Después, a los McConnell los entrevistaban en el salón de su casa, una estancia muy similar a la que ellos ocupaban en ese momento, como sacada de una revista de decoración, todo de color crema, muebles carísimos y un retrato familiar inmenso colgado detrás del sofá.

—No soy capaz de expresar lo que siento —dijo Zoe McConnell, mirando a la cámara—. Quiero agradecer inmensamente a la policía el que lo hayan encontrado y... —Se le quebró la voz de la emoción y, por un momento, fue como si estuviera allí con ellos, hasta que Patrick cayó en la cuenta de que el llanto que oía no era el de Zoe en la tele, sino el de Helen.

Sollozaba, el cuerpo entero le temblaba de angustia, los dedos clavados en la tapicería; agarró un cojín, se lo llevó al pecho y lo abrazó. Profirió un terrible lamento y dio un fuerte pisotón en la alfombra, con el rostro enrojecido y cubierto de lágrimas.

—Frankie, ay, Frankie —lloró, y un tsunami de pena la estremeció. Siguió repitiendo el nombre de su hija sin parar. Sean intentó abrazarla, pero ella se zafó de él y él se quedó pegado a ella, destrozado e inútil—. Jamás la encontraremos —dijo ella con voz temblona—. Se ha ido, se ha ido para siempre. —Sonaba como si alguien la estuviese zarandeando. Levantó la cabeza y miró directamente a Patrick. A su espalda, los McConnell continuaban su exhibición pública de alegría—. Usted nos prometió que la encontraría —añadió, acusándolo con el dedo—. Nos ha fallado. Ha fallado a Frankie.

—Helen, eso no es justo —intervino Sean tímidamente.

—Que te den —espetó ella.

Patrick aceptó la bronca con resignación. Aquellas palabras lo dejaron helado, pero la comprendía.

—La encontraremos —le dijo, pero no añadió «o averiguaremos qué le ha sucedido».

Helen rompió a llorar de nuevo y, por fin, dejó que su marido la abrazase. Él le acarició el pelo y le susurró mientras ella seguía llorando, aferrada a la espalda de la camisa mal abrochada de su marido.

Patrick jamás se había sentido tan violento.

—Voy a preparar un té —dijo.

Mientras esperaba a que hirviese el agua, le sonó el teléfono. Era Carmella.

—¿A que no sabes qué...?

—¿Larry se ha largado?

—Alice también, ¿no? —acertó Carmella—. Cuando he llegado a la casa, su madre me ha retenido en la puerta cinco minutos con una perorata del tipo «Dejen en paz a mi pobre hijo» hasta que he conseguido convencerla de que me dejase pasar. Larry ha desaparecido. Su madre ha reconocido que pensaba que estaba remoloneando en la cama, pero que, en realidad, no lo había visto desde la noche anterior. Según ella, su mochila no está y se ha llevado también un tigre de peluche que tiene desde que era pequeño.

—Un tío duro, ¿eh?

—¿Verdad? ¡Madre mía! Dice que lo tiene siempre encima de la cama. La última vez que se lo llevó fue a un campamento con los *scouts*, cuando tenía doce años.

Patrick no pudo evitar la carcajada.

—Son unos críos —dijo Carmella—. Los dos, Alice y él. Se creen muy mayores, pero no son más que niños.

Cuando Patrick volvió al salón a los pocos minutos, con dos tazas de té humeante, cada una con tres cucharadas de azúcar, Helen se estaba limpiando la cara con un pañuelo de papel, la televisión estaba apagada y ella y su marido estaban sentados, muy juntos, mirando al frente. Sean tenía una mancha grande de humedad en la pechera de la camisa.

—Lo siento —dijo Helen con voz ronca.

Patrick dejó las tazas de té en la mesa de centro y se sentó en el sillón de enfrente, con las manos en las rodillas, inclinado hacia delante.

—Voy a tener que hacerles esas preguntas. Puede que algunas cosas ya

las hayamos hablado, pero es importante que lo veamos todo desde un ángulo distinto.

Evitó deliberadamente emplear palabras como «caso» o «investigación».

Tanto Helen como Sean asintieron con la cabeza.

Hizo una breve pausa mientras decidía cómo empezar. No quería que Sean saltase inmediatamente en defensa de su hija.

—¿Con qué frecuencia salen y dejan a Alice a cargo de Frankie?

—Yo no pienso volver a salir sin mi niña nunca más —dijo Helen en voz baja.

—Entonces ¿fue algo inusual? ¿No hay una noche en la que suelen salir y de la que alguien pudiese estar al tanto?

—Por Dios, no, en absoluto —señaló Sean.

Patrick había sacado la libreta. Aquellas eran preguntas preliminares cuyas respuestas no esperaba que le revelasen nada, pero fingió que las anotaba.

—¿Quién sabía que iban a salir?

—No sé —dijo Sean—. Creo que se lo mencioné a un par de compañeros de trabajo, les comenté que, para variar, íbamos a salir.

—¿Y en Facebook o Twitter? ¿Lo hicieron público ahí?

Helen y Sean se miraron inquisitivos.

—Casi nunca entro en Facebook —informó Sean—. No creo que pusiera nada ahí. Y Twitter solo lo uso para cosas de trabajo.

—Yo estoy segura de que tampoco—dijo Helen.

—Entonces ¿solo la familia y un par de amigos o compañeros sabían que iban a salir? ¿Hicieron reserva en el restaurante? ¿Fueron en taxi?

—Sí a lo de la reserva, no a lo del taxi, fuimos andando. Está a diez minutos y hacía una noche estupenda. Esos detalles ya se los dimos en su día.

—Desde luego, pero tengan paciencia, por favor. —Patrick sabía que ya habían hablado con el restaurante y comprobado la identidad de todos los empleados y que no habían encontrado nada sospechoso—. De modo que solo podrían haberlo sabido también las personas a las que Alice se lo hubiese comentado —señaló—, que podrían ser unos cuantos amigos.

—Supongo —confirmó Sean—, pero ahora no se lo podemos preguntar, ¿no?

Patrick garabateó una línea en la libreta.

—Volvamos a eso. Alice me dijo que su novio, Larry Gould, no estuvo

aquí esa noche. ¿Le creen?

Sean contestó que sí; Helen, que no.

—Opinan distinto.

—Le prohibimos que invitase a Larry esa noche —terció Sean—. ¿Por qué no íbamos a creerle si dice que no lo hizo?

—¿Por qué le prohibieron que lo invitara? ¿No les gusta?

Sean rio sin ganas.

—Me gusta todo lo que podría gustarle a cualquier padre el novio de su hija adolescente. —Patrick esperaba que dijese lo evidente, no lo decepcionó—. Sé cómo son los chicos de esa edad.

—De hecho, es muy buen chico —opinó Helen—. Algo tosco, muy «de la calle», pero muy educado y muy gracioso. Entiendo que a Alice le guste. Está en esa edad en la que los chicos que parecen algo peligrosos y distintos de lo que aprueban sus padres resultan muy atractivos.

A Patrick lo impresionó lo rápido que Helen se había recompuesto. Se encontraba en ese estado de sosiego al que uno suele llegar después de haber sufrido una crisis nerviosa.

—¿Y por qué no querían que viniese mientras estaban fuera?

—Porque sé cómo son los chicos, también las chicas, de esa edad. No quería que hiciesen ruido y molestaran a Frankie. A lo mejor es porque no soy la madre biológica de Alice, pero no me preocupa tanto pensar que pudieran tener sexo en su cuarto. A ver, está claro que lo están haciendo de todas formas.

—¿Qué? —preguntó Sean, espantado.

—Vamos, Sean, por favor, llevan juntos seis meses —replicó Helen—. Pues claro que se acuestan.

A Sean le cambió la cara y Patrick se imaginó a sí mismo transcurridos unos trece años, pasando por aquel mismo trago con Bonnie.

—Y, a pesar de la advertencia, ¿cree que Larry vino esa noche? —le preguntó a Helen.

—Me sorprendería que hubieran desaprovechado la ocasión. Y apuesto a que era lo que estaban haciendo cuando se... se llevaron a Frankie. —Su semblante se volvió sombrío de nuevo—. Alice estaba demasiado ocupada follándose a su novio para cuidar de su hermana.

Sean se levantó de inmediato.

—No hables así de Alice —le dijo, amenazándola con el dedo—. Nada de esto es culpa suya.

Su rostro pasó del blanco al rosa y luego al rojo ante los ojos de Patrick. La tregua entre los Philips había terminado.

—Por favor, señor Philips, siéntese —le dijo Patrick y, cuando Sean tomó asiento al borde del sofá, preguntó—: ¿Saben si Larry y Alice toman drogas?

Esperaba de nuevo el conflicto del sí y no, pero, mientras Helen se lo pensaba, Sean contestó.

—No me sorprendería. Como has dicho tú con lo del... sexo, son adolescentes, ¿no? Estoy seguro de que fuman canutos.

Hacia años que Patrick no oía esa palabra.

—¿Y otras cosas más fuertes? —preguntó, sintiéndose un poco mayor.

Sean suspiró.

—No sé. Ningún padre sabe realmente lo que hacen sus hijos, ¿no? Lo que sí tengo claro es que Alice no tuvo nada que ver con la desaparición de Frankie. Si supiera algo, nos lo habría dicho. Quiere a su hermana más que a nada.

—Entonces, ¿por qué se ha ido de casa? —inquirió Helen.

—Porque está harta de que todos la culpen —respondió Sean, exasperado—. Tan harto como yo.

Se hizo el silencio en el salón. Patrick analizó detenidamente la situación. Todas aquellas especulaciones no los llevaban a ninguna parte. Helen y Sean no sabían nada. Alice era una adolescente, aquello era como tener un extraterrestre en casa, un ser al que nunca terminarían de conocer y de entender. La policía debía centrarse en localizarla.

—Muy bien... ¿Alguna idea de dónde puede haber ido? ¿Tiene acceso a alguna otra vivienda? ¿Algún amigo o pariente lejano en cuyo domicilio pueda estar alojándose? ¿Se les ocurre algo, lo que sea?

Las respuestas fueron negativas.

—¿Y su teléfono, no lo pueden rastrear? —quiso saber Sean—. He intentado llamarla una docena de veces y me salta directamente el buzón de voz, como si lo tuviera apagado —añadió antes de que Patrick pudiera responder.

—Podemos, sí, pero solo si no le ha quitado la batería. Lo intentaremos, de todas formas. —Entonces sonó el suyo. Era Suzanne, querría que la pusiera al día. Rechazó la llamada—. Eso es todo de momento —dijo—. Si se les ocurre algún sitio al que pueda haber ido Alice o saben algo de ella, por favor, háganmelo saber enseguida. También me vendría bien tener una lista

de sus amigos.

—Yo se la hago —se ofreció Helen, que parecía agotada.

—Gracias.

Salió de la casa y avanzó un poco por la calle antes de devolverle la llamada a Suzanne. Mientras esperaba a que contestara, se volvió a mirar la vivienda de los Philips. Hacía una semana, debía de ser un hervidero de actividad, de ruido, de energía.

De pronto era un nido vacío y silencioso.

# CAPÍTULO 31

---

## WINKLER – DÍA 5

De pie en el aparcamiento de la comisaría, Winkler observó cómo Lennon y la zorra de su secuaz, Carmella, se marchaban en automóviles distintos. Aún estaba resentido por la forma en que esa lesbiana le había hablado en la reunión, pero casi toda su rabia iba dirigida a Lennon. ¿Cómo demonios podía seguir dirigiendo la investigación? No tenía claro si se estaba beneficiando ya a la comisaria o es que simplemente estaban encoñados el uno con el otro. Tenía que ser una de las dos cosas, cualquier día lo averiguaría y lo haría público, para que todos supieran lo corrompido que estaba el departamento, pero primero pondría a Lennon en su sitio encontrando a la niña y demostrándole a ese imbécil tatuado la porquería de policía que era en realidad.

Se fue a casa, se hizo una taza de té verde —cuidarse era muy importante— y se sentó al ordenador. Se llevó una mano al vientre para palparse los abdominales y se pasó la otra por su maravilloso pelo. «Ay, Dios, qué difícil era no creérselo.» Resistió la tentación de visitar la página de porno japonés a la que se había aficionado últimamente y entró en Facebook, cerrando la sesión para volver a abrirla, por primera vez, con los datos de Helen Philips.

Lennon pensaba que la parejita de adolescentes, Alice y Larry, eran responsables de lo que le había sucedido a la niña, pero él, como bien había dicho en la reunión, no creía que tuviesen agallas para hacer algo así. La chica se habría arrugado en el primer interrogatorio.

No, Winkler estaba convencido de que la culpa era de los padres. Por accidente, quizá. O infanticidio puro y duro. Joder, teniendo en cuenta que a

su mujer la habían acusado de intento de asesinato, lo lógico sería que Lennon pudiese detectar a un asesino de niños a un kilómetro de distancia, pero no había más que ver las estadísticas: en casos como ese, una vez descartados los pedófilos del barrio, siempre eran los padres. Bajo aquel barniz de respetable clase media, Sean y Helen Philips ocultaban algo turbio. Se olía a distancia. Se excitó solo de pensar que Helen, con aquel culito respingón, tuviese un perverso secreto. A lo mejor encontraba en su Facebook alguna foto en la que enseñase un poco de carne.

Qué decepción. Casi todas las fotos de los álbumes de Facebook de Helen eran de Frankie, además de un montón de fotos de pulseras que hacía en su tiempo libre (todas ellas con muchísimos «me gustas» de sus amiguitas) o aburridos primeros planos de abejas y flores que había hecho con su «nuevo objetivo macro» en el parque. Curiosamente, no había muchas fotos de Alice o de Sean, salvo por algunas instantáneas de Navidades en las que Alice salía enfadada y Sean borracho como una cuba. Desde luego, no había ninguna que revelase que era miembro de alguna secta satánica ni cualquier otra cosa sustanciosa que la incriminara.

Sus actualizaciones de estado eran tan convencionales como los gustos sexuales de su exmujer. Muchas fotos supuestamente graciosas de gatos y comida, de pasteles, por ejemplo, y una barbaridad de comentarios «divertidísimos» (es decir, insufribles) sobre cosas que Frankie había dicho o hecho.

En cualquier caso, no esperaba encontrar gran cosa allí. Lo que sí esperaba era que, como hacía mucha gente, Helen tuviese la misma contraseña para el correo electrónico. Igual allí encontraba algo interesante. Antes de mirarlo, decidió echar un vistazo a los mensajes de Facebook.

No había mucho: un intercambio con una vieja amiga con la que quedaba para que los niños jugasen; un par de mensajes de cotilleo con una mujer del gimnasio, y un montón de lamentos mutuos con otra sobre la dificultad de educar a un niño pequeño. Por lo visto, Frankie había mordido a algún niño de la guardería y Helen estaba aterrada, aunque Sean no le daba importancia a aquello. Según él era solo una fase. Curiosamente, había también un montón de mensajes, de hacía unos dieciocho meses, con una amiga que vivía en Suiza, Sara, en los que despoticaban de sus respectivas suegras. Helen se despachaba a gusto en uno sobre Eileen.

Apareció de la nada para decirme que soy muy blanda con

Frankie, que tengo que ser más estricta con ella o terminará descarriándose como Sean. Le pregunté a qué se refería, porque, que yo sepa, Sean nunca ha hecho nada malo, ¡al menos, nada que yo sepa, pero entonces se calló y me dijo que no se refería a nada en concreto. Cuando la presioné, me soltó que lo decía porque Sean era un poco travieso de pequeño, nada por lo que, en palabras tuyas, tuviese que llevarme las manos a la cabeza. Luego le pregunté a Sean y me contestó que no tenía ni idea de a qué se refería Eileen.

Qué interesante: Sean Philips tenía un pasado oscuro. ¿Qué sabían de él? Que lo había criado una madre soltera, Eileen, en Braintree, donde ella vivía aún. Había estudiado Empresariales en la Universidad de Birmingham y luego se había instalado en Londres para trabajar en la City. Y, finalmente, había montado su propia consultoría hacía unos cinco años. El chico de Essex había triunfado.

Winkler anotó que debía hablar con Eileen o quizá volver a Essex y localizar a algún antiguo compañero de Sean.

Había otro mensaje interesante de Helen sobre Eileen, escrito a su amiga Sara.

Es muy racista. Aunque yo soy mulata, una vez le oí decir que Frankie no debería ir a la guardería a la que va porque hay demasiados «de esos». ¿Te lo puedes creer? ¡¿Acaso no se ha dado cuenta de que Frankie también es mulata?!

Sara se mostró horrorizada y luego Helen prosiguió:

Le recordé que sus dos nietas son mulatas y me contestó: «Pues eso».

Winkler le dio a imprimir y esperó a que su porquería de impresora — ¿había un aparato más caprichoso en la historia de la tecnología?— arrancase a regañadientes. Eso también podía ser interesante. Quizá, con lo de que Sean se había descarriado, Eileen se refería a que había tenido una hija no con una sino con dos mujeres negras. Si la señora era de algún partido de extrema

derecha, aquello sin duda debía de parecerle un terrible pecado. Suspiró. Probablemente fuera eso, en cuyo caso, la alusión al descarrilamiento de Sean no lo llevaría a ninguna parte. No era más que el desvarío de una anciana racista.

No había rastro de los mensajes de la mujer que, por lo visto, se había puesto en contacto con Helen asegurándole que sabía dónde estaba Frankie. Supuso que la mujer habría entrado en razón y había borrado todos sus mensajes.

Estaba a punto de intentar entrar en el correo electrónico de Helen cuando se abrió la ventanita del chat en la parte inferior de la pantalla y entró un nuevo mensaje.

Era alguien de quien no había oído hablar antes, Hattie Styles. No era uno de los contactos del Facebook de Helen. La foto de perfil de Styles era un gato blanco y negro de aspecto malvado. A Winkler aquello le olió mal enseguida. Y el nombre... No era muy aficionado a la música pop moderna, pero hasta él había oído hablar de One Direction y de Harry Styles. Era una variación clara de ese nombre. ¿Significaría eso que se trataba de una adolescente?

Sabía que Frankie no estaría en esa casa.

Es lo que decía el mensaje.

Winkler hizo una pausa, con los dedos sobre el teclado. Luego tecleó, haciéndose pasar por Helen:

¿Cómo lo sabías? ¿Quién eres?

La respuesta llegó de inmediato:

Tienes que mirar más cerca de casa...

¿A qué te refieres?

Hizo otra pausa. Se sentía tenso y emocionado, luego añadió: «Dímelo, por favor. Necesito saber qué le ha ocurrido a Frankie. Te agradecería mucho que pudieras darme alguna pista».

Esa vez la respuesta no llegó de inmediato. Mierda, ¿la habría asustado mostrándose demasiado desesperado? Quizá la mejor táctica fuese hacerse el duro, pero quería que Hattie pensara que todo dependía de ella, que le dieran ganas de presumir. Seguramente no sabía nada, pero merecía la pena intentarlo.

Por fin llegó la respuesta.

Tienes un demonio en casa.

Qué interesante. ¿Se referiría a Sean?

Tecleó:

¿De qué estás hablando?

Tu hijastra. Es mala. ¡¡Un mal bicho!!

Respondió con:

???

Alice mató a la pequeña Frankie. Es un demonio. Ella y su novio. Son malos y se van a PUDRIR EN EL INFIERNO por lo que han hecho.

Winkler sonrió. Una chiflada, sin duda. Probablemente hubiese visto una foto de Alice en la prensa y no le hubiese gustado su cara. A continuación, escribió:

No digas bobadas. Alice es muy buena chica.

La respuesta llegó enseguida:

Eso es lo que TÚ crees. Puedo demostrarte que es mala.

Además, solo ese bicho podría haber matado COMO SI NADA a una niña pequeña. YO SÉ cómo es.

Él tecleó:

Pensaba que tenías información de verdad, pero no dices más que tonterías.

Hattie replicó:

Puedo probarlo. Te voy a mandar el enlace de un vídeo que grabó tu hijastra. RECUERDA que lo ha hecho el bicho de Alice. ¡¡ES CULPABLE!!

Winkler esperó y la espera se le hizo eterna. Ya estaba empezando a pensar que Hattie se había marcado un farol o se había acobardado cuando entró otro mensaje con el enlace a una página externa.

Hizo clic. Como Hattie Styles le había prometido, llevaba a un vídeo. Winkler pulso el botón de reproducción y se quedó pasmado al verlo.

—¡La madre del cordero...! —dijo.

# CAPÍTULO 32

---

## HELEN – DÍA 5

Helen estaba sentada en el despacho, de espaldas a la puerta, pero con un ojo puesto en la pantalla por si detectaba algún reflejo de movimiento que significase que Sean se acercaba. El que viera la discusión que estaba manteniendo por correo electrónico con Marion no iba a servir más que para empeorar las cosas. Al volver de su encuentro con Janet Friars, Helen se había encontrado un correo de su compañera de gimnasio, que le preguntaba cómo lo llevaba. Con unos cuantos mensajes de ida y vuelta, Helen le había preguntado a Marion qué hacía esa noche y su amiga le había respondido que tenía una cita con un tío que estaba tan bueno que, a su lado, Brad Pitt parecía Shrek. Por lo visto, iba a haber sexo.

Yo ya no me imagino volver a tener sexo con Sean.

Había respondido Helen. Hizo una pausa y contempló el fotomontaje colgado en la pared de encima del escritorio, una selección de las mejores fotos de sus últimas vacaciones, de ella, Sean, Alice y Frankie, sobre todo en playas, con el pelo azotado por el viento y la piel bronceada por el sol, y solo Sean pálido y lleno de pecas al lado de los tonos moca de las tres chicas. Se preguntó, y no era la primera vez, si a Alice le importaría que Helen pudiera pasar por su madre.

¿No te parece deprimente?

Marion le respondió enseguida:

Procura no preocuparte, cielo. Estás sometida a mucho estrés. Probablemente el sexo sea lo último que tienes en la cabeza.

Helen cruzó las piernas y las apretó con fuerza. Y, tecleando furiosa, aporreando el teclado con los dedos, respondió:

No, me muero de ganas, para distraerme un poco de todo. En serio. Pero, cuando pienso en hacerlo con Sean, tal y como está ahora, tan frío y tan distante, se me pasan las ganas. Además, me siento muy culpable por pensar siquiera en ello, teniendo en cuenta que F sigue desaparecida...

Titubeó antes de darle a enviar. A lo mejor estaba dando demasiados detalles, algo que sabía que era propensa a hacer, normalmente después de haber bebido demasiado vino blanco. Sí, estaba dando demasiados detalles, decidió. Borró las últimas frases y escribió en su lugar:

Sí. No estoy de humor últimamente... Bueno, me tengo que ir...

No quiso explicarle por qué: el Diazepam estaba a punto de hacerle efecto. Había sido su única posibilidad de dormir algo desde la desaparición de Frankie.

... Gracias por escribirme. Me alegra saber de ti.

Marion respondió:

Nos vemos en el gimnasio, cielo. Pronto recuperarás a tu princesa. Sé fuerte. XXX

«Seguro», pensó Helen, limpiando una lágrima enorme que había caído en el teclado.

Adiós. XXX.

Luego estuvo sentada, inmóvil, un buen rato, pensando en las palabras que había estado a punto de enviarle a su amiga en un momento de sinceridad. Le apetecía muchísimo el sexo, ansiaba el abandono que proporcionaba, pero su única posibilidad se encontraba, en esos momentos, embobado delante del televisor de la planta baja, con una botella de vino tinto casi vacía al lado y la lengua ennegrecida. La última vez que había bajado a hacerse un té, Sean estaba viendo *Britain and Ireland's Next Top Model*, un programa que a Alice le encantaba, pero que él, en circunstancias normales, no habría visto jamás voluntariamente, aunque le arrancasen los ojos con una cuchara.

¿Cuándo habían hecho el amor por última vez? Tardó un instante en recordar: el día antes de que se llevaran a Frankie, un polvo rápido sin palabras en plena noche. Recordaba que la noche siguiente, en el restaurante, se había preguntado si quedaría embarazada otra vez. Recordó aquella sensación de pura y embriagadora felicidad al pensar en otro bebé, deseado por Sean, confirmación de que su matrimonio funcionaba y de que su familia estaba echando raíces y, entonces, menos de una hora después, todo se había hecho añicos, como si una bola de demolición gigante hubiese destrozado sus vidas y su enorme superficie dura y lisa hubiera borrado de un plumazo toda la luz, el futuro, la esperanza... al menos hasta que Frankie volviera a casa.

No se molestó en darle las buenas noches a Sean. Vencida por un inmenso cansancio, tan grande que ni siquiera pudo reunir las fuerzas necesarias para bajar a duras penas la escalera y decirle que se iba a dormir, le pareció más fácil cerrar el portátil, cepillarse un poco los dientes, desnudarse y derrumbarse en la cama en medio de la bruma provocada por la pastilla.

Despertó varias horas después en una oscuridad absoluta, tumbada de lado, no del todo segura de si estaba soñando con la sensación de empuje que se notaba en el coxis. Tampoco estaba segura de si estaba despierta. Se notó la respiración suave y rápida de Sean en la nuca y los empujones empezaron a ser más insistentes. Excitada de inmediato, levantó el trasero y empujó hacia atrás, devolviéndole la presión, y notó que la punta de su miembro se

deslizaba entre sus nalgas desnudas. Quizá porque estaba oscuro, quizá porque estaba de espaldas a él y no tenía que ver el crudo dolor en los ojos de Sean o quizá por sus pensamientos lujuriosos de esa misma tarde, se sintió tremendamente excitada. Todo su ser se concentró en el pene de él, en la suavidad de su glande explorándola, apretando un poco, provocándola, hacia el ano, luego más abajo, deslizándose, penetrando con fuerza su entrepierna húmeda... Helen notó que la respiración se le aceleraba también y gimió.

—Sean... —susurró—. Mi amor.

Él se corrió casi inmediatamente, empujando hasta el fondo y estremeciéndose.

—Te quiero —le dijo.

Solo entonces notó el olor a alcohol rancio que desprendía, pero, antes de que pudiera decidir si decirle algo al respecto su respiración, volvió a cambiar. Se había dormido.

Helen se quedó tumbada en la oscuridad, con los ojos abiertos, mirando fijamente el reloj digital, preguntándose si Frankie estaría bien en esos momentos, si no estaría pasando frío. Si no estaría sufriendo. Sean se revolvió contra su cuerpo, dormido, mascullando algo. Se sintió más sola que nunca.

# CAPÍTULO 33

---

## PATRICK – DÍA 5

Patrick abrió la puerta de la casa de sus padres, entró y le sorprendió oír a *Dora, la exploradora* hablando con Mapa en la tele del salón. Se asomó. Bonnie estaba subida al sofá, abrazada al nuevo mono de peluche que él le había comprado en una gasolinera en un momento de culpabilidad paterna. La reja de la escalera que hacía las veces de puerta de celda carcelaria estaba cerrada y a Bonnie se le cerraban los ojos pese al ruido procedente del televisor. Había juguetes de plástico y libros de vistosos colores tirados por todo el suelo del salón, secuelas del tornado infantil que arrasaba la casa a diario y que la madre de Patrick, Mairead, pasaba horas recogiendo. Por mucho que Patrick se quejara, su madre no le dejaba contratar a una mujer de la limpieza. Por enésima vez, sintió una punzada de culpabilidad, seguida de otra punzada de resentimiento dirigida a Gill.

Encontró a sus padres en la cocina, sentados a la mesa, con unas tazas de té a medio terminar delante.

—¿Qué pasa? —preguntó al verlos tan apagados—. ¿Ha ocurrido algo?

—Vaya, has decidido hacernos una visita, ¿eh? —soltó Jim con gesto sombrío.

—Déjalo, Jim. —Mairead forzó una sonrisa—. ¿Te apetece un té, Pat?

Patrick ignoró la pregunta y se dirigió a su padre.

—Sabes que estoy metido en un caso muy absorbente. También deberías saber que me sabe fatal que tengáis que cuidar de Bonnie a todas horas.

En circunstancias normales, su padre le habría dicho que no se preocupara por eso, pero esa vez no.

—Como debería ser. Tu madre está agotada. Los dos lo estamos. Adoramos a Bonnie, pero somos jubilados. Deberíamos estar disfrutando de nuestra jubilación y nos pasamos el día encerrados en esta casa.

—¡Jim! —protestó Mairead, pero Patrick sintió que se le helaba la sangre de las venas. Era evidente que habían estado hablando de eso, que por eso habían dejado a Bonnie sola en el salón. Y no se lo reprochaba. Al contrario, la culpa que había sentido hacía un minuto se intensificó y lo dejó sin fuerzas. Se dejó caer como un saco en una silla, junto a la mesa, y se frotó la cara.

—Lo sé. Lo siento muchísimo. Me siento fatal.

Se le empañaron los ojos de pena.

—Mira lo que has conseguido —le susurró furiosa Mairead a su marido—. Pat, cariño, no te preocupes... Tu padre y yo tenemos un mal día, eso es todo. Bonnie ha estado muy revoltosa, ha tenido muchas rabietas. Ha tirado un bol entero de cereales al suelo, se ha puesto como una furia en el supermercado porque no he querido comprarle chuches y todo el día se ha negado a hacer lo que le decíamos.

—Está mimadísima —masculló Jim.

—Somos nosotros quienes la hemos mimado.

Mairead se levantó, se acercó a Pat y le puso una mano en el hombro. Pat tuvo un *flashback* de cuando era pequeño y volvía a casa del colegio con unas notas espantosas y un nuevo comentario de que debía esforzarse más, que «estaba tan relajado que casi no estaba». Jim chascaba la lengua, meneaba la cabeza y lo sermoneaba, diciéndole que jamás aprovecharía al máximo su potencial como no espabilara. Su madre, en cambio, siempre se mostraba serena y razonable y le preparaba su cena favorita para que se sintiera mejor, pero tanto entonces como ahora sabía lo que pensaba, conocía los sentimientos que su bondad le impedía expresar.

—Papá tiene razón —dijo Patrick—. Os he estado pidiendo demasiado, no he sabido valoraros. Tengo que buscar una solución, una canguero o algo así. Bonnie podría ir a la guardería.

—Pero eso es demasiado caro, Pat. A nosotros nos encanta cuidarla. No quiero que te gastes tanto dinero en ello.

—Yo le ayudaría encantado a pagarlo —terció Jim—. No porque no me encante estar con la niña... —se apresuró a decir—. Ya estamos muy mayores para esto. No deberíamos estar tan ocupados.

Patrick asintió con la cabeza.

—Lo sé, lo sé. Escuchad: en cuanto termine con este caso, buscaré una solución. Lo prometo.

Guardaron silencio los tres. Solo se oía a un conejillo de Indias cantar en el televisor de la habitación contigua.

—¿Y Gill?

Patrick y Mairead miraron extrañados a Jim. Él jamás pronunciaba su nombre.

—Ella no está en condiciones de cuidar de Bonnie —dijo Mairead.

—Ya lo sé. No quiero ni que se acerque a nuestra nieta, pero ¿sabes ya qué va a ser de ella? ¿Cuándo la van a soltar? Si le permitirán el contacto con la niña... —Antes de que Patrick pudiera contestar, su padre le disparó otra pregunta—: Fuiste a verla el otro día, ¿no?

—Sí.

—¿Y cómo está?

—La vi... mejor. Mucho más contenta. Más como solía ser, de hecho.

—¿Y? ¿La van a soltar? ¿Qué harás tú?

Patrick suspiró.

—No lo sé. La verdad es que no lo sé.

—No entiendo por qué no te has divorciado ya...

—¡Jim! —espetó al fin Mairead—. Por el amor de Dios, cállate ya.

Jim hizo pucheros como un colegial.

—De acuerdo. Pero, si la sueltan, cuando la suelten, harías una locura volviendo con ella, hijo. Una locura tan grande como la suya.

Al otro lado del pasillo, oyeron a Bonnie lloriquear. Mairead se dirigió de inmediato a la puerta.

Patrick la detuvo.

—No, mamá. Ya voy yo.

Fue corriendo hasta ella, gritándole:

—Tranquila, cariño, ya va papá.

De camino al salón, repasó las preguntas de su padre. ¿Por qué no se había divorciado de Gill? ¿Y qué iba a hacer cuando le dieran el alta? ¿La quería aún?

Aquel rompecabezas era mucho mayor y más complejo que la desaparición de una niña.

Esperó a que Bonnie estuviese cenada, bañada y en la cuna para volver a comisaría y dejó a sus padres delante de la tele, su padre escudriñando

ceñudo un sudoku mientras su madre veía *Coronation Street*. A lo largo del día, Carmella había ido informándole de la falta de progresos y de la imposibilidad de localizar a Alice y Larry.

Cuando se sentó a su escritorio y revisó el correo electrónico, vio que Helen le había enviado la lista de los amigos de Alice. La primera era su mejor amiga, Georgia, seguida de unos cuarenta nombres más. ¿Cómo podía una adolescente tener tantos amigos? Suponía que la lista de sus contactos de Facebook sería bastante más larga, pero, según el correo de Helen, esos eran sus amigos de verdad.

Aquella era una de esas tareas que debería haber encargado a un miembro del equipo de menor rango que él, pero Patrick quería oír las voces de los chicos y chicas de la lista. Quería poder detectar cualquier indicio de mentira o encubrimiento. Agarró el teléfono fijo que tenía en la mesa y empezó a marcar, comenzando por el primer nombre de la lista.

Iba a ser una noche larga.

Por segunda vez en la misma semana, lo despertó la luz del día que entraba en la oficina y el zumbido de la aspiradora de la señora de limpieza en una sala próxima. Despegó la cara del escritorio y se incorporó, frotándose los ojos irritados.

Cesó el zumbido y lo reemplazó otro ruido: gritos. Se levantó, ignorando los quejidos de protesta de todos los músculos de su cuerpo, y salió al pasillo. Alguien, una mujer, chillaba y soltaba improperios; el sonido procedía de recepción.

Decidió ir a ver si hacía falta su ayuda. Al llegar allí, se encontró a dos agentes intentando sacar a una anciana del edificio, mientras ella seguía gritando algo sobre «bebés» y «esos críos».

Uno de los agentes la instó a serenarse, momento en el cual la anciana se tiró al suelo, como al parecer había hecho Bonnie en el supermercado.

—Han intentado matar a mi bebé —chilló, aporreando el suelo.

Había llegado el momento de intervenir.

—Venga conmigo —le propuso a la mujer, arrodillándose a su lado—. Tranquilo —le dijo al agente—. Ya me encargo yo.

—¿Está seguro, señor?

—Sí, no te preocupes. —Levantó con delicadeza a la mujer del suelo—. Ya nos conocemos, ¿verdad, Martha?

# CAPÍTULO 34

---

## WINKLER – DÍA 6

St. John's era una de las escuelas de secundaria más grandes y mejores de Richmond, uno de esos colegios que disparaban los precios de las casas de las calles próximas mientras los padres que en realidad no podían permitirse llevar a sus hijos a un centro privado clamaban por entrar en la zona de influencia. Era el colegio al que iban Alice Philips y su novio, que vivía en una vivienda de protección oficial que los padres de clase media estaban deseando que desapareciera para poder construir otra de sus joyitas. Si esos padres supieran lo que Winkler acababa de ver, se plantearían la posibilidad de poner a la venta sus sobrevaloradas casas y empezar a buscar otro colegio.

Aquello era pura dinamita. Después de que aquella chica —suponía que era una chica— que se hacía llamar Hattie Styles le hubiera enviado el enlace, había visto, boquiabierto, el vídeo al que llevaba, tan perplejo y divertido por lo que estaba viendo que su cerebro había olvidado enviarle al cuerpo las señales que el porno solía provocarle.

En aquel vídeo de diez minutos, un chico y una chica —¿quizá debiera verlos como un joven y una joven?— follaban juntos de una forma, en realidad, bastante convencional. Despelote, mamada rápida, un misionero y un poco de estilo perrito en una cama de matrimonio. Para ser porno, era del más suavecito. Lo que lo hacía extraordinario era que, hasta que se desnudaban, la pareja fornicadora llevaba uniforme de colegio y máscaras en la cara para ocultar su identidad. Como no se les veían las caras, Winkler no sabía exactamente cuántos años tenían, aunque, por sus cuerpos y por las voces, porque decían algunas palabras típicas, deducía que debían de tener unos quince o dieciséis años. Una búsqueda rápida en imágenes de Google le

había indicado que, como sospechaba, el uniforme era del St. John's.

Cuando terminó de ver el vídeo, Hattie Styles ya no estaba conectada. Imprimió todos los mensajes de ella y, sobre todo, sus propias respuestas haciéndose pasar por Helen, luego los borró de la bandeja de entrada del Facebook de Helen. A continuación, se recostó en el asiento y pensó en lo que todo aquello podría significar y qué relación podría tener con la investigación. La chica del vídeo era clarísimamente blanca, así que no se trataba de Alice, pero Hattie aseguraba que el vídeo era cosa de Alice. ¿Acaso lo habría grabado ella? ¿Eran su novio y ella directores de cine porno *amateur*? Cielo santo, cómo estaban los adolescentes. Cuando él era un chaval, lo peor que había hecho era robar *singles* en Woolworths y meterse en alguna que otra pelea con los chicos de la escuela rival. Lo más cerca que había estado del porno había consistido en compartir con sus amigos un ejemplar de *Penthouse* y babear con los desnudos. Ahora, en cambio, vivía en un mundo en el que las mujeres no lucían vello púbico y todos los adolescentes occidentales disponían de acceso instantáneo a todas las variedades de porno duro creadas jamás. Suspiró. Las nuevas generaciones tenían una suerte de cojones.

Cruzaba ahora los terrenos del colegio camino de recepción. Era ese momento del semestre de verano en que la mayoría de los alumnos había terminado los exámenes y reinaba un ambiente festivo. Winkler se sentía como si llevase una granada de mano en el bolsillo que fuese a destruir aquel ambiente de despreocupación. Tiraría de la anilla y ¡bum! Con andares saltarines, como los de Tigger, se acercó a llamar al timbre para que la recepcionista lo dejara entrar.

Cinco minutos más tarde, estaba sentado en el despacho mal ventilado de la jefa de estudios, bebiendo un vaso de agua del grifo. La jefa de estudios, Hazel Fletcher, era una elegante mujer blanca con una melenita rubia que le recordaba un poco a Helen Mirren. Una arpía entrada en años. No le dolió mucho haberle fastidiado el día.

—He descubierto algo relacionado con dos de sus alumnos que quizá la sorprenda un poco —dijo.

Hazel Fletcher esbozó una sonrisa burlona.

—Llevo casi treinta años trabajando con niños, inspector Winkler. No me sorprendo con facilidad.

—¿Tiene acceso a Internet en su ordenador? —le preguntó—. ¿Y un

cortafuegos que le impida el acceso a páginas para adultos?

Así era. Winkler esperó a que un tipo con la cabeza más despoblada que el trasero de un mandril toquetease la configuración del equipo de Hazel. Cuando el calvito se hubo marchado, Winkler le dictó a la jefa de estudios la dirección del vídeo porno, luego esperó tranquilamente a que lo viera. Su semblante no desveló nada. Se preguntó distraído si la estaría excitando. Jamás lo reconocería, ni él tampoco, pero, a fin de cuentas, los seres humanos también eran animales. Todos ellos estaban a tan solo unas cuantas sutilezas sociales de despojarse de la ropa y follar en grupo por las calles.

Winkler le contó a Hazel lo que sabía del origen del vídeo.

—Y tanto Alice Philips como Larry Gould se encuentran en estos momentos en paradero desconocido.

Esperaba que la jefa de estudios empezase a ensalzar las bondades de aquellos dos alumnos modélicos y a decir que no le cabía en la cabeza que pudieran haber hecho semejante cosa, pero supuso que no exageraba al decir que ella ya lo había visto todo.

—Entonces piensa que Alice y Larry han hecho ese vídeo con otros... niños de este colegio. —Hizo una mueca al pronunciar la palabra «niños».

—No lo sabemos con certeza, señora Fletcher.

—Señorita Fletcher.

Claro que sí.

—Lo siento. De niño, me pasaba el día en el despacho de la directora de mi colegio. —Hizo una pausa considerable entre frases—. Necesito saber todo lo posible sobre este vídeo y quién está al tanto de su existencia.

—¿Es delito lo que Alice y Larry parecen haber hecho?

—Depende. Si los niños que aparecen en la grabación tienen menos de dieciséis años, el asunto se complica.

Asintió con la cabeza, muy seria, y levantó el auricular del teléfono.

—Sarah, ¿podrías pedirle a Danny Clarke que venga? Sí, lo he visto antes. Ha venido hoy. Para variar. —Colgó y se dirigió a Winkler—. Si alguien está enterado de esto, es Danny Clarke. Se entera de todo lo que sucede en este centro.

Al poco, la recepcionista entró en el despacho con un chaval que medía metro y medio escaso y llevaba un flequillo que se le metía en los ojos. Winkler esperaba a algún miembro del personal, no a un niño. Pero Danny Clarke era, como le explicó entonces Hazel, un alumno de último curso. A Winkler casi le dio la risa. Por lo visto, la jefa de estudios tenía a Danny de

soplón. El chico se sentó y empezó a mover nervioso la pierna inmediatamente, el peor caso de síndrome de las piernas inquietas que había visto jamás. Su pierna producía energía cinética suficiente como para abastecer a una pequeña población toda una semana.

Hazel miró a Danny muy seriamente.

—Danny, él es el inspector Adrian Winkler.

El chico soltó una risita.

—¿Qué te parece tan gracioso?

—No, nada —contestó el niño inocentemente.

Winkler se preguntó si Danny habría incumplido alguna ley recientemente y si podría encontrar alguna excusa para arrestarlo y darle un buen susto.

Hazel insistió.

—Tenemos que hablar contigo de un asunto muy serio. Nos hemos enterado de que unos alumnos podrían haber grabado un... vídeo explícito.

Danny sonrió.

—¿El porno del St. John's? Sí, todo el mundo lo ha visto. Es un poco convencional para mi gusto, pero mola igual.

¿Convencional? Winkler se preguntó si aquel chico le había leído el pensamiento.

Hazel palideció.

—¿Lo ha visto todo el mundo?

—Sí. Bueno, supongo que habrá algún pringado que se lo haya perdido, pero yo no conozco a nadie que no lo haya visto. Curtis se lo estaba enseñando a todo el mundo en su teléfono a la hora de la comida.

—¿Hoy? —preguntó Winkler.

—No, hace unos días. Ya lleva tiempo colgado.

—¿Sabes quiénes son los protagonistas del vídeo?

Danny abrió mucho los ojos.

—¡No! Es un misterio absoluto. Nadie lo sabe. A ver, se ha especulado mucho y ha habido muchas acusaciones, pero... James Peach cree que la chica es India Ripley, dice que reconoce la verruga que tiene en el trasero, pero a mí me parece una gilipollez... digo, que miente.

—¿Y sabes quién grabó el vídeo?

Se revolvió en el asiento.

—No quiero delatar a nadie.

—Da igual, Danny —dijo Winkler—. Ya sabemos quién lo hizo.

¿Cómo te enteraste tú?

—Empezó a circular por el colegio. Se hizo viral, ya sabe. Había un grupo cerrado de Facebook al que había que pedir acceso y, una vez dentro, tenías acceso al enlace, pero, la verdad, el enlace lo tenía todo el mundo.

—¿Y recuerdas cuándo te enteraste de su existencia?

Danny se rascó la barbilla.

—Sí, debió de ser la semana pasada. Lo subieron el domingo por la noche. Lo recuerdo porque yo estaba en casa de Jack y lo vimos juntos, pero no en plan gay, ya me entiende.

—Sí, Danny —dijo Hazel, suspirando.

Winkler sonrió al chaval. Así que, por lo visto, el vídeo se había grabado y colgado esa misma noche, la noche en que Frankie había desaparecido.

Qué gran descubrimiento. Porque, si Alice y Larry habían estado ocupados tonteando con vídeos online y compartiéndolos con sus compañeros en el momento en el que Frankie había desaparecido, no era posible que hubieran tenido tiempo de hacer nada más. Además, eso explicaba que se hubieran mostrado tan reacios a confesar la presencia de Larry en casa de Alice y por qué habían huido de repente. No querían que ningún adulto se enterase de lo de la peli porno.

—Una última pregunta —dijo Winkler—, ¿conoces a alguien que se haga llamar Hattie Styles?

Danny rio.

—Sí... Una chiflada de mi curso que está obsesionada con One Direction. Su verdadero nombre es Emily Foggett-Hayes.

—¿Y sabes si tiene algo en contra de Alice Philips?

—¿De Alice? ¿Por qué me pregunta eso?

—Soy yo quien hace las preguntas, Danny.

El chico se lo pensó un momento.

—No sé... Muchas chicas odian a otras chicas por razones completamente absurdas. A lo mejor porque se metió con One Direction o algo así...

El inspector sonrió. Le habría estrechado la mano a aquel chaval si no hubiera sospechado para qué la había usado. Ya tenía algo para explicarle a la comisaria que Lennon iba por mal camino otra vez. Bueno, tampoco él tenía muchas pistas, pero esa era su ocasión de conseguir que Lennon pareciera aún más estúpido y la iba a aprovechar sin dudarlo.

# CAPÍTULO 35

---

## PATRICK – DÍA 6

—Allá vamos otra vez —dijo Patrick.

Carmella alzó la vista a las últimas plantas de los edificios de apartamentos, donde la suave brisa estival hacía ondear los *tops* de Adidas y las braguitas de Primark.

—Por lo menos, cuando salga todo fatal y terminemos viviendo aquí, ya sabremos llegar.

Se acercaron al edificio en el que se habían encontrado a Martha con sus muñecos hacía poco más de una semana. Un grupo de adolescentes vestidos con ropa deportiva y una chica demacrada que llevaba un *top* con el que enseñaba el tatuaje que le serpenteaba por el estómago los observaban desde el otro lado de la calle. Un hombre joven con un staffordshire terrier, algo apartado del grupo, los observaba también, con una sonrisa burlona en los labios. Patrick lo reconoció: Jerome Smith, un pandillero de poca monta al que habían acusado de varios delitos menores, aunque ninguno había terminado en condena.

Esa mañana Patrick se había llevado a Martha a una sala de interrogatorios y había deseado estar acatarrado para no tener que oler aquel tufo a capa sobre capa de hedor corporal y dientes sucios mezclado con alcohol barato. Aunque era incapaz de mantener una conversación, entre desvaríos, le había contado algo interesante.

—Esos críos... el chico intentó quitarme a mi bebé... y ahora vive en el apartamento de al lado con su amiguita. Lo he visto, lo he visto en el periódico: alguien anda robando niños y ahora quieren quedarse con el mío —dijo, arrugando aquella cara sucísima, abrazando a la muñeca que llevaba

consigo y besándole la maltrecha cabeza.

—¿Podría describir a esos críos, Martha?

—Sí, la chica es... ¿cómo se dice?... mestiza, y guapa. Muy guapa. El chico... el chico es blanco. Es alto y tienes esos ojitos que te miran como si te estuvieran desnudando. —Hizo un aspaviento—. Eso es lo que quiere: llevarse a mis niños y luego hacerme cosas horribles a mí.

Apretaba tanto al bebé que Patrick pensó que le iba a saltar la cabeza.

—¿Y cuánto tiempo llevan ahí?

—Desde... —La pausa que hubo a continuación fue mayor que la separación entre los álbumes de Stone Roses—. Ayer. Pero los he visto, a ellos y a sus amigos, ese chico malo y esa otra chica guapa. —Empezó a sollozar—. Por favor, señor, tiene que ayudarme.

Patrick le prometió que lo haría.

—¿Y qué hacemos si no son Alice y Larry? —preguntó Carmella mientras entraban en el edificio.

—No lo sé, pero seguro que sí que son. Me apuesto mi edición de coleccionista en *picture-disc* de *Disintegration*.

Carmella arrugó la nariz.

—Vaya, ahora sí que espero que no sean ellos. —Y añadió—: ¿Qué es un *picture-disc*?

—¡Jóvenes! Os perdisteis todo. Ni echaréis de menos los casetes.

—Tampoco me acuerdo de eso.

Llegaron al final de la escalera y se dirigieron al apartamento en el que se habían encontrado a Martha la última vez. Según ella, había vuelto allí al día siguiente de que la echaran. Patrick se preguntaba cómo no estaba en algún hospital, cómo había logrado eludir al sistema. Deseó poder hacer algo por ella, asegurarse de que cuidaban de ella, pero eso lo dejaba para otro día, aunque, en realidad, seguramente jamás conseguiría nada. En esos momentos, lo único que le preocupaba era encontrar a Alice y a Larry y, ¡ojalá!, averiguar por fin qué le había sucedido a Frankie.

Se situaron a la puerta del apartamento vacío contiguo al de Martha. No se oía nada en el interior. A lo lejos, lloraba un bebé, uno de verdad.

Patrick sabía que la vivienda no tenía puerta de servicio. La única forma de salir de allí era por esa puerta o por una de las ventanas de la fachada. Llamó a la puerta con los nudillos y espero, sin confiar en que hubiera respuesta. No la hubo.

Le hizo una seña afirmativa a Carmella: «¿Preparada?». Ella contestó con otra.

Patrick levantó la pierna y pateó la puerta con todas sus fuerzas. Esta cedió de inmediato, osciló hacia delante y se estampó en la pared. Él entró corriendo en la estancia, Carmella lo siguió.

—¡Policía! —gritó, asaltando la primera habitación, que debía de ser el salón.

Ni rastro de los chicos, pero había sacos de dormir en el suelo, un par de cajas de *pizza* vacías, botellas de agua, cajetillas de tabaco... Allí dentro hacía un calor infernal y apestaba a dormitorio de adolescente elevado a la enésima potencia.

Oyó un ruido procedente de algún lugar del apartamento y le hizo una seña a Carmella para que lo siguiera.

Los encontraron en la cocina destripada, de pie, pegados a la pared del fondo, agarrados de la mano. Alice parecía aterrada. Larry se esforzaba por no parecer asustado, pero temblaba.

—Alice —dijo Patrick—. Y Larry. ¿Os acordáis de mí?

—No hemos hecho nada —dijo Larry.

—Muchas personas os están buscando. Vuestros padres, por ejemplo. Están preocupadísimos.

—Lo dudo —espetó Alice con una sonrisa burlona, aunque su novio puso cara de remordimiento, como preocupado por su madre.

—Tenéis que venir a comisaría a responder algunas preguntas —terció Carmella.

—¿Sobre qué? —dijo Alice, apretándole la mano a Larry como si quisiera rompérsela—. No sabemos nada.

—¿Nada de qué, Alice?

—De... No sé.

Carmella dio un paso hacia ellos, con el brazo extendido, y Larry se adelantó y sacó una navaja. La policía se detuvo en seco.

—¿Larry? ¿Qué haces? —le gritó Alice.

Patrick y Carmella pusieron los brazos en alto, en señal de rendición. Larry movió la navaja de un lado a otro, con ojos de loco, aterrado.

—Dejadla en paz.

—Venga, Larry —dijo Patrick con serenidad—, no seas imbécil.

—No me da miedo usar esto —amenazó Larry, moviendo la navaja a un lado y a otro, pero la voz lo traicionaba.

—¿De verdad quieres ir a la cárcel? Allí les encantaría contar con un chico guapo como tú.

Larry dejó de mover la navaja y Patrick vio la oportunidad de arrebatársela. Lo agarró de la muñeca con la que la empuñaba y agradeció que su instinto no le hubiera fallado, el chico apenas opuso resistencia. Le llevó el brazo a la espalda y hacia arriba, haciéndolo exclamar de dolor y soltar el arma. Carmella se acercó enseguida y le puso las esposas en las muñecas.

—¿Vas armada? —le preguntó Patrick a Alice, que estaba de pie, temblando, junto a la asquerosa ventana. —Ella negó con la cabeza dócilmente—. Entonces, ¿no me hace falta esto? —le preguntó, sosteniendo en alto las esposas.

Mientras llevaban a los adolescentes al automóvil, Patrick cruzó una mirada con el tipo del staffie, Jerome Smith, que tenía una sonrisa perversa en los labios. Observó que Larry también lo miraba.

—¿Es amigo tuyo? —inquirió.

—No —contestó Larry en voz baja—. Es un gilipollas.

Patrick hizo entrar a Larry en el vehículo, protegiéndole la cabeza con la mano. Cuando volvió a levantar la vista, Smith había desaparecido, dejando solo un excremento de perro caliente en la acera como testimonio de su presencia y de la de su terrier.

Patrick se apoyó en la máquina de café, preguntándose por qué seguía empeñado en beber aquella porquería cuando su efecto placebo, un efecto que dependía de que quien lo bebía creyera que era café de verdad y contenía auténtica cafeína, había dejado de funcionar hacía tiempo.

—Patrick...

Era Suzanne. Parecía necesitar un abrazo, preciosa y vulnerable. Le miró fijamente los labios, luego se reprendió para sus adentros. ¿En qué estaba pensando?

—Ponme al día, por favor.

Él sacó el café de la máquina y parte del líquido de sospechoso color se le derramó por los dedos.

—Por supuesto. Tenemos a Alice Philips en la sala de interrogatorios 2 y a Larry Gould en la 4. La última vez Alice vino con su vecina, pero ahora quiere que le traigamos a alguien. Lo mismo con Larry. Voy a alternar los interrogatorios.

—Estupendo. Mantenme informada, ¿de acuerdo?

Ella volvió a su despacho y Patrick miró la hora. Se alegró de que los adultos que iban a acompañarlos no hubieran llegado aún. No quería hablar con los dos adolescentes enseguida, prefería que tuviesen tiempo de asustarse, de imaginarse lo peor. Se llevó el café a su escritorio y esperó.

Winkler pasó por delante de su sitio y le guiñó un ojo.

—¿Aún crees que han sido esos chicos? —dijo, deteniéndose ante su mesa.

—Vete a la mierda, Winkler.

—Si insistes...

Se marchó, exhibiendo de nuevo aquella sonrisa burlona suya. Patrick inspiró hondo.

Por fin llegaron los adultos: una asistente social llamada Janice Swift para Alice y un agente de protección de menores llamado Colin James para Larry estaban listos para el interrogatorio. Así que Patrick también. Le hizo un gesto a Carmella y entraron ambos en la sala 2 primero.

Alice estaba medio tirada en el asiento, con los hombros descolgados. Parecía agotada, pero tenía la misma expresión hosca y desafiante de la vez anterior. Oía mal, tenía el pelo hecho un asco y, sin maquillar, parecía una niña. No pudo evitar que le diese pena, pero era mayor la necesidad de hacer bien su trabajo, de averiguar lo que le había pasado a su hermanastra.

—Alice —le dijo, tras comprobar que la videocámara estaba grabando—, supongo que estarás deseando volver a casa y darte una ducha.

Ella gruñó.

—Lo tomaré como un sí.

Patrick tenía una carpeta de tamaño folio encima de la mesa e hizo el paripé de abrirla como para consultar sus notas. Había una foto de Frankie encima de todos los papeles, así que dejó la carpeta abierta para que Alice pudiera verla, justo delante de ella. La vio mirar un instante la fotografía y tragar saliva.

—Alice, cuando te interrogué la otra vez, nos dijiste que no había nadie más en tu casa la noche del 9 de junio, la noche en que hiciste de canguro de Frankie. ¿Sigues sosteniendo esa declaración?

Ella asintió con la cabeza.

Él la miró fijamente, sin decir nada. Una de las técnicas que solía utilizar era la de mantener largos silencios. Casi todo el mundo odia los silencios en las conversaciones y enseguida intentan llenarlos, pero Alice

permaneció muda.

—Tenemos un testigo que asegura haber visto a tu novio, Larry Gould, en las proximidades de vuestra casa la noche en cuestión. Como ya sabrás, también vamos a interrogar a Larry hoy. ¿Crees que va a contar lo mismo que tú?

—Venga, Alice —trató de engatusarla Carmella—, responde a la pregunta.

Alice se revolvió en el asiento.

—Sí, contará lo mismo. Porque es la verdad.

Patrick suspiró.

—Vamos, Alice, cuéntanoslo. Entendemos por qué no quieres confesar que él estaba allí. —Un destello de miedo en sus ojos—. Pero ¿sabes lo grave que es mentir a la policía? Supongo que habrás oído hablar de obstrucción a la justicia.

—Larry no hizo nada —insistió Alice—. ¿Cuántas veces se lo tengo que decir?

—¿Cómo sabes que no hizo nada si no estaba contigo? —preguntó Carmella.

—¿Qué pretende, confundirla? —terció Janice Swift, inclinándose hacia delante.

Intervino Patrick.

—Lo cierto es que somos nosotros los confundidos, Alice. No entendemos por qué nos mientes. Salvo que tengas algo que ocultar, claro.

Alice apretó los dientes y se tensaron los músculos de su mandíbula, indicio de que estaba procurando no llorar. Patrick se inclinó hacia delante y la miró fijamente hasta que ella se vio obligada a mirarlo también.

—¿Dónde escondisteis el cadáver, Alice?

Ella se encogió como si hubiera intentado pegarle.

—¿Qué?

—El cadáver de Frankie, ¿qué hicisteis con él? No pudisteis llevarlo muy lejos, aunque supongo que pesaría poco. Me imagino que al parque que hay cerca de vuestra casa. Una tumba poco profunda. No nos costará encontrarlo ahora que sabemos dónde buscar.

—¡No! —gritó Alice. Entonces llegaron las lágrimas. Janice quiso pasarle un clínex, pero Alice lo rechazó furiosa—. Frankie es mi hermana pequeña. La quiero. Jamás le haría daño.

—¿Entonces fue Larry?

—Madre mía, ¿qué mierda es esta? Larry la adoraba también. Jamás le haría daño tampoco. —Miró a Patrick y luego a Carmella, y de nuevo a Patrick. — Tienen que creerme. Por favor.

—Se pospone el interrogatorio —sentenció Patrick, y se levantó. Cuando estaba a punto de abrir la puerta, se volvió y dijo—: ¿Por qué hablas de Frankie en pasado?

Carmella y él abandonaron la sala y cerraron la puerta dejando atrás los sollozos de Alice.

La actitud de Larry Gould era muy distinta de la de Alice. Estaba sentado muy derecho, procurando privar a su rostro de cualquier expresión, pero estaba asustado, eso era obvio. Una fina capa de sudor le cubría la cara y no paraba de cruzar y descruzar los dedos. Le sangraba el pulgar de morderse. El agente de protección de menores, Colin James, muy conocido en la zona por su trabajo con adolescentes y por el modo en que trataba de alejarlos de una vida de delincuencia, estaba recostado en el asiento, con los brazos cruzados sobre su musculoso pecho, observando atentamente a Larry.

—Estuviste en casa de Alice la noche del 9 de junio, la noche en que desapareció Frankie, ¿no es así? —empezó Patrick.

Para sorpresa suya, Larry asintió con la cabeza.

Patrick y Carmella se miraron.

—¿Lo reconoces? —dijo Carmella.

—No quiero seguir mintiéndoles —confesó—. Siento haberlo negado antes. No quería que Alice tuviese problemas con sus padres.

Patrick hizo una pausa. O Larry estaba a punto de contarles toda la verdad o estaba siendo listo: confesaba lo que la policía ya sabía para que pareciera que cooperaba con ellos. Una táctica muy astuta.

—Cuéntanos qué pasó esa noche.

Larry bebió un sorbo de agua.

—Alice me dijo que sus padres iban a salir y que ella iba a hacer de canguro de Frankie y yo le pregunté si podía ir a verla. Al principio parecía un poco, ya saben, reacia, porque no quería líos con sus padres, pero luego accedió.

Una sonrisa asomó a los labios de Carmella. «Debe de estar pensando lo mismo que yo», se dijo Patrick. Larry está siendo caballeroso.

—¿Y? —dijo Patrick.

—No hay mucho que contar. Fui hacia las ocho, vi a Alice y me volví a casa hacia las once, antes de que volvieran sus padres.

—¿Qué estuvisteis haciendo Alice y tú?

Larry se revolvió. Patrick pensó que probablemente se debatía entre decirles que no era asunto suyo y presumir de lo ocurrido.

—Fuimos a su cuarto —contestó—. Para... ya saben.

—¿Estuvisteis en su habitación todo el tiempo? —preguntó Carmella.

—Prácticamente —respondió, encogiéndose de hombros.

—¿Qué hicisteis en su cuarto? —quiso saber Patrick.

Larry le esquivó la mirada.

—Ya se lo he dicho.

—No, no nos lo has dicho. Has dicho «Ya saben». Tienes que ser más explícito.

Entonces Larry lo miró directamente a los ojos.

—Tuvimos sexo, ¿de acuerdo? ¿Quiere saber también en qué posturas lo hicimos?

—¿Y esa es la única razón por la que Alice y tú no queríais que supiéramos que habías estado en su casa esa noche?

—Sí.

—¿De verdad crees que los padres de Alice se habrían enfadado tanto por saber que su hija y tú habíais tenido sexo que tuvisteis que mentir sabiendo lo importante que era para nosotros averiguar lo que había ocurrido exactamente en esa casa esa noche?

Larry se mordisqueó el pulgar antes de contestar.

—Yo sabía que debíamos decirles que yo había estado allí, pero yo no vi nada. No sé nada. Así que pensé que daba igual.

—¿Viste a Frankie esa noche?

—No. Ya estaba acostada cuando yo llegué.

—¿No la oíste? —preguntó Carmella.

—No. No oí ni vi nada. Por lo que yo sé, bien podría no haber estado en casa.

—¿Estuvisteis bebiendo Alice y tú esa noche? —le preguntó Patrick casi sin darle tiempo a terminar—. Y me da igual que aún tengas diecisiete, por cierto.

—No. Bueno, igual una lata de cerveza cada uno, pero nada más.

—¿Y drogas? —Larry respondió con un «No» poco convincente—. ¿Seguro? No parece muy convencido. ¿Ni siquiera un poco de hierba?

—Nada. Lo juro.

—¿Y Alice?

Larry se revolvió nervioso en el asiento.

—De acuerdo. Comimos unos *brownies*. De maría. Pero, no sé, uno cada uno.

A Patrick le dieron ganas de reír. Recordaba haber comido pasteles de maría cuando era adolescente. Era lo más cerca que había estado jamás de tener un episodio psicótico. No le extrañaba que Alice estuviera traspuesta en el sofá cuando Helen y Sean llegaron a casa.

—¿Quién los hizo? —preguntó Patrick.

—Yo. A Alice se le dan fatal esas cosas.

—Muy bien, Larry, gracias por haber sido tan sincero, por fin —le dijo, y suspendió el interrogatorio. Había llegado el momento de hablar de nuevo con Alice, de informarla de lo que su novio había reconocido.

Mike Staunton los esperaba en el pasillo, paseándose nervioso de un lado a otro.

—La comisaria Laughland quiere verlo urgentemente, señor.

—¿De qué se trata?

—Lo siento, señor, solo me ha dicho que fuese a su despacho en cuanto saliera de la sala de interrogatorios.

Patrick frunció el ceño.

—Carmella, ¿quieres ir por algo de beber o lo que sea y nos vemos en un minuto a la puerta de la sala de interrogatorios 2? Eso si no es que han encontrado a Frankie sana y salva, en cuyo caso podremos irnos todos a casa a descansar.

Llamó suavemente a la puerta del despacho de Suzanne y entró. Se le cayó el alma a los pies cuando vio quién estaba sentado en el lado más próximo de su escritorio. Winkler, con aquella insufrible sonrisa burlona en su abofeteable cara de guaperas.

—¿Qué hay, Pat? —le soltó.

—Siéntate, Patrick —le dijo Suzanne.

—¿Qué ha ocurrido?

—El inspector Winkler ha descubierto algo importante sobre nuestros jóvenes sospechosos. Infórmale, Adrian, por favor.

—Con mucho gusto.

Mientras Winkler le contaba que había averiguado que Alice y Larry habían hecho un vídeo porno protagonizado por otros dos adolescentes y que,

en la noche de la desaparición de Frankie, lo estaban editando, a Patrick se le llenó la cabeza del agudo y trémulo zumbido de sus acúfenos. Winkler le dio todos los detalles, desde que se había puesto en contacto con él una niña por Facebook hasta el interrogatorio a que había sometido al soplón del colegio.

—Y esa es la verdadera razón por la que tus principales sospechosos no quieren que se sepa qué estuvieron haciendo esa noche —dijo Winkler, recostándose en el asiento y exhibiendo sus axilas empapadas de sudor—. No porque mataran accidentalmente a la niña y la enterrasen en el jardín. Lamento tener que recordarte que ya te lo dije...

Patrick miró a Suzanne y le vio los labios apretados, preocupación en la mirada, debía de estar imaginándose contándole aquello a su superior.

Se sujetó la cabeza con las manos y se frotó la frente. Luego levantó la cabeza y habló con entusiasmo.

—Gracias, Adrian, eso es genial.

El gesto de Winkler cambió de inmediato.

—¿Cómo?

—Es justo lo que necesitaba. Eres un auténtico fenómeno. —Se levantó y le dio una palmada en el hombro a Winkler, ante la estupefacción de Suzanne—. Bueno, voy a rematar esos interrogatorios. Salvo que haya algo más...

Antes de que cualquiera de los dos pudiera responder, abrió la puerta y se fue.

En cuanto oyó que se cerraba, soltó un grito silencioso.

Encontró a Carmella esperándolo a la puerta de la sala de interrogatorios 2, bebiendo un trago de una botella de agua.

—Vamos —dijo—. Ya está. Ahora o nunca. Última oportunidad.

—¿De qué hablas? —preguntó ella—. ¿Qué ha pasado ahí dentro?

—Alguien ha intentado joderme —respondió—. Ahora sabremos si lo ha conseguido.

Se sentó enfrente de Alice y reinició el interrogatorio.

—Se acabaron las tonterías —dijo, obligándola a mirarlo—. Uno: sabemos que Larry estuvo en tu casa esa noche. Nos lo acaba de decir. Nos ha contado que pasasteis la noche teniendo sexo.

—No me lo creo.

Patrick estuvo a punto de decir «Pues créetelo», pero se contuvo.

—Dos, y más importante —dijo en su lugar—, sabemos lo del vídeo.

Alice palideció.

—¿Qué... vídeo?

—El vídeo protagonizado por dos alumnos del St. John's que Larry y tú grabasteis. No te molestes en negarlo, Alice. Lo sabemos. Así que tengo una buena y una mala noticia. La buena es que te creo cuando dices que no eres directamente responsable de lo que le ocurrió a Frankie. Indirectamente, por tanto, sí, sí lo eres, pero eso no es delito. —Deseó que Alice consiguiera no llorar antes de que él terminase. Vio que le temblaba el labio y que tragaba saliva varias veces, pero no había lágrimas aún—. La mala es que la producción y distribución de material pornográfico sí es un delito grave, un delito por el que Larry y tú podríais enfrentaros a una larga condena.

Aquello era un farol. Winkler había dicho que desconocía la edad de los protagonistas del vídeo.

Alice profirió un tremendo aullido y rompió a sollozar.

—No... No... No es justo. Yo no sabía cuántos años tenían. No los encontré yo, apenas los conocía. Pensé que tendrían dieciséis años.

—Entonces, es todo cosa de Larry, ¿no?

—No. Él tampoco lo sabía.

—¿Qué insinúas, que un buen día se plantaron delante de tu cámara de vídeo y empezaron a hacérselo?

Alice se tapó la cara con las manos y lloró. Janice alargó el brazo para consolarla, pero Alice se zafó de ella con violencia.

—¡Déjeme en paz!

Pero esa vez sí aceptó el clínex que le ofrecía y se sonó la nariz ruidosamente.

—Fue... —Titubeó—. Fue Georgia.

Patrick repasó rápidamente sus notas.

—¿Georgia Hardy-Wilson? ¿Tu mejor amiga?

—Sí. Ella convenció a esos chicos para que lo hicieran. Les prometió parte de los beneficios. Eran pareja de verdad, ya sabe, tenían un rollo. En realidad, no son de nuestro colegio, Georgia los conoció en el complejo Kennedy y les prestó los uniformes. Jerome los conocía. Pero Georgia me dijo que tenían dieciséis.

Patrick la creyó. No era más que una boba que se había metido en un buen lío, pero le costaba frenar la rabia que le hervía en las venas.

—Entonces, ¿qué, Georgia buscó a los protagonistas y Larry y tú hicisteis todo lo demás?

Alice volvió a sonarse la nariz.

—No, ella estuvo allí todo el tiempo. —Le brillaron los ojos—. Ella estuvo allí.

—Dímelo otra vez.

—Ella estuvo allí esa noche. En mi casa —confesó, y se deshizo en otra ronda de lágrimas e hipidos.

# CAPÍTULO 36

---

## GEORGIA – DÍA 1

Georgia estaba detrás de Larry y Alice mientras contemplaban todos con una mezcla de hilaridad y repulsión las convulsiones de aquellos cuerpos desnudos en la pantalla del MacBook de Larry, con un *brownie* de maría a medio comer en la mano. El padre y la madrastra de Alice habían salido, pero Georgia no paraba de mirar nerviosa a la puerta y se estremecía cada vez que oía un ruido en la casa, no fueran a volver antes de tiempo. Habían visto todos el vídeo montones de veces ya, pero la versión final de Larry captaba a la perfección la asquerosidad y la vergüenza de todo el número.

—Madre mía, él tiene un grano enorme en el culo —dijo Alice, tapándose la boca con la mano, horrorizada.

Larry ladeó la cabeza.

—¿Crees que alguien lo podrá reconocer?

—¿Por qué... por el grano del culo? —Alice rio como una boba—. No. Las bolsas que llevan en la cabeza son perfectas. De hecho, deberían llevarlas siempre porque son horriblos.

—No seas mala —dijo Georgia, aunque sabía que, en clase, era ella la que solía hacer comentarios hirientes sobre los demás.

Consciente de aquel dato, Alice enarcó una ceja.

—Eh... mira quién fue a hablar... —espetó—. ¿Qué te pasa hoy, Georgie? Estás de mala leche desde que has llegado.

—Nada —contestó Georgia malhumorada.

Le vibró el teléfono en el bolsillo trasero de los jeans, recordatorio de la razón por la que estaba tan asustada. Sería el quinto mensaje de texto de Jerome en la última hora. Volvió a sentarse en la cama y esperó a que Larry y

Alice siguieran trasteando con el vídeo, entonces sacó el teléfono para echarle un vistazo y se preparó para el mensaje que la esperaba.

EH, ZORRA, NO PENSARÁS QUE TE VAS A LIBRAR DE ESTA? Y NO ME IGNORES O LO LAMENTARÁS. SÉ DÓNDE VIVES.

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

Georgia estaba acostumbrada a tener todo bajo control. Nunca se había visto en una situación de la que no pudiese salir gracias a sus encantos o al dinero, el de sus padres, claro. ¿Por qué, Dios, por qué se habían cerrado sus padres en banda con el asunto de la paga? Pensaba que bromeaban cuando le habían dicho que, si no sacaba al menos cuatro aprobados en los parciales, dejarían de darle la paga y le congelarían la cuenta de ahorro hasta que cumpliera veintiún años. Y, de pronto, en el único momento de su vida en el que necesitaba dinero de verdad, no tenía ni un céntimo. Tampoco podía decirles: «Mamá, papá, necesito cuatro mil libras para quitarme de encima a un camello violento al que he cabreado por perder la hierba que debía vender para él y que me va a matar como no consiga la pasta en los próximos dos días...».

Ni siquiera se atrevía a contárselo a Alice y a Larry. Se decía a sí misma que hacía «lo correcto» no queriendo involucrarlos, pero, en el fondo, lo que ocurría era que no quería reconocer su estupidez. ¿Qué idiota se dejaba una bolsa de hierba y pastillas olvidada en un autobús? Pensarían que era imbécil de remate. Cada vez que abría la boca para contárselo se le paralizaba la lengua de inmediato solo de pensar en lo mucho que se reirían de ella. Y, si había una cosa que Georgia odiase más que estar sin un céntimo o tener que hacer los deberes, era que se riesen de ella.

Además, le temía que, si se lo contaba a Alice, esta hiciese alguna locura, como decírselo a alguien, a la policía o a su padre, entonces sí que estarían todos metidos en un buen lío. Ya lo pasarían mal si alguien se enteraba de que la película era cosa suya.

Georgia logró esbozar una sonrisa de orgullo al pensar en la idea genial que había tenido. Seguramente no conseguirían recaudar con la película ni una mínima parte del dinero que necesitaba para quitarse de encima a Jerome, sobre todo porque había que dividirlo entre tres, pero aquello tenía pinta de ser una buena fuente de ingresos. En el colegio, todo el mundo hablaba del

vídeo y especulaban sobre quiénes serían los protagonistas ¡antes de que hubiesen subido siquiera el vídeo a Internet! Se había creado un grupo cerrado en Facebook para hablar de ello y ya se habían inscrito más de trescientos chavales, todos ellos dispuestos a pagar los diez pavos que costaba entrar en el grupo, ver la peli y apostar por la identidad de los participantes anónimos. Había sido una idea genial: convencer a dos incautos del complejo Kennedy para que se colocaran, se desnudaran y se pusieran unas bolsas de papel en la cabeza y grabarlos después mientras tenían un sexo torpe y vergonzante bajo promesa de compartir con ellos los beneficios. Georgia estaba segura de que, aparte de cobrar a sus compañeros por verla, podían vendérsela a alguna web grande de porno, quizá estadounidense, y sacar dinero más que suficiente para borrar de un plumazo todos sus problemas.

Larry había pasado una eternidad editando la grabación. Alice se había encargado del *marketing* y de las relaciones públicas, anónimamente, claro. Y Georgia había sido la directora creativa.

—Qué pena que no podamos presentar esto como trabajo para la clase de Medios —dijo Alice—. Nos pondrían un sobresaliente sin dudarlo. ¡No me puedo creer que estemos a punto de subirlo a Internet! Qué emoción, ¿no os parece?

Larry asintió con la cabeza. Le dio un beso en la mejilla a Alice y, con disimulo, le pasó un brazo por el cuello y bajó la mano por delante para tocarle el inicio de un pecho casi inexistente.

A Georgia aquello le pareció repulsivo.

—Venga ya, idos a un hotel los dos —espetó.

Le vibró el trasero, otro mensaje. Jerome no la dejaría en paz.

Era chica muerta.

—¡Georgia! Me estás poniendo de los nervios esta noche, de verdad. ¿Qué demonios te pasa?

Georgia se levantó de un salto de la cama y cogió su bolso.

—¿Sabéis qué? Me largo. Estoy harta de haceros de carabina.

Alice quiso retenerla agarrándola del brazo, pero ella se zafó furiosa.

—En serio, niña, ¿qué te pasa?

—Nada. Nos vemos, ¿de acuerdo? Tengo que irme.

Georgia sintió que las paredes de color rojo sangre del cuarto de Alice empezaban a echársele encima. El corazón le latía más rápido que aquella vez que había tomado *speed*, no podía respirar.

—Con el mal humor del que estás hoy, igual es mejor que te vayas. Te llamo mañana —le dijo Alice con frialdad y antipatía, antes de darle la espalda sin abrazarla para despedirse.

Georgia sabía que la pondrían verde en cuanto saliera por la puerta, pero ¿y qué? Tenía cosas más importantes de las que preocuparse, como ocultarse de Jerome para evitar que la matara.

Bajó rabiosa los peldaños que conducían al cuarto de Alice en el ático, bordeó sin ganas la barandilla y abrió la verja de la escalera. El miedo la había dejado tan débil que sintió un retortijón en el vientre y sintió que debía ir al baño con urgencia. Además, estaba algo mareada. ¿Cuánta maría había puesto Larry en aquellos *brownies*? Maldiciendo por lo bajo, entró aprisa en el baño del dormitorio de los Philips, con cuidado, pese al ataque de pánico, de no hacer ruido para no despertar a Frankie, que dormía en la habitación contigua.

Sentada en el váter, se agarró la cabeza con las manos y empezó a mecerse adelante y atrás. ¿Por qué demonios se habría comido los puñeteros *brownies* de maría de Larry? Se vio en el espejo que tenía delante y se horrorizó. Tenía la cara de color verdoso, en lugar de aquel rubor inglés sobre un cutis lechoso que tantos elogios le granjeaba. Su hermosa melena de rubio cobrizo parecía apelmazada y sin brillo. Tenía la cara hinchada. Pensó en lo que Jerome podría hacerle en ella con la navaja Stanley que le había visto y gimió en voz alta. Ay, Dios mío... El porno no la iba a salvar. Nada la salvaría. Tendría que huir, salir del país. Tenía suficiente para llegar a Francia, quizá desde allí pudiese hacer autoestop hacia el sur, irse a España, donde podría trabajar en un bar o una discoteca. Se imaginó por un instante tomando el sol en una playa, luego la visión se transformó en una imagen suya obligada a trabajar como estríper o prostituta, sacudiendo las tetas delante de los turistas británicos y un montón de viejos asquerosos.

Tragó aire y siguió allí sentada hasta que se le vaciaron los intestinos y se le pasaron los fuertes retortijones que tenía. Entonces, vio un ejemplar reciente de *Metro* metido en un cesto de mimbre repleto de rollos de papel higiénico que había junto al váter. Lo agarró y se quedó pasmada mirando el titular de portada:

*THE SUN OFRECE UNA RECOMPENSA DE 100.000 LIBRAS A QUIEN DEVUELVA SANOS Y SALVOS A LIAM Y LIZZY.*

¿Cien de los grandes? Siguió leyendo. Los cien mil no eran siquiera por encontrar físicamente a los niños y devolvérselos a sus familias, sino por «cualquier información que permita encontrar sanos y salvos a cualquiera de los dos». Georgia se quedó pensando. Obviamente, no tenía ni idea de dónde estaban Liam y Lizzy. Por un momento, fantaseó con la idea de que Jerome los hubiese secuestrado, con lo que ella no solo se llevaría la recompensa — ¿serían doscientos de los grandes por los dos?— cuando le contara a la policía que los niños estaban en algún lugar del complejo, sino que además conseguiría que encerraran a Jerome...

Bueno, eso no iba a pasar, pero empezó a forjarse un plan en su cabeza. Tomó nota mental:

1. La policía pensaba que a Liam y a Izzy los había secuestrado la misma persona (o personas), algo que bien podría ser cierto, dado que ambos vivían en la misma zona.
2. ¿Y si desapareciera otra criatura de la misma edad y de esa misma zona? Estaba claro a qué conclusión llegaría la policía.
3. Si *The Sun* ofrecía cien mil libras por dos niños desaparecidos, ¿cuánto ofrecerían —ellos o cualquier otro periódico sensacionalista— cuando desapareciese un tercero?
4. La recompensa era solo «facilitar información que condujera a...».
5. ¿Y si ella disponía de esa información?

Le dio otro retortijón, esa vez por los nervios de la emoción. Sabía cómo echar el guante a la recompensa y poner a salvo aquella vida miserable.

# CAPÍTULO 37

---

## PATRICK – DÍA 6

Patrick había mordisqueado con tanta fuerza el cigarrillo electrónico de camino a la casa de Georgia Hardy-Wilson que le había dejado marcados los dientes. Lo tiró al salpicadero y, abandonando el gozoso santuario de su automóvil con aire acondicionado, salió al calor asfixiante de la calle. Aun a punto de anochecer, hacía 32 grados en Londres.

Una mujer de mediana edad, larga melena rubia y bronceado dorado se hallaba en el jardín delantero de otra de aquellas casas inmensas y carísimas, atacando una gigantesca enredadera con unas tijeras de podar. El sudor le corría a chorros por la cara mientras recortaba las plantas; aquella mujer empuñaba las tijeras con tanta saña que a Patrick le dieron ganas de cruzar las piernas por si acaso.

—¿Señora Hardy-Wilson? —preguntó por encima de la verja.

Ella se volvió y se puso las gafas de diadema,

—Solo Hardy. Mi hija es la única Hardy-Wilson. ¿Qué desea?

Le enseñó rápidamente la placa.

—Soy el inspector Patrick Lennon. En realidad, es a su hija a quien busco.

La mujer soltó las tijeras en un lecho de flores y se acercó, espantando con la mano a una abeja que se interponía, zigzagueando, en su camino.

—¿Georgia? No está aquí... ¿Ha ocurrido algo?

Patrick abrió la cancela de un empujón y entró en el jardín, donde se refugió a la sombra de un manzano.

—Necesito hablar con ella. Nada de lo que preocuparse. ¿Tiene idea de dónde podría estar, señora Hardy?

La mujer lo escudriñó, mirándolo de arriba abajo de un modo que le hizo preguntarse si había olvidado vestirse esa mañana, luego sonrió.

—Llámeme April, por favor. Georgia ha salido a correr... ¡Qué locura, con este calor!

—¿Podría llamarla?

—Supongo que sí.

Lo condujo al interior de la casa, donde un golden yacía jadeando en el suelo de piedra de la cocina.

—¿Limonada? La he preparado esta mañana. Está buenísima con Pimms, pero imagino que estará de servicio.

Su sonrisa discretamente pícara hizo que le cayera bien de inmediato. Se la imaginaba de joven: la típica pilla de colegio público que colaba cigarrillos en secreto en las instalaciones del centro. Por lo que sabía de Georgia, la chica había heredado de su madre el gusto por saltarse las normas.

Sin esperar una respuesta, April le sirvió un vaso —fuerte y azucarada—, luego se sacó el teléfono del bolsillo de unos pantalones cortos que le permitían lucir sus estupendas piernas.

—A ver...

Pulsó en la pantalla y se llevó el aparato al oído.

—Hummm... Salta el buzón de voz. Voy a mandarle un mensaje. Suele contestar enseguida, salvo que esté con algún chico.

—¿Georgia tiene novio?

April envió el mensaje y dejó el teléfono en la encimera de mármol.

—No, qué va. La capacidad de concentración de mi hija no da para tener novio. Es más bien como una mariposa que va de flor en flor, llevándose lo que necesita —dijo riendo y agitando los brazos como imitando al insecto.

—¿Le da mucha libertad a Georgia, entonces?

April se acercó un paso.

—Tiene dieciséis años, inspector. Necesita libertad para averiguar quién es de verdad. Siempre hemos fomentado eso. Aunque últimamente le hemos tenido que cerrar el grifo, para que sea más responsable con su dinero. Tendrá acceso a su fideicomiso cuando cumpla los veintiuno. En eso somos muy estrictos.

—¿Tiene algún motivo para pensar que Georgia haya necesitado dinero recientemente?

April se apoyó en la encimera y esbozó una sonrisa de medio lado.

—¿Me está interrogando? Esto no me había pasado desde finales de los setenta, cuando me detuvieron por fumarme un porro.

—No la estoy interrogando, April. Solo estamos hablando.

Volvió a sonreír con picardía.

—Lástima. Hay un poli muy malo en mi nueva novela.

—¿Es usted escritora?

—Sí. Bueno, supongo que no tiene por qué haber oído hablar de mí —dijo, señalando un póster colgado en la pared: «*Esclavizada*, de April Hardy»

—Ese es el nuevo. Solía escribir lo que antes se entendía por *best sellers*, pero ahora solo vende lo erótico.

Patrick la miró extrañado.

—¿Le ha respondido Georgia al mensaje?

Lo comprobó y frunció apenas el ceño.

—No. Hummm... Ya lleva mucho tiempo fuera.

—No me ha respondido a la pregunta del dinero —dijo Patrick, dándole un sorbo a la limonada.

April lo meditó.

—Siempre necesita dinero para una cosa u otra. Sé que quiere que le compremos un automóvil despampanante cuando se saque el carné, pero no nos ha pedido más dinero de lo habitual.

—¿Conoce a Alice Philips y Larry Gould?

Se le iluminó el rostro.

—Sí. Por supuesto. Alice es la mejor amiga de Georgia y Larry es ese novio suyo algo vulgar pero encantador.

—¿Le ha hablado su hija de ellos recientemente?

—No. Bueno, está ese terrible asunto del secuestro de la hermanita de Alice, pero a Georgia no le gusta hablar de ello, dice que se pone muy triste.

—Necesitamos hablar con Georgia urgentemente, April. —Dejó el vaso en la encimera—. Es importante. Está relacionado con la desaparición de Frankie.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Georgia estaba en casa de Alice la noche en que desapareció la niña.

—Ah, entiendo. Y quiere preguntarle si vio algo. Bueno, yo creo que me lo habría comentado.

—Aun así, tengo que hablar con ella.

Se moría de ganas de hablarle del vídeo del que su liberada hija era

responsable. ¿La escandalizaría? ¿Era él un mojigato y un anticuado por escandalizarse? El porno online, las grabaciones de contenido sexual de celebridades y los vídeos virales de actos que Patrick no quería ni imaginarse era, para la generación de Georgia, tan normales y corrientes como los *reality* y la wifi. Supuso que a April tampoco la espantaría, salvo que fuese su hija la protagonista.

—No sé qué más puedo hacer por usted, inspector.

—¿Podría intentar llamarla otra vez?

—Sí. Había perdido la noción del tiempo, ¿sabe?, pero, ahora que lo pienso, hace horas que se fue. —Agarró el teléfono—. Sigue saltando el buzón de voz.

—¿Como si lo tuviera apagado?

—Sí, no es normal, la verdad. El teléfono es como un apéndice de mi hija. Normalmente responde a los mensajes en cuestión de segundos. —Se acercó a la ventana—. Espero que no se haya desmayado con este calor. A lo mejor está en el apartamento.

Alice le había contado a Patrick que el vídeo porno se había grabado en el apartamento de los padres de Georgia.

—Debe de estar recorriendo su ruta de siempre —dijo April— y ella tiene llave. Estoy empezando a preocuparme. —Se mordió el labio—. Creo que me voy a acercar al apartamento a echar un vistazo.

—Voy con usted.

Patrick siguió a April, que salió de la casa en su Discovery de gama alta, pensando en el interrogatorio de Alice mientras conducía. En los últimos minutos, después de que les contara lo de Georgia, se había resuelto otro misterio: ya sabían por qué estaba inconsciente en el sofá cuando Helen y Sean habían llegado a casa esa noche.

«Habíamos comido *brownies* de maría y me entró la paranoia con el vídeo: en cuanto lo subimos a Internet, empecé a pensar que todo el mundo iba a saber que habíamos sido nosotros y nos íbamos a meter en un lío muy gordo, así que me tomé una pastilla para dormir. Helen tiene en el cajón de la mesilla de noche, le quité una. Nunca había tomado ninguna. No pensé que fuese a hacerme ese efecto. Me dejó k.o.»

Siguió a April diez minutos hasta que detuvo su automóvil a la puerta de una casa grande victoriana reconvertida y salió del vehículo.

—Hace siglos que no vengo por aquí —dijo—. Los inquilinos se fueron

hace unos seis meses y aún no hemos decidido si queremos volver a alquilarlo o venderlo. Tener inquilinos es un incordio. Pero, bueno, sé que Georgia viene aquí a veces, a relajarse.

«Y a alguna cosa más», se dijo Patrick.

Manoseó las llaves una eternidad hasta que por fin abrió la puerta. Hacía frío en el vestíbulo. April se agachó a recoger el correo del suelo y, después de apartarlo a un lado, condujo a Patrick escaleras arriba hasta la primera planta, donde estuvo otra eternidad abriendo la puerta del apartamento.

Así que allí era, según Alice, donde los chicos habían grabado su peli porno. Entraron en el salón y April cruzó la estancia llamando a voces a Georgia, acompañada del suave taconeo de sus sandalias en el suelo de madera.

—No está aquí. Tampoco parece que haya estado.

Sacó el teléfono e intentó volver a llamar a su hija. Empezaba a parecer angustiada de verdad.

Pero a Patrick le había llamado la atención algo que había en la mesa de centro. Se agachó y le dio vueltas en la mano. Un osito de peluche, pequeño, de esos que se suele regalar a los recién nacidos. Bonnie tenía uno parecido, solo que el suyo era un conejito rosa, que le encantaba, y siempre estaba sucio.

Helen Philips le había hablado de aquel peluche. Y le había enseñado una foto.

Red Ted, el peluche de Frankie.

—¿Qué es eso? —preguntó April.

A Patrick se le salía el corazón del pecho.

—April, es importantísimo que hable con su hija.

Sonó el teléfono del inspector. Era Carmella.

—Esa chica con la que has ido a hablar, Georgia Hardy-Wilson...

Mientras escuchaba a Carmella, fue incapaz de mirar a April a los ojos. Esos eran los momentos para los que vivía, pero que a la vez temía como policía. El instante del gran descubrimiento, cuando por fin se esfumaban los nubarrones. Solo que, en esa ocasión, tras las nubes se ocultaba un sol atroz, abrasador.

—April —le dijo, después de que Carmella colgara. Ella lo miraba temerosa—. Más vale que se siente. Se trata de Georgia.

# CAPÍTULO 38

---

## GEORGIA – DÍA 6

Georgia salió de casa, protegida del sol vespertino con su gorra Nike, que, además, evitaba que la coleta se le metiera en los ojos. Llevaba los auriculares bien metidos en las orejas y Bruno Mars le llegaba directamente al cerebro a través de su iPhone. Empezó a trotar despacio primero, en dirección al parque, pero casi de inmediato notó que le faltaba el aliento. Hacía días que no salía a correr, pero se sentía tan culpable por las cantidades ingentes de Coca-Cola y dulces que había estado devorando llevada por el estrés que se había obligado a intentar quemar parte de aquello corriendo.

El día anterior no había comido nada hasta que, por la noche, como se moría de hambre, se había zampado un Big Mac con patatas grandes seguido de un pedido de comida china a domicilio y media tarrina de Häagen-Dazs con sus padres dos horas después, cuando había llegado a casa. Puede que su vida se estuviera yendo al garete, se dijo, pero no dejaría que además le engordara el trasero. Debía tener bajo control por lo menos una cosa.

Entró en el parque por la puerta principal, sintiéndose ya un poco mejor. Era una tarde tranquila. Empezaba a refrescar después de un día caluroso y agradeció la brisa en el rostro. Los ciervos pastaban tranquilos en grupos bajo los árboles y el agradable aroma a hierba recién cortada le inundó las fosas nasales. Tomó el sendero que bordeaba el parque para evitar a los ciervos, que le daban miedo: se oían historias de algunos que perseguían furiosos a la gente alrededor de los árboles, en ocasiones durante horas, y que a veces incluso la mataban. Se le acercó un chico mayor en una de aquellas bicis pequeñas y ella se hizo a un lado para esquivarlo, pero, de pronto, el chaval atravesó la bicicleta delante de ella, impidiéndole el paso.

—¿De qué vas? —dijo, arrancándose de un tirón el auricular de una de las orejas y dejando que Bruno sonara en mono.

El chico era de su edad, pero no lo conocía. Aquel tipo era un quinqui en toda regla: jeans caídos, gorra de béisbol inmensa, tachón de diamante grande en la oreja. Era evidente que Jerome y él tenían el mismo asesor de imagen, se dijo con un escalofrío. Lo rodeó, pero él volvió a subirse a la bici, la siguió y repitió la jugada. Esa vez se acercó más a ella.

—Tienes que venir conmigo —le dijo.

El gusano del miedo le reptó por el vientre.

—¿Qué me estás contando? No voy a hacer nada porque tú me lo digas.

Era consciente de que sonaba muy pija. Se recordó a su madre intimidando con bravatas al agente de tráfico que le había dejado una multa en el parabrisas del Discovery cuando ella solo se había estacionado cinco minutos para ir a la oficina de correos.

—Sí, claro. Ya me lo dirás cuando Jerome haya acabado contigo.

Georgia tragó saliva.

—¿Me has estado siguiendo?

—Lo justo para saber dónde vives —dijo el chico, sorbiendo—, en esa casa tan cara. Así que, vamos, ven conmigo. Jerome quiere hablar contigo. Está allí, en su automóvil —añadió, antes de señalar el aparcamiento, a unos doscientos metros de allí, entre los árboles.

Georgia creyó que iba a vomitar. Miró desesperada a su alrededor; aún podía ver a lo lejos la puerta por la que había entrado, pero no había nadie por allí y, por mucho que corriera, aquel chico horrible la alcanzaría fácilmente en la condenada bicicleta. Además, ¿sabía dónde vivía! Acarició el iPhone que llevaba en el bolsillo de los pantalones de correr, pero ¿a quién podría llamar? Si llamaba a la policía, también se iba a meter en un buen lío. Se imaginó la conversación: «Muy bien, señorita, ¿entonces dice que necesita que la rescaten del hombre al que debe cuatro mil libras por haber perdido las drogas que debía vender para él? Entiendo».

—¿Qué quiere? —se oyó decir. Como si no lo supiera.

El chico se encogió de hombros.

—No sé. Pero no está contento. Vamos. Corre por ahí, yo te sigo.

No le quedaba elección. Él volvió a subirse en la bici y sacudió la cabeza hacia delante, impaciente, como instándola a avanzar.

«Joder, de esta no salgo», se dijo, y se le llenaron los ojos de lágrimas. ¿La mataría Jerome de verdad? Pues claro que no. Ya estaba dramatizando,

como solía decirle su madre.

«Si consigo librarme, me voy a reformar —se dijo—. No volveré a tocar la maría y menos aún accederé a venderla. Voy a estudiar muchísimo. Por favor, que no me pase nada.»

En cierto sentido, era casi un alivio saber que iba a enfrentarse a su destino. Los últimos días habían sido insufriblemente estresantes, sobresaltada cada vez que alguien llamaba a la puerta o se topaba con alguien en la calle. «Nada es nunca tan horrible como uno lo imagina», se repetía mentalmente, un mantra que solía usar su padre.

Pero tampoco parecía que las cosas pudieran empeorar mucho más.

En cuestión de minutos, estaban en el aparcamiento, un descampado grande cerca de un estanque. A Georgia la alivió comprobar que, aunque no estaba precisamente lleno, había aún bastantes vehículos estacionados y — ¡ay, gracias a Dios!— algunas personas paseando a sus perros a lo lejos. Si gritaba fuerte, la oirían.

El automóvil de Jerome no era lo que ella esperaba. Era un Honda maltrecho y oxidado de color ciruela, que parecía de alguna abuela. De no haber estado aterrada, aquello le habría hecho sonreír. Jerome estaba sentado en el asiento del conductor, mirándola furioso, y la expresión de su rostro bastó para que Georgia se hiciese pis encima, un poquitín. Se volvió hacia el chico de la bici y le habló en voz baja.

—No me hará daño, ¿verdad?

El chaval sonrió, simuló una pistola con los dedos e imitó el sonido de los disparos con la boca, luego se fue pedaleando. Georgia lo vio marchar casi sintiendo pena. Se quedaba sola.

Jerome bajó la ventanilla a manivela, aquel automóvil era demasiado viejo para disponer de elevalunas eléctrico.

—Sube, tetas de azúcar —le dijo con mirada incisiva, señalándole el asiento del copiloto.

Georgia abrió la puerta y se miró los pantalones cortos de deporte color melocotón para comprobar que el pis que se le había escapado no se veía en la entrepierna. ¿Olían los perros el pis humano?

—Tu perra no me atacará, ¿no?

—No te refieras a ella como si fuera una cosa. Se llama RiRi.

—Perdona. ¿RiRi me atacará?

Jerome se encogió de hombros, luego se volvió para dirigirse a la perra, sentada con malevolencia en el asiento trasero.

—No, salvo que yo se lo diga.

Subió de mala gana al automóvil, cerró la puerta y pegó la espalda al asiento, lo más lejos posible de Jerome y de su perra, que gruñía suavemente. En el interior del vehículo apeataba a maría, a perro húmedo, a tabaco y a la empalagosa loción de afeitado de Jerome. Georgia se preguntó qué canciones pondría su familia en su funeral. «Goodbye Yellow Brick Road» estaría bien. Su madre solía cantársela cuando era un bebé.

—Lo siento mucho, Jerome, pero te prometo que te voy a pagar. Dentro de poco. Estoy tardando un poco más porque mis padres me han prohibido sacar mi dinero del banco, pero, tranquilo, en serio, sé cómo hacerme con un montón de dinero. Puede que necesite tu ayuda, pero, si me echas una mano, nos lo podemos repartir y, al final, terminarías con, no sé, unas veinte veces lo que te debo...

Jerome enarcó una ceja perfectamente depilada.

—Más vale que merezca la pena, zorra, porque estoy llegando al límite de mi paciencia.

Georgia inspiró hondo y lo lamentó enseguida, por el olor.

—Voy a bajar la ventanilla, ¿de acuerdo, Jerome? Estoy un poco mareada.

El aire fresco la calmó un poco. Dudó un momento: ¿sería una locura confesarle a Jerome lo que había hecho? Pero no le quedaba otro remedio. Más le valía soltarlo.

—He secuestrado a la hermana de Alice, por la recompensa, para poder pagarte —le dijo atropelladamente al ambientador que colgaba del retrovisor.

Jerome apretó los dientes y sorbió, como si lo que acababa de oír le diese dentera, luego rio.

—¡Venga ya! Vas a tener que inventarte algo mejor que eso. Menuda chiflada.

—Lo he hecho. Lo juro.

Él frunció el ceño.

—¿Y dónde está la recompensa? ¿Y la niña?

—Hay un problema.

Le contó lo que había ocurrido cuando se había marchado de la casa de Alice con Frankie.

Jerome escuchó a Georgia hablar en medio de un silencio solo perturbado por el sonido de RiRi lamiéndose con entusiasmo.

—Entonces, ¿no fueron ese loquero y la chalada de su parienta, esos

que habían secuestrado a los otros dos niños y que luego ella se voló la tapa de los sesos?

Georgia negó con la cabeza.

—No, pero aún sé cómo podemos conseguir el dinero.

Se lo explicó. Jerome asintió con la cabeza. Él empezó a maquinar visiblemente.

—¿Me puedo ir ya? —preguntó ella tímidamente al cabo de un rato.

Jerome estaba muy pensativo.

—Mándame una foto antes de irte.

Ella sacó el iPhone y obedeció enseguida. Jerome escudriñó la fotografía en su Galaxy.

—Más vale que no me estés tomando el pelo —dijo él con recelo—. Como me entere de que esta es una foto cualquiera que te has encontrado por ahí, estás muerta. Lo sabes, ¿verdad?

Georgia asintió enérgicamente con la cabeza. Él puso una cara que hizo que se le escapase un poco más de orina y se encogiera de miedo. Había dejado una mancha en el asiento. Por suerte, él no pareció darse cuenta.

—Te concedo una prórroga. Pero limitada. Una semana, como mucho. Si no me devuelves los cuatro mil en una semana, habrá un interés del cincuenta por cien. ¿Entendido?

Cuando Jerome se hubo marchado, a Georgia las piernas dejaron de sostenerla. Se derrumbó en la gravilla fina del aparcamiento, con la entrepierna empapada de miedo líquido. No tenía ni idea de si había dado un paso para salir del atolladero o se había hundido más en él.

Se agarró la cabeza con las manos y berreó como un bebé. Como lo había hecho Frankie la noche en que se la había llevado. Lloró tanto rato que no se dio cuenta de que todos los demás automóviles se habían ido y los ciervos se habían refugiado en la penumbra de la hierba alta para pasar la noche.

Tampoco reparó en el sonido lejano de un automóvil que regresaba al aparcamiento. No oyó los pasos pesados de Jerome hasta que casi lo tuvo al lado y Rihanna empezó a gruñir. Georgia levantó bruscamente la cabeza e intentó levantarse, pero ya era demasiado tarde. Por un instante, estuvieron frente a frente. El rostro de Jerome era implacable.

—He cambiado de opinión —le dijo—. Lo he pensado un poco, ¿de acuerdo? Saldrá mejor si tú no estás implicada. Ah, y te has meado en el puto automóvil.

Luego, casi como si nada, se agachó y le quitó la correa a Rihanna. Fue entonces cuando Georgia vio el destello de una navaja en la otra mano de Jerome. Dio media vuelta para echar a correr, aunque sabía que era inútil. La perra ya se había lanzado directamente a su yugular con los colmillos al aire antes de que a ella le diese tiempo a recordar la primera frase de «Goodbye Yellow Brick Road».

Rihanna.

No «la perra».

# CAPÍTULO 39

---

## HELEN – DÍA 6

Helen se sorprendió pasando cada vez más tiempo sola en el cuarto de Frankie, sentada en la moqueta de color avena, con la espalda pegada a la barandilla de la cunita, viendo lo que su hija debería estar viendo desde la estudiada posición de su almohada: la estantería y la lámpara mágica giratoria, las pegatinas de Babar el elefante en las paredes... como si la consolara poder ver lo que Frankie no podía.

A veces Helen se subía a la cuna y se ponía en posición fetal, apretando la nariz contra las sábanas de algodón afelpado, desesperada por conservar el aroma de su pequeña en las fosas nasales, así como en el alma. Su único consuelo era que Red Ted también había desaparecido: Frankie debía de estar abrazada a él cuando se la habían llevado o el secuestrador era especialmente considerado. Eso esperaba. Rezaba, con variable esperanza, por cubrir todas las opciones, a un dios que no estaba segura de si existía, pero al que no perdía nada por pedir, por rogarle que le devolviera a Frankie ilesa, que la mantuviera a salvo, que no sufriera ningún daño físico o mental y que Red Ted estuviera con ella.

Ese día, allí tumbada, demasiado traumatizada para moverse, Helen pensó en el inspector Lennon. «Llámeme Patrick», le había dicho él cuando se había presentado. Hacía menos de una semana, pero le parecía una eternidad, una eternidad en el infierno.

Sean acababa de entrar corriendo, abrazado a su iPad.

—No te vas a creer esto —le dijo, ignorando el que Helen estuviese tumbada con los pies colgando del borde de la cunita de Frankie mientras las lágrimas le rodaban en silencio por las mejillas—. Lo he buscado en Google,

a ese tal Lennon, ¿y a que no sabes qué?

A Helen le daban ganas de darle un puñetazo en la garganta por pensar que podía apetecerle lo más mínimo jugar a las adivinanzas respecto al detective al que habían confiado la búsqueda del mayor tesoro de los dos.

—¿Qué? —respondió de mala manera.

—Salió en todos los periódicos hace un par de años. Bueno, él no, su mujer. Fue aquella que tuvo una depresión posparto tan brutal que intentó asesinar a su bebé. Cerca de Hampton Court. ¿Te acuerdas? Lo vimos en las noticias una noche. Tú lo comentaste porque vivían muy cerca de aquí. A ella la encerraron.

Helen se incorporó despacio, con los ojos empañados y la voz pastosa de llorar.

—Ay, Dios mío, claro que me acuerdo. Nos quedamos de piedra. Él mismo la detuvo, ¿no? El caso es que, cuando lo vi, me resultó familiar. Me dieron tanta pena. ¿Estás seguro de que es él? ¿De verdad? —No sabía qué pensar. ¿Era eso bueno? Quizá se esforzase más por encontrar a Frankie porque conocía el dolor de haber estado a punto de perder a su hija, de que todo se viniera abajo de forma tan dramática, pero, por otro lado... solo habían pasado dos años... — ¿Y si no está preparado para llevar el caso? — espetó.

Sean se sentó como pudo a su lado en la cunita y le dio unas palmaditas en el muslo.

—Debe estarlo. De lo contrario, no le habrían permitido llevar el caso. Piensa en cuánto habría afectado negativamente en el equipo de investigación el que lo dejaran volver si estuviera hecho polvo...

Helen miró al infinito, resistiendo la tentación de zafarse de la mano de Sean.

—A mí el otro inspector me pareció muy competente —dijo Sean—. ¿Cómo se llamaba, Winkle?

—Winkler. Estaba investigando a la persona que se puso en contacto conmigo a través de Facebook, pero no he vuelto a saber de él. Supongo que todo quedó en nada.

Aún no había tenido el valor de confesarle su excursión a la cafetería del M&S para terminar descubriendo ella misma que Janet Friars era una chiflada y una pérdida de tiempo.

—A lo mejor deberíamos pedir que lo pongan al mando del caso.

Helen se apartó de las caricias de Sean. Ya no aguantaba más.

—¿Crees que nos harían caso?

—Seguro que sí, si montáramos un escándalo.

—No sé. Yo confío en Lennon. Ese otro tipo... Estoy segura de que me estaba haciendo la ficha. «Además —se dijo—, ni se ha molestado en mantenerme informada.»

Sean sonrió.

—¿Y quién se lo puede reprochar?

A ella no le hizo ninguna gracia.

—No sigas por ahí.

Se quedaron los dos mirando a la pared en silencio.

—De todas formas —dijo Sean—, si el inspector Lennon no llega a ninguna parte en las próximas veinticuatro horas, iré a hablar con su jefa. Y, si eso no funciona, estoy decidido a ir a los periódicos, a contarles lo mal que lo está haciendo Lennon. Después del desastre del cerco policial del otro día, seguro que se mataran por la exclusiva.

Helen siguió dándole vueltas al asunto mucho después de que Sean se hubiese ido de la habitación. A Sean no le gustaba estar mucho rato allí, como si la pena de Helen y la ausencia de Frankie chocasen allí como dos gases especialmente nocivos. Patrick no le daba tanta pena, no tanta como le daba su propia situación, porque el bebé del inspector había sobrevivido, aunque reconocía que aquello debía de haber sido horrible. Mientras vagaba por el cuarto de Frankie tratando de encontrar algo que hacer, se preguntó distraída si se atrevería a sacarle el tema al inspector. Patrick era un tipo peculiar, para ser policía, aunque era muy atractivo. Llevaba el pelo más largo de lo aconsejable y por el cuello de la camisa le asomaba toda clase de zarcillos tatuados. Por no hablar de aquella cara de reticencia disimulada que, de repente, parecía tener más sentido para ella.

Oyó a Sean abajo, echándose hielo en un vaso. En una hora, estaría borracho otra vez, seguro. Se vio tentada de unirse a él en aquel abandono.

Abrió un cajón de plástico rojo de una pila de tres cajoncitos de colores primarios, una especie de piezas de Lego enormes. Alguien había metido allí a presión un puñado de dibujos de Frankie y la gruesa mezcla de témperas había dejado el papel blanquecino de escasa calidad casi ondulado. Repasando los típicos pintarrajos de niño pequeño, encontró algunos de los «napas» que ella había dibujado ante la insistencia de su hija y contuvo la respiración.

A Frankie le encantaban los mapas, a los que ella llamaba «napas». Recientemente había pasado por una fase en la que le pedía a todo el que la rodeaba que le dibujara uno de sus «napas» especiales y a Helen le encantaba la visión del mundo de su hija que eso le proporcionaba. Los «napas» eran una mezcla de fantasía y realidad, el choque entre los hechos y la ficción a lo largo de una línea de puntos que denotaba fronteras imaginarias.

El primer mapa que sacó la devolvió de inmediato a la tarde en que lo había hecho para Frankie, hacía unas semanas, con la pequeña sentada a horcajadas en uno de sus muslos, apoyándose en la mesa para mantener el equilibrio, siguiendo con el dedo las líneas que Helen dibujaba y gorjeando de felicidad a medida que su madre iba añadiendo cada una de las cosas que Frankie le había sugerido.

—Ahí, mami —decía señalando con su diminuto dedo índice—, ahí es donde viven los tres cerditos.

Helen recordaba haber dibujado tres caras rosas con morros y haber escrito con cuidado «casa de los tres cerditos», que se encontraba a escasa distancia de la «casa de Frankie». «Y aquí arriba está el cielo de verdad verdadera de la buena.» Así que había escrito «cielo de verdad verdadera de la buena» con una flecha que señalaba hacia arriba, a las nubes. Aquello le hizo sonreír y sentir a la vez con dolor punzante, como si le clavasen un carámbano afilado en las entrañas. En el mapa había también «un huerto», «el automóvil de Ross» y «ese sitio antiguo donde hacen polos».

Sacó otro, uno que no había visto antes, con la letra redondeada de Alice. «NAPA DE MI CALLE». La palabra había entrado a formar parte del léxico de la familia.

—Ay, Frankie —dijo, suspirando—. Hazme un napa para que sepa dónde estás.

Las dos habían desaparecido, Alice y Frankie. Pero Alice no le preocupaba tanto. No tardaría en volver a casa, en cuanto se le pasara la rabieta y se quedase sin dinero. Estaba con Larry; la madre del chico la había llamado llorando esa mañana y a Helen le había dado vergüenza sentirse tan poco afectada por la grave situación de Alice y su escuálido novio y casi había tenido que fingirse la mitad de preocupada que la histérica que le hablaba desde el otro lado de la línea telefónica.

Helen siguió estudiando el NAPA DE MI CALLE. Alice le había dibujado la puerta azul de entrada, el caminito del jardín, las formas de los automóviles estacionados a la entrada y Frankie había intentado colorearlos.

En el dibujo había unas equis grandes encima de varias de las instrucciones arbitrarias de la pequeña: «gato suave del número 18», «casa de Max», «arenero», «donde se le cayó el ojo a Red Ted»...

Entonces reparó en algo que no había visto hasta ese momento. Había una equis en un extremo de la calle, dibujada por Alice, y debajo rezaba: «fantasma enfadado que vive en la farola».

¿Fantasma enfadado que vive en la farola? ¿Qué significaba eso? Se levantó, se acercó a la ventana de Frankie y subió la persiana para poder asomarse. El punto que Alice había marcado con una equis en la acera de enfrente era la entrada del número 26, donde había vivido hasta hacía poco una pareja gay, hasta que uno había enfermado y se habían ido los dos a una residencia. La casa estaba vacía desde entonces, así que no había ningún fantasma enfadado en ella, ni en ninguna otra parte de la calle, que Helen supiera. Frunció el ceño. Muchos de los comentarios de Frankie no tenían sentido y, para los adultos, eso era lo divertido de jugar a dibujar «napas», pero solían basarse en algo real o en un recuerdo de algo que le hubiera sucedido ese día.

¿Quién era aquel fantasma enfadado y qué hacía a la puerta de su casa? Helen miró tan fijamente y tanto rato las líneas de puntos del napa que estas empezaron a ondear, girando despacio ante sus ojos. Y aquel otro dibujo, el dibujo del hombre que se asomaba por la ventana, que habían encontrado el día de su desaparición, ¿de dónde había salido?

—¿Qué intentabas decirnos, mi niña? —dijo en voz alta al tiempo que se le ocurría una idea.

Hacía solo un par de semanas, Sean había subido al desván una caja entera llena de manualidades de Frankie: napas, dibujos pintados con los dedos y otros hechos con macarrones cubiertos de purpurina y pegados con pegamento en cartulina. Él estaba dispuesto a tirarlos a la basura, pero Helen se había opuesto y habían acordado subirlos al desván. ¿Y si alguien había estado vigilando a Frankie durante semanas y la niña había intentado contárselo de ese modo?

Subió a la segunda planta, los dominios de Alice y, como de costumbre, frunció el ceño al ver la ropa sucia y las toallas húmedas que Alice había dejado tiradas en el descansillo, sin molestarse siquiera en dar los dos pasos necesarios para llevarlas al cesto de la ropa sucia. La barra con la que se abría la trampilla del desván estaba pegada al rodapié de detrás del cesto. Helen la agarró, enganchó el extremo al cierre y desplegó la escalera. Oyó a Sean,

abajo, gritarle a la televisión.

A los quince minutos, bajaba la escalera, buscando a tientas los peldaños mientras trataba de procesar lo que acababa de ver.

# CAPÍTULO 40

---

## PATRICK – DÍA 7

Patrick había visto algunas cosas inenarrables a lo largo de su carrera, pero el ver a aquella chica hinchada y vendada, tendida, inmóvil, en una cama de hospital le afectó tanto que tuvo que apartar la vista de la ventanita redonda de la puerta de la habitación, con los ojos empañados y un nudo en la garganta.

Quizá fuera por lo mucho que su aspecto chocaba con la fotografía de ella que había visto el día anterior en la pared de la cocina de su casa y que la immortalizaba como alguien que ya nunca más volvería a ser: una mujer brillante a punto de dejar la adolescencia para convertirse en adulta, de piel perfecta, sonrosada como un melocotón, y mirada luminosa, reflejo de la percepción de su propia belleza.

O quizá fuera su instinto paternal, que le decía que esa podía ser Bonnie dentro de doce años. Era el mismo temor irrefrenable que lo despertaba de pronto por las noches. Últimamente soñaba que quien se hubiera llevado a Liam e Izzy podía ir por su hija también. En la quietud de la noche, todos los niños que eran víctimas de horrores y tragedias tenían el rostro de Bonnie y Patrick nunca podía salvarla.

Georgia apenas tenía los ojos abiertos. Eran como dos manguitos flotadores negros. La joven yacía lánguidamente, recostada sobre almohadas, con el pelo extendido por ellas como la Dama del Lago. Patrick sospechaba que April se lo había colocado así, probablemente para distraer la mirada de aquella atroz hinchazón que un día había sido el rostro de su hija.

April estaba sentada en una cama plegable situada junto a la cama de hospital de Georgia y parecía no haber pegado ojo en toda la noche. Aún

decoraban sus piernas, por debajo de los pantalones cortos, y le cruzaban los antebrazos los arañazos de la poda que había estado haciendo en el jardín el día anterior.

—Hola, inspector —lo saludó en voz baja—. No nos libramos de usted...

Él le sonrió compasivo y deseó haber tenido el sentido común de llevarle un café y un cruasán o algo así. Carmella lo habría hecho.

—Tengo que hacerle a Georgia unas preguntas. ¿Puedo? —añadió, señalando uno de los horrendos sillones de escay azul del hospital que se encontraba al otro lado de la cama.

April asintió con la cabeza y él se sentó. Sacó su Moleskine y un lápiz y se inclinó hacia delante.

—Georgia, ¿cómo te encuentras hoy? —Qué pregunta más estúpida. Una lágrima brotó de la rendija que quedaba entre los párpados de la joven en el preciso instante en que caía una gota de la bolsa de suero a la vía que llevaba pinchada en el brazo—. ¿Puedes hablar?

—Sí —susurró ella.

Tenía los ojos tan hinchados que Patrick no sabía si lo estaba mirando o no.

—Siento mucho que tengas que pasar por todo esto. Tengo entendido que te encontraron en Bushy Park, ¿qué hacías allí?

—Fui... a correr.

Otra lágrima, otra gota de antibiótico.

—¿Podrías contarme qué ocurrió? —Ella intentó inspirar hondo, pero gimió de dolor por el esfuerzo. Su madre le acarició los dedos y miró ceñuda a Patrick, como acusándolo de acosar a su hija—. Tómame tu tiempo —le dijo él con paciencia, y le dedicó a April lo que pretendía ser una sonrisa de ánimo.

Georgia suspiró hondo.

—Fue... un tipo que se llama Jerome. No sé cómo se apellida. Vive en el... complejo Kennedy.

—¿Jerome Smith? —Ella asintió—. ¿Y por qué te iba a hacer algo así?

—Me... odia.

—¿Por qué, Georgia? —Patrick vio que la joven maquinaba alguna mentira, que intentaba en vano inventar mentalmente alguna historia convincente. La vio morderse el labio—. Georgia, ¿eres consciente de que lo único que puedes hacer ahora es decir la verdad? —le dijo él con toda la

delicadeza de que fue capaz—. Las cosas se han complicado mucho. Ha llegado el momento de sincerarse. Te prometo que todo será mucho más fácil para ti a la larga si me cuentas la verdad ahora.

Se hizo un silencio largo, muy largo. Patrick se revolvió en el sillón de escay y el asiento crujió, rompiendo el silencio.

April se sonó la nariz, luego habló.

—Georgie, cielo. Si te has metido en un lío, lo arreglaremos. Yo no me voy a enfadar y papá tampoco, te lo juro. Sea lo que sea lo que ha ocurrido, eres nuestra hija y te queremos más que a nada en este mundo. Estaremos a tu lado.

Lloraban las dos.

—Mamá, ¿dónde está papá?

Georgia giró un poco la cabeza como si su padre hubiese estado allí todo el tiempo, sosteniéndole el gotero.

—Está de camino, cariño. Viene en avión, de su congreso en Singapur... Ha venido en cuanto se ha enterado. Pronto estará aquí.

Se estaban desviando del tema. Patrick intentó reconducirlas.

—Entonces, Georgia, ¿por qué quería hacerte daño Jerome?

Ella volvió a gemir.

—Le debo dinero. Me... dio unas drogas para que las vendiera y... — Su voz se volvió apenas audible—. Me las dejé olvidadas en el autobús y me persigue para que se las pague.

A Georgia le costaba creer que aquello estuviese sucediendo. Hacía un par de años, solía tener fantasías en las que estaba en el hospital, con la pierna escayolada después de un accidente de tráfico, quizá, o tras rescatar a un bebé de un edificio en llamas o algo por el estilo. En su imaginación, ella estaba tumbada en la cama y todos sus amigos y familiares la rodeaban, compasivos, y le hacían mimos. Los mismísimos One Direction iban a verla, en persona, y le llevaban flores porque era una heroína. Zayn se enamoraba de ella y empezaban a salir. Y ella aparecía en los periódicos.

Y ahora que aquello estaba ocurriendo de verdad, aquel era el último sitio en el que le apetecía estar y no querría que ninguno de sus amigos, y menos aún One Direction, la vieran allí tumbada, vendada como una momia egipcia. Le dolía el cuerpo entero, pero, sobre todo, la cara y el vientre. No podía moverse.

Y, para colmo, su madre la miraba fijamente con una cara de horror que

nunca, jamás, le había visto antes, como si ella, Georgia, fuese un extraterrestre recién llegado de Marte. ¿Quién decía que contar la verdad era lo mejor? Acababa de confesar lo de las drogas, que Jerome había intentado matarla. «Ay, Dios mío —se dijo—, ahora que lo he delatado, vendrá por mí sin dudarlo.»

Entonces una nueva punzada de dolor le recorrió el cuerpo entero. La cara se le quedaría llena de cicatrices para siempre... ¿Cómo iba a ser de otro modo si ella misma se notaba los pinchazos y la comezón de cada punto con el que le habían reconstruido las mejillas? Le daba la impresión de tener cientos de puntos. Ya estaba acabada, ¿qué más le daba que Jerome quisiera matarla de verdad? Lo haría ella misma antes de que él la encontrase. Por nada del mundo se iba a pasar la vida siendo un monstruo del que todo el mundo se compadeciera. Ni hablar.

Luego sintió la punzada de algo igualmente doloroso: el remordimiento. No podía quitarse la vida sin confesar primero lo que sabía de Frankie. Debía decir algo. Peor de lo que estaba ya no podía estar. Aquel detective tan agradable estaba sentado a su lado, mirándola, con el lápiz sobre la libreta. Si no le contaba entonces lo que sabía, quizá no tuviese nunca otra ocasión de hacerlo. Alice ya no volvería a hablar con ella nunca más, pero ¿y qué? Ella ya no estaría presente, así que ¿qué más le daba?

—Hay algo que quiero enseñarle —susurró antes de cambiar de opinión. Su madre parecía a punto de vomitar.

—¿Sí? —dijo el inspector.

—En mi teléfono... la última foto... Es de la persona que se llevó a Frankie.

Tanto su madre como el detective hicieron un aspaviento y April se abalanzó por el iPhone que estaba en el armarito de la mesilla de noche.

—Dime, Georgia. Cuéntamelo todo. —El inspector ya no parecía tan sereno.

Ya estaba, se dijo Georgia. Después de confesar todo, no se sentía tan mal. De todas formas, aquello había sido como un sueño, una pesadilla en duermevela. No tenía nada que perder.

Se obligó a recordar. Se encontraba en el baño de Alice, allí fue donde se le ocurrió la idea...

Era una idea brillante.

Podría pagar a Jerome... ¡Y comprarse un automóvil y apuntarse a la autoescuela con lo que le sobrara! Se moría de ganas de tener un Mini Cooper, rojo, con techo solar negro. Cesaron los retortijones. Georgia seguía sentada en el váter, inmóvil, mirando fijamente la cifra, «Cien mil libras», impresa en negrita. Estaba segura de que, si ofrecían esa suma por los dos niños desaparecidos, habría una recompensa similar si desaparecía otro, quizá incluso mayor aún.

Frankie conocía a Georgia. No se opondría a hacer una pequeña excursión con ella. Georgia llevaba las llaves del apartamento de sus padres en el bolsillo porque allí era donde habían grabado la película. Sus padres nunca iban. Cada dos meses o así, su madre mascullaba algo sobre «volver a alquilarlo», pero, como ese dinero no les hacía falta, nunca lo hacían y el apartamento seguía desocupado. Estaba a cinco minutos a pie de allí.

Aquello era pan comido.

La asaltó de nuevo el optimismo. ¡Había encontrado una solución! Tiró de la cadena, se lavó las manos, salió con sigilo al descansillo y subió la mitad de las escaleras que conducían a la habitación de Alice. Como sospechaba, todo estaba en silencio, aunque, al escuchar con atención, oyó unos discretos gemidos y jadeos. Genial.

Volvió a bajar de puntillas y encontró una bolsa de Waitrose en la cocina y metió en ella un par de jarritas de plástico con boquilla y un biberón de entre las decenas de ellos que había en el armario. Helen era una de esas madres que almacenaba reservas en la cocina como si estuviera a punto de estallar una guerra nuclear: el armario que había al lado del frigorífico estaba repleto de leche, barritas de cereales, paquetes de pasas y bolsas de patatas Pom-Bear. Encontró pañales braguita debajo de la pila y se llevó media docena. Nadie notaría que habían desaparecido algunas cosas y, al día siguiente, saldría a comprar más provisiones si conseguía robarle a su madre algo de dinero del monedero. Miró el enorme reloj de la pared: las 22:05. Los padres de Alice no volverían por lo menos hasta las once. Y Larry y Alice estarían en la cama media hora más.

Dejó la bolsa llena de cosas junto a la puerta de servicio y subió con sigilo las escaleras. Frankie llevaba un pijama rosa de Tinkerbell y respiraba tranquila, con el pulgar metido en la boca. Estaba calentita y tenía unos mechoncitos de pelo negro pegados a la frente. Para comérsela.

Georgia titubeó por primera vez. ¿Dormiría bien Frankie con ella en la cama de matrimonio del apartamento de sus padres? ¿Qué haría con ella

cuando tuviera que salir a comprar cosas? No podía llevarla consigo. Claro que serían solo unos días y tampoco la dejaría sola mucho rato cuando no tuviese más remedio que salir. Nadie la oiría si lloraba: aquel apartamento daba al jardín, lejos de la calle. Además, que ella supiera, en la primera planta no vivía nadie y, cuando habían estado allí hacía unos días para grabar la película, el correo de los vecinos del apartamento de arriba estaba amontonado en el vestíbulo, así que debían de estar de viaje...

¿Se la llevaba? Volvió a mirarla. Helen se volvería loca de preocupación. Quizá encontrase un modo de hacerle saber que Frankie estaba a salvo. No, qué boba, se dijo. No pasaría nada. Solo serían un par de días, luego podría ir a comisaría con Frankie y decir que había oído un llanto en el aparcamiento, que había ido a investigar, que la había encontrado abandonada y, lógicamente, que había visto enseguida que era la hermanita de su amiga. Todos se alegrarían muchísimo. Le darían la recompensa y, sin la menor duda, volvería a tener paga. ¡Helen y Sean le estarían tan agradecidos! Sonrió, disfrutando por adelantado de aquel triunfo. Y se imaginó yendo a clase en su nuevo Mini. Podría pagarse el impuesto de circulación, las clases de conducir y todo lo demás. Todo a cambio de un par de días algo incómodos para ella y para Frankie y de preocupación para Helen, Alice y Sean.

Sí, desde luego merecía la pena asumir el riesgo.

Sacó a Frankie de la camita y la pequeña resopló, abriendo y cerrando la boca como un pececillo. Había un vigilabebés en la cómoda, pero no estaba encendido. Georgia sabía que era porque la niña ya casi nunca se despertaba una vez conciliaba el sueño y, si lo hacía, tenía una voz lo bastante potente como para alertar a sus padres sin necesidad de amplificación.

—Ven, chiquitina —le susurró—. Nos vamos de excursión. ¿Quieres? Me vendría muy bien tu colaboración.

Tomó a Frankie en brazos, apoyándole la cabecita en su hombro. Vaya, sí que pesaba. Pensó en llevarse la sillita, pero luego descartó la idea: seguro que un secuestrador de verdad no haría algo así. La niña balbució algo, después volvió a dormirse, aún abrazada a su extraño y escuálido osito de peluche. Genial.

Georgia bajó las escaleras de puntillas hasta la puerta de servicio y agarró la bolsa de camino. Cuando el aire frío de la noche azotó los mofletes calientes de Frankie, la niña se despertó sobresaltada y gimoteó un poco, con lo que Georgia tuvo que taponarle la boca con la mano. Se detuvo en seco al

abrigo de las sombras del jardín trasero y alzó la vista a la ventana del dormitorio de Alice, pero no detectó movimiento. Su amiga debía de estar entretenida con Larry y no habría oído nada. En las casas vecinas de ambos lados tampoco había luz ni ruido.

Avanzó aprisa hasta el final del jardín; con el peso de Frankie, empezó a sentir dolor lumbar. Menos mal que el apartamento no estaba muy lejos, pero ¿cómo iba a impedir que la vieran por el camino? En cuanto se informara de la desaparición de Frankie, alguien podría declarar que había visto cómo se la llevaban. No había pensado en eso. Se detuvo junto a la cancela y pensó rápido. Conocía bien la zona: Alice y ella solían recorrer en bici el laberinto de callejones a los que los vecinos sacaban la basura, las finas arterias que conectaban todas aquellas casas grandes. En cuanto cruzara la calle, se dijo satisfecha, podría llegar por los callejones.

Esperó en la oscuridad, junto a la cancela, para asegurarse de que no había nadie por allí, ningún vecino paseando al perro con sigilo o alguno de esos puñeteros *runners* obsesivos que corrían a todas horas. Frankie abrió los ojos y la miró sorprendida, así que Georgia le acarició la cabeza y le puso el peluche delante de la cara para que se abrazase a él.

—No pasa nada, Frankie, vuelve a dormirte —le dijo.

Una furgoneta Volkswagen Camper se deslizó muy despacio por la carretera como buscando aparcamiento y Georgia se encogió todo lo que pudo, pegada a la cancela, pero, para horror suyo, la conductora, una mujer negra, miró directamente hacia donde ella estaba. «Mierda, mierda, mierda — se dijo, cerrando los ojos—. ¡Joder!»

No se lo podía creer. ¡La primera persona que había pasado por delante la había visto! Se le aceleró el corazón y le dieron ganas de llorar. ¿Qué hacía, volvía a llevar a Frankie dentro y se olvidaba del asunto?

Pero aquella mujer no podía haberla visto bien, a lo mejor ni siquiera se había dado cuenta de que llevaba a Frankie en brazos. Prácticamente era noche cerrada ya. No debía preocuparse. Seguramente estaba algo paranoica.

Esperó unos minutos. No apareció ningún vehículo más y, cuando asomó la cabeza, tampoco vio a ningún *runner*, ni a nadie más. La calle estaba oscura y silenciosa, solo perduraba en el aire el perfume de un día estival que llegaba a su fin. Un súbito movimiento la sobresaltó, pero no era más que un zorro que se escabullía en silencio por la acera.

Georgia se puso en marcha, cruzó aprisa la calle y pasó unas cuantas casas hasta llegar al siguiente callejón.

No reparó en la mujer, que la seguía a una distancia prudencial. No tenía ni la menor idea de que la seguían, hasta que se encontró delante del portal apartado del apartamento de sus padres, buscando entre el manojito de llaves la que abría la puerta.

La voz le susurró furiosa al oído y la pilló completamente por sorpresa, tanto que casi se le escapa Frankie de los brazos y a la pobre niña se le cayó el osito al suelo.

—Dámela. Ahora mismo.

Patrick se quedó pasmado, mudo, unos instantes, cuando Georgia, visiblemente agotada, terminó de contar su historia. Miró la foto del teléfono. Calculaba que la mujer tendría unos treinta y muchos años. Se parecía un poco a Helen Philips: el mismo tono de piel, los ojos almendrados, la boquita de piñón.

—¿Te vio hacerle la foto? —preguntó.

—Sí. Y me quitó el teléfono y la borró.

—No lo entiendo.

Georgia lo miró de un modo que le hizo sentirse muy mayor.

—Lo tengo configurado para que guarde las fotos directamente en la nube, ya sabe, online, así que siempre hay una copia en el teléfono y una en Internet. De ese modo nunca las pierdo y puedo publicar las que me gustan en Facebook o donde sea.

—Qué maravilla —dijo Patrick.

Lo primero que debía hacer, después de asegurarse de que todos los policías de Londres tenían esa fotografía, era enseñársela a los Philips, para ver si reconocían a aquella mujer.

—¿Por qué no acudiste a nosotros y nos contaste lo que habías hecho? Estabas viendo el daño que les habías hecho a Alice, Helen y Sean, ¿cómo podías soportarlo?

Georgia volvió la cara, incapaz de mirarlo a los ojos.

—No podía contarles lo que había hecho. Alice me habría odiado eternamente. Todos me habrían odiado. Además, pensaba que iría a la cárcel. —Volvió la cabeza de nuevo, lo miró por fin—. Tenía miedo. —Patrick meneó la cabeza—. ¿Inspector? —le dijo en voz baja.

Patrick sintió pena por ella. Había hecho una tontería descomunal, que había agravado con egoísmo y miedo, pero ahora tenía la cara destrozada. Su vida jamás volvería a ser lo mismo. Su vida ya nunca sería tan buena.

—¿Sí, Georgia?

—Si la encuentra... si Frankie está bien... ¿podré cobrar la recompensa?

Tengo la regla. Durante años, cada vez que me venía, lloraba de rabia y de frustración. Sabía que yo podía quedarme embarazada, que no me pasaba nada malo. Los médicos me lo habían confirmado. El recuento de espermatozoides de Howard era entre bajo y normal, pero estaban ahí, serpenteando por ahí dentro de él y, varias veces al mes, sin fallar, serpenteando dentro de mí también, pero nunca remataban la faena.

Y durante años —aunque eso no podía contárselo a mi marido— supe, en el fondo, por qué nunca me quedaba embarazada. Era por lo que había hecho. Por lo que me había pasado. Ese era mi castigo. Todos los meses me venía el período y me recordaba el terrible secreto que me había obligado a olvidar para el resto de mis días, que ocultaba con pastillas, drogas y sol.

Mi vergüenza. Mi pasado.

Hoy, en cambio, la llegada de la regla no me ha hecho llorar ni gritar. Porque por fin tengo una hija.

Otra vez.

Nunca olvidaré la cara de imbécil de esa chica cuando le he plantado cara y me he llevado a Frankie. Sabía que esa adolescente no gritaría. No quería que nadie supiera lo que había hecho. Se ha visto atrapada por su terrible secreto.

Al principio, no pensaba quedarme a Frankie. Iba a devolverla de inmediato, pero, en cuanto la he metido en la furgoneta, me he dado cuenta de algo: de que quería estar más con ella. Dedicarle tiempo, conocerla mejor. Esa noche no estaba asustada. Tenía demasiado sueño y estaba muy confundida. Se quedó dormida casi de inmediato y yo me senté a acariciarle el pelo y pensé en lo bonita que era.

Por la mañana, empezó a preguntar por sus papás. Le prometí que la llevaría a casa e incluso me dispuse a hacerlo, pensando en soltarla por allí cerca, convencida de que sabría volver ella sola.

Pero, cuanto más nos acercábamos a las casa, más me costaba dejarla. No podía devolverla.

Era tan perfecta. La niña con la que siempre había soñado. Yo me la merecía; Sean y Helen, no. Era así de sencillo. ¿Por qué iban a tenerlo ellos todo si yo no tenía nada?

Así que seguí conduciendo. Salí de la ciudad. Recorrimos kilómetros y kilómetros.

Sabía que la policía pensaría que a Frankie (iba a cambiarle el nombre en cuanto pudiera) se la habían llevado las mismas personas que habían secuestrado a Izzy y Liam, esos niños que salían en todos los telediarios. Salvo que esa adolescente imbécil confesara —algo que veía del todo improbable—, la policía seguiría una pista equivocada.

Era facilísimo. Por primera vez en mi desastrosa vida, tenía un golpe de suerte.

Solía creer que Dios me odiaba. De pronto, al parecer, lo tenía de mi parte.

Hasta que atraparon a quienes habían secuestrado a Liam y matado a Izzy. Desde entonces, he estado preocupada. Cualquiera día se enterarán de lo ocurrido. Esa adolescente se derrumbará y confesará. O nos verá alguien.

Cuanto más lo pienso, más claro tengo que nadie nos va a separar jamás. No puedo permitir que eso suceda. Ya lo perdí todo una vez y ahora que tengo lo que tanto he ansiado durante todos estos años prefiero morir a volver a perderlo.

Me pongo el tampón y me lavo las manos. Frankie está tumbada en la cama, con el pelo apelmazado y sucio. Se estremece cuando alargo la mano para acariciárselo.

Hay un periódico tirado en el suelo, uno que me he agenciado hace un rato. Allí, en la página 5, está esa foto que tan bien conozco ya. «Helen y Sean Philips con su hija desaparecida, Frankie.» Le acarició la cara a Sean y pliego el diario de forma que Helen, que está a su izquierda, desaparezca.

Una vocecilla a mi espalda dice «Papá».

La furgoneta apesta. Estoy harta de vivir así. Harta de huir.

Ya sé lo que tengo que hacer.

Me siento al lado de Frankie y le acaricio el pelito suave.

—¿Qué te parecería que tú y yo estuviésemos juntas por siempre jamás?  
—le susurro.

# CAPÍTULO 41

---

## PATRICK – DÍA 7

Eran las once y cuarto de la mañana y Sean Philipsapestaba a alcohol, no al alcohol residual de la mañana siguiente que Patrick había detectado en su última visita a aquella casa, sino al de haberse bebido una copa recientemente. Tenía los ojos llorosos, no enfocaba bien y, cuando dijo «¿Usted otra vez?», lo hizo arrastrando las palabras.

—Más vale que pase —añadió y, entrando en el salón, se desplomó en el sofá. La televisión estaba encendida, emitían una reposición de Colombo. Sean rio—. Tiene algo más que preguntarme, ¿a que sí?

Patrick tomó asiento.

—¿Se encuentra bien, Sean?

—¡Huy, como nunca!

Giró la cabeza de un lado a otro como si buscara algo, luego la dejó caer entre los pliegues del sofá.

—¿Dónde está Helen? —preguntó Patrick.

—No lo sé. Ha salido a primera hora de la mañana, antes incluso de que yo me levantara. Seguramente está harta de verme, no se lo reprocho. Cree que soy un inútil. Ya nos vio discutir el otro día. Ahora siempre estamos así. Duerme tan pegada al borde de la cama que no dejo de pensar que en cualquier momento se va a caer. Me parece que le repugno. Se pasa el día en Facebook. Eso hacía ayer cuando me fui a la cama. Un matrimonio no sobrevive a estas cosas, ¿verdad? Y Alice se ha instalado en casa de Larry. Los he espantado a todos.

—Venga, Sean... Al menos sabe que Alice está a salvo.

—Sí, pero usted nunca va a encontrar a Frankie, ¿a que no? —dijo,

mirando fijamente a Patrick con los ojos irritados. Antes de que el inspector pudiera responder, Sean enterró la cabeza en las manos. Patrick se prometió que, en cuanto saliera de allí, enviaría otro mediador a la casa. Para que llevase a Sean Philips a terapia. Sean alzó la mirada—. Cuando conocí a Helen, pensé que era lo mejor que me había ocurrido jamás. Yo quiero a Alice pero... —Tragó saliva ruidosamente—. Cuando nació Frankie, fue como si... como si también yo lo hubiera hecho. Como si hubiese vuelto a nacer. —Patrick esperó—. Era tan bonita. Fue un nacimiento difícil, ¿sabe? Helen estuvo de parto casi dos días después de que se lo indujeran. Pensábamos que el bebé jamás iba a salir. Helen estaba agotada y, cuando por fin empezó a tener contracciones, le pusieron la epidural. Se agarró a mí con fuerza mientras le clavaban la aguja. Una lágrima le rodó por la mejilla y aterrizó en mi brazo desnudo. Nunca la he querido tanto como en aquel instante.

—Lo entiendo —dijo Patrick, aunque, en su fuero interno, pensaba que el exceso de alcohol estaba haciendo que Sean se pusiera sentimental. Él jamás le habría hablado a otro hombre en esos términos tan ñoños.

—Y la epidural no le hizo efecto. Berreaba de dolor. Las matronas entraban y salían corriendo de la habitación. Por fin llegó otro anestesista que le inyectó la dosis correcta. Luego esperamos toda la noche a que Frankie saliera por fin. Cuatro kilos pesó. Nació criada, como se suele decir. —Esbozó una sonrisa que se desvaneció tan rápido como había aparecido—. Frankie. Desde ese primer instante, supe lo especial que era. Mi redención —añadió en voz más baja. Sorbió ruidosamente y se limpió la nariz con el dorso de la manga. Notó que Sean hacía un esfuerzo sobrehumano por recomponerse. Le temblaban las manos—. Y ahora ya no está.

—La vamos a encontrar —le prometió Patrick.

Se preguntó cuántas veces habría dicho eso la última semana. Cuántas lo había creído de verdad.

—No —negó Sean—. Se ha ido para siempre. He estado leyendo sobre eso. Las probabilidades de encontrarla... hace tiempo que se esfumaron. Ahora solo nos queda un milagro.

—Sean, ha ocurrido algo. Estamos avanzando.

—¿Qué?

Patrick sacó el teléfono.

—Le voy a enseñar una fotografía. Necesito que me diga si ha visto alguna vez a esta persona.

Cruzó la estancia y, acuclillándose, le enseñó a Sean la foto que Georgia había hecho.

Sean miró la fotografía un buen rato. Las manos, observó Patrick, le temblaban con mayor violencia.

—No —dijo por fin—. No tengo ni idea de quién es. ¿Por qué?

El inspector procuró disimular su gran desilusión.

—Es alguien con quien queremos hablar, nada más. ¿Está completamente seguro de que no la conoce?

—No la he visto en mi vida —aseguró Sean, meneando la cabeza.

Patrick se guardó el teléfono.

—¿Podría decirle a Helen que me llame cuando vuelva?

El otro miraba al infinito, como ido.

—¿Sean?

—¿Eh...?

—Le he pedido que le diga a Helen que me llame cuando llegue a casa.

Sean Philips asintió con la cabeza, pero Patrick no estaba seguro de que se hubiera enterado. Suspiró y se levantó.

—Volveremos a hablar pronto, ¿de acuerdo?

—Usted tiene hijos, ¿verdad? —le dijo Sean.

—Sí, una niña. Tiene casi dos años.

—Haga lo que haga, cuide de ella —le aconsejó Sean, acercándose y calentándole el rostro con su aliento etílico—. No la pierda de vista.

Patrick se detuvo un instante junto a la puerta de entrada abierta, conmovido. Tenía que buscarle ayuda a Sean, pero lo mejor que podía hacer era encontrar a Frankie. Debía encontrar a la mujer que se la había arrebatado a Georgia y rezar para que no la hubiese matado ya.

Lo oyó moverse por la casa y entrar en la cocina, oyó el inconfundible sonido del hielo al chocar con el cristal, el traqueteo de botellas cuando abrió el frigorífico.

El inspector salió de la casa, cerró la puerta y enfiló el sendero de entrada.

Había una mujer robusta al otro lado del murete, fumándose un cigarrillo, con un par de bolsas del supermercado a los pies. Era la madre de Sean. Vestía ropa más o menos elegante, del estilo de la que llevaba su propia madre —de M&S, BHS o Next—, pero daba la impresión de que iría más cómoda con un chándal holgado. ¿Cómo se llamaba? Eileen, eso era. Al verla fumar, sintió una imperiosa necesidad de fumarse un cigarrillo de verdad y

tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano y darle un par de caladas a su cigarrillo electrónico para no pedirle uno.

—¿Señora Philips?

Ella lo escudriñó.

—Ah, usted es ese detective.

—Ese soy yo, sí.

—¿Han avanzado algo en la búsqueda?

Tosió y le dio otra calada; las arrugas de las comisuras se le acentuaron.

No quería darle esperanzas, aún cabía la posibilidad de que todo se fuese al garete.

—Todavía no.

La mujer frunció el ceño, tiró el pitillo y lo apagó con la punta del pie.

—¿Cree usted en las maldiciones, inspector?

La pregunta lo dejó pasmado.

—¿Maldiciones?

—Sí, por ejemplo, en una familia maldita. Tocada por la mala suerte.

Cualquiera que vea la casa de Sean pensará que ha tenido suerte. Partió de la nada, ¿sabe? Éramos tan pobres que ni se lo imagina. Pero se ha partido el lomo trabajando para conseguir todo esto —añadió, señalando a su alrededor—. Y fíjese en lo que le ha pasado ahora. La pobre chiquitina secuestrada por vaya usted a saber quién, Alice descarriada...

Patrick se preguntó cuánto sabía Eileen sobre lo que Alice había estado haciendo o si se habría enterado de la detención y de que la niña había decidido no volver a casa después de que la soltase la policía.

—No creo en las maldiciones, señora Philips, pero entiendo que a veces la gente piense que es víctima de una, cuando todo empieza a salirle mal.

Eileen agarró las bolsas de la compra.

—Me pregunto si algún día saldrá algo bien.

—Espere, antes de que se vaya, ¿podría echarle un ojo a esta fotografía y decirme si conoce a esa mujer? —le pidió, sacando el teléfono.

Ella puso los ojos en blanco como si aquello fuese un terrible fastidio. Primero la miró de refilón, pero luego se volvió a mirarla de nuevo. A continuación, la miró fijamente, boquiabierta, enseñando su dentadura amarillenta.

—Madre del amor hermoso —dijo, completamente perpleja.

—¿La conoce? —inquirió Patrick, procurando disimular la emoción.

Eileen Philips se hurgó en el bolso en busca de otro cigarrillo y lo

encendió. Las manos le temblaron como habían temblado las de su hijo hacía cinco minutos.

—Es la exmujer de Sean.

—¿Qué?

—La madre de Alice.

¿Se encuentra bien, señora Philips?

La mujer hizo una mueca de dolor.

—Necesito sentarme. ¿Cuándo se hizo esa fotografía?

—La semana pasada.

—¿En... en Londres?

—Sí. Muy cerca de aquí.

Eileen se estremeció.

—¿Y cree usted que tiene algo que ver con la desaparición de Frankie?

Patrick estaba deseando volver adentro para hablar con Sean, averiguar por qué le había mentido cuando le había preguntado si la conocía, pero también quería sonsacarle a Eileen todo lo posible. Se había topado con una caja repleta de secretos familiares y la señora Philips, presa de la conmoción, le estaba permitiendo echar un vistazo dentro. Tenía que examinar el contenido antes de que la mujer se pusiera a la defensiva y bajara de golpe la tapa.

—Pensaba que la primera mujer de Sean había muerto cuando Alice tenía tres años —dijo Patrick. Cayó entonces en la cuenta de que esa era precisamente la edad que tenía Frankie entonces.

Eileen le dio una calada al cigarrillo. Cada vez que veía cómo se le arrugaba la boca, Patrick se alegraba de haber dejado de fumar.

—Eso es lo que le dijo a Alice. No quería que supiese que su madre se había largado y la había abandonado. —La vio sacar una revista de una de las bolsas de la compra y abanicarse con ella. Mentía en algo, pero, antes de que pudiese hacerle más preguntas, dijo—: Ay, de verdad, tengo que sentarme... No sé cómo va a reaccionar cuando descubra que Penny está... —Se interrumpió.

—¿Es así como se llama? —Ella asintió con la cabeza—. Vamos dentro.

Eileen abrió con su propia llave. La casa estaba en silencio, la televisión apagada. Patrick asomó la cabeza a la cocina, pero no había nadie, solo una botella de vodka medio vacía en la encimera.

—¿Sean? —lo llamó Eileen. No hubo respuesta.

Patrick miró en el salón y en el comedor. Sintió una extraña desazón, la misma clase de desagradable hormigueo que experimentó aquel día en que, al llegar a casa, se encontró a Gill sentada en las escaleras.

—¿Sean? —lo llamó él también. Tampoco hubo respuesta—. Estaba abajo hace un momento... Quédese aquí —le ordenó a Eileen.

Subió corriendo las escaleras. La primera habitación era la de Frankie. Pasó de largo y llamó directamente a la puerta del dormitorio de matrimonio antes de abrir la puerta de un empujón. No había nadie allí. Volvió a llamarlo a voces. ¿Se habría escabullido por la puerta de servicio mientras él hablaba con Eileen? Miró en el baño, luego en el despacho y en el cuarto de Alice. Todos estaban vacíos.

Le quedaba una habitación por mirar: la habitación de Frankie. Entró.

—¡No!!

Sean Philips se había colgado de la lámpara, llevaba el cinturón anudado al cuello. Los pies se mecían a unos centímetros de la cunita de su hija.

Patrick saltó a la cama, abrazó a Sean y lo levantó, gruñendo del esfuerzo, pero no podía llegar al cinturón y sostener a Sean, que era un peso muerto. Lo soltó y alargó ambas manos para soltar el cinturón de la lámpara. El cuerpo de Sean se desplomó y aterrizó con las extremidades inferiores en la cama, la cabeza y los hombros en el suelo. No respiraba. Patrick se arrodilló junto al cuerpo en el preciso momento en que Eileen entraba en la habitación, veía a su hijo y empezaba a gritar.

Quince minutos después, tras un intento inútil de reanimarlo, con los gritos de Eileen perforándole el cráneo mientras se esforzaba por devolverle la vida a su hijo, Patrick consiguió sacar a la mujer de la habitación y sentarla en el sofá, donde se encontraba plantada, con la mirada perdida en el infinito. El inspector llamó entonces a comisaría para informar de lo sucedido.

Sean había mentido al decirle que no conocía su exmujer e inmediatamente después se había ahorcado. ¿Qué ocultaba? ¿Estaba implicado de algún modo en la desaparición de Frankie? Patrick había registrado la casa entera, pero no había encontrado ninguna nota de suicidio. No había otra explicación que la que a Patrick le revolvió el estómago: que el ver la foto de su exmujer en el teléfono del inspector lo hubiera precipitado al abismo.

Necesitaba hablar más con Eileen y debía averiguar con urgencia dónde estaba Helen.

Volvió al salón. Eileen sufría una fuerte conmoción. Se sentó enfrente de ella y alargó una mano. Parecía catatónica, apenas respiraba. Tenía la cajetilla de tabaco en la mano como si fuera a encenderse un pitillo y se hubiera quedado petrificada. Por un instante, Patrick temió que le hubiese dado un ictus. No estaba en condiciones de hablar.

«¿Cree usted en las maldiciones?»

La frustración le reconcomía las entrañas. Ahora sabía quién tenía a Frankie, pero no si la pequeña estaba viva o muerta, ni por qué lo había hecho Penny, la exmujer de Sean. ¿Dónde demonios estarían?

Demasiadas preguntas. ¿Sabría Helen la verdad, que Penny no había muerto, o solo se lo habrían ocultado a Alice?

Tenía que hablar con Helen urgentemente. Primero porque debía saber lo que había ocurrido allí, pero también porque le daba la impresión de que ella era una pieza esencial de aquel rompecabezas.

Oyó vehículos que se detenían a la entrada, portazos, pasos pesados que se acercaban a la casa. En breve, aquella casa de los horrores quedaría sellada por segunda vez en una semana y de ella saldría el cadáver de Sean.

¿Dónde estaba Helen? Estaba a punto de volver a intentar llamarla cuando cayó en la cuenta. Sean le había dicho que Helen se pasaba el día en Facebook, que eso era lo último que le había visto hacer la noche anterior. Helen le había dicho a Winkler la semana anterior que una mujer se había puesto en contacto con ella para decirle que sabía dónde estaba Frankie, pero Patrick había hecho caso omiso, pensando que se trataba de algún trol.

¿Y si no había sido ningún trol?

Sintió náuseas de nuevo. Sabía con quién debía hablar.

# CAPÍTULO 42

---

## PATRICK – DÍA 7

—¿Dónde está Winkler?

Carmella levantó la vista del ordenador.

—¡Patrick! Me acabo de enterar de lo de Sean Philips...

—Luego te cuento. Tengo que hablar con Winkler inmediatamente.

Hizo bocina con las manos y gritó.

—Eh, ¿alguien ha visto a Fonzie?

Patrick reprimió una sonrisa. Había olvidado que ese era el apodo de Winkler, uno bastante mal intencionado.

—Creo que se ha ido al gimnasio —respondió uno de los agentes desde el fondo de la sala.

—Claro, ¿dónde iba a estar si no? —murmuró furioso el inspector.

Se acercó airado a la mesa de Winkler y se sentó en su sitio. Era el escritorio más recogido que había visto en su vida, ni un solo papel suelto, ni experimentos científicos en la taza de café, como en la taza de Patrick. Cualquiera diría que Winkler nunca hacía nada. El ordenador estaba protegido por contraseña, así que empezó a probar combinaciones al azar.

meencanto

soyfeliz

winkler

Ninguna funcionó. Se disponía a teclear otra cuando oyó una voz familiar.

—¿Qué coño estás haciendo?

Era Winkler, con su notable mata de pelo aún húmeda de la ducha, la piel resplandeciente de sudor, los bíceps abultados.

—Tú tienes acceso a la cuenta de Facebook de Helen Philips. Necesito echarle un vistazo, ahora mismo.

—Ajá —dijo Winkler con mirada chispeante—. No creo que deba hacerlo.

—¿Por qué demonios no? —preguntó Patrick indignado, notando cómo se le crispaban los nervios.

—Es privado, ¿no? Además, no hay nada más de utilidad en él. Ya lo he revisado yo todo.

Patrick inspiró hondo.

—¿Cuándo fue la última vez que lo miraste?

Winkler se encogió de hombros.

—No sé. Hace un par de días. Lo único que ha hecho ha sido publicar decenas de comentarios en las páginas de «Encontremos a Frankie Philips».

—Entró anoche. Me lo dijo Sean. Tengo que echar un vistazo... ahora mismo.

—Ya lo miraré yo luego —le contestó Winkler con un manotazo al aire.

Se acabó. Patrick vio un destello rojo y, sin saber muy bien lo que hacía, lo agarró por la pechera de la camisa con ambos puños, arrancándole un par de botones al arrastrarlo hacia sí hasta que la nariz de ambos casi se tocaba.

—Dame el usuario y la contraseña —le dijo en voz baja.

Winkler levantó las manos y se apartó, zafándose de Patrick.

—Serás gilipollas. Esta camisa es de Ralph Lauren, joder...

Patrick se abalanzó sobre el otro y lo pilló desprevenido, con lo que cayeron los dos al suelo. Patrick se incorporó y volvió a agarrarlo de la pechera, llevándose de camino un puñado de vello pectoral.

Winkler gritó y levantó enseguida las rodillas para golpear a Patrick los muslos, este lo soltó y Winkler aprovechó para apartarse, ponerse en cuclillas y asestarle un puñetazo en el oído. Un fuerte dolor le estalló en la cabeza, pero fue capaz de detener el segundo puñetazo y armar los puños para golpearle él también.

Notó unas manos en la parte superior de los brazos que lo retenían, oyó gritos, a Carmella susurrándole, aunque el fragor de sus oídos le impedía distinguir lo que decía. Otros dos policías habían agarrado a Winkler y lo apartaban.

—¿Qué demonios pasa aquí?

Era Suzanne. Desde donde Patrick estaba, tirado en el suelo, parecía un gigante de dos metros y medio.

—Levantaos. Los dos.

Patrick se puso en pie despacio, jadeando, y Winkler hizo lo mismo. Con una mano, Winkler se sujetó la camisa abierta; con la otra, le hizo un gesto obsceno a Patrick.

—Este capullo me ha atacado.

Patrick contó hasta cinco mentalmente. No iba a ponerse a la altura de un adolescente, aunque así fue como se sintió cuando Suzanne espetó:

—Los dos. A mi despacho, ya.

—¿Qué coño ha pasado ahí fuera? —preguntó en cuanto cerraron la puerta.

—Lennon se ha abalanzado sobre mí —dijo Winkler a voces—. Me ha agarrado de la pechera, me ha tirado al suelo y ha atacado a un compa...

—¿Por qué? —lo interrumpió Suzanne.

—¿Eh? —dijo Winkler, atónito.

—¿Que por qué lo ha hecho? Supongo que tendría una buena razón.

El gesto de Winkler cambió.

—Ah, ya veo. Te pones de parte de tu novio. Debería haberlo supuesto, joder.

—Cierra la boca —le gritó Suzanne—. Estoy harta de oírte.

Winkler se sintió como un perro al que reprende su amo por intentar robarle la cena.

—Patrick, cuéntame qué ha pasado.

Le contó, lo más sereno que pudo, que Winkler se había negado a darle el usuario y la contraseña de acceso a la cuenta de Facebook de Helen.

—Dáselos —le ordenó ella a Winkler, que suspiró y resopló antes de garabatearlos en un trozo de papel que sostuvo con el brazo estirado para que Patrick pudiese tomarlo sin que ambos tuvieran que mirarse.

—De esto —dijo Suzanne, señalándolos a los dos— hablaremos más adelante. No puedo permitir que dos compañeros de una misma investigación estén todo el día como Tom y Jerry, pero ahora mismo hay cosas más importantes en las que centrarse. Adrian, vete a casa, cámbiate de camisa y vuelve. Patrick, siéntate.

Winkler salió del despacho refunfuñando por lo bajo.

—¿Cuál soy yo? —preguntó Patrick en cuanto Winkler se hubo marchado.

—¿Cómo?

—¿Tom o Jerry?

Ella no sonrió, así que él cambió de tono enseguida.

—Venga —dijo ella—, vamos a echar un vistazo a esa cuenta de Facebook.

Patrick se colocó delante del escritorio de Suzanne, abrió la página de Facebook y tecleó el correo electrónico y la contraseña que Winkler le había dado, que le dieron acceso al muro de Helen. Repasó la página de arriba abajo, pero no encontró nada interesante. Como Winkler había dicho, no había hecho otra cosa que poner «me gustas» y compartir publicaciones sobre Frankie en los últimos días.

Pasó entonces al buzón de entrada y leyó los mensajes más recientes; Suzanne leía también por encima de su hombro.

—¡Madre mía! —le susurró al oído.

Se miraron.

—Ve —le dijo ella—. ¡Enseguida!

# CAPÍTULO 43

---

## JEROME – DÍA 7

Jerome tenía el nuevo álbum de Chase and Status muy bajito en el reproductor de su automóvil, para no llamar la atención ni lastimar los delicados oídos de Rihanna. Se volvió y miró a la perra, que dormía como un bebé en el asiento trasero. Estaba muy sensible e inquieta desde el día anterior, después de haberle arrancado la cara a mordiscos a aquella zorrita. Si Georgia sobrevivía —y Jerome estaría al tanto de ello, aunque estaba casi seguro de que no se atrevería a delatarlo—, tendría que acostumbrarse a que se lo hicieran por detrás porque ningún tío iba a querer verle ese desastre de cara mientras se la tiraba.

La noche anterior, en cuanto había llegado a casa, había llamado a uno de sus chicos, Bola de Nieve —al que llamaban así porque tenía el mayor problema de caspa del mundo civilizado— y le había ordenado que corriera la voz de que buscaba una furgoneta Volkswagen Camper con la matrícula que podía verse claramente en la fotografía que Georgia había hecho.

—¿Una Volkswagen Camper? —repitió Bola de Nieve—. ¿Un trasto de esos antiguos como el que llevaba Benny en la pechera de la camiseta?

—Eso mismo.

—Muy bien. ¿Qué pasa, que es un laboratorio móvil de meta o algo así?

—Tú díselo a todo el mundo. Es prioritario, ¿me entiendes? Quinientos para el que la vea y me informe, pero no quiero que se acerque nadie, ¿de acuerdo?

Pensaba que tardarían días en localizar la furgoneta, pero había tenido suerte. Esa misma mañana lo habían llamado. Un tal Niall, un pringado amigo de Bola de Nieve, había pasado la noche en el parque Richmond con

un bombón a la que le iba el sexo al aire libre. Cuando Niall se marchaba del parque dando tumbos al amanecer, había visto la furgoneta. El muy imbécil había tardado tres horas en informar, con lo que su recompensa se iba a quedar en la mitad, pero qué más daba. La habían localizado —estaba a la entrada del Hotel Grant's, junto a las puertas del parque— y él iba de camino, para echarle un vistazo.

Cien mil libras. ¿En qué se iba a gastar el dinero? Le había echado el ojo a un Jeep negro que veía casi todas las mañanas cuando paseaba a RiRi. O podía llevarse a los chicos a Ibiza unos meses, vivir a lo grande, tirarse a unas modelos y esas mierdas.

Solo que no iba a despilfarrar. Los tíos como Bola de Nieve sí lo harían, se lo gastarían todo en cervezas y deportivas. Jerome era más listo que todo eso. Esas cien mil serían el capital inicial de su nueva empresa. Con cien mil libras se podían comprar muchas drogas, suficiente producto para meterlo de lleno en el negocio. Dejaría de tontear con un puñado de críos, se olvidaría de la venta de hierba al por menor. Aun antes de que Georgia le hubiese hablado de la recompensa, ya había decidido dejar de utilizar a Larry y a los otros niños pijos; aunque el mercado de los niños pijos fuese tremendamente lucrativo, aquello era demasiada responsabilidad. Podía hacer una fortuna vendiendo maría de la buena y coca a los colegiales de clase media de los barrios pijos. Podría convertir las cien mil en quinientas mil fácilmente. Y después...

—El año que viene por estas fechas seremos millonarios, RiRi.

La perra gruñó.

Jerome estacionó su automóvil al borde del aparcamiento y alzó la vista al hotel. Aquel sitio no estaba mal, pero, cuando él fuera millonario, tendría una *suite* en el puñetero Savoy.

Allí estaba la Volkswagen Camper, en un rincón del aparcamiento.

—Espera aquí, ¿de acuerdo? —le dijo a Rihanna, y se acercó con disimulo a la furgoneta, zigzagueando entre los Beamers, los Mercedes y los Audis, montones de Audis, y acercándose, por fin, con cautela, a la Camper. Las cortinas de las ventanillas de atrás estaban echadas y la cabina del conductor estaba vacía. Echó un vistazo alrededor. Había un tipo a la puerta del vestíbulo del hotel, pero no podía ver a Jerome porque lo tapaba la furgoneta. Nadie más por allí. Pegó la cara al cristal e intentó ver algo a través de las cortinas, pero no pudo. Probó a abrir la puerta, por si aquella

loca se la hubiese dejado abierta, algo que ocurría a menudo, lo sabía por experiencia, pero estaba más cerrada que el chocho de una monja.

¿Estaría la pequeña dentro? Trató de pensar en qué haría si se llevase a una niña pequeña, que no era algo que fuese a hacer en la vida, ni hablar. Aunque, si se daba el caso, quizá no le quedase más remedio que robarle la cría a la chiflada de la secuestradora. Tuvo una agradable visión de sí mismo como ejército liberador unipersonal que irrumpía en el hotel al estilo de *Call of Duty*, se llevaba a la niña y salía a toda prisa de allí, directo a la comisaría, donde cobraría sus cien mil y sería un héroe, mientras todos esos polis se quedaban atónitos y boquiabiertos al ver que él, Jerome Smith, había logrado lo que ninguno de esos cabrones inútiles había conseguido.

Pero primero debía encontrarla.

Dio una vuelta por la parte de atrás del hotel. Entrar por la puerta principal no le favorecería mucho. Se imaginaba a algún mariquita engreído al otro lado del mostrador, una de esas personas que, al verlo, se pondría más tieso que una escoba. Había una mujer joven de pie a la puerta de la entrada de servicio, por donde, supuso, metían la ropa de la lavandería y la comida. Estaba fumando, agarrándose con fuerza las costillas con el brazo libre. Tenía el pelo oscuro, de punta, y los ojos también oscuros, parecía de Europa del Este. Estaba buena.

Se acercó a ella justo cuando apagaba el cigarrillo.

—¡Hola! —Ella lo miró con recelo—. ¿Tienes fuego? —Sacó su cajetilla de tabaco y extrajo dos cigarrillos mientras ella se buscaba el encendedor en los bolsillos. La joven le encendió el cigarrillo, acercándose lo suficiente para que él percibiera un tufo a algún producto de limpieza, lejía o algo así, luego él le ofreció el otro pitillo, sonriéndole de aquella forma que nunca fallaba—. ¿Trabajas aquí? —Ella asintió con la cabeza—. ¿Eres recepcionista o algo por el estilo?

Ella rio.

—No. Limpiadora.

Había acertado en lo de que era del Este. Tenía un acento sexi y Jerome se dijo que, a lo mejor, cuando todo aquello hubiera terminado, volvería y le enseñaría unos billetes, a ver cómo sonaba su voz cuando gimiera su nombre.

Suponía que le pagaban el salario mínimo, probablemente menos. Como experto en economía sumergida, sabía todo de aquellos pobres pringados que llegaban al país y, pese a ser la mitad médicos y cosas parecidas, aceptaban los trabajos de mierda que ningún otro cabrón quería.

—¿Quieres ganarte un dinero fácil?

La joven lo miró de arriba abajo. Él volvió a sonreírle de aquella manera, el encanto Jerome Smith a un millón de vatios.

—¿Qué tengo que hacer?

—Estoy buscando a alguien. —Sacó el teléfono y le enseñó la foto que Georgia le había enviado—. A esta mujer. ¿Te suena?

La limpiadora titubeó, luego asintió despacio.

—Genial —dijo Jerome—. Se aloja aquí, ¿no? Necesito saber en qué habitación está. Si crees que puedes averiguarlo, te doy cien libras ahora mismo —añadió y, tras enseñarle la cartera, empezó a contar el dinero.

La limpiadora se humedeció los labios.

—Doscientas.

Jerome sonrió.

—¿Sabes en qué habitación está?

—Sí. La limpio yo.

—Bien. De acuerdo, doscientas.

Sujetó el dinero con el índice y el pulgar y lo sostuvo en alto.

La joven se lo arrebató.

—Está en la *suite* nupcial, en la última planta.

—¿Está allí ahora mismo?

—No lo sé. —Ya se había guardado el dinero en el bolsillo—. Pero estaba ahí hace un hora.

—Muy bien.

—Entra por esa puerta —le dijo ella— y sube por las escaleras.

Jerome apagó el cigarrillo y le guiñó un ojo. Luego entró por la puerta y empezó a subir la escalera. Aquellas iban a ser las cien mil libras más fáciles de ganar de la historia.

Llegó a la última planta, sin aliento y sudando, y asomó la cabeza por la puerta. Aquello no era la puñetera *suite* nupcial, sino una especie de jardín, un vergel en la azotea, con montones de árboles y setos y cosas así, un sitio muy chulo. Tanto que decidió que querría tener uno cuando dispusiera de su propio ático. Organizaría unas fiestas increíbles.

Bajó trotando las escaleras, cruzó otra puerta y se encontró al final de un pasillo corto y frío con una moqueta mullida bajo sus Nike. Genial. Debía de ser allí.

Sacó el teléfono. Mientras subía, había ido trazando un plan. Debía ver

a la niña. Quedaría como un imbécil si llamaba a los polis ya y, cuando aparecieran, la pequeña no estuviera allí. No se le ocurría ningún modo de asegurarse de que estaba dentro sin entrar en la habitación.

En cualquier caso, sería fácil. La mujer de la fotografía de Georgia era mayor. No le plantaría cara. Lo único que tenía que hacer era entrar, cerrar con llave y llamar a la policía. Incluso arrestarla él mismo, joder. Se imaginaba las caras de los polis cuando aparecieran y descubrieran quién era el gran héroe.

Llamó a la puerta con los nudillos.

—¿Quién es? —dijo una mujer desde el interior.

Era como salir en una película, una en la que él era la estrella. Esa era otra cosa que quería hacer cuando estuviese forrado: una película, una con montones de armas, automóviles, dinero, tetas.

¿Qué diría él si fuera una película?

—Servicio de habitaciones.

—No he pedido nada.

—Le traigo champán, señora. —Reprimió una carcajada—. Obsequio del gerente. —Esperó y, por un instante, pensó que no iba a colar, pero entonces se abrió la puerta.

—Usted no se parece a...

Irrumpió en la habitación, llevándosela por delante, y cerró la puerta. La muy chiflada empezó a gritarle, a preguntarle quién demonios era, pero él la ignoró y exploró aquella inmensa habitación. Había un bulto grande en la cama. Un bulto del tamaño de un crío. Se dirigió a la cama, dispuesto a levantar las sábanas.

—Alto ahí. —Jerome se volvió, preparado para sonreírle, pero la sonrisa no llegó a asomar. Lo apuntaba con un arma. Él levantó las manos. Mierda, eso no se lo esperaba—. ¿Quién coño eres? —preguntó ella. Tenía un acento raro, como de Essex mezclado con australiano—. ¿Eres policía?

—¿Policía? Soy amigo.

—¿Amigo de quién? —Le apuntaba a la cara.

—De acuerdo, no soy nadie. Esto ha sido un pequeño error, ¿de acuerdo? Baje esa cosa y me iré por donde he venido. Sin dramas.

La mujer miró la cama, a la espalda de Jerome. Él lanzó una mirada fugaz por encima del hombro. El bulto de la cama no se movía, a pesar del jaleo.

Sonó el teléfono de la mesilla.

—Vete hacia allí —le ordenó la loca, señalándole con la pistola la pared del fondo. Él obedeció y se fue hacia el fondo de unas zancadas con las manos aún en alto, lo más lejos posible de la pistola.

La mujer levantó el auricular.

—Muy bien, gracias. Dile que bajo en un minuto.

Se quedó mirando el teléfono, pensativa, sin prestarle atención a Jerome.

Aquella era su oportunidad. Se precipitó hacia ella, pero, al avanzar, cayó en la cuenta de que había subestimado la distancia que los separaba, porque ella levantó la cabeza, y también el arma.

Sintió un fuerte dolor en el hombro. «Ay, la madre que me trajo, me han disparado —se dijo—. Me han disparado de verdad.» Pues sí que parecía una película. Solo que, en una película, él se habría puesto en pie de un brinco y se habría abalanzado sobre la mujer que de pronto se alzaba encima de él y lo apuntaba con el arma a la cabeza.

—Serás gilipollas —le dijo ella con el gesto torcido de rabia—. Acabas de joder todo.

Jerome vio, paralizado, cómo apretaba el gatillo. Su último pensamiento, antes de que le volara la cabeza, fue Rihanna. Estaba encerrada en el automóvil, con todas las ventanillas subidas, mientras el sol ardiente se elevaba en el cielo. Abrió la boca para suplicarle a la mujer que parara porque, de lo contrario, ¿quién iba a salvar a la perra?

Ni siquiera le dio tiempo a pronunciar la primera palabra.

# CAPÍTULO 44

---

## HELEN – DÍA 7

Helen empujó la pesada puerta giratoria que conducía al Hotel Grant's. Incluso antes de que la puerta hubiese alcanzado la mitad del impulso necesario para propulsarla al interior, percibió el olor tan distinto del aire: a azucenas, cera para muebles, paneles de madera, maletas caras... Era el hotel a cuyo gimnasio solía ir, pero hacía tiempo que no se alojaba en uno así. Le recordó a su antigua vida de antes de Frankie, a los fines de semana románticos con Sean en exóticas capitales europeas, a las habitaciones con camas inmensas y nada comprensible en la televisión montada en la pared salvo Sky News, a acostarse sexualmente satisfecha con el monótono zumbido del aire acondicionado de fondo. Aunque no querría volver a hacerlo; sin Frankie, no. Cuando la recuperaran, se dijo, reservaría otro de esos fines de semana y esa vez se llevarían a la pequeña. A Viena, quizá, o a Madrid. Sería tan romántico como cuando eran novios. O incluso más.

Se sentó en un enorme sofá cuadrado de ante color chocolate cerca del ascensor. Los asientos eran demasiado profundos para que pudiese apoyarse en el respaldo sin que se le quedaran las piernas tías como a una niña pequeña, así que se encaramó al borde y esperó, con las manos puestas en las rodillas para evitar que le temblaran. Había llegado con cinco minutos de antelación y aún no sabía qué hacía allí.

El momento en que había encontrado aquellas fotografías en el desván había sido del todo surrealista. Se había sentido como si de pronto tuviese Alzheimer o algo así, no entendía absolutamente nada.

Había trepado con cuidado por las vigas expuestas del desván, por el suelo que había entre ellas, cubierto con material aislante, como si fuese el

puré de patatas de un pastel —entablarlo llevaba años en la lista de tareas pendientes de Sean— hasta la caja de los dibujos de Frankie que Sean había tirado al fondo del desván, junto a un alzador de automóvil para bebé y otra caja donde estaba guardado su vestido de novia. Las cajas flotaban en un océano de material aislante como el cargamento superviviente de un naufragio. Se sentó en cuclillas y examinó los dibujos, pero nada más le llamó la atención, no había más «napas» ni más rostros asomados a la ventana. Estaba ya cerrando la caja de nuevo y a punto de meter las piernas por la trampilla del desván para volver a bajar por la escalera cuando vio algo extraño. Un álbum de fotos, uno que no conocía, casi completamente escondido bajo el material aislante. Lo sacó, lo abrió con curiosidad y creyó que le iba a dar un infarto.

Sean siempre le había dicho que se había deshecho de todas las fotos de su exmujer, Penny, después de que ella muriera, que le dolía demasiado guardarlas. Era posible que hubiera olvidado aquel álbum, claro, que hubiese olvidado que lo había metido debajo del material aislante, quizá para no hacer daño a Alice... No, menuda bobada. Ella misma había oído a Alice protestar por no tener siquiera una fotografía de su madre y a Sean disculparse por ello.

No, lo que era muchísimo más incomprensible e inexplicable que el que siguiese existiendo aquel álbum de fotos de Sean y una mujer que, a la edad que tenía en aquellas instantáneas, se parecía asombrosamente a la propia Helen, riendo, besándolo y, después, más adelante, sosteniendo en brazos ese fardo que era Alice, su bebé, era que la supuesta exmujer muerta de Sean fuera su amiga Marion, la mujer con la que entrenaba y charlaba en el gimnasio, la misma a la que había estado a punto de hacer confidencias sobre su vida sexual. Solo hacía unos meses que la conocía, pero enseguida la había considerado una de sus mejores amigas.

Qué boba había sido.

Helen había estado media hora sentada en el sofocante desván azotado por el sol, mirando las fotografías y respirando con dificultad, como si el aislamiento fuese de amianto y la estuviese asfixiando.

¿Estaría equivocada?

No. Era Marion, sin la menor duda. ¿Qué demonios estaba pasando? ¿Sabía Sean que seguía viva? ¿Lo sabía Alice? Quizá se hubiera ido con ella. Recordó el extraño comportamiento de Marion cuando un día le había dicho que Sean iba a ir a buscarla al gimnasio y que entonces de pronto le había dicho que no se iba, pero que iba a probar la sauna. A Helen le había venido

bien tener una amiga que no conociera a su marido, pero, cuando había surgido la ocasión de presentarlos, ella se había esfumado.

También explicaba que el perfil de Facebook de Marion fuese tan minimalista, sin fotos, con muy poca información, casi ningún amigo. Marion se había tildado de ludita y tecnófoba y le había dicho que solo se había hecho una cuenta en Facebook para poder comunicarse con su hermano, que estaba en África... Un hermano que probablemente ni siquiera existía.

Parecía inconcebible, pero aquello era cierto: Marion era la primera esposa de su marido. La madre de Alice. Y, sin embargo, no la había visto especialmente interesada en hablar de Alice con ella, ni había manifestado interés alguno en verla. Se había sumado a Helen en sus quejas sobre lo difíciles que eran los adolescentes. La había visto más interesada en Frankie, por las monerías que decía cuando le enseñaba fotos en el teléfono y la cantidad de preguntas que le hacía.

Ya en el hotel, Helen estuvo sentada siete minutos, según el enorme reloj de estación que colgaba de la pared al fondo del vestíbulo y cuyo minuterero la inquietaba cada vez más con su lento pero implacable movimiento. ¿De qué iba a servirle hablar con Marion —quería llamarla Penny, pero le salía Marion—, ahora que Frankie y Alice habían desaparecido? Se mordió el labio y volvió a pensar en marcharse, en volver a casa por si había alguna novedad. Frankie era su única prioridad en esos momentos. Sacó el teléfono del bolso para mirarlo, pero la pantalla estaba en negro. Maldición, había olvidado cargarlo la noche anterior, otra vez o, mejor dicho, lo había conectado, pero no se había dado cuenta de que el cargador no estaba enchufado.

Aun así, sabía que no se iba a echar atrás ya. No podía. Había preguntas que quería hacer. ¿Por qué Sean les había mentido a ella y a Alice todos esos años? Penny no había muerto, ¿se habrían llegado a divorciar siquiera? ¿Era bígamo Sean? Cuando el funcionario del registro le había preguntado, Sean había dicho que nunca se había casado y no lo habían comprobado. Helen hizo girar el anillo de boda alrededor de su dedo y tragó saliva. Si Sean le había mentido en algo tan importante, ¿qué más le ocultaba? Tenía que hablar con Penny, o Marion o como fuese que se llamara ahora, para tener datos con los que enfrentarse a Sean.

En cuanto había bajado del desván la noche anterior, había ido a ver qué hacía Sean. Como sospechaba, estaba traspuesto en el sofá. Se había quedado mirándolo como si fuese un extraño. Luego había ido al ordenador y le había

enviado a Marion un mensaje diciéndole que sabía quién era.

Se había quedado sentada delante del ordenador hasta bien entrada la madrugada, esperando una respuesta, pero no había llegado ninguna. Sin embargo, al levantarse esa mañana, había mirado Facebook y allí estaba, una sola línea pidiéndole a Helen que se reuniera con ella allí, en el hotel.

La sacó de su ensimismamiento un extraño estallido procedente de algún lugar del edificio, luego le llamó la atención una súbita actividad al fondo del vestíbulo. La puerta fija de la izquierda de la giratoria se abrió con un fuerte estrépito y dos guardias de seguridad uniformados de oscuro cruzaron corriendo el vestíbulo, gritando por los intercomunicadores. Uno de ellos se fue directo escaleras arriba. Todo el mundo levantó la cabeza sobresaltado, incluida Helen. El otro guardia se acercó corriendo al mostrador de recepción y se dirigió en voz baja y con urgencia a las dos recepcionistas, que se taparon de inmediato la boca, horrorizadas. Una de ellas, una mujer joven y regordeta de veintipocos años, echó mano del teléfono inmediatamente. Helen la vio contener el llanto mientras se esforzaba por hablar. Le leyó en los labios «policía», «pistola» y «Grant's».

Un hombre bajito y calvo que estaba en recepción, con su enorme maleta al lado, seguramente registrándose como huésped, se dirigió hacia donde estaba Helen, con los ojos como platos de espanto. Helen se levantó como un resorte del sofá y se acercó a él.

—Perdone, ¿qué está pasando? —preguntó—. ¿Qué les ha dicho? —añadió, señalando al guardia de seguridad, que había seguido a su compañero escaleras arriba, subiéndolas de dos en dos.

El hombre se acercó a ella como si fuese a contarle un secreto.

—Terrible. Hay alguien con una pistola... en la última planta... en la azotea... Ha habido un tiroteo. La policía está de camino... —Sin saber por qué, Helen adivinó lo que el hombre iba a decir a continuación sin que llegara a decirlo y se preguntó cómo había sido tan imbécil de no relacionarlo antes, cuando estaba sentada en el desván, como un pajarillo en un nido vacío, mirando fijamente esas fotos y sin entender por qué Penny había vuelto. De pronto sabía por qué y por qué había querido que se vieran en el hotel. Por qué siempre le preguntaba por Frankie—. Es una mujer... Y tiene a una niña pequeña con...

Antes de que el hombre terminase la frase, Helen ya había enfilado corriendo las escaleras también.

—Vamos, Frankie —le digo—. Es hora de despertarse.

Abre los ojitos un momento, pero vuelve a cerrarlos enseguida e intenta volver a dormirse, aún está bajo el efecto del tranquilizante que le eché en la bebida que le di anoche. Un vaso de leche caliente con azúcar, lo mismo que mi madre me daba siempre a mí antes de acostarme. Mi madre adoptiva, claro está. No el chacal que me dio a luz.

—Frankie, despierta...

Se revuelve, abre los ojos, parece confundida, probablemente se pregunte por qué estamos fuera, por qué el cielo está tan cerca.

La subo al banco, le acaricio el pelo. Qué bonita es. Se parece tanto a Alice cuando tenía su edad; esta pequeña se ha quedado congelada en el tiempo, como si esperara mi regreso. Es como si mi Alice estuviera aquí. Con tres años. Tal y como la dejé. Como si no se hubiese convertido en la adolescente huraña y fresca que he visto entrar y salir de casa de Sean.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunta la pequeña Frankie, mirando alrededor—. Quiero ir con mamá.

—Yo soy tu nueva mamá. —Intento abrazarla, pero me pega con sus puñitos, me da en un pecho y me hace daño. Levanto una mano para darle una bofetada pero me contengo—. Estamos esperando —le digo.

—¿A qué?

Podría decirle que estamos esperando para despedirnos, pero no quiero verla llorar otra vez, así que me siento a su lado y pienso en el pasado, dejo que la vida me pase por delante de los ojos de una forma que pueda controlar, empezando por «el error».

El error me cambió la vida. Para sobreponerme a la verdad de quien era yo en realidad, para sobreponerme a todo, hui. Me borré del mapa, lo único que podía hacer, poner tierra de por medio.

Viajé a la otra punta del mundo, a un anodino barrio residencial de Brisbane, Australia, donde intenté llevar una vida lo más anodina posible. Me cambié el nombre por el de Marion y conocí a un hombre llamado Howard, treinta años mayor que yo y con dinero suficiente como para compensar su tripón y su pene. Le dije que era huérfana, que no tenía familia, que estaba sola en el mundo. Eso le gustó. Quiso ser mi mundo. Como casi todos los hombres, tenía complejo de príncipe azul.

Nos casamos. Nadie me preguntó por mi pasado, así que no les conté nada. Nos instalamos en su casa. Tenía piscina en el enorme jardín, una sucesión de barbacoas de última generación y, como no tenía que trabajar, me

pasé diez años nadando y tomando el sol, colocada de antidepresivos y cannabis, contemplando la superficie lisa y azul de la piscina, día tras día, sin nada que hacer salvo chuparle la colita a Howard por las noches hasta que dejó de funcionarle, prepararle platos de carne y abrirle las cervezas.

Me obligué a quitarme a Alice y a Sean de la cabeza. Hice todo lo posible por olvidar que existían.

Lo único que quería era tener un bebé, pero, por más que lo intentábamos, no me quedaba embarazada. Después, Howard empezó a culpar de su impotencia a mi constante y persistente desesperación. Y, después de eso, comencé a ir a los bares en busca de jóvenes sementales. Una tarde, cuando Howard llegó a casa, me sorprendió montando a un veinteañero llamado Chesney, intentando llenarme de su esperma. Seguí follándome a Chesney aun cuando Howard se desplomó al suelo, víctima de un infarto que lo mató allí mismo, en nuestro dormitorio, mientras Chesney intentaba salir de debajo de mí.

Tampoco así me quedé embarazada.

Con el dinero de Howard, parte del cual tuve que darle a Chesney para que guardase silencio sobre las circunstancias de la muerte de mi marido en caso de que su familia quisiera impugnar el testamento, pude pagarme la fecundación in vitro, pero aquello tampoco funcionó. Tras el tercer intento, los médicos me dijeron que debía resignarme, seguir con mi vida, que podía ser rica y plena sin niños.

Me fui a casa, previo abastecimiento de alcohol del supermercado y pastillas y hierba de mi camello por el camino.

Seis semanas más tarde, desperté de mi juerga solitaria en el patio que había junto a la piscina. Estaba desnuda. Tenía la entrepierna magullada y sangre en el pelo. Se habían acabado el alcohol y las drogas. No recordaba nada de esas seis últimas semanas, solo instantes inconexos de carne y agua y el sabor a *bourbon* y a maría.

Pero sabía lo que debía hacer.

Ya era hora de volver a casa, a Inglaterra.

Encontrar a Sean fue fácil: quince minutos de búsqueda en Internet me bastaron para saber dónde trabajaba —ahora tenía su propio negocio— y dónde vivía. Volé a Heathrow vía Dubái, luego tomé un tren a Richmond.

Tenía dinero de sobra, así que me instalé en un hotel, pero aquello no me gustaba, me sentía atrapada, así que me compré una furgoneta, una Camper clásica de Volkswagen, un vehículo que soñaba con tener cuando era

niña. En ocasiones, estacionaba en la calle de Sean y vigilaba su casa, asegurándome de que no me veía.

Veía entrar y salir a la adolescente Alice. Pensé que sentiría una especie de anhelo maternal por ella, pero no sentí nada. Ya era casi una adulta, una desconocida. No era lo que yo buscaba.

Vi a Sean: había ganado peso y perdido pelo, pero seguía tan guapo como el día en que nos habíamos conocido; me daban ganas de llevármelo a rastras a la furgoneta para ver la cara que ponía cuando viese que era yo. En mis fantasías, se emocionaba y empezaba a desnudarme despacio, como solía hacer, susurrando mi nombre, y me decía que le daba igual, que no importaba, que no podíamos ni debíamos resistirnos...

Eso jamás sucedería.

Cuando vi a su nueva mujer, casi sufrí el mismo destino que Howard. Se parecía a mí. Otra mujer negra, vestida algo más cursi, con las tetas más pequeñas y sin culo, pero podíamos haber sido hermanas.

Me dio la risa.

Averigüé a qué gimnasio iba, me apunté yo también, me subí a la cinta de correr de al lado de la suya y empecé a hablar con ella. Tenía ganas de hablar, lo que me hizo pensar que se sentía sola, que no tenía amigos. Hasta nos enviamos correos electrónicos y mensajes por Facebook en los que me habló de su vida sexual con Sean, que sonaba muy distinta del sexo increíble que Sean y yo solíamos tener. Me inventé historias sobre un padre estrella del pop y una vida glamurosa con un empleo lucrativo y un apartamento espectacular. Ella me hablaba de su hija, Frankie, constantemente. Yo ya la había visto, claro. Desde el otro lado de la calle, los veía sacarla a pasear a Sean y a ella. Era perfecta, preciosa. Al verla, me dolían los ovarios. Era la niña con la que llevaba soñando todos esos años. La niña que había dejado atrás, la hija que quería en mi futuro.

Aquella injusticia me enfermaba. ¿Por qué Sean tenía una familia perfecta y yo estaba sola? Frankie debía ser mía.

El universo me lo debía. Y Sean, que se había ido de rositas, merecía sufrir, sentir algo de la pena que yo había pasado.

Los vigilé y esperé una oportunidad. A veces me plantaba a la entrada de su casa por las noches. Frankie me vio por la ventana una o dos veces, de pie bajo la farola, con la capucha echada.

Entonces, una noche, mientras daba vueltas en la furgoneta, vigilando la casa, vi a la otra adolescente idiota, la pelirroja, salir con Frankie.

La rescaté. Y, como digo, no pensaba quedármela, pero no pude resistir la tentación. Por fin podía tener una hija. Y por fin Sean iba a sufrir lo que yo había sufrido. Como he mantenido el contacto con la boba de Helen durante la última semana, he estado al tanto de su pesar. Ha sido delicioso verla en el gimnasio mientras Frankie dormía, drogada en la furgoneta, aparcada fuera; emocionante leer sus quejas porque Sean ya no le daba nada.

Y aquí estamos.

Dejo a Frankie sentada en el banco, me acerco al borde de la azotea y miro abajo. Cualquiera que cayese desde aquí moriría en el acto.

Oigo jaleo abajo. Por culpa de ese chico al que he tenido que disparar con la pistola que le compré a un tipo de poco fiar en un tugurio, la policía ha venido corriendo, pero no pasa nada, siempre que pueda ver a Helen y a Sean.

Es hora de que Frankie y yo nos despidamos.

# CAPÍTULO 45

---

## PATRICK – DÍA 7

En la radio del vehículo policial, hablaban de que aquel iba a ser para Londres el día más caluroso de los últimos siete años. La temperatura había sobrepasado la marca de los 30 grados y el parque Richmond rebosaba excursionistas y niños que jugaban con *frisbees*, perros que jadeaban al sol, jóvenes amantes tendidos en la hierba mientras una nube baja y solitaria se paseaba perezosa por el cielo. No había sombras que pudieran augurar a Patrick los fantasmas de ese día. No había niños desaparecidos escondidos en lugares oscuros de la ciudad. Había salido el sol para iluminar Londres como un potente foco y desvelar por fin sus secretos. Y allí, en un hotel de los confines de su pulmón urbano, Patrick sabía que encontraría la verdad.

Ignoraba si sería demasiado tarde para que esa verdad significase algo.

Carmella y él llegaron al hotel justo cuando los guardias de seguridad bloqueaban la puerta giratoria. Patrick aporreó el cristal y les enseñó la placa.

Uno de ellos, de unos sesenta y pico años, abrió la puerta lateral y los dejó pasar.

—¡Caramba, qué rapidez! Acabamos de llamarlos.

—¿Llamarnos? —Carmella y él se miraron preocupados—. ¿Para qué? ¿Y por qué están cerrando los accesos?

—¿No han venido por el tiroteo? —preguntó el guardia, confundido.

—¿Tiroteo? Dígame dónde. Ya.

El guardia, en cuya chapa identificativa rezaba Led Hudson, los condujo, entre resoplidos, a las escaleras, seguido de varios miembros más del equipo de seguridad. El vestíbulo estaba repleto de huéspedes que gritaban y discutían con el personal del hotel porque querían salir. Nadie

parecía saber qué hacer. El gerente se encontraba en el mostrador de recepción, agitando los brazos y pidiendo calma. No había rastro de Helen, ni de la mujer con la que iba a encontrarse.

Se abrieron paso entre la multitud.

—Hemos bloqueado los ascensores —dijo Len—, así que habrá que ir por las escaleras.

—¿Qué ha ocurrido?

Len sudaba subiendo las escaleras.

—Han disparado a un joven en la *suite* nupcial.

—¿Ha muerto?

—Sí. Yo no lo he visto, pero, al parecer, le han... —Hizo un gesto como de alguien a quien le estallara la cabeza.

—¡Madre del amor hermoso! —exclamó Carmella por lo bajo, santiguándose.

—Un momento... ¿ese tipo se alojaba en la suite nupcial? —preguntó Patrick.

—No. Por lo visto, ahí se aloja una mujer sola. Un poco raro, ¿verdad? Le he preguntado a una de las chicas y me ha dicho que la mujer le comentó que ahí era donde habían pasado la noche de bodas ella y su difunto marido. Como si quisiera revivir antiguos recuerdos.

—¿Cómo se llama ella?

—No lo sé, lo siento.

Patrick maldijo. Debería haber hablado con el personal de recepción antes de subir, pero habrían tardado una eternidad en llegar al mostrador. Además, tenía que ser Penny, pero ¿dónde estaba Helen? ¿Y Frankie?

—¿La mujer estaba con una niña pequeña?

Ya estaban a mitad de camino. A Patrick le ardía el pecho. Y eso que los cigarrillos electrónicos eran más sanos.

—Sí, esa es la parte que aún no le he contado. Están en la azotea, en el jardín de la azotea.

Patrick hizo caso omiso del ardor del pecho, apretó el paso y corrió escaleras arriba, subiéndolas de dos en dos. Carmella lo siguió, con menor dificultad respiratoria, y dejaron atrás a Len, que no podía con su alma.

Cuando llegaron arriba, Patrick nadaba en sudor. Hizo una pausa para llamar a comisaría y asegurarse, entre jadeos, de que los refuerzos estaban en camino. Salieron al descansillo de la última planta y se encontraron a otros dos guardias de seguridad y a una asistente de dirección del hotel a la puerta

de la *suite* nupcial, con la cara tan blanca como las azucenas marchitas del jarrón que había junto a la puerta. Según su chapa identificativa, Elaine Flint.

—Policía.

El personal del hotel se apartó para dejarlos entrar en la habitación, que apestaba a sangre y a caca y a pólvora, un olor que a Patrick siempre le recordaba a los fuegos artificiales. El cadáver del suelo era sin duda el de un hombre joven. Llevaba ropa de deporte de diseño y un calzado deportivo immaculado. Había un boquete oscuro y sanguinolento donde solía tener la cara y fragmentos de cerebro y cráneo esparcidos por la bonita moqueta. Patrick se agachó y hurgó en los bolsillos del hombre, de donde sacó una cartera que contenía el carné de conducir y trescientas libras en efectivo.

—Jerome Smith. Mierda.

—La ha encontrado antes que nosotros —dijo Carmella, meneando la cabeza.

En cuanto Georgia les había contado lo de Jerome y su perra, Patrick había enviado a un par de agentes a su domicilio conocido, pero no estaba allí.

Patrick recordó la cara destrozada de Georgia. Sabía que Jerome Smith era un matón de poca monta, sospechoso de múltiples robos y asaltos. Aun así, sintió pena, tampoco mucha, por aquel joven cuya muerte celebrarían los residentes del complejo Kennedy más de lo que la llorarían.

—Que no entre nadie más en esta habitación. Y no toquen nada. — Elaine, la asistente de dirección, asintió con la cabeza—. Hay más policía y una ambulancia de camino. Me han dicho que la mujer que se alojaba aquí está en la azotea con una criatura, una niña pequeña...

—Así es.

—¿Alguien había visto a esa niña antes?

—No —respondió Elaine—. No sabemos de dónde ha salido.

Elaine tendría unos treinta y pocos años, era guapa y llevaba una immaculada melenita rubia, pero el estrés le había añadido diez años a su rostro. Patrick sospechaba que pediría una baja larga después de lo que había visto ese día.

—Se parece a esa niña de las noticias, la desaparecida —terció uno de los guardias—. A Frankie.

Patrick lo ignoró.

—¿Sería fácil meter a un niño en esta habitación sin que nadie lo viera?

—Es un hotel con mucho movimiento, entra y sale gente

constantemente. No sería difícil.

—¿Y cuánto tiempo lleva esta huésped aquí?

—Se registró ayer.

Patrick y Carmella se apartaron un poco.

—¿Qué hacemos? Deberíamos esperar refuerzos, ¿no? —dijo Carmella.

—Deberíamos, pero no podemos...

—Querrás decir que no quieres.

—No es cuestión de querer, Carmella.

Antes de que ella pudiera replicarle, oyeron un estruendo procedente del interior de la habitación de enfrente de la *suite* nupcial y a alguien que gritaba.

—¡Déjenme salir!

Patrick enarcó una ceja, como intrigado, y Elaine lo miró avergonzada.

—Una mujer ha intentado subir a la azotea justo antes de que ustedes llegaran. La hemos encerrado ahí por su seguridad. Estaba histérica.

—Abra la puerta.

El guardia de seguridad obedeció y Patrick se encontró cara a cara con Helen Philips.

Ella salió corriendo de la habitación.

—Inspector Lennon. ¿Dónde está? Es la exmujer de Sean, no murió, se hizo pasar por mi amiga, tiene...

—Lo sé —le dijo él con delicadeza, aunque no sabía que se había hecho pasar por amiga de Helen. «Ay, Dios. Helen aún no sabe lo de Sean.» Pero aquel no era el momento de contárselo—. Tiene que quedarse aquí, Helen —le pidió—. Vamos a subir. Necesito asegurarme de que Frankie está bien, intentar hablar con...

—¿Qué? ¿Frankie está aquí? —La cruda realidad de la situación le llegó a Helen como una bofetada—. ¡Ay, ay...!

Intentó sobrepasar a Patrick, correr hacia la salida, pero Carmella la detuvo.

—¡Déjeme ir! —dijo llorando—. Tengo que verla. ¡Frankie! ¡¡Frankie!!

Patrick la agarró de la parte superior de los brazos y le habló en voz baja.

—Helen, por favor, cálmese. Tiene que quedarse aquí. Vienen más efectivos. Recuperaremos a Frankie, se lo prometo.

Ella lo miró, con los ojos llenos de lágrimas. Sonreía y lloraba a la vez, desbordada por la noticia de que su hija seguía viva, pero aún asustada.

—No dejen que le haga daño a mi chiquitina. Por favor. ¡Ay, Dios, cuánto la he echado de menos...!

Patrick condujo con delicadeza a Helen a los brazos de Elaine, la asistente de dirección, que volvió a llevarla a la habitación donde la habían tenido encerrada.

Él se dirigió a las escaleras. Habían salido mal tantas cosas en aquel caso. Se habían cometido tantos errores. Sabía bien que ese podía ser otro, pero no iba a quedarse esperando refuerzos mientras Penny estaba en la azotea con Frankie.

Salieron por una puerta al sol cegador. Había arbolitos y setos en grandes macetas de piedra, dispuestos de un modo que a Patrick le pareció una especie de jardín japonés, con lechos perfectos de piedrecitas grises en cuadrados que se extendían por casi toda la azotea. De fondo, Londres. Esa gran ciudad gris. St. Paul parecía lo bastante cerca como para poder levantarla con los dedos. La vista le alcanzaba hasta Essex, pero a Penny y a Frankie no las vio inmediatamente.

Un hombre vestido con el ya familiar uniforme del hotel —camisa blanca y chaqueta azul marino— y cuya chapa lo identificaba como Kurt se acercó corriendo a ellos.

—¿Policía? Gracias a Dios. —Miró por encima del hombro de Patrick—. Eh... ¿y los demás?

—De camino. ¿Dónde está la mujer?

Kurt señaló hacia el rincón más apartado, oculto por los árboles y por un par de enormes sombrillas.

—Allí. Tiene a una niña pequeña. Y lleva pistola.

Patrick inspiró hondo.

—¿Es esta la única salida, Kurt?

—No. Está la salida a la entrada principal, por allí, pero la tenemos vigilada.

—De acuerdo, pero escuche con atención: si la mujer sale, apártense de su camino. No quiero que nadie se haga el héroe, ¿entendido?

—Huy, no se preocupe por eso —dijo Kurt, levantando las manos—. No nos pagan tanto.

Patrick y Carmella recorrieron despacio el jardín, achicharrados por el sol. Cuando estaban ya cerca del borde de la azotea, vieron por fin a la mujer a la que llevaban buscando lo que parecía una eternidad.

Penny Philips —o Marion Ellis, como se hacía llamar ahora, por lo que Patrick había visto en el Facebook de Helen— estaba de pie en el rincón, apoyada en un murete. Frankie Philips estaba tumbada, hecha un ovillo, a sus pies. Sabía que los niños pequeños se quedaban dormidos en las circunstancias más inverosímiles, pero Frankie debía de estar drogada. Si seguía viva.

La mujer, que miraba fijamente el hormigón de delante de Frankie, los detectó y levantó de pronto la cabeza. Luego alzó la pistola y apuntó primero a Patrick, después a Carmella y a Patrick otra vez.

—No se acerquen —dijo—. No den ni un paso más.

Tenía acento, una mezcla de australiano e inglés del sur, el llamado «inglés estuario».

—Penny... —le dijo Patrick muy sereno—. ¿La puedo llamar así?

El rostro de la mujer reveló sorpresa por un instante, luego se fingió confundida.

—Me llamo Marion.

—No, se llama Penny, pero, si quiere, podemos llamarla Marion. También sabemos que no le ha hecho daño a... —Iba a decir que a nadie, pero recordó el cadáver de Jerome en la planta de abajo, con la cara destrozada— ... a ningún niño. ¿Cómo está Frankie? ¿Se encuentra bien?

Se acercó un paso. El corazón se le iba a salir del pecho.

—He dicho que no se acerquen —le recordó Penny, apuntándolo con el arma.

Patrick se detuvo, pero ya estaba un poco más cerca, lo bastante como para ver que el pecho de la pequeña se movía. Estaba viva. ¡Menos mal!

—Seguro que la ha cuidado muy bien, ¿verdad?

Sin dejar de apuntarle con la pistola, Penny se agachó y le acarició el pelo a la niña inconsciente.

—La pequeña Alice es tan buena —dijo.

Patrick y Carmella se miraron.

—Es una niña muy buena —repitió Patrick— y no queremos que le pase nada, ¿verdad? ¿Por qué no me da esa pistola?

Penny lo ignoró. En su lugar, miró fijamente a Frankie.

—Mi angelito. Vamos a estar juntas para siempre.

Con fuerza y velocidad asombrosas, levantó del suelo a la niña, lánguida en sus brazos, y retrocedió un paso hacia el borde del edificio, ¡hacia aquella caída de sesenta metros!

Patrick y Carmella avanzaron rápidamente un par de pasos. ¿Dónde demonios estaban los refuerzos? Penny se echó a Frankie al hombro como si fuera un saco de plumas y volvió a apuntar a Patrick con la pistola.

—¿Dónde está Helen? —preguntó—. Debería estar aquí. Y Sean... también quiero que venga él. Quiero que los dos vean esto.

Lo dijo con dureza, sobre todo cuando mencionó —o espetó— el nombre de Sean.

—Helen está abajo —dijo Patrick—, deseando ver a su hija. No le va a hacer daño, ¿verdad?

La rabia ensombreció el rostro de Penny.

—Frankie ya no es su hija. Ahora es mía. Esa zorra no se merece una hija, Sean tampoco. ¿Por qué ha de ser él quien tenga una vida perfecta, una familia perfecta? Soy yo quien lo merece. ¡Yo! Lo único que siempre he deseado era tener un hijo propio, alguien que me quisiera. Nadie me va a arrebatar a Frankie, ¿lo entiende?

Se acercó medio paso más al borde del edificio; a Patrick se le revolvió el estómago.

—Pero usted ya tiene una hija, Alice. Si suelta a Frankie, podemos arreglarlo para que la vea, para que hable con ella. La madre de Frankie es Helen. Y está desesperada por verla, Penny. Usted es madre y lo entiende, ¿a que sí?

—¿Alice? ¿Ese monstruo? No la quiero. Es impura.

¿De qué demonios hablaba? Antes de que Patrick pudiese formular una respuesta, Penny prosiguió:

—Me hice amiga de esa zorra, Helen. Quería saber cómo era, por qué ella tenía todo lo que yo no. ¿Y sabe lo que averigüé? Que no está capacitada, no está capacitada para ser madre. Ni está capacitada para ser la mujer de Sean. La he visto con Frankie, la he visto perder los nervios con ella, la he visto ignorarla mientras estaba distraída con el teléfono. ¡La dejó sola en casa para ir a emborracharse con Sean! ¿Una buena madre haría algo así? No. No, no lo haría. —Le centelleaban los ojos—. Por eso me he quedado con Frankie. Porque es mía, ¿se entera? ¡Mía!

—No es su hija, Penny. Es la pequeña de Helen. Y ella la quiere mucho. Penny negó con la cabeza.

—No...

—¡Frankie!

El grito hizo que Patrick se volviera bruscamente. Mierda, Helen corría

hacia ellos por la azotea. Esos imbéciles del hotel. Volvió a gritar el nombre de su hija y se precipitó hacia ella. Carmella la contuvo, sujetándola con firmeza, pese a lo mucho que se sacudía y se resistía. Penny la miró fijamente, con cara de asco, luego sonrió.

—Has venido —dijo.

—¡Devuélveme a mi hija! —le gritó Helen—. ¿Qué le has hecho? ¡Frankie! ¡Ay, Dios mío!, ¿está muerta?

—Está bien —le dijo Carmella, esforzándose por retenerla.

—No quiere llamarme mamá —espetó Penny.

—Porque no lo eres —le replicó Helen, jadeando—. No eres nadie para ella. Ni para mí. ¡Pensaba que eras mi amiga! Pero no eres... no eres más que un puto fantasma.

Penny sonrió.

—Eso es porque le has lavado el cerebro. Porque la has puesto en mi contra. ¿Tienes idea de lo duro que ha sido para mí verte con ella, ver lo mal que la tratabas?

—¿Qué?

—Os he estado vigilando, a todos. Y te he oído hablar de ella en el gimnasio, siempre quejándote de lo cansada que estabas, de lo mucho que ansiabas un respiro. Pues ya lo tienes. Ya no eres su madre. Ahora lo soy yo. Ahora es mía.

—¡No!

—Mía —dijo Penny, casi para sí misma.

Retrocedió un paso más hacia el vacío, luego se volvió y le besó la cabecita a Franky, al verlo, Helen se volvió loca. Se zafó como pudo de Carmela y corrió desesperada hacia ellas.

—¡Dámela!

Patrick quiso interceptarla, pero ella lo esquivó con destreza y se abalanzó sobre Penny, que soltó un alarido.

El inspector, que estaba mirando a Penny y a Helen, notó cómo la bala le rozaba el hombro antes de oír siquiera el disparo, después oyó un aspaviento a su espalda.

—¡Carmella! —gritó.

Estaba tendida en el suelo, la sangre le empapaba la camisa blanca, pero tenía los ojos abiertos y movía la boca. Levantó un brazo y señaló por encima del hombro de Patrick. Helen luchaba cuerpo a cuerpo con Penny e intentaba arrancarle a Frankie de los brazos. Corría hacia ellas cuando un golpe de

viento casi se lo llevó por delante.

Un helicóptero de la policía se alzó por detrás del borde de la azotea del hotel y el zumbido de sus hélices llenó el aire, suspendido a la altura de Patrick y de las mujeres enzarzadas en una pelea. Agitó los brazos, señalando a Carmella, tendida en el suelo, e intentó gritar por encima de aquel estruendo, pero ni siquiera oía su propia voz. El helicóptero viró; los policías que iban en él gesticulaban y trataban de hacerse oír.

Sucedieron varias cosas a la vez. Helen le escupió a la cara a Penny; Penny, estupefacta, aflojó, y Helen cayó de espaldas, con Frankie encima de ella. Penny las apuntó con el arma y se dispuso a apretar el gatillo.

Gritando, Patrick se abalanzó sobre ella y, de una manotada, le arrebató la pistola, que rodó por el suelo. Penny se agachó a por ella, pero el inspector quiso impedirselo y, al agarrarla, la hizo tropezar, girar de lado y precipitarse por la azotea, de la que quedó colgando, aferrada a la cornisa del edificio.

Chilló, pero sus gritos apenas podían oírse con el estrépito del helicóptero. Patrick la agarró de los brazos y la sostuvo con firmeza para evitar que cayera. La mujer tenía los ojos como platos, de terror, y él la asió por las mangas con todas sus fuerzas, pero pesaba demasiado. No podía con ella.

Su semblante cambió, se serenó. Sabía que era el final.

—No se rinda —le voceó Patrick, pero no podía seguir sosteniéndola sin que se lo llevara por delante.

Ella le gritó algo al oído.

Y cayó. Su cuerpo se precipitó por la fachada del hotel, rebotó en el alféizar de una ventana y se desplomó dando vueltas sobre los resplandecientes techos de los automóviles estacionados debajo. Patrick apartó la mirada antes de que llegara al suelo.

# CAPÍTULO 46

---

## PATRICK – DÍA 7

En la calma que siguió a la tormenta, Patrick estaba sentado al borde de una enorme maceta de barro que contenía una pequeña palmera, meditando su siguiente movimiento: a Carmella, a Helen y a Frankie se las habían llevado al hospital. Helen aún no sabía que su marido había muerto. Alice seguía en casa de Larry, habría que decírselo también. Aunque Frankie estaba a salvo, la conmoción y el abatimiento lo tenían entumecido. Tantas vidas perdidas o destrozadas. La pobre Lizzy, también Koppler, Sharon Fredericks, Sean. Georgia con la cara desfigurada, Alice con la vida arruinada.

Y, aunque no fuera una gran pérdida, también había muerto Jerome Smith. Y la estúpida de su perra. Los vecinos del complejo Kennedy desde luego dormirían tranquilos. Uno de los agentes había encontrado a la perra en el asiento trasero del automóvil de Smith. Jerome le había dejado abierta una rendija de la ventanilla, pero no había sido suficiente con los casi 30 grados de las horas centrales de aquel día de verano y la perra —¿Beyoncé? ¿Jessie J? No... Rihanna, ¿no?— se había deshidratado, marchitado y muerto.

Luego estaba Eileen, aquella mujer posiblemente jamás se recuperase. Penny le había gritado algo al oído a Patrick antes de caer al vacío: «Dígale a Eileen que todo es culpa suya». Se preguntaba por qué. Quizá Eileen les había hecho la vida imposible y por eso Penny se había ido... ¿O habría hecho alguna otra cosa, algo más siniestro?

Se levantó, aún le temblaban las piernas. No entendía por qué Sean se había quitado la vida al ver la fotografía de Penny, pero estaba seguro de saber quién podía contárselo. Dejó a los de la científica revoloteando por la azotea del hotel como si fueran fantasmas luminosos con sus calzas de papel

frente a la intensa luz del sol y volvió a casa de los Philips.

Pegó el dedo al timbre de la enorme casa y notó lo vacía que estaba por el modo en que resonaba por dentro. Estaría a la venta en cuestión de semanas, seguro. Helen y Alice no querrían volver a poner un pie en ella jamás. De pronto, se sintió agradecido por su vida, aunque no fuera perfecta. La casa de sus padres era pequeña y estaba atestada de trastos, la suya la tenía alquilada a dos profesores de danza búlgaros, pero ¿y qué? Su hogar estaba donde estuviese Bonnie, con su preciosa energía y vitalidad. Todo lo demás daba igual, todo.

Meneaba la cabeza al hilo de sus pensamientos cuando detectó que algo se movía al otro lado de los paneles de vidrio esmerilado de la puerta de entrada a la casa. Tendría que echar un vistazo él mismo. Como fuesen otra vez esos jipis cantamañanas, ya se veía vestido de color azafrán con crótalos atados a los tobillos, coreando cánticos por las calles... Se agachó y se asomó por el buzón de la puerta. En el suelo ajedrezado del vestíbulo había una maleta grande con ruedas.

—¡Señora Philips! ¿Es usted? Tenemos que hablar. Soy el inspector Lennon. Déjeme entrar. —Todo estaba en silencio, pero olía ese aroma característico del humo de tabaco y, al cabo de un minuto, oyó una larga calada—. Señora Philips... Eileen... Abra la puerta, por favor.

Eileen asomó a la puerta del salón y cruzó de mala gana el vestíbulo hacia él. Aun a través del pequeño marco rectangular del buzón era evidente que la señora Philips era una mujer destrozada. Las fanfarronadas y la pose habían desaparecido, solo quedaba el armazón de la persona, una persona a la que parecía que hubiesen succionado toda la sangre y el tuétano de los huesos para reemplazarlos por dolor y pena. Tenía el pelo lacio y la cara, sin maquillar, blanca como la de un muerto. Sin decir nada, abrió la puerta y se hizo a un lado para dejarlo pasar, tampoco lo miró a los ojos.

—Tengo buenas noticias —le dijo Patrick con delicadeza, al tiempo que la conducía a una silla junto a la mesa de la cocina—. Hemos encontrado a Frankie, salva y, al menos en apariencia, sana. Helen está con ella ahora, en el hospital. Las están examinando.

Al mencionar el hospital, se sintió mal por no estar allí, al lado de Carmella, pero ella era muy profesional, lo entendería. Menos mal que había sido solo un rasguño.

Eileen sonrió sin ganas.

—La tenía Penny, ¿a que sí? —susurró. Afirmaba, no preguntaba.

—¿Lo sabía usted? —le preguntó Patrick, y se volvió por un vaso de agua para cada uno, porque no quería que Eileen viera lo mucho que le importaba su respuesta.

—No. Hasta que me enseñó la fotografía en su teléfono. ¿Dónde está Penny?

—¿Cuándo la vio por última vez, señora Philips?

—Mi hija...

—Sí, la exmujer de su hijo —dijo Patrick, ofreciéndole un vaso de agua fría del grifo, que ella aceptó, apretándoselo contra el pecho con una mano temblorosa sembrada de manchas de la edad, pero sin llevárselo a los labios.

—No. Era mi hija.

—¿La quería como a una hija? Debían de estar muy unidas, entonces.

«Vaya por Dios —se dijo Patrick—, pues esta va a ser otra pérdida para la pobre mujer.» Eileen nunca le había caído especialmente bien, pero no le habría deseado aquella clase de destrozo sentimental a nadie, ni siquiera a Winkler. Un súbito ruido los sobresaltó a los dos, pero no era más que un gato de color naranja que empujaba el cuenco metálico de la comida por las baldosas del suelo del lavadero.

—No. Era mi hija. Mi hija de verdad.

Por el tono de voz de Eileen, Patrick empezó a comprender.

—¿Su... hija biológica? —Eileen asintió, agachando la cabeza, demasiado consternada para llorar. Parecía medio inconsciente. A Patrick se le cortó la respiración—. Pero... ¿no es la madre de Alice? —Otro breve asentimiento con la cabeza—. Y Sean... ¿no es su hijo? ¿Es su yerno?

Patrick se preguntó cómo había podido confundirse...

El reloj de la pared sonó ruidosamente en medio del silencio, como si acabara de empezar a marcar el paso del tiempo. Como si señalara el hundimiento de una familia.

—Por favor, explíquese, señora Philips. Perdón, pero no entiendo nada. Yo pensaba que Sean era hijo suyo. ¿Cómo es que se apellida usted Philips también?

Eileen hizo ademán de sentarse y el vaso se le escapó de los dedos, rebotó en su regazo y se hizo añicos en las baldosas del suelo de la cocina. El regazo se le llenó de agua que empezó a gotear a través de la falda de poliéster como si estuviera pasándola por un colador de muselina. El gato salió disparado al vestíbulo, hecho una bola anaranjada de pánico, y el sonido de cristales rotos y de goteo de agua reverberó en los oídos de Patrick. Sabía

que debía ir por un paño, un cepillo y un recogedor, tranquilizar a Eileen, pero no quería romper el momento. Estaba muy cerca de encontrar sentido a todo, por fin.

—¿Eileen?

Ella se volvió a mirarlo, con los ojos legañosos y apenados.

—Sean era hijo mío también. El más pequeño. —Patrick abrió la boca para hablar, pero ella prosiguió, intentando inútilmente quitarse el agua del regazo con el canto de la mano—. Sí, ya sé que le dije que solo tenía un hijo, pero no era cierto. Tuve primero a Penny, cinco años antes, en 1970. No era mi intención quedarme embarazada. Yo solo tenía diecisiete años y estaba enamorada. Conocí a su padre, Horace, en Butlins. Era el primer negro con el que yo había hablado nunca. No pretendía quedarme embarazada, como es lógico, y no me enteré hasta que estaba ya de seis meses, igual que Horace. Hacía tiempo que me había dejado. Di a la niña en adopción. Mis padres se enfadaron mucho conmigo, sobre todo cuando reconocí que la niña era mestiza. Ah, que hoy en día no se dice así. «De raza mixta.» Menuda bobada...

Su voz recuperó una pizca de su esencia, solo una pizca. Patrick se recostó en el asiento, horrorizado; las repercusiones de la historia de Eileen empezaban a tener sentido poco a poco.

—¿Y luego qué, señora Philips? ¿O la puedo llamar Eileen?

Asintió de nuevo discretamente. Patrick le pasó un paño de cocina sin mediar palabra y ella se lo puso en el regazo para que absorbiera el agua, como si estuviese en un restaurante y aquello fuese la servilleta.

—No sabía... —dijo, bajando la voz de nuevo hasta el susurro—. No sabía que sus padres adoptivos la habían llamado Penny. Yo le puse Tracey. Procuré olvidarme de ella, me casé con el padre de Sean en 1973 y tuve a Sean al año siguiente. Era un hombre bueno. Hugh, se llamaba. Murió cuando Sean tenía siete años, de un aneurisma. Nunca más supe nada de Penny. A Hugh aún lo echo de menos. No como a ese negro cabrón, discúlpeme, después de aquello, ya nunca me gustó la gente de color.

Patrick intentó disimular su cara de asco ante tan descarado racismo.

Eileen suspiró y le temblaron los labios.

—Supongo que por eso Sean nunca la trajo a casa para presentármela, porque ella era mestiza y sabía que no me iba a gustar. ¡Yo no lo sabía, juro que no lo sabía! —dijo, levantando la voz—. No hablábamos mucho en esa época. Ni siquiera sabía que tenía novia y que vivían juntos. Y, en menos que

canta un gallo, ella se queda embarazada, se fugan y se casan. Yo estaba muy disgustada y furiosa.

—¿En qué año fue eso, Eileen, cuando se casaron Sean y Penny?

Lo meditó un instante, alguna lágrima le rodaba ya por las mejillas.

—¿Cuántos años tiene Alice... casi dieciséis...? Pues debió de ser en 1997, pero yo no llegué a conocer a la niña hasta unos años después.

—¿Cuánto tardó en darse cuenta de quién era Penny?

Eileen inspiró hondo.

—Por fin fui a verlo, harta de que me hiciera el vacío. Y allí estaba. Ella se sorprendió tanto de verme a mí como yo de verla a ella.

—¿A qué se refiere?

—Yo ya la había visto antes. Vino a buscarme, a conocer a su madre biológica. Apareció un día de buenas a primeras después de localizarme. Y yo... la mandé a hacer puñetas. No quería verla, ni saber nada de ella. No quería que me recordase mis errores. Es comprensible, ¿no? —Patrick no dijo nada—. Debió de conocer a Sean al poco de marcharse de mi casa. Por lo visto, cuando le dije que se fuera, entró en el *pub* de la esquina porque necesitaba una copa, y Sean estaba allí. Luego me juró que no sabía quién era, pero... no sé. Leí en una de mis revistas que la gente a menudo se siente atraída por personas que son como ellos o muy similares. Quizá ella, ¿cómo se dice...?, en su subconsciente, reconoció algo en él, la atrajo su propia sangre.

—¿Y qué hizo usted cuando supo que estaban juntos?

A Patrick le daba mucha lástima aquella mujer. Le daban lástima todos. Eileen se agarró la cabeza con las manos y se estremeció al recordarlo.

—Poner el grito en el cielo. Estaba furibunda. Si Sean la hubiese traído a casa antes, si hubiera sido de esos chicos que tienen fotos de sus madres por ahí, nada de esto habría ocurrido jamás. Podría haberles advertido entonces que estaban cometiendo incesto, que no debían seguir adelante.

—Pero él no se la presentó porque creyó que la rechazaría por ser mestiza —dijo Patrick, comprendiendo al fin—. Qué desastre.

—Sí. Un desastre, en efecto. Les dije que eran medio hermanos.

—¿Cómo se lo tomaron?

Ella rio sin ganas.

—Se quedaron pasmados, claro. Muertos de vergüenza. Penny se puso histérica. Yo creo que ya estaba desequilibrada, pero aquello terminó de trastornarla. Se largó, dejó a Alice con Sean porque, según ella, la niña era un

monstruo y no quería tener nada que ver con ninguno de los dos... Se marchó a Australia y nunca más volvimos a verla.

—¿Por qué le dijo Sean a todo el mundo que había muerto?

Eileen volvió a agachar la cabeza.

—No la encontraba para pedirle el divorcio. Estaba destrozado. La quería de verdad. Me sentí muy culpable de haberme interpuesto entre los dos, quizá nunca debería haberles dicho nada, pero podrían haber tenido más hijos y los siguientes quizá hubiesen tenido algún trastorno, aunque Alice estaba bien... No quería que Alice lo supiera, como es lógico, tampoco quería decirle que su madre acababa de abandonarla, de modo que se deshizo de todas las fotografías y le contó a todo el mundo que Penny se había ido seis meses a Australia por motivos de trabajo y había muerto en un accidente de tráfico. Alice aún era un bebé, era preferible que creciese pensando que su madre estaba muerta a que supiera la verdad. A Sean le preocupaba que Penny apareciese de pronto, pero nunca lo hizo. Hasta ahora. La odio por lo que les ha hecho a Sean y a Alice esa zorra desquiciada —dijo Eileen, levantando la voz hasta casi gritar.

Patrick inspiró hondo. Sí, Penny debía de estar algo trastornada. La recordó en la azotea, llamando a Alice a Frankie. Quizá pensó que tendría otra oportunidad de lograr con Frankie lo que no había conseguido con Alice. Las dos niñas se parecen, tanto como se parecían Penny y Helen.

—Ya está muerta, Eileen. Ha muerto esta mañana, se ha tirado desde la azotea del hotel cuando rescatábamos a Frankie. Lo siento mucho.

—¡Que se pudra! —espetó la mujer, pero sus palabras se ahogaron en una tormenta de sollozos que la dejaron doblada sobre el regazo empapado.

Patrick no pudo hacer otra cosa que apretarle el hombro. Si le resultaba más fácil echarle la culpa de todo a Penny, ¿quién era él para contradecirla?

La mujer se irguió por fin y agarró al inspector por las muñecas.

—Prométame una cosa —le dijo, mirándolo fijamente a los ojos—. Ahora nadie más en el mundo sabe lo que ocurrió, solo usted y yo. Prométame que no se lo contará nunca a nadie, jamás. Prométamelo. Destrozaría a Alice. La pobre niña ya ha perdido a su padre. No le diga que además acaba de perder a su madre biológica. No quiero que sepa que Penny la odiaba. ¿Me lo promete?

Patrick titubeó. ¿Cómo demonios iba a redactar el informe sin mencionar aquel detalle tan importante? Eileen tendría que prestar declaración. Sus ojos lo miraron suplicantes y, de pronto, le recordó a Gill,

encerrada en aquel psiquiátrico de máxima seguridad, atrapada allí por un solo acto precipitado que le había arruinado la vida.

No sabía qué hacer. Imaginaba cómo destrozaría a Alice enterarse de la verdad, pero él era policía, detective. Su trabajo consistía en desvelar la verdad.

Eileen lo miró desesperada.

—Por favor, inspector. Por favor, no se lo cuente a nadie.

Patrick se marchó y la dejó llorando. No tenía ni idea de qué hacer.

# CAPÍTULO 47

---

## PATRICK – DESPUÉS

Bonnie estaba sentada al borde de la cama, con los pies descalzos estirados delante de ella, observando, muy atenta, cómo se vestía su padre. Traje negro —que se había puesto por última vez en el juicio de Gill—, camisa blanca —cuidadosamente planchada por Mairead la noche anterior—, corbata negra —comprada precipitadamente en Asda para la ocasión— y zapatos negros resplandecientes.

—Estás muy «legante», papá —observó la pequeña, sacándose el pulgar de la boca para emitir su veredicto.

—Gracias, cariño. Hoy tengo que estar elegante.

—¿Por qué, papá?

—Voy a... despedirme de un buen hombre que lo ha pasado muy mal.

—Ah. ¿Me traes chuches cuando vuelvas?

Patrick sonrió a su hija en el espejo mientras se enderezaba la corbata nueva y tiesa. «¿Me draes sushes?» Podría pasarse el día entero oyéndola hablar. Podría grabarla con el teléfono y escucharlo con auriculares cuando Winkler se pusiera en plan tostón, para desestresarse.

—De acuerdo, si te portas bien con la yaya.

—Me porto bien —prometió Bonnie, e inclinó la cabeza con mucho estilo.

—Estupendo —dijo Patrick, revolviéndole el pelo mientras salía de la habitación.

Una hora más tarde, se acomodaba en un banco del fondo de una bonita iglesia victoriana con coro, sin quitarse las gafas de sol que se había alegrado

de llevar encima al abrirse paso entre la muchedumbre de *paparazzi* que había fuera. «Pobres Philips —se dijo—. Tener que pasar por esto.» Allí estaban, en la primera fila, con las nuca rígidas, mirando al frente. Eileen y Helen llevaban enormes sombreros y, cuando la primera se inclinaba a decirle algo a su nuera, las alas chocaban y las dos se echaban hacia atrás como escaldadas.

Helen no lo sabía, dedujo Patrick. No podía saberlo, porque, de lo contrario, no habría accedido a que Eileen se sentase a su lado. Solo de pensar en el daño adicional que Eileen —o él mismo, ya puestos— podían hacerles a Helen y Alice... A Patrick se le revolvía el estómago de angustia.

Frankie estaba sentada en el regazo de Helen. Incluso desde el fondo de la iglesia, el inspector podía ver que Helen abrazaba con fuerza a la pequeña, que llevaba un vestido de fiesta muy floreado y una florecilla de tela prendida de sus rizos morenos. Era inusual que se permitiera a una niña tan pequeña asistir a un funeral, pero Patrick estaba convencido de que Helen no la perdería de vista ni un segundo. Y no le extrañaba.

Una psicóloga infantil había estado hablando con la niña poco después de que la encontraran para valorar el trato que le había dado Penny y asegurarse de que no había sufrido abusos sexuales. La pobre niña había revelado algunos detalles perturbadores, como que la habían tenido encerrada en la oscuridad y no sé qué de un gatito «herido» y los resultados de la analítica habían revelado que Penny le había estado administrando pequeñas dosis de tranquilizantes para que estuviese dócil y, al final, inconsciente. Patrick le había pedido a la psicóloga que le preguntase por los dibujos del rostro asomado a la ventana, pero las respuestas de Frankie habían sido prácticamente incomprensibles. Algo sobre un fantasma que vivía en la farola de la calle y la observaba desde fuera.

—Deduzco —le había dicho la psicóloga— que Frankie vio a Penny vigilarla desde el exterior de la casa. Le he preguntado a la niña si le gusta mirar por la ventana de su cuarto por las noches y me ha contestado que sí.

Lo cierto era que el mismo vecino que había visto a Larry la noche del secuestro de Frankie confirmó que había visto a la niña asomada a la ventana alguna vez. A Patrick lo sorprendía que Penny se hubiera arriesgado a que la viera Sean (según Helen, la mujer a la que ella conocía como Marion jamás había ido a su casa en el breve período durante el que ella la había tratado), pero quizá no hubiera podido resistir la tentación de plantarse allí fuera, cabe pensar que disfrazada, a vigilar a la familia con la que estaba obsesionada. A

fin de cuentas, había visto a Georgia llevarse a Frankie esa noche.

Patrick devolvió su atención al aquí y ahora. Alice estaba sentada a cierta distancia de Helen, Eileen y Frankie; Larry la tenía abrazada con fuerza y le frotaba la espalda como si tuviera mucho frío. Ella tenía la cabeza enterrada en un costado de la brillante chaqueta gris del traje barato de él, como si fuese incapaz de mirar el ataúd cubierto de azucenas de su padre que tenía a la vista desde cualquier ángulo.

La iglesia se iba llenando a su alrededor al ritmo de aquella discreta improvisación funeraria al órgano que a Patrick siempre le daba dentera. Había muchas parejas, supuestamente amigos de los Philips, de treinta y tantos, indecisos, con sus elegantes vestidos y sus serios trajes de chaqueta. Algunos se acercaban a la primera fila y hablaban un momento con Helen — veía moverse su sombrero en señal de reconocimiento—, pero la mayoría se instalaba en silencio en algún banco. Muchas de las mujeres ya lloraban.

Dios, cómo odiaba los funerales.

Lo único que lo consolaba era saber que él no había tenido que sufrir uno, uno con un pequeño ataúd blanco y una pena a la que no habría podido sobreponerse mientras viviera. Bonnie estaba viva, crecía y aprendía y pasaba de ser bebé a niña. Estaba viva y estaba bien.

Tuvo que tragar saliva para deshacer el nudo que se le había formado en la garganta. La mujer que tenía al lado, una pelirroja flaca y glamurosa de cuarenta y tantos años, le pasó un clínex.

—No, gracias, estoy bien —dijo, tosiendo—. Se me ha metido algo en un ojo. De verdad.

Ella puso los ojos en blanco e insistió en ofrecerle el clínex, así que él lo aceptó y se lo guardó en el bolsillo con una sonrisa tímida.

—Sobrecogedor, ¿verdad? —dijo la mujer—. ¿Era usted amigo de Sean?

Patrick asintió levemente, confiando en que no le pidiera más detalles de cómo se habían conocido.

—¿Y usted? —preguntó, por desviar la conversación.

—Soy compañera de trabajo de Helen, editora, como ella —contestó—. Liz Wilkins. No la he visto mucho últimamente. Pidió la baja maternal hace ya un tiempo, pero, como es lógico, la llamé cuando me enteré de lo que le había ocurrido a la pobre Frankie. ¡Lo que han debido de sufrir! Por lo que tengo entendido —le dijo en tono conspirador, bajando la voz—, fue la exmujer de Sean quien la secuestro y ahora está muerta también, ¿no? —

Sonaba tan fácil dicho así, pensó Patrick, asintiendo de nuevo y deseando que aquella mujer se marchara, pero ella siguió hablando, tomó su silencio por confabulación—. Menos mal que no fueron esos chiflados que se llevaron a los otros niños, porque eso habría sido peor. Y menos mal que Frankie está bien. ¡Con lo bonita que es! La pobre ahora tiene que crecer sin padre. Él era un hombre extraordinario...

A Liz se le quebró la voz y los ojos se le llenaron de lágrimas. Sin mediar palabra, Patrick le devolvió el clínex que le había dado, al tiempo que pensaba «No sabe usted ni la mitad». Para gran alivio suyo, el órgano dejó de improvisar y un joven párroco se acercó a grandes zancadas al ataúd de Sean antes de que Liz pudiese proseguir con su lamento.

—Bienvenidos todos en este triste día —dijo el párroco, extendiendo los brazos para dar comienzo al servicio.

En un momento de la ceremonia, Alice se levantó a leer un poema, ese que se lee siempre en los funerales y que habla de parar los relojes. La culpa la tenía *Cuatro bodas y un funeral*, se dijo Patrick, compadeciéndose de la pobre chica, que, tras leer a trompicones las primeras líneas, rompió a llorar desconsoladamente y salió corriendo de la iglesia, seguida inmediatamente por Larry. Desde el templo, se la oía llorar al otro lado de la puerta de doble hoja que conducía a los aseos, lo que hizo que algunos de los presentes llorasen también. El párroco amagó una sonrisa de circunstancias y terminó de leer el poema él mismo.

Luego Helen se levantó a hablar. Dejó a Frankie en el regazo de Eileen y se acercó al ataúd de Sean con dos folios de texto impreso. Tenía muy buen aspecto, pensó Patrick. Bajo el ala del sombrero, asomaba su pelo negro, liso y brillante, y el lápiz de labios de color coral hacía juego con su vestido y sus zapatos. La familia había renunciado al tradicional negro a favor de prendas de colores vivos que constituyeran una «afirmación de la vida». Solo las ojeras eran testimonio de su dolor.

Titubeó, abrió la boca para leer lo que estaba escrito en los folios, pero enseguida la cerró, hizo una pelota con los papeles y la tiró al suelo de mármol. Todo el mundo se sentó un poco más erguido cuando por fin habló, con voz fuerte, firme... y henchida de rabia. Dirigió sus palabras al ataúd de su marido.

—Sean Adrian Philips... —Patrick no había caído en la cuenta hasta entonces de que las iniciales del difunto formaran la palabra SAP, «bobo» en inglés—. Jamás te perdonaré lo que nos has hecho. —Se oyó un aspaviento

generalizado. Patrick se preguntó si habría dicho lo mismo si Alice no se hubiera marchado. Probablemente no. La bola de papel del suelo sin duda contenía algo muy distinto—. Las dos últimas semanas han sido un infierno, las dos peores semanas de toda mi vida y, justo cuando conseguimos recuperar a nuestra pequeña, ¿me haces esto? Menudo... —Sus labios formaron una clarísima C de «capullo», pero, en el último momento, pareció recordar que se encontraba en una iglesia—. ¡Menudo cobarde! —susurró furiosa al ataúd en su lugar—. No te lo voy a perdonar jamás. Jamás.

Inundó la iglesia un clamor de aspavientos y sollozos. Fue entonces cuando Eileen, sosteniendo aún a Frankie, se volvió hacia Patrick, pese a estar él casi en la última fila, y lo atravesó con la mirada. Otras personas giraron también la cabeza para ver a quién miraba y Patrick se revolvió, inquieto, en el asiento. El mensaje no podía haber sido más claro: «NO SE LO CUENTES».

No le cuentes a esa mujer rabiosa y afligida, destrozada pero incapaz de derramar una lágrima, que su marido se quitó la vida porque su hijastra era fruto de un incesto. Porque se había casado con su hermanastra, porque no sabía que esa misma mujer había vuelto y se había hecho amiga de Helen, porque no podía vivir con el sentimiento de culpa y de vergüenza que le produciría el que todo eso se supiera o, peor aún, quizá porque se dio cuenta de que aún amaba a su primera mujer y no podía vivir sin ella. Jamás lo sabrían.

Patrick miró fijamente al suelo. Wilkins le tocó el bíceps.

—¿Por qué lo está mirando así la madre de Sean?

«¿Y a usted qué cojones le importa?», le dieron ganas de decirle, quizá se lo dijo, no estaba seguro. En cualquier caso, ella no volvió a hablarle y retiró la mano de su brazo como si le abrasara los dedos. Le vibró el teléfono en el bolsillo y Patrick lo sacó con disimulo para echarle un vistazo. Alguien le había enviado un mensaje desde un número oculto. Lo leería después.

Eileen por fin dejó de mirarlo. Helen volvió airada a su sitio, recuperó a Frankie y la abrazó tan fuerte que la niña empezó a revolverse y a llorar.

«A lo mejor, si se lo digo —pensó Patrick—, entenderá por qué lo hizo y lo perdonará... Tengo que contárselo. Además, ¿cómo voy a impedir que salga todo a la luz en los tribunales, durante el juicio de Georgia?»

Aquello no tenía nada que ver con eso. No era necesario que saliera a la luz. El juicio de Georgia, cuando ella estuviese en condiciones de que se celebrase, sería por tráfico de drogas e intento de secuestro.

Tenía que contárselo a Helen.

Empezó a sudarle la frente. Se pusieron todos en pie y cantaron un himno, «Dear Lord and Father of Mankind». Lo habían cantado también en su boda con Gill; después se habían reído de la parte que decía «perdona nuestros errores», como si su matrimonio fuese una insensatez por la que pidieran perdón.

«Perdona nuestros errores.» Si se lo contaba a Helen, quizá ella pudiese perdonar los errores de Sean.

Se lo iba a contar a Helen.

Entonces, mientras una titubeante congregación empezaba de mala gana el tercer verso, se abrieron las puertas de la iglesia y entró Alice, aún abrazada por Larry, que la acompañó por el pasillo lateral. Pasaron junto a Patrick y ella lo miró con los ojos hinchados, la mirada perdida. Aquella cara de puro dolor le dijo mucho más que las duras palabras de Helen y, en ese mismo instante, Patrick dejó de vacilar y supo lo que iba a hacer.

Abandonó el banco y a la pelirroja y salió de la iglesia lo más rápido que pudo sin llegar a correr. Fuera, se sentó en un banco del patio, con el corazón acelerado y el sudor corriéndole por la mejilla, como si fueran lágrimas. Se limpió la cara, sacó el teléfono y llamó al buzón de voz.

Era Gill, eso le pareció. Nunca lo llamaba y, al principio, no reconoció su voz. Sonaba rara: ligera, animada y... ¿emocionada?

Pat. Ay, Pat, no te lo vas a creer. Me van a soltar, la semana que viene. Me han evaluado y han decidido que ya no soy un peligro para mí misma ni para nadie más. Vuelvo a casa. Volveremos a ser una familia... —Dudó un instante, habló más despacio—. Bueno, si aún quieres que lo seamos, claro. Podemos hablarlo, pero ¿no es una noticia estupenda? ¡Vuelvo a casa!

Patrick volvió a guardarse el teléfono en el bolsillo de la chaqueta, se levantó y se dirigió al automóvil. En ese momento, solo tenía claras dos cosas: una, que necesitaba ver a Suzanne, y, la segunda, que se llevaría el secreto de Eileen a la tumba, si le era posible.

Nunca, jamás, se lo contaría a nadie.

# AGRADECIMIENTOS

Hay algunas personas a las que estamos especialmente agradecidos, sobre todo al doctor Paul Monks, a Simon Alcock, a Kate Blumgart y a Nik Waites por su desinteresada ayuda profesional en la investigación (¡cualquier error de procedimiento es culpa nuestra!).

Muchísimas gracias a Liz Wilkins por sus valiosos comentarios y también a nuestro agente, Sam Copeland.

Gracias en particular a nuestra editora de Thomas & Mercer, Emilie Marneur, por su fe absoluta en esta novela y su constante apoyo, así como al resto del equipo editorial, en especial a Sana Chebaro y a Nadia Ramoul.

Muchas gracias también al grupo de escritores de novela negra, en la que hemos hecho tantos nuevos amigos, por su increíble apoyo y afecto. Pedimos disculpas de antemano por si se nos olvida alguno. Gracias a Peter James, Mel Sherratt, Ali Knight, Keith Walters, Susi Holliday, Rachel Abbott, Luca Veste, Elizabeth Haynes, Eva Dolan, Anya Lipska, y a todos los que se reúnen a la puerta del hotel Old Swan, en Harrogate, todos los años.

Además, Mark querría expresar su especial gratitud y su amor a Sara Edwards, no solo por ofrecerle opiniones sinceras sobre esta novela sino también por hacer posible que yo también escribiera.

Por último, quisiéramos ponerle un «me gusta» inmenso a ese grupo de lectores que tanto nos ayudan en [Facebook.com/vossandedwards](https://www.facebook.com/vossandedwards), algunos de los cuales aparecen en esta novela, como Cathy Hudson y Daniel Hamlet, que ganaron los concursos de la página. Pete Aves nos propuso el nombre de la desafortunada perra de Jerome.